

AD A  
CIÓN C

CONFERENCE  
DEL  
FELIX

BR115  
.A8  
F4  
c.1

AL



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

**EL PROGRESO**  
**POR EL CRISTIANISMO.**  
**CONFERENCIAS**  
**PREDICADAS EN LA IGLESIA**  
**DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS**

EN LA  
**CUAQUAGESIMA DE 1867**

POR  
**EL PADRE FÉLIX.**

Traducidas expresamente para la Revista Católica.



110569

**GUANAJUATO.**

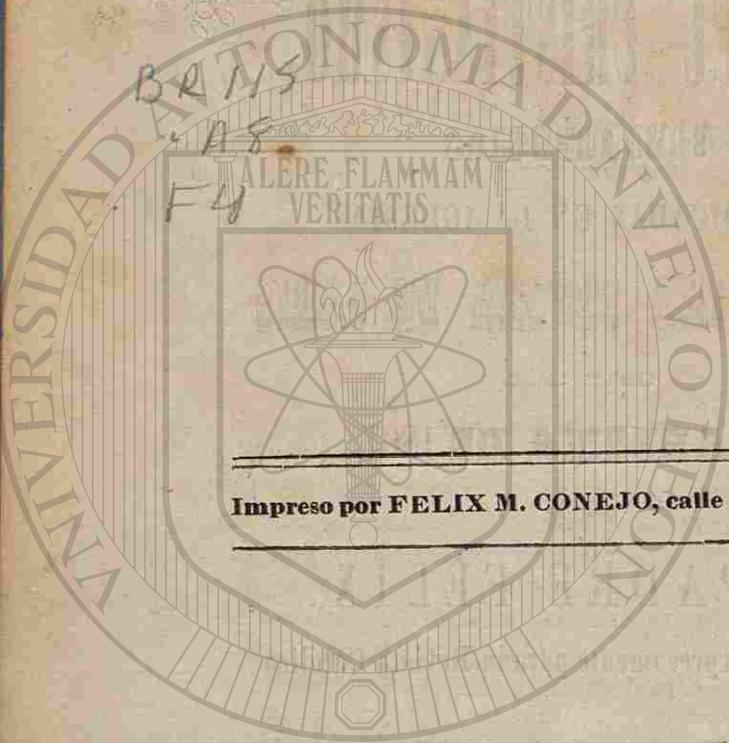
EDICION DE LA REVISTA CATÓLICA.

1868.



38137

DEL PATRÓN DE NUEVO LEÓN



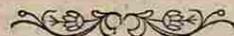
Impreso por FELIX M. CONEJO, calle del Ensaye n. 51



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## CONFERENCIA PRIMERA.



### Objeto y naturaleza del Arte.

Señores:

ENTRE los aspectos, ya muy numerosos y variados, bajo los cuales hemos contemplado *el Progreso por el Cristianismo*, hay uno que hace largo tiempo gozaba de mi mas señalada predileccion, y que me hé reservado hasta hoy, á pesar de la fascinacion que ejercía sobre mi pensamiento. Este asunto, que tiene para los espíritus una seduccion particular, por que nos deja ver una de las mas brillantes faces de nuestra humanidad, me atraía y arredraba al mismo tiempo: me atraía con su encanto, me arredraba por sus dificultades; y justamente preocupado con la debilidad de mis recursos, procrastinaba indefinidamente, aguardando la hora de Dios y la señal de su Providencia. Paréceme que las circunstancias actuales hacen resonar esta hora y me dan la señal deseada, y me atrevo á esperar que el grande espectáculo que os aprestais á dar al mundo (1) añadirá á este asunto nuevo encanto y mayor interés.

Basta deciros, que me propongo considerar este año el Progreso por el Cristianismo bajo el punto

(1) La Exposicion universal. N. d. T.

de vista *artístico*. Después de lo Útil, lo Bello; después de la Economía, el Arte. Estas dos cosas que parecen señalar los dos polos extremos de la vida, vuelven á encontrarse en un punto comun, el desarrollo legítimo del hombre total, y una y otra hallan en el gran centro cristiano el resorte mas poderoso de su progreso.

El progreso artístico por el Cristianismo; es decir el arte purificado, engrandecido, trasfigurado por el Cristianismo, pero sobre todo, por el Catolicismo, es para nosotros, cristianos católicos, una gloria de que no nos enorgullecemos suficientemente. Según el pensamiento de uno de nuestros escritores mas veros y mas competentes en las cosas del Arte (1) nuestra superioridad en esta brillante esfera, luce con tanto esplendor de evidencia, que no deja siquiera á nuestros adversarios la libertad de disputárnosla con sinceridad; y nuestros padres nos han legado, bajo este aspecto, una herencia magnífica cuya riqueza no podemos rehusar, cuya gloria nos es imposible repudiar. El arte, en nuestros siglos cristianos, há forjado á la dignidad real de nuestro Cristo una espléndida corona; y esta diadema ostenta como relucientes florones las mas bellas obras maestras del génio del hombre iluminado por la luz divina.

No hay porque admirarse. Es imposible que esta religion que engrandece á la humanidad en todas sus faces, y penetra con su savia generosa las profundidades mas íntimas de nuestra vida, deje de imprimir al arte, colocado en sus condiciones normales, el movimiento ascensional que imprime á todas las cosas. Así como las costumbres santas son la germinacion natural de las doctrinas verdaderas, así las bellas creaciones del arte son la florescencia es-

(1) A. F. del Rio, autor del *Arte cristiano*.

pontánea de entrambas: son los frutos de oro de esta savia de verdad, de santidad, de amor y de pureza que os he hecho ver circulando por dondequiera en las venas del Cristianismo. En todo y por todo el Cristianismo siembra la verdad, desarrolla el bien, crea el órden y la armonía; luego es menester que haga florecer la belleza: y esta rica florescencia de todas las artes, abierta al sol de nuestros siglos cristianos, no es mas que la expansion en flores de belleza de todo lo verdadero, de todo el bien, y de todo el órden que el Cristo produce en la humanidad penetrada por su vida y vivificada por su soplo.

De esta manera, por medio de sus mas profundas raíces y de sus mas brillantes creaciones, tambien el arte viene á reunirse al centro viviente del Cristianismo, á Jesucristo Nuestro Señor. Verbo encarnado, esplendor de la gloria del Padre, imagen divina de su divina substancia, nuestro Cristo aquí tambien nos aparece tal como es, centro de lo bello, así como es tambien centro de la verdad y centro del bien; foco eterno del arte, así como es tambien eterno foco de la ciencia y de la santidad; mientras que interiormente lo fecunda con su soplo creador, se cubre exteriormente de la gloria de las obras inspiradas por él mismo; Jesucristo inspirando al arte y el arte á su vez coronando á Jesucristo.

No obstante, señores, para evitar una mala inteligencia en un asunto en que las interpretaciones erróneas son harto fáciles, ántes de mostraros directamente cómo el soplo de Jesucristo fecunda, eleva y trasforma el arte, es menester colocaros frente al arte mismo; es preciso entender su naturaleza, su vocacion, sus condiciones de grandeza y las causas de su decadencia. Ante todas cosas es fuerza responder á esta pregunta, que es la primera que se nos presenta y que há de ilustrar todas las demas:

66  
¿qué cosa es el arte? ¿cuál es la verdadera noción del arte?

Este asunto, quizá por vez primera tratado directamente en la predicación católica, pudiera á primera vista parecer extraño á un púlpito cristiano; porque este asunto, lo confieso, toca mucho á la tierra y al hombre. Pero vereis que con sus altas cumbres llega hasta el cielo y hasta Dios, y que está ligado por su principio, al mismo Verbo encarnado, Jesucristo Nuestro Señor.

Para dar autoridad desde luego, á las doctrinas que sobre este asunto tendremos que explicar, es menester establecer en esta primera conferencia, nuestro punto de partida. Antes de aventurarnos en alta mar, es menester encender en la costa el faro que ha de iluminar nuestro camino y servirnos de guía en nuestra marcha. Este punto de partida es la definición del asunto; este faro luminoso es la verdadera noción de esa cosa grande y santa que llamamos *Arte*.

¿Qué cosa es el arte? Sentando esta cuestión no quiero en modo alguno investigar los procedimientos técnicos del arte, sus habilidades adquiridas, sus preparaciones laboriosas, sus medidas de ejecución. No es mi objeto siquiera escudriñar cuales son las disposiciones innatas que el artista debe traer á su vocación y á su ministerio. Supongo ya estas libres preparaciones; no puede haber jamás un grande artista sin el auxilio de un gran trabajo. Estas predisposiciones naturales las exige el arte por su esencia misma. Para formar un grande artista, se requiere un poco de esa llama que se nombra genio, lo que un escritor apellidaba hace poco "la chispa misteriosa que incendia las organizaciones privilegiadas." Supongo aquí, pues, al artista en posesión de la potencia innata y de la destreza adquirida, al genio que sabe hablar el idioma y manejar el ins-

77  
trumento de su arte. Esto supuesto, yo pregunto: ¿qué cosa es el arte? ¿En qué consiste propiamente la obra artística?

La obra artística puede resumirse en estas dos palabras perfectamente inteligibles: *crear la belleza*. Hacer resplandecer el bello ideal bajo una forma sensible que es la obra del artista; crearla no solamente á semejanza de la bella naturaleza que se despliega á nuestras miradas, sino á la imagen de esa belleza ideal que desde el fondo de la esencia divina, brilla cual pura estrella en el fondo del alma humana; hé aquí lo que considero como la obra propia del arte. Si yo estuviera autorizado á resumir en una definición todo mi pensamiento sobre el asunto, diría de buena gana: el arte es *la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada*. Esta sencilla definición os revela desde luego en el arte estos dos puntos esenciales que me limito á mostraros en mi primera conferencia, á saber: lo *bello* como objeto, y la *creación* como obra propia del arte: dos cosas eminentes que nos lo muestran todo entero, trayéndolo á su principio y á su centro; al Verbo increado, lugar sustancial de toda belleza ideal, y modelo divino de toda creación humana.

I.  
Sí, Señores, el objeto propio, el fin inmediato, el blanco directo del arte es la belleza. No hé dicho, notadlo bien, su blanco final, su fin supremo, sino su objeto propio, directo, inmediato. El arte tiene por objeto propio una de las tres grandes facetas del ser y del infinito, es á saber lo Bello. El filósofo, el sábio, en sus investigaciones tiene por objeto propio la verdad y la expresa por medio de fórmulas. El santo, en sus heróicos esfuerzos, tiene por objeto propio el Bien y lo manifiesta con actos de virtud.

El artista en su trabajo, á veces tambien heróico, tiene por objeto propio lo Bello. Busca, ama directamente lo bello y lo traslada á sus obras: mira la belleza; se apasiona de la belleza que mira, y trabaja por expresar por medio del sonido, del color, de palabras, de una forma sensible cualquiera, esta belleza que contempla y que ama.

Es inútil insistir. Este dato fundamental tiene en el dominio del arte, el valor de un axioma, y no hay uno solo entre vosotros, á mi entender, que piense en disputárselo. Podemos, pues, sin dilacion dar un paso mas en la carrera, y tratar desde luego esta cuestion maestra: si el arte tiene por objeto propio la belleza, ¿en qué consiste la belleza?

En vano procuraríamos evitar esta cuestion; se coloca por sí misma en el umbral de nuestro asunto. ¿Qué cosa es, pues, la belleza? ¿Cuál es el misterio íntimo y la razon secreta de esta belleza cuya idea nos parece tan primitiva, y su impresion tan definida? ¿Qué es aquello á la vez tan conmovedor y tan delicado, tan oscuro y tan claro, tan misterioso y tan manifesto, que interpretamos por medio de esta voz encantadora *la belleza*? ¿Como definir lo que por su naturaleza misma parece que no admite definicion?

¡La belleza! ¡Ah Señores! ¿Será menester que yo os enseñe lo que nuestra alma entrevé en la magia, lo que oye en la armonía de esa palabra? ¡La belleza! ¡Ah! Por favor, antes de mostraros su verdadera fisonomía permitidme que deseche con legítimo desdén los fantasmas, ó mas bien las fealdades que se atreven á confundir á veces con ella.

¡Lo Bello! ¿No sería por acaso lo que responde, para satisfacerlas, á nuestras egoistas necesidades; lo que el industrialismo se complace en llamar lo *útil*? Pero, yo os diré aquí con un varon distinguido, ¿cuántas cosas útiles no son bellas y cuántas cosas

bellas no son útiles en el sentido vulgar de esta palabra! Lejos de que lo bello se confunda con lo útil, la gran preocupacion de lo útil, disminuye el sentimiento de lo bello y prepara la caida del arte. ¡Lo bello! ¿No sería quizás lo que responde á nuestras aspiraciones sensuales; lo que lisongea, acaricia y embriaga los sentidos; lo que el sensualismo toma de buena gana por lo bello; en una palabra, lo *agradable*? Pero ¡cuántas cosas lisongean, acarician y embriagan los sentidos y nada tienen de bello! ¿Cuál es la belleza de ese perfume que os agrada, de ese sabor que os deleita, de esa brisa que os acaricia, de ese goce que os embriaga? Lo bello que arrebatara nuestra admiracion y á veces nuestro entusiasmo, que conmueve lo que hay en nosotros mas noble y mas elevado, ¿deberemos confundirlo con lo que la delicadeza contemporánea nombra lo *lindo*; lo lindo, que el vulgo toma muy á menudo por lo bello en realidad? Pero, aun concediendo á lo lindo el honor de ser un matiz, un diminutivo de la belleza, ¿quién no vé que lo lindo, en muchas cosas, es todavía mas capaz de hacer pequeño que de embellecer el objeto de nuestra admiracion? ¿Quién de vosotros, al mirar en toda su régia belleza este monumento espléndido del grande arte Cristiano, Nuestra Señora de Paris, tan artísticamente construida y tan artísticamente restaurada, se atrevería á decir: Esta catedral es *linda*?...

¿Qué cosa es, pues, la belleza en las cosas que admiramos? ¿Es la la grandeza, la pureza, el poder? ¿Es la proporcion, la simetría, la conveniencia? ¿Es la unidad, la variedad, la sencillez? Sin duda que la belleza descomponiéndose nos ofrecería algo de todo esto: pero ¡Dios no permita que yo descargue aquí sobre ella, los golpes del afrentoso escoplo de un frío análisis, y que os muestre uno á uno los rasgos que componen con su concierto, esa fisonomía

cuyo esplendor os seduce y cuyo encanto os atrae! No: vosotros no exigís de mí el que vaya á buscar en el fondo de una metafísica abstracta su secreto, lleno de misterio, ni que pida á los filósofos una definición de que no teneis necesidad desde el momento en que la belleza, mostrándose á vuestras miradas, os dice: "Vedme aquí."

¡La belleza! ¡Ah! Si Dios os ha dado la misteriosa chispa que hace los artistas, ¿no la habeis encontrado y reconocido en todos los grados de la creación, resplandeciente á vuestros ojos con su dulce y victorioso brillo? Decidme: ¿no os habeis sentado jamás, en un día de suave ambiente y dulce temperatura, á la orilla de uno de esos lagos tranquilos, que reflejara como vasto espejo los frescos bosquesillos, las risueñas praderas, los árboles, las plantas, las flores, todo ese verdor ondulante en el declive de las colinas, y cuya graciosa imagen se reprodujera en el cristal de las aguas, juntamente con los espectáculos del cielo?... ¿Recordais la indefinible seducción que triunfaba sobre vosotros? Y en el momento mismo que mas indiferente os mostrabais á estas maravillas que os procuraban la dicha de contemplarlas, prescindiendo aún de todo sentimiento egoísta, ¿no habeis por acaso sentido un no sé qué de vencedor que os encadenaba, cautivo voluntario y extasiado, al encanto de una playa extranjera?

Ó bien en una de esas tardes de verano que mantienen el alma en una especie de éxtasis beatífico, ¿no habeis alguna vez abierto vuestra ventana para contemplar la bóveda del cielo, á tiempo que el sol llevando á otras regiones el esplendor de su luz, dejaba que la noche se adornase á vuestros ojos con su brillo mas dulce y misterioso, á tiempo que las estrellas reluciendo en el fondo del firmamento, parecían que os miraban, que os hablaban en su silencio y os embriagaban con su vista? Como Agustín

y Mónica en las riberas de Ostia, ¿no sentíais una especie de poder invisible que os arrebatava de la tierra hácia el cielo? ¿no os decía vuestra alma, atraída por un encanto soberano y elevando consigo misma todo vuestro ser: subamos, subamos á aquellas alturas? No quería ella remontar su vuelo para ir á ver mas de cerca aquellas magnificencias, que se ocultan aun mas de lo que se descubren, en el seno de esas claridades dudosas que forman el encanto y la seducción de nuestras noches estrelladas? ¿No os habeis por acaso sorprendido, exclamando en un arrobamiento sagrado: ¡oh hermoso cielo! ¿quién me diera alas para volar á tus espléndidos palacios?

Y luego, mirando mas alto á los espectáculos que Dios desplegaba á vuestros ojos en la brillante superficie de la creación, ¿no habeis contemplado con una mirada digna del espectáculo que os mostraba, la grande obra maestra, el hombre; el hombre, esplendor régio de la creación que reúne en incomparable armonía todos los reflejos de la naturaleza y todos los reflejos de Dios? ¿Habeis visto al hombre en la aurora de su vida? ¿Habeis visto al tierno niño adormecido? ¿Creatura encantadora! tan simpática y tan atractiva aun ántes de que se haya abierto completamente la flor de su existencia, que cediendo á pesar vuestro á un misterioso influjo, os inclinasteis sobre su cuna, para estampar vuestros labios sobre esa frente de ángel en que reposa una como sonrisa de la Divinidad. ¿Habeis visto al hombre en el brillo de su mediodía, la vida humana en el esplendor total de su irradiación natural, cuando una sola de sus miradas os hería tan profundamente y con tal violencia, que habíais menester quizás para defenderos del escudo de la voluntad humana, y del escudo aun mas poderoso de la gracia divina? ¿Tan victorioso es el hechizo que el hombre ejerce en derredor de sí, no dejando ver mas que ese rostro de

carne en que se resumen las perfecciones del mundo material! Y á pesar de todo esto, lo que hay en el hombre mas brillante á la vez que mas atractivo, no es el exterior de su carne, imagen sustancial de los mundos inferiores; es el esplendor de su alma, de esa imagen de Dios; es su esplendor moral; es sobre todo la santidad que inunda su rostro de incomparable luz.

¡Oh! Decidme: ¿no habeis visto alguna vez el rostro de un santo? ¿Habeis visto ese no sé qué de celestial que la santidad stampa en la frente de sus escogidos, como el sello de Dios sobre la carne del hombre? ¿Habeis visto á Juana de Arco en el esplendor virginal de su heroismo? ¿Habeis visto á Vicente de Paul en la gloria serena de su caridad? ¿Habeis visto á Luis XVI en la majestad real de su resignacion? ¿Habeis visto á Francisco de Sales en la auréola de su incomparable dulzura? Aquí, señores, permitidme volver los ojos con vosotros hácia Roma, y mostrándoos en el lugar mas encumbrado de la tierra, la figura mas conmovedora que se descubre en el horizonte de la historia viviente, permitid que os pregunte: ¿Habeis visto á Pio IX? ¿Habeis visitado á este augustísimo anciano en el momento en que es la mas perfecta personificacion de la grandeza moral, la mas alta representacion de Dios sobre la tierra?... A lo ménos ¿habeis divisado de léjos, á través de las nubes que se agrupan sobre su cabeza, el rostro dulce y sublime del Pontífice-Rey, ostentando sobre su frente la majestad de una desgracia grande como su dignidad, y de una virtud grande como su desgracia? ¿No es verdad que ese anciano desarmado que se presenta hoy ante vosotros como el espectáculo mas grande del mundo moral, tiene algo que de grado ó fuerza nos atrae, nos seduce, nos cautiva y arranca aun á sus enemigos el homenaje de una irresistible admiracion y de un in-

vencible respeto? Aparicion tan sublime y tan conmovedora que para mostraros algo mas sublime y mas conmovedor, no me resta ya sino deciros: ¿Habeis mirado el rostro de Jesucristo? ¿Lo habeis visto no cual los escogidos lo contemplan hoy en su éxtasis beatífico, sino únicamente cual lo podemos entrever en su gloria histórica, y tambien cual lo podemos admirar en las obras maestras artísticas expresado, interpretado y transfigurado por el génio de nuestros mas insignes maestros? No es verdad que se desprende de esta figura, humana á la vez que divina, un no sé qué de atractivo y de victorioso, que mas hace comprender esta sentencia suya: *Cum exaltatus fuero omnia traham ad me!*

Pues bien, Señores: yo os lo pregunto ahora: ¿por qué se ha conmovido vuestro corazon en vista de estas escenas contempladas en todos los grados de la Creacion? ¿Por qué se ha estremecido vuestra alma? ¿Por qué se ha inflamado quizás vuestra imaginacion? ¿Qué palabra es aquí la que expresa este misterio encantador? Voy á deciroslo: es que en estas diversas esferas una misma cosa os há aparecido, lo Bello: lo bello en el mundo material, lo bello en el mundo viviente, lo bello en el mundo humano, y en el mismo mundo humano lo que hay mas bello, la belleza moral, la mas alta cima de la belleza creada, y en nuestro Cristo la belleza divina unida á la belleza humana. Sí, Señores: dondequiera habeis reconocido mas ó menos brillante esa cosa eternamente seductora, cuya idea está en lo mas profundo de vosotros mismos, y cuyo encanto se os imponía con un irresistible poder, aun cuando no pudieseis encontrar su definicion ni sondear sus arcanos: habeis reconocido y saludado lo que la humanidad ha apellidado con este nombre lleno de magia: lo Bello. Lo bello, es decir, la verdad que resplandece, la armonía que resuena, el bien que brilla, la vida que se

abre poderosa y ordenada en su esfera. Lo bello, es decir, la unidad que irradia en la diversidad, y por esta irradiación hace relucir en vuestra alma inteligente y sensible, *el esplendor del orden*, es decir, la belleza misma.

Así es que desde el fondo de todos los espectáculos que mirais, de todas las armonías que escuchais en la creación, se desprende esta sencilla noción de la belleza, tal como la encuentro grabada en mi alma y tal como la hallo también en el fondo de la filosofía y de la estética de ese genio incomparable que se llama Agustín. Sí, la belleza es el esplendor del orden: *Splendor ordinis*. Unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, poder, armonía, todo esto entra en el misterio oculto de la belleza que busca el artista: pero todo se resume y se compendia en esta palabra sublime: el Orden. No el orden abstracto, vacío y muerto, sino el orden que vive, que obra, que irradia: sí; la verdad, la vida, el poder que resplandece en el orden, es decir, que lleva sobre sí el esplendor de la unidad. *Omnis pulchritudinis ratio unitas*, según la bella expresión de San Agustín. Hé aquí lo que en todos los grados de la jerarquía de los seres da el sentimiento de la belleza, excita la admiración y enciende el entusiasmo. Reproducirlo, expresarlo, hacerla a la imagen de la idea que de ella nos formamos, bajo el soplo del sentimiento que experimentamos, tal es el primer objeto de toda obra artística, y tal debe ser la ambición de todo verdadero artista.

Asimismo, lo que forma ante todo a un artista, lo que lo prepara al menos a la creación de las grandes obras maestras, es un modo superior y reservado a él solo, de ver lo bello que se manifiesta; de sentir lo bello que ve. Este golpe eléctrico es el que da al mostrarse la verdadera belleza al genio que la mira, y que al mirarla la ama, y bebe en esta mirada y es-

te amor la pasión de reproducirla y el poder de expresarla. Fuera de esto, podéis tener hombres mecánicos e industriales; hombres del arte, jamás; podéis contar los artesanos de la pintura, de la escultura, de la música, ver aun algo de poesía, pero buscareis en vano a los verdaderos artistas.

No: creedlo, si delante del orden y de la armonía que, emanando desde el fondo, brillan en la superficie de los seres, no tenéis la súbita intuición y el vivo discernimiento de la belleza; si como el filósofo, y mejor aún que el filósofo, vuestra alma no toca lo bello como él toca la verdad; si habéis menester de que al mostraros las obras maestras del arte o de la naturaleza se os diga: "Hé aquí la belleza;" si vuestro instinto no la adivina y no la siente, por decirlo así, como uno se siente a sí mismo; si vuestro ojo no tiene esa lucidez que la reconoce desde la primera ojeada, no: por más que hagais, jamás sereis ministro del arte. ¿Qué digo? Si en presencia de lo bello que reluce, es decir, ante el orden que resplandece, nada se conmueve, nada vibra, nada se estremece dentro de vos mismo; si esta armonía exterior no despierta en vos ecos profundos y no resuena por dentro más sonora aún que por fuera, si esta belleza contemplada un instante no imprime en vuestra alma una efigie viviente e indeleble de sí misma: otra vez os repito: ¡jamás sereis artista!

Avancemos aun más, y digámoslo sin temor de ser desmentidos por el verdadero genio del arte. Si vuestro corazón, sensible y puro hasta hoy, al menos con una pureza relativa, no sabe inflamarse con una casta pasión por las bellezas inmaculadas que os pasan bajo los ojos en el doble dominio del arte y de la naturaleza; si no participais en su presencia de la mirada de los ángeles y del corazón de los serafines en su beatífico cara a cara con la eterna belleza; o más bien dicho, si ángel y serafín vosotros mismos recor-

riendo aquí abajo toda la gerarquía de las bellezas que se pueden ver sobre la tierra, no subís escalon por escalon la misteriosa escala que os eleva de la contemplacion de las bellezas terrestres á la contemplacion de la celeste beldad; si de imágen en imágen no os elevais hasta su arquétipo eterno; si vuestra contemplacion de la belleza real no está bastante libre de la servidumbre de la materia para arrebatarnos sobre un soplo sublime hasta la contemplacion de la belleza ideal; en una palabra, si vuestro genio, llevado sobre las dos alas de una contemplacion mas alta y de un amor mas celeste, no emprende su vuelo para remontarse hasta el ideal mismo; no á ese ideal abstracto, vacío, estéril y muerto, el único que sobrevive á la extincion de las doctrinas espiritua- listas, sino á ese ideal concreto, sustancial, vivo que reside en Dios, y que es Dios mismo: jamás ¡oh! jamás, á pesar de la habilidad de vuestro método y de la perfeccion de vuestros procedimientos, jamás llegareis al punto culminante de la creacion artística, porque no pondreis nunca en vuestras obras un reflejo de esta divina belleza por la cual todas las cosas son bellas, y sin la cual no puede existir nada bello, ni en la naturaleza ni en el arte.

En efecto, Señores, notadlo bien: la belleza que el artista debe expresar en sus obras, no es únicamente la belleza real. La naturaleza sin duda puede y debe servirle de modelo; pero para ayudarle á buscar mas allá un modelo mas perfecto: el modelo eterno, inmutable, que se eleva sobre toda belleza pasajera y mudable, en una palabra, lo que en el lenguaje del grande arte se llama *el Ideal*.

¡Ah! Saludemos de paso este astro brillante del mundo artístico, verdadera estrella polar por la cual el génio del arte debe arreglar todos sus movimientos, y cuya inalterable luz debe alumbrar todas sus obras con un reflejo del infinito. El ideal, es decir,

esa perfeccion superior á todo lo que admiramos en la realidad, ese algo mas bello que todo lo mas bello que encontramos aquí abajo. El ideal, belleza celeste cuya revelacion tiene nuestra alma en su mas íntimo santuario, y que el génio del arte contempla desde las mas elevadas cumbres de su pensamiento vuelto hácia el infinito. El ideal que se os revela en la proporcion misma de vuestro génio, y que retrocede y se confunde en perspectivas mas lejanas, á medida que os acercais á él mas y mas por medio de las obras mas perfectas. ¡El ideal: eterna seduccion y eterno desengaño de las almas mas nobles tan impotentes para alcanzarlo como son vehementes para correr tras él!....

No obstante, tal debe ser la insaciable ambicion de todo artista digno de su vocacion y de su nombre. Lo que constituye el verdadero génio del arte, no es ni la intuicion ni la imitacion de las cosas creadas *tales como son y como se ven* en la realidad fenomenal; es la intuicion y la expresion de las cosas vistas á la luz transfiguradora de su ideal. El génio del arte es el poder de ver y de comprender este ideal en un grado superior, y de reproducirlo bajo una forma brillante. El génio del arte, es ese gran poeta que despues de un trabajo de veinte años, consagrado á la creacion de una obra maestra, quiere antes de morir entregarla á las llamas: tan léjos quedaba á sus propios ojos esta obra tan bella y tan admirada por la posteridad de ese ideal divisado por su génio. El génio del arte es Fídias; Fídias que, al decir de Ciceron, mientras esculpía una estatua de Minerva ó de Júpiter, esos tipos famosos del arte antiguo, no se contentaba con mirar un hermoso modelo humano para expresar su semejanza, sino que dirigía á la vez su pensamiento y su mano para comprender y expresar el tipo acabado de la belleza que contemplaba en sí mismo. El génio del arte vedlo en Rafael,

esa alma tan apasionada del ideal; Rafael que escribía de sí mismo: "como no tengo á la vista un modelo que me satisfaga, me sirvo de un cierto ideal de belleza que encuentro en mi alma." El génio del arte es Miguel-Ángel; Miguel-Ángel escribiendo en una poesía digna de Dante y de sí mismo, estas palabras que debieran meditar todos los verdaderos artistas: "Desplegando las alas para elevarse hácia los cielos de que ha descendido, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos y que es tan frágil como engañadora; sino se esfuerza con sublime vuelo, *por llegar al principio de la belleza universal.*" El génio del arte ¡ah! no temamos proclamarlo, es el cristianismo trasfigurando el alma humana; el cristianismo que sin renegar de los tipos de belleza creados por el génio de la Grecia, desde el fondo de las nubes que oscurecían el cielo de la humanidad pagana, ha descubierto el verdadero tipo de la belleza, tipo inalterable, eterno, que aun el génio pagano *entreveía* á través de sus espesas sombras, el Verbo increado, imágen de la sustancia del Padre, que ha podido decir al bajar de los cielos para mostrarse á la tierra: "El ideal, soy yo."

¡Oh belleza ideal, oh belleza celeste, oh belleza divina! Yo os saludo. Vos sois el verdadero sol del mundo artístico, y vos inundais el génio que os contempla, de inefable claridad: sol indeficiente, múltiple en vuestro centelleo y en vuestra atracción, pero único é idéntico con vos mismo en vuestra inmutable esencia y vuestro inextinguible foco.

Cosa notable en efecto; este ideal atrae á todo génio que lo contempla por su natural atracción. Pero esta atracción no es la misma sobre todos esos génios que lo miran y lo buscan. Como los planetas, en nuestro mundo solar, son atraídos por el sol en proporción directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de su distancia; así los génios gra-

vitan hácia el ideal universal en razón de su potencia y de su aproximación. Mientras mas sufren la atracción del grande astro, mas se remontan hácia él con sublime vuelo, mas sienten en sí mismos el aumento de esta fuerza que los atrae hácia las alturas. Y esta diferencia de atracción que el ideal ejerce sobre ellos, y la manera diversa con que reciben su luz y su calor; produce en su infinita variedad, todas las bellas flores del arte, así como el sol material siempre idéntico consigo mismo, produce en su variedad aun mas infinita, todas las bellas flores de la naturaleza. Recorred la superficie de la tierra: contemplad, á los rayos que la iluminan, ese hermoso manto de verdor que la cubre cual rica vestidura de gala; sobre esta superficie tan radiante de belleza contad, si podeis, todos los árboles, todas las plantas, todas las flores con sus géneros, sus especies, sus familias; contad todas esas formas plásticas de la belleza nacidas á los rayos de un mismo sol. ¿Por qué florecen todas esas plantas, todas esas flores de una manera tan prodigiosamente diversa? Os lo acabo de decir; es porque se asimilan de una manera diferente la misma luz y el mismo calor: y esta diferencia, resultado de sus predisposiciones naturales, hace relucir en la superficie de la tierra, en la naturaleza viviente, esta inenarrable variedad que es la perfección de su belleza.

Así os acaece á vosotros, grandes y poderosos artistas, sea cual fuere la esfera en que se despliegue vuestro génio. Sois diferentes por el modo con que mirais y amais vuestro comun ideal. A vosotros tambien os alumbrá la luz de un mismo astro; á vosotros tambien os enardece el calor de un mismo foco. Pero vuestra aptitud y vuestra atracción son diversas; la asimilación interior no es la misma, y vuestros productos exteriores son diferentes. Para cada uno, empero, y para todos el ideal concebido por vuestra

inteligencia, amado por vuestro corazón, atraído por todo vuestro ser, es el que fecundiza vuestro genio; y este genio del hombre inundado por esta luz y fecundado por este calor, este genio desplegándose en su poder, será la creación artística. Y si el alma es grande, la imaginación viva, el corazón ardiente, la inteligencia clara y práctica la mano, si á facultades poderosas conmovidas é inflamadas por el ideal sirven en vosotros la destreza adquirida y esa paciencia pertinaz que forma parte del genio; pero sobre todo si vuestra alma, ya grande y luminosa, ha sido engrandecida é iluminada aún mas por su contacto con el Cristo, es decir, con el ideal viviente: ¡oh! entonces será obra maestra; será en un grado superior lo que hemos denominado la expresión sensible de la belleza ideal bajo una forma creada; será la *creación* artística por el genio humano, es decir, el hombre imitando por su fuerza creadora las creaciones de Dios.

Os lo voy á mostrar.

## II.

Hemos dicho al principio: ser artista, es *crear la belleza*. Acabamos de ver al arte en presencia de su objeto propio, lo bello, retraído á su eterno foco el ideal sustancial, que no es otro que el Verbo increado. Ahora se trata de justificar esta palabra que es el grande honor del arte: *crear*. Ved aquí, señores, su rasgo verdaderamente característico; su fisonomía verdaderamente original: la potencia de crear; el hombre creando lo bello que expresa á la imagen del ideal que contempla; el hombre realizando por su fuerza creadora una belleza que es la obra propia de su espíritu, una hija luminosa de su genio. Visto á la luz de esta idea, la gran luz que revela la potencia artística, el arte no es un copista ni un imitador

mas ó menos feliz y mas ó menos experto; es verdaderamente un creador. Así concebido, el arte se nos revela en toda su verdadera grandeza, apareciéndonos como la potencia que mas nos hace á la semejanza de Dios, la potencia de hacer como Dios obras *creadas*, contemplando el ideal que él mismo contempla en sus creaciones.

Lo confieso, señores, esto es lo que sobre todo me impresiona personalmente en el arte; esto es lo que me inspira por esta cosa excepcionalmente grande en la humanidad, una especie de religiosa veneración: Hé aquí también lo que me señala en los verdaderos artistas, una clase de hombres verdaderamente aparte, una legión escogida que tiene su rango ilustre en el grande ejército de los genios, y como lo veremos luego, su función providencial en la obra total del progreso. No es ni una alabanza común, ni una vana lisonja la que dirijo con estas palabras á los maestros y á los príncipes del mundo artístico: proclamo una verdad que cede á su honor y gloria, reservándome mostrarles los deberes que esta verdad les impone y la vocación que les forma esta nobleza.

Sí, señores, la obra de arte es creación y el artista es creador, tanto á lo menos cuanto la gloria de esta palabra es compatible con la debilidad del ente finito; y en esto se distingue esencialmente el artista del filósofo, del sabio, de todo lo que no es él. El filósofo sienta principios y deduce conclusiones; comprende en algunos puntos las verdaderas relaciones de las cosas y las interpreta con palabras verídicas; pero como filósofo no crea. El sabio sorprende en el seno de la naturaleza algunos de los secretos de Dios; descubre lo desconocido; ensancha el horizonte del saber humano y lo ilustra con nueva claridad; no crea en el verdadero sentido de la palabra. Una cosa es comprender, otra producir; una cosa es inven-

tar, otra cosa es crear. El génio filosófico puede ser generalizador é iluminador; el génio científico puede ser inventor y en un sentido lato revelador: solo el génio artístico es creador; su frente radiante brilla con esta gloria que le está reservada. No es que un profundo filósofo y un sábio ilustre no pueda ser al mismo tiempo un génio creador; el mismo hombre puede ser á la vez gran filósofo y grande artista. Pero en este caso no es creador porque es filósofo; es creador porque es artista: y sea cual fuere la esfera en que su fuerza se despliegue, se señala por esta potencia compuesta de otras muchas, la potencia de hacer, como Dios, cosas creadas.

Sin embargo, una línea profunda y un abismo impasable separa aquí las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea á la vez en los seres que realiza, la sustancia y la forma; el hombre en las obras maestras que produce, crea tan solo la forma: pero de un lado y otro hay creacion, es decir, manifestacion de la belleza bajo una forma sensible por una potencia creadora. Y bajo este respecto la gloria de las creaciones del hombre consiste en asemejarse lo mas posible á las creaciones de Dios.

Para bien entender aquí lo que es la creacion humana, es menester entender un poco lo que es la creacion divina. Crear, en el sentido mas general de esta palabra, es manifestar en la realizacion del ser, una idea preexistente. Dios, por toda la eternidad, ve y contempla en su Verbo, es decir, en su propia inteligencia, los tipos eternos de todos los mundos y de todos los seres á que puede dar la existencia su infinito poder. Allí, en el seno del Verbo de Dios, reside en su inalterable esencia el ideal inmaterial é increado de todos los seres que aparecen en la creacion bajo una forma material y sensible. Dios ha hablado y todos estos seres cuya idea contemplaba en lo mas profundo de sí mismo, han aparecido bajo

la forma y en los límites determinados por su tipo eterno; *dixit et facta sunt*. Así se revela el sentido profundo de esta palabra, que es á la vez la luz de la ciencia y la luz del arte: todo ha sido hecho por él, *per quen omnia facta sunt*, y todo permanece y se sostiene en él, *et omnia in ipso constant*.

Así Dios, en tanto que es creador de los mundos y de sus maravillas, nos aparece bajo el punto de vista en que estamos, como el artista supremo. Su Verbo es su ideal, y el Universo es su obra. Al realizar todas las bellas creaturas que ha sembrado en este Universo obra de su mano, ha dado juntamente con la sustancia, una forma sensible á la belleza que contemplaba dentro de sí mismo en su arquetipo infinito. Los espectáculos transitorios que presenta á nuestras miradas en toda la creacion, no son sino una forma sensible del espectáculo eterno que contempla en sí mismo; y las armonías que hace resonar á nuestro oído en los conciertos de los mundos, no son igualmente sino una forma sensible de las armonías que él oye en sí mismo: ¡eterno concierto que Dios se canta y que escucha en lo mas íntimo de su ser! Y sin embargo ¿quién podría decir en lenguaje humano todo lo que el divino artista nos muestra en estos espectáculos, todo lo que nos hace oír en el fondo de esas armonías que son la belleza del Universo? ¿Qué magníficas é incomparables arquitecturas ha realizado su potencia creadora en la construccion del Universo, vasto templo en que habita y se revela á sí mismo! El Universo es un verdadero templo mas bello que todos los templos, y no hay arquitectura comparable á su arquitectura. — ¿Qué encantadoras pinturas ha sembrado á nuestros ojos el divino artista sobre el esmalte de las praderas, en la frente de las azucenas y de las rosas, en el cristal de las fuentes, en el plumage de las aves, en el azul del firmamento, y sobre todo, sobre ese rostro del hombre en

que se resumen todas las bellezas visibles transfiguradas sobre su frente por el reflejo de la invisible belleza!.... ¡Qué prodigiosas esculturas ha esparcido por dondequiera en este templo de la creación el cincel misterioso del divino escultor! Desde el humilde hisopo hasta la inmensa encina; desde las mas pequeñas plantas de nuestros jardines hasta los árboles gigantescos de los bosques vírgenes; y en el mundo animal desde el insecto mas diminuto hasta la mas colosal de las bestias: ¡qué variedad de líneas, qué elegancia de formas, qué pureza de diseño, qué prodigio de proporciones, qué perfección de pormenores y qué armonía de conjunto! En una palabra, al lado de las obras maestras de arquitectura y de pintura ¡qué obras maestras de escultura! Y del fondo de todos estos seres tan divinamente contruidos, pintados y esculpidos por la mano del divino artista ¡qué música resuena así en el movimiento que los arrebatara como en las brisas que los recorren! Música á ninguna otra semejante, vasta como el espacio, perpétua como la duración, grande como la creación: música verdaderamente universal en que se mezclan todas las voces, en que vibran todas las cuerdas, en que se estremecen todos los soplos, en que resuenan todos los rumores y en que todo ser creado deja oír, mas ó menos escuchado y mas ó menos percibido, su himno al Creador.

¡Gran Dios: cuán bellos son estos espectáculos, cuán bellas estas armonías! ¡Oh si pudiésemos oír á la vez todos estos conciertos que no se callan ni de día ni de noche, de un cabo al otro de la creación; desde el zumbido del imperceptible insecto en un rayo de sol hasta los tremendos rugidos del leon en el fondo del bosque, y desde la quejosa melodía del arroyuelo que murmura hasta la voz aterradora del trueno en medio de la mugiente tempestad! ¡Oh si pudiésemos tambien abrazar en el horizonte con una

mirada extensa como el Universo todas esas arquitecturas, todas esas pinturas, todas esas esculturas, todos esos espectáculos de la belleza creada; si pudiésemos en un momento ver, oír, gustar y respirar todas esas poesías de la tierra y el cielo! ¡Gran Dios! ¡Qué encanto, qué arrobamiento, qué éxtasis experimentaríamos aun en vista de estas bellezas terrestres á pesar de lo limitado y de la imperfección inherente á su creación misma!

Pero no; ver todos estos espectáculos, oír todas estas armonías, ¡imposible, imposible! Así como nuestra mirada no puede descubrir sino algunos rayos de esta belleza que reluce en el Universo, tampoco pueden llegar á nuestro oído sino algunos ecos de sus armonías. Así como hay para nosotros un horizonte de la vista que nos impide ver todo en los espectáculos que nos muestra la creación, así tambien existe un horizonte del oído que nos impide escuchar todo en los conciertos que esta nos canta.

Y aun cuando tuviésemos la facultad doble de ver todo lo que se muestra bajo el sol y de oír todo lo que resuena en el seno de la naturaleza, ¿cómo con los instrumentos que Dios nos da podríamos reproducir todos estos espectáculos contemplados, todas las armonías escuchadas? ¿Dónde encontrar los planos, los materiales y las máquinas para reproducir todas estas arquitecturas? ¿Dónde hallar el cincel para imitar todas estas esculturas? ¿Dónde los colores y los pinceles para reproducir todas estas pinturas? ¿Dónde instrumentos y voces para dejar oír ecos dignos de estos cantos de la naturaleza?... ¿Cómo con pocas cuerdas, una caña, algunas moléculas de madera, de cobre ó de acero, con un instrumento cualquiera por bien acordado que sea, cómo remedar el gemido de la mar contra la playa y el mugido de las olas en la tempestad, el canto de las hojas que se agitan al paso de la brisa, el suspiro

misterioso de todas las plantas que vegetan y florecen en la naturaleza? Sobre todo, ¿cómo imitar de alguna manera ese canto de las esferas celestes que Dios oye marchar en el espacio y que creaturas dotadas de una organización diversa de la nuestra, quizás también escucharían?...

No importa; si no podemos ver toda belleza que reluce; si no podemos oír toda armonía que resuena; si no podemos reproducir todos estos espectáculos ni repetir todos estos conciertos, al menos podemos en parte verlos, oírlos y expresarlos. Estos espectáculos y estos conciertos, si somos artistas, nos traen de grado ó fuerza juntamente con el encanto, el amor de la belleza creada; experimentamos la necesidad de delinear estas visiones que nos encantan y de repetir estas armonías que nos extasían; y tenemos la ambición de echar en nuestras creaciones humanas, una imagen de esta belleza que es la obra de Dios. Porque si Dios es un artista divino que lleva en sí mismo el modelo eterno de las bellezas que crea en el tiempo, el artista á su vez es un creador humano, cuya gloria consiste en comprender y reproducir algo de la obra divina.

¿Pero cómo? ¿Cómo imita el hombre artista en sus creaciones las creaciones divinas? ¿Es por acaso mirando únicamente estas obras creadas tal como se despliegan á su vista? No: es mirando como Dios, en Dios mismo su arquetipo eterno; es contemplando de una manera mas ó menos distinta en su Verbo divino, el modelo increado de sus obras creadas. ¡Oh no! No creais que nuestro artista creador se limita á la reproduccion exacta del ser creado que tiene á su vista. ¡Oh no! No abajeis la majestad de esta potencia creadora hasta no ver en ella mas que el calco ó la fotografía de la realidad *tal cual es*. Sería destituir al artista de su dignidad y de su ministerio; sería quitarle su fisonomía, su gloria y su corona.

¿Qué digo? sería aniquilarlo á él mismo. ¡Ah! La mirada de nuestro artista, creedlo bien, vé mas allá de todos los espectáculos de la creación espectáculos aun mas bellos; y su oído, me engaño, su alma escucha, mas allá de todos los conciertos de este mundo, melodías aún mas bellas.

Sí, el artista pintor ó escultor en la hora radiante de su inspiración, vé aun en la oscuridad de la noche pasar y repasar delante de él formas y bellezas que borran á sus ojos todas las bellezas de la tierra, formas aereas, visiones encantadoras, pero fugitivas, que iluminan y encantan su génio y que parecen no mostrarse mas que para desafiario á que las pinte tales cual se le han aparecido. ¡Ah: es que aun á través de todas las sombras de la tierra, nuestro artista creador vé brillar su ideal! Y el artista músico, en la hora de la inspiración, aun en medio del silencio oye voces que cantan en el fondo de su alma inefables conciertos. Porque, para él, el silencio tiene cantos; y todas las voces que oye en la creación viviente ó inanimada no pueden dar una idea de ese concierto íntimo que escucha dentro de sí mismo. ¡Ah: es que mas allá de toda música real que resuena en medio del ruido, escucha la música ideal!... Es que segun la bella expresion de uno de nuestros artistas poetas:

“Escucha ese silencio en que habla el ideal” (1)

Y él también puede decir de sí mismo:

“En medio á aquel silencio placentero

Escuchaba brotar, extasiado,

De armonías sin fin rico venero.”

Pero ¡ay! cuando el músico quiere hacer salir del instrumento inanimado que vibra bajo sus dedos, ó de las cuerdas conmovidas de su viva voz, algo de

(1) Víctor de Laprade.

esta música que escucha en el fondo de sí mismo, siente que no hace resonar exteriormente mas que débiles ecos de lo que escuchaba en su interior, y que sus esfuerzos, aun los mas felices, no consiguen sino perturbar para él mismo con sonidos rebeldes esas melodías inmateriales que parecen desconcertarse al pedir á la materia que las haga resonar. Tambien nuestro artista pintor ó escultor, cuando tomando el lápiz ó el cincel se esfuerza por reproducir, fijándolas, esas imágenes que ha visto pasar ante su mirada interior, ¡ay! siente que no hace mas que oscurecer con la sombra de su instrumento y de su mano la luz de ese ideal que brillaba hacía un instante tan esplendoroso y tan puro en el cielo de su pensamiento!...

¡Ah! Lo comprendo: si las artes son incapaces de representar aun toda la naturaleza y toda la realidad; si como acabamos de decirlo, la palabra, el color, el sonido, el cincel, el pincel, todos los órganos mas manejables y mas ingeniosos del arte no pueden ni reproducir todos los espectáculos, ni repetir todos los cantos de la creacion; ¿qué será, pues, cuando se trata de pintar, de representar, de reproducir, de expresar el ideal ó á lo ménos una imagen de éste?.... ¿Qué será cuando el artista se esfuerza por hacer esta imagen tan bella en su obra como lo es dentro de sí mismo? Un escritor que posee el gran sentimiento del arte, ha dicho: "lo que hay mas bello y mas divino en el corazon del hombre jamas sale de él; entre lo que se siente y lo que se expresa, hay la misma diferencia que entre el alma humana y las veinticuatro letras del alfabeto." (1) Lo que el escritor dice aquí de la palabra que expresa el alma humana, se puede decir de todo artista que se esfuerza por representar el ideal que lo seduce, lo en-

(1) Lamartine.

canta y lo atrae. ¡Ah! Es que entre el ideal tras que corre y los instrumentos de que se sirve, siente el artista no sé qué desproporcion infinita; es que su génio mide con terror la distancia que media entre lo bello que concibe y la obra que realiza. Débil como es y apegado como se siente á la superficie de la tierra, penetra, por medio de intuiciones mas ó ménos distintas, en las profundidades mismas de Dios; mira como con una mirada extática ese arquetipo de las cosas que Dios mismo contempla al darles la existencia; y esta potencia de ver y esta impotencia de expresar lo que vé, le produce inefables goces é inefables tristezas.

De aquí es que en toda gran creacion del arte hay dos momentos solemnes, dos horas que traen al artista creador sentimientos bien diferentes: la hora de la concepcion y la hora del alumbramiento; la hora de la inspiracion y la hora de la ejecucion; la hora en que ve pasar en el cielo del ideal la imagen de la belleza, y la hora en que quiere dar á su obra la forma de esta belleza soñada por su génio. ¡Ah, señores! Recojámonos un momento y contemplemos en el alma del artista ese misterio de gozo y ese misterio de dolor; contemplacion para quien sabe ver y comprender, mas conmovedora aún que la contemplacion de sus obras maestras.

Hay en las creaciones realizadas por el génio del arte, una hora sin igual, un momento incomparable para el artista, es lo que se puede llamar el paso del astro. Mirad á nuestro artista en la hora en que por la vez primera ve despuntar en el fondo del infinito, la idea primera de su obra. El astro de la eterna belleza sube poco á poco á los lejanos horizontes de su pensamiento creador. No es al principio mas que un crepúsculo; luego es la aurora, la aurora de la eterna belleza que dora con sus primeros rayos las altas cumbres de la inteligencia: y luego, á medida que

el astro se eleva; es el día, es el esplendor del medio día. ¡Oh, entonces cuál se derrama la luz en el fondo de esta grande alma; y en el seno de esta luz qué gozo y qué estremecimientos! ¡Con qué arrobamientos ve el artista, beatificado por sus propias visiones, brillar delante de él su pensamiento, su pensamiento radioso, etéreo, celeste y en cierto modo divinizado por su contacto con la divina belleza! ¡Cuál lo mira y lo admira en su candor virginal! ¡Cuál lo ama en su belleza inmaculada! ¡Cuál se estremece con un santo y angélico alborozo bajo ese rayo hermoso y ardiente que le deja ver y sentir ese ideal no expresado aún! ¡Cuál saluda con amor esa belleza que parece visitarlo desde el fondo del infinito que es su eterna morada! ¡Qué cielo radioso y profundo se despliega ante sus ojos; y en el fondo de este cielo qué magníficas estrellas parecen levantarse y responder á su llamamiento, diciéndole: "venos aquí!" En esta hora afortunada, ¡qué de armonías cantan en él y cuál escucha con trasporte ese silencio armonioso que semeja á la música de los cielos! En ese silencio del alma cara á cara con su ideal, ¡qué de voces se le figura oír y cuán melodiosas son estas voces! ¡Qué acentos desconocidos: qué notas misteriosas: qué sonidos sin nombre! Se diría que es la voz de los ángeles que entonan á su oído celestes conciertos. Se diría una vision del cielo que baja á la tierra: es como un anuncio de la cercana encarnación de la belleza de Dios en una obra del hombre. La belleza divina en efecto va á descender en una melodía cantada por la voz ó en una imagen trazada por la mano del artista.

¡Oh sí! Yo comprendo esta hora encantadora y este momento beatífico en la vida del grande artista. Pero ¡ay! despues de la hora del gozo viene la hora de la tristeza; despues de la hora de la concepción de la obra maestra, viene la hora de su parto. Este

parto es muchas veces mas doloroso que el de nuestras madres; ¿cómo contarlo con todos sus misterios de angustias, de terror, de tristeza, de tedio, de abatimiento, de desaliento y algunas veces de desesperacion? ¡Brillante predestinado del arte, noble escogido de la belleza que ha seducido vuestro génio! Habeis tenido un sueño espléndido, y este sueño os ha dado sobre la tierra uno como presentimiento del cielo. Mas hé aquí que llega la hora dolorosa; la hora de hallarse frente á frente con los obstáculos que la materia y vuestra flaqueza juntamente, van á oponer á la expresion adecuada de vuestro pensamiento, y ya sabeis que no podreis vencerlos ó que no los vencereis sino á medias. Adicto servidor, amante apasionado y, si me atrevo á decirlo, religioso adorador de esa belleza divina que vuestro génio ha visto pasar á una luz tan pura, sabeis que esta belleza jamás la expresareis, á lo ménos tal como la habeis visto brillar en ese rayo desprendido del eterno foco. Luchador encarnizado, tenaz, intrépido, vais á emprender entre la materia y vos mismo una gran batalla, y segun la expresion de un brillante escritor, (1) estais condenado á perderla. Ese ideal que os llama y os atrae y tras el cual corre vuestro ardor á través de mil obstáculos, estais seguro de que no lo alcanzareis jamás; y aun cuando hubierais ejecutado una obra maestra, aun cuando la humanidad entusiasta os condujera en sus brazos hasta la cima de la gloria, sentís que seríais vencido hasta en vuestro triunfo; y aun cuando el mundo entero gritara en derredor de vos: "¡Victoria, victoria!" una voz mas fuerte que el ruido del mundo gritaría todavía dentro de vos: "¡Derrota, derrota!" Tal es, empero, el precio de las obras maestras. El artista luchará á pesar de todo esto; combatirá, si es preciso, cuerpo

(1) Ernesto Hello.

á cuerpo con todas las rebeliones de la materia, con todas las repugnancias de su espíritu, con todas las asperezas de la ejecución. Entrará intrépido y tenaz en los dolores de su parto; se sumergirá, si es menester, en el torrente de todas las amarguras; aceptará todas las melancolías, todas las angustias, todas las agonías á que lo condena la ley de los trabajos fecundos y de los alumbramientos gloriosos. . . .

¿No lo veis desde aquí á ese valiente soldado del arte, á ese glorioso mártir de la belleza que se esfuerza por conquistar? Miradlo á las manos con la dificultad, á las manos con la materia, á las manos consigo mismo, con sus tristezas, su desaliento, sus terrores, su desfallecimiento; lucha, lucha todavía por realizar su ideal. Bajo el golpe de este ideal que lo ha herido, ¿cuál tiembla su alma y se estremece, cuál goza y sufre, se alza y vuelve á caer, espera y desespera y en cierto modo vive y muere bajo la luz que lo agobia, bajo el soplo que lo atormenta y, como dicen los poetas, bajo el Dios que lo oprime!

Entonces bajo esa frente espaciosa y pensativa que ya se ilumina, ya se oscurece, que sucesivamente se ensancha de gozo y se contrae de tristeza, se enciende de entusiasmo y palidece de terror; está pasando algo extraordinario: la fecundación silenciosa de la idea por el génio; la elaboración solitaria de ese orden que se efectúa interiormente entre los elementos del pensamiento, y que presto va á resplandecer exteriormente como la fisonomía de la belleza. Esta elaboración quizá será larga. Así como Dios en el principio, al menos según podemos creerlo, dejó á los elementos materiales de la creación siglos y siglos para preparar bajo el soplo que se extendía sobre su caos, este orden espléndido que es la belleza del Universo; así este génio desconocido, que la humanidad presto saludará como rey, habrá menester quizá de días y más días para crear en los elemen-

tos del pensamiento que fermenta, ese orden superior, esa imagen interna de su ideal, que encarnándose luego en la palabra, ó resonando en armoniosos ecos, pintándose en el color bajo un pincel milagroso ó desprendiéndose de un mármol inerte bajo un cincel mágico, va á seducir, al mostrarse, á la humanidad acudida en tropel para contemplarla.

Sea lo que fuere del tiempo, esté cerca ó lejos, para él debe sonar la hora grande y hermosa. También el artista pronunciará el *fiat lux* de la creación. Un día, á través de los elementos que parecían en su interior agitarse en el caos, emana la luz como en el principio, emana al través de la creación repentinamente iluminada. Inundado con esta luz y ardiendo de entusiasmo, experimenta la necesidad de hacer resplandecer exteriormente lo que brilla en su interior, y de comunicar á los demás esa pasión desinteresada por la belleza que lo ha seducido á él mismo. Y tomándolo con trémula mano el instrumento, ministro dócil y obediente de su génio creador, le dice: —¡Ea! hagamos una obra maestra; hagamos al menos una obra que brille con nuestra claridad, que arda con nuestra llama, que viva con nuestra vida: hagámosla bella por la unidad y la variedad, por la proporción y la armonía, bella, en fin, en ese orden que resplandece en nosotros; hagámosla á la semejanza de la imagen radiosa pintada en nuestra alma extasiada, así como esa misma imagen está hecha á la semejanza de la eterna belleza que ha centelleado sobre nosotros desde las profundidades del infinito.

Entonces, por un acto de voluntad régia, voluntad creadora en que la libertad y la espontaneidad, la inspiración y la reflexión se encuentran y se abrazan, todo lo que fermentaba y se movía en el interior estalla exteriormente en una aparición espléndida; acaece como con esas grandes flores de los tró-

picos, que han conservado largo tiempo en la oscuridad el misterio de su vegetación y su fecundidad, y que un día abriéndose de repente en expansión magnífica, bajo un rayo de sol, dejan ver toda su belleza esparciendo en derredor todo su perfume.

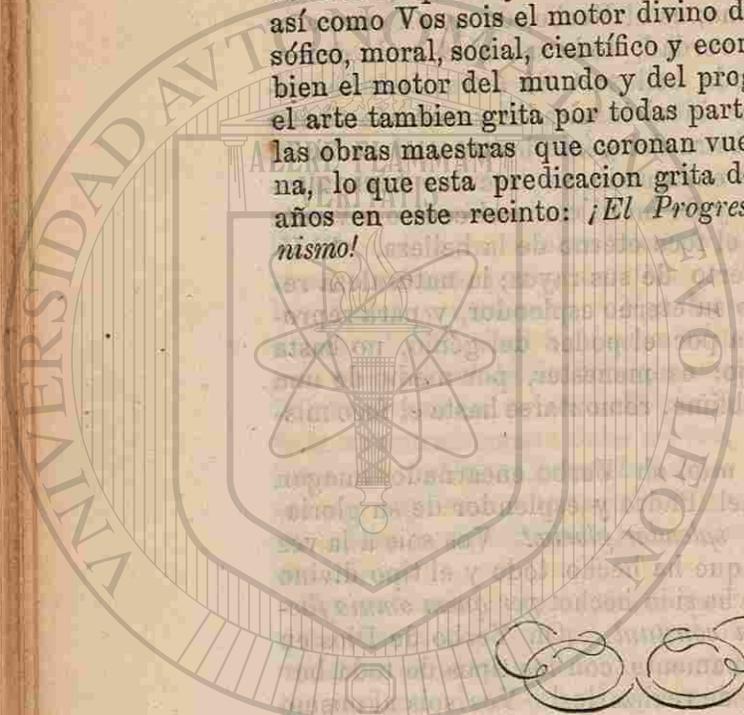
Entonces es cuando la obra artística, verdadera creación del hombre, se descubre al sol, como esas creaciones de Dios, después de sus largas y silenciosas elaboraciones, aparecieron á la luz. Y en tanto que el artista lleno aún de su ideal, triste y humillado quizá, mira su obra maestra, suspira y dice tocando su frente pensativa: "No es él;" la humanidad la admira y exclama: "Nos ha nacido una obra maestra." El ideal ha descendido sobre la realidad: esta obra ha salido de Dios pasando por el genio del hombre; y debe volver á Él por la glorificación que toda creatura humana debe á Dios, creador de todas las cosas. *¡Gloria in excelsis Deo!* gloria al Verbo eterno, supremo artista del Universo, centro de toda belleza, autor de todo genio é inspirador de todas sus obras!

De este modo, regresamos por otro camino á lo que hemos denominado la estrella polar del genio artístico, el ideal que brilla en el firmamento del arte y desde el fondo de Dios mismo lanza su claridad al alma del artista; y por él y con él volvemos á subir á su eterna mansión, al Verbo de Dios, causa eficaz é ideal supremo de toda creación. Visto desde esta cumbre divina, desde esta altura eminente, la única en que el genio recibe juntamente con su grande luz sus fecundas inspiraciones, el arte, bien lo veis, Señores, no solamente tiende hácia Dios, sino que en un sentido verdadero toca á Dios, porque este ideal tras el cual debe correr sin cesar, y mas ó menos expresar siempre, este ideal que se remonta tan alto sobre toda realidad, este ideal, que huye á medida que lo queremos asir en las profundidades

del infinito, este ideal que es el infinito mismo centelleando por todas sus facetas y en todas las esferas, este ideal, repito, en su verdad concreta y sustancial, es Dios mismo, es el Verbo, de quien emana eternamente toda verdad, toda santidad, todo orden, toda armonía, toda belleza. Sí: á través de los esplendores de este ideal inspirador y modelo divino de toda obra maestra del genio humano, Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado, se descubre á las miradas de mi razón y de mi fé como el centro viviente del arte y como el foco eterno de la belleza. El Universo está cubierto de sus rayos; la naturaleza refleja en el tiempo su eterno esplendor, y para reproducir esta belleza por el poder del genio, no basta alcanzar su reflejo: es menester, por medio de una contemplación sublime, remontarse hasta el foco mismo.

¡Sí, oh Dueño mío, oh Verbo encarnado, imagen de la sustancia del Padre y esplendor de su gloria, *imago substantiæ, splendor gloriæ!* Vos sois á la vez la fuerza divina que ha hecho todo y el tipo divino sobre el cual todo ha sido hecho: *per quem omnia facta et in quo omnia constant.* ¡Oh Verbo de Dios en quien reside eternamente con los tipos de toda belleza la potencia de realizarlos! Vos sois al mismo tiempo el ideal y el artista, el tipo y el obrero de todo lo bello que existe en este inmenso panorama de belleza que se llama Universo. Yo lo creo, yo lo veo, yo lo siento, yo tengo de ello absoluta certeza; sí, así como para llegar á la plena verdad es menester elevarse hasta Vos, así también para llegar á la contemplación de la belleza verdadera es menester elevarse hasta la contemplación de vuestra divina belleza. Sí; yo lo creo, y esto me hace estremecer de gozo: así como dais al genio de la filosofía la intuición y el amor de todo lo que hay mas verdadero; así como dais al genio de la santidad la intui-

cion y el amor de todo lo que hay mas puro; así tambien dais al génio del arte la intuicion y el amor de todo lo que hay mas bello. Sí, yo lo creo, *credo*; así como Vos sois el motor divino del progreso filosófico, moral, social, científico y económico, sois tambien el motor del mundo y del progreso artístico; y el arte tambien grita por todas partes, por la voz de las obras maestras que coronan vuestra frente divina, lo que esta predicacion grita desde hace quince años en este recinto: ¡El Progreso por el Cristianismo!



## CONFERENCIA SEGUNDA.

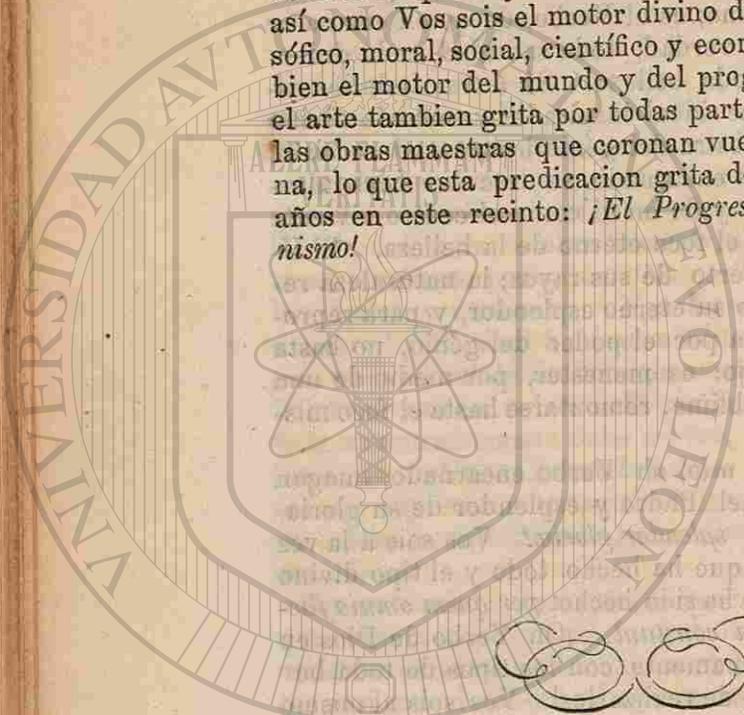
### Fin del Arte y vocacion del Artista.

Monseñor, (1)

HEMOS emprendido mostrar este año el *Progreso por el Cristianismo* bajo el punto de vista artístico, y hemos procurado establecer, desde el principio de nuestra carrera, como la antorcha que debe alumbrarla toda, la verdadera nocion del Arte. Expresion de la belleza ideal bajo una forma creada, el arte tiene por objeto directo é inmediato lo *bello*, es decir, el esplendor del órden; y considerado en sí mismo, en su acto propio y constitutivo, el arte nos ha sido revelado como una *creacion*; creacion humana hecha á la semejanza de las creaciones divinas. Tal es verdaderamente la esencia del arte y el honor del artista; el hombre por su potencia finita creando la belleza ó la forma armoniosa de las cosas, mirando su ideal, así como Dios, por su potencia, crea juntamente su sustancia y su forma, mirando el ideal eterno que contempla en su Verbo, y que es su Verbo mismo. Privilegio singular que hace

(1) Monseñor Darboy, Arzobispo de Paris.

cion y el amor de todo lo que hay mas puro; así tambien dais al génio del arte la intuicion y el amor de todo lo que hay mas bello. Sí, yo lo creo, *credo*; así como Vos sois el motor divino del progreso filosófico, moral, social, científico y económico, sois tambien el motor del mundo y del progreso artístico; y el arte tambien grita por todas partes, por la voz de las obras maestras que coronan vuestra frente divina, lo que esta predicacion grita desde hace quince años en este recinto: ¡El Progreso por el Cristianismo!



## CONFERENCIA SEGUNDA.

### Fin del Arte y vocacion del Artista.

Monseñor, (1)

HEMOS emprendido mostrar este año el *Progreso por el Cristianismo* bajo el punto de vista artístico, y hemos procurado establecer, desde el principio de nuestra carrera, como la antorcha que debe alumbrarla toda, la verdadera nocion del Arte. Expresion de la belleza ideal bajo una forma creada, el arte tiene por objeto directo é inmediato lo bello, es decir, el esplendor del órden; y considerado en sí mismo, en su acto propio y constitutivo, el arte nos ha sido revelado como una *creacion*; creacion humana hecha á la semejanza de las creaciones divinas. Tal es verdaderamente la esencia del arte y el honor del artista; el hombre por su potencia finita creando la belleza ó la forma armoniosa de las cosas, mirando su ideal, así como Dios, por su potencia, crea juntamente su sustancia y su forma, mirando el ideal eterno que contempla en su Verbo, y que es su Verbo mismo. Privilegio singular que hace

(1) Monseñor Darboy, Arzobispo de Paris.

del artista propiamente dicho un hombre aparte, y de todos los verdaderos escogidos del arte una legion selecta; legion brillante y poderosa á la vez en que cada uno vale segun la medida de su potencia de crear, y brilla por la gloria y el esplendor de sus obras.

Despues de haber respondido á esta cuestion preliminar: ¿qué cosa es el arte? ¿cuál es la verdadera nocion del arte?, debemos responder á esta otra cuestion que suscita necesariamente la primera: ¿para qué es el arte? ¿cuál es el fin y el destino del arte? En otros términos: ¿cuál es en la humanidad la verdadera vocacion y la función providencial del artista? Todo privilegio impone deberes; toda nobleza obliga; toda aristocracia compromete. Es, pues, bien sencillo el que despues de haber establecido, con la verdadera nocion del arte, la dignidad del artista, investiguemos hoy su ministerio, determinando el fin que debe alcanzar y el destino que le toca llenar en la obra general del verdadero progreso del mundo. Se trata esta vez, no ya únicamente del objeto propio é inmediato del arte, que es crear lo bello; se trata de un fin superior á él mismo; se trata de saber lo que todo artista, Cristiano ó no, debe proponerse en esta creacion de la belleza que es su acto y su objeto propio.

Aquí, Señores, encontramos delante de nosotros esa grande aberracion artística que, no ha mucho, había mas ó ménos invadido el dominio del arte; aberracion radical que se expresaba en esta fórmula verdaderamente impertinente: *el arte para el arte*. El arte para el arte, es decir, el arte para sí mismo, es filosófica y estéticamente el absurdo en primera línea; y no haré á esta vana fórmula el honor de llevar el peso de un discurso y de llamar por una hora la atencion de esta grande asamblea. Nada hay en la creacion que sea por sí ó para sí. ¿Por acaso

el sol es para el sol? ¿Es el rio para el rio? ¿Es la flor para la flor? ¿Por ventura el hombre mismo es para el hombre? No: la flor, y el rio, y el sol, y el hombre, así como la creacion entera, son para la mayor gloria de Dios: *ad majorem Dei gloriam*. Esto supuesto, ¿por qué había de ser el arte para el arte? El arte, como todo lo demas, es para un fin superior á sí mismo. El cielo del arte, como el cielo de la naturaleza, tiene por fin último narrar la gloria de Dios, *caeli enarrant gloriam Dei*. Y aun antes de tocar á este fin absolutamente supremo, el arte tiene un fin mas cercano á él; tiene un ministerio social ante la humanidad, y este fin y este ministerio es lo que quiero mostraros en esta conferencia.

El ministerio del arte, Señores, su gran funcion social es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es Dios mismo. Sí: elevar á los hombres atrayéndolos hácia las alturas, imprimir á la humanidad, por un movimiento de abajo arriba, una direccion ascensional y una marcha progresiva: ¡artistas que me escuchais! no lo olvideis jamás, hé aquí vuestra vocacion sublime, vuestro ministerio verdaderamente régio. La humanidad para quien trabajais, sea cual fuere su grandeza y su progreso, necesita siempre que la eduquen, porque su educacion no es jamás completa. A vosotros toca tomar vuestra parte generosa en este glorioso ministerio; á vosotros toca el ser, con otros muchos que cooperan á la misma obra, los brillantes educadores de esta humanidad que tiene la vocacion de subir siempre y de no descender jamás: á vosotros toca, en una palabra, *elevar* las generaciones que os admiran, arrastrándolas con vosotros mismos en el sentido de su verdadero destino.

Para establecer esta vocacion de los artistas, no recurriré á consideraciones extrañas al asunto; la mostraré saliendo del arte mismo, de la naturaleza

del arte, del génio del arte, de la potencia del arte.

Las cosas creadas llevan en su naturaleza misma la señal de la vocacion que les ha marcado el Creador; en la naturaleza del arte, por tanto, tal como la hemos definido y mostrado en nuestra primera conferencia, es en donde quiero buscar el primer signo revelador de esta noble vocacion de Dios marcada al artista: *eleva* la humanidad. Subir y atraer á lo alto es la naturaleza y la esencia misma del arte. El artista nació para elevar, como el ave para volar, como el líquido para fluir, como el viento para soplar, como la llama para brillar, como la savia para florecer, como el pecho para respirar, como la inteligencia para pensar. Esta funcion es de tal manera inherente á la naturaleza del arte que el artista no puede abdicarla, no solamente sin faltar á la vocacion que deserta y traiciona, pero aun sin delinquir contra el arte mismo que deshonra y aniquila. Todos los espíritus grandes y nobles dan á este destino del arte su sufragio unánime, y cual nosotros, hacen emanar esta vocacion del artista de la naturaleza y de la esencia misma del arte. Pueden variar acerca de los medios para alcanzar el fin, pero están de acuerdo sobre la evidencia y la necesidad del fin. "El arte, dice un autor célebre de los últimos tiempos, auxilia y favorece los esfuerzos del hombre para elevarse á su fin, es decir, hácia el infinito; su fin es levantarle de la tierra é imprimirle un movimiento de ascension." No ha mucho, en el lugar mas elevado de la literatura francesa, uno de los cuarenta de la Academia pronunciaba estas palabras, dignas de hallar un eco de simpatía en la predicacion cristiana: "Es un error el creer que para ponerse al alcance de

la multitud, el arte esté obligado á descender: no tiene mas que llamarla á lo alto para que suba con él." En efecto; no se trabaja en el arte para bajar de las alturas é ir á buscar á la muchedumbre donde esta se encuentra, poniéndose á nivel suyo; se trabaja en el arte para llamar á la multitud hácia las cumbres en que uno mismo habita; se trabaja en el arte para encender á los ojos de las turbas autorchas que las alumbren y les muestren con sus reflejos los caminos ascendentes del porvenir y del progreso. José de Maistre decía en su lenguaje original: "En un concierto, cuando la tónica baja, todo baja;" y recíprocamente cuando la tónica sube, todo sube. Que los artistas, los literatos, los poetas, escuchen esta verdad que les es tan gloriosa, si saben comprenderla y practicarla. A ellos mas que á nadie toca el dar la tónica y la dominante del gran concierto de las almas, á ellos toca subir para elevarlas consigo mismos.

Este fin superior á sí mismo que se debe proponer el arte, no escapaba á los paganos ilustres que aplicaron á la teoría del arte una parte de su grande ingenio. Aunque eran paganos no pensaban que el arte debiese limitarse á mover, aun honestamente, la fibra de la sensibilidad humana, ó á no ser para la humanidad mas que una simple diversion. Reconocían al arte una vocacion mas régia: querían que elevase y engrandeciese el alma humana. Aristóteles buscaba en él un medio de purificacion y de elevacion. Hé aquí porqué anhelaba porque se representase en el arte mas bien el tipo ideal de los hombres y de las cosas que su realidad trivial, y que se ofreciese á las miradas mucho menos el hombre tal como es en la realidad vulgar de su vida, que el hombre tal como debe ser conforme á su tipo ideal. Platon abusó de esta idea proscribiendo del arte todo lo que no ofrece el dechado de la perfeccion consumada.

da y de la belleza acabada, bajo el doble punto de vista físico y moral. Era la exageracion de una verdad, á saber que el arte, la escultura, la pintura, la arquitectura, la música, el drama, teniendo por mision elevar y engrandecer, deben presentar á la admiracion lo que hay mas grande y lo que hay mas elevado.

Y á la verdad, Señores, si había paganos que llevasen tan alto el ministerio del artista, ¿qué no podremos exigir nosotros, apóstoles de Jesucristo? No es menester que yo haga notar lo que el Cristianismo pide aquí al artista ante Dios y ante la humanidad. Si llama á lo alto lo que hay mas ínfimo, con mucha mayor razon llama á lo alto esa cosa esencialmente ascendiente, cuya naturaleza es subir siempre. Y si el Cristo, motor universal de todos nuestros progresos, grita á los mismos economistas, poniendo su ciencia y su industria al servicio de nuestras necesidades materiales: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demas se os dará por añadidura," ¿qué no dirá á los artistas, cuya funcion es responder á nuestras necesidades mas generosas y mas elevadas? ¡Ah! Me parece oírlo gritar desde lo alto del cielo á esta raza escogida: Buscad primero la gloria de Dios y la grandeza de la humanidad, y las obras maestras nacerán por sí mismas al soplo de esta ambicion dos veces sublime, y la grandeza de la humanidad y la gloria de Dios buscadas por vuestro génio, se reflejarán en la grandeza y la gloria de nuestras mismas obras.

Pero, Señores, entremos un poco en lo íntimo de las cosas y veremos mejor cómo la naturaleza y la esencia misma del arte le imponen esta vocacion gloriosa: elevar á los hombres. Aquí, sin volver atrás, podemos apoyarnos en la base sentada en la primera conferencia y aceptar nuestro punto de partida para marchar adelante.

Segun lo que se ha dicho acerca de la esencia y la naturaleza de la obra artística, el arte, sea cual fuere, exige esencialmente del artista estas tres cosas conexas: la contemplacion, el amor y la expresion de la belleza ideal; una mirada para verla, un corazon para amarla, una mano para expresarla. Tales son los tres elementos ó, si quereis, las tres potencias que concurren simultáneamente á la creacion de la obra de arte, y todas tres atestiguan en el arte la funcion y en el artista la obligacion de *elevar*.

Sí, Señores, el primer acto de toda creacion artística es una mirada lanzada sobre el ideal mismo de la belleza; es la contemplacion, en algun modo intuitiva, de esta belleza infinita que reluce sobre el génio del hombre desde las profundidades de Dios. Sin este ojo abierto para mirar el ideal, ya lo hemos dicho, no hay verdadero artista. ¡Hombres que llevais con honor ese grande nombre de artista! Ved ahí vuestra actitud natural; y os conviene guardarla y comprender el ministerio que os impone. A vosotros, aun mas que á la humanidad en general ha dado Dios una frente sublime, un rostro que mira al cielo. En pié sobre las mas elevadas cumbres de la vida humana, es menester que contempleis sin cesar, mas alto que toda beldad y toda grandeza finita, el ideal de la infinita belleza y del infinito grandor; y seducidos los primeros por este encanto de la hermosura y de la grandeza infinitas, debeis tomar nuestro pensamiento sobre las alas de vuestro pensamiento, y llevarnos con vosotros, como hace el águila con sus pequeñuelos, hácia esas regiones etéreas y puras, á donde el ideal os atrae por su propia atraccion. Por vosotros y con vosotros, tambien el alma del pueblo debe mirar y ver en ese mundo superior que se descubre á vuestros ojos. Porque el principio de su grandeza es la contemplacion de todo lo que es grande y de todo lo que es bello; y sus con-

templaciones preparan sus ascensiones; son por lo menos su primera condicion.

Así, pues, ¡artistas mis hermanos! empezad por arrancar nuestros ojos con los vuestros de las realidades tenebrosas y triviales; hacéndonos mirar con vosotros ese mundo de luz sin sombra y de belleza sin mancha. Y aun cuando pinteis á nuestros ojos la realidad palpable, ¡oh! mostrádnos, remontándose sobre ella, la idea que hace ver mas alto y mirar mas lejos. Sí: hacéd que os gritemos: ¡A lo alto nuestros ojos con vuestros ojos! ¡Arriba nuestros corazones con vuestros corazones! ¡*Sursum corda, sursum corda!* Porque si habeis menester de una mirada para contemplar el ideal, el arte os dice tambien que os es necesario un corazon para amarlo; habeis menester de una contemplacion sublime de la belleza ideal, sí, pero es fuerza que esta contemplacion sea una contemplacion tierna, ardiente, arrebatada, entusiasta. Es que, en efecto, para alcanzar vuestro objeto, no debeis únicamente elevar la mirada de las turbas con vuestra propia mirada hácia todo lo que hay mas grande, mas perfecto, mas divinamente bello; debeis sobre todo elevar, juntamente con su corazon, sus afecciones y sus amores. Lo que, mas que ninguna otra cosa detiene á los individuos, á las familias y á los pueblos en su marcha ascensional, es la gravitacion de los corazones hácia las cosas ínfimas; y lo que precipita su marcha hácia los abismos de la degradacion es el abatimiento del corazon, es la caída de sus amores. Hé aquí porqué he puesto un día delante de vosotros, como el motor universal del progreso, el corazon de Jesucristo atrayendo á sí todos los corazones y arrastrándolos en el movimiento de ascension infinita que lo arrebató á él mismo. ¡Ah! Es que el corazon es el centro de la vida y que el amor es su peso, *pondus meum amor meus*. Adonde se inclina mi corazon se inclina mi vida entera, y por

dondequiera que voy, mi amor es quien me lleva, *quocumque feror amore feror*. Así pues, si quereis que la humanidad se eleve, hacéd que sus amores suban con su corazon: *sursum corda*. Elevad los corazones, elevad los corazones, os digo, y elevareis la humanidad entera. ¡Ah! Nuestros corazones se inclinan, se hunden bajo la presion de todos los sensualismos que los vientos de este siglo hacen pasar sobre nosotros. ¡Nos ahogamos en esta atmósfera espesísima! ¡No veis cómo por todas partes las cosas bajas, viles y algunas veces inmundas hacen inclinar nuestros corazones al par que nuestros ojos, y desarrollan en ellos de una manera que espanta, las tendencias bajas y groseras? ¿Quién vendrá á levantar nuestros afectos levantando nuestros corazones hácia las cosas sublimes? ¿Quién vendrá á arrancarnos de estas degradaciones del corazon y de estas decadencias del amor? ¿Quién nos hará amar lo puro, lo santo, lo bello, lo invisible, lo infinito, Dios mismo?... ¡Artistas! Con tal que querais, lo hareis vosotros. Esta es verdaderamente vuestra vocacion: sí; apasionaros noblemente, y hacer apasionar á las turbas con vosotros, de todo lo que hay mas grande, mas bello y mas divino: hé aquí lo que el arte mismo exige de vosotros, porque como lo diré mas detenidamente, no se llega á ser grande artista sin un amor sublime.

Juntamente con la contemplacion y el amor de la belleza ideal el arte os pide su expresion: y hé aquí, ante todas cosas, lo que nos muestra en la naturaleza misma del arte, esa función generosa del artista que designo con la palabra *elevare*; este trabajo de la expresion es en efecto un trabajo de elevacion; es un esfuerzo para subir. Expresar por medio de la energía del trabajo el ideal visto por el ojo y amado por el corazon, es como si dijerais, exprimir la materia, apretarla en su mano bajo su soplo y bajo el

peso de su génio, para hacer brotar de ella la claridad del espíritu. Trabajar, trabajar mas y mas para desprender de las tinieblas de lo falso el esplendor de lo verdadero; de las disonancias del mal las armonías del bien, y de las formas de lo feo la verdadera fisonomía de lo bello: decidme ¿no significa todo esto la misma cosa, es decir, una lucha generosa contra los descensos de la vida, un esfuerzo para subir y hacer subir consigo mismo las generaciones que contemplan, admiran y aplauden? Estas tres cosas que unen como en un mismo trabajo al filósofo, al santo y al artista, es decir, la verdad, el bien y la belleza, ¿no son como las tres faces del infinito irradiando sobre el alma humana? ¿Y quién no ve que hacer reflejar en una obra una de estas tres faces de Dios, es invitar á las almas á elevarse hasta Dios, y que así toda expresion del ideal es una llamada á buscar el infinito?

Sin duda que el artista en su vuelo hácia lo ideal no abandona enteramente lo real. Busca en la realidad misma reflejos de ese ideal que contempla, que ama y que quiere reproducir; reconoce, ama y admira en la naturaleza los vestigios de Dios. Porque mientras mas artista es uno, mas comprende y siente en la naturaleza la obra divina. Pero la gerarquía de las bellezas creadas que solicitan á la vez su mirada, su corazon y su mano, lo hace remontarse de la tierra al cielo, de la naturaleza á Dios, y de la belleza imperfecta á la beldad perfecta. Como los santos apasionados por el amor divino, si el artista echa una mirada á las bellezas de la tierra, es para percibir mejor la belleza del cielo; si toca á la materia, es para mejor transfigurarla en la claridad del espíritu; si pinta, esculpe y reproduce la belleza de los cuerpos, es para hacer brillar mejor á través de otros cuerpos la belleza de las almas; en una palabra, si representa las realidades colocadas aun en los gra-

dos mas ínfimos de la naturaleza, es para mejor mostrar por encima de todas, el ideal que centellea sobre ellas desde las profundidades del infinito, y por este medio hacer que se remonten con él las almas encadenadas por su génio y arrebatadas por la belleza de sus obras.

¿Comprendeis ahora, Señores, cómo el arte con estas tres cosas, la contemplacion, el amor y la expresion de la belleza ideal es esencialmente una elevacion, un vuelo, un arrebató hácia esta belleza infinita que contempla, que ama, y que se esfuerza por mostrar? ¡Ah! Es que esta belleza que expresa es la verdad que se muestra, es el bien que sonríe, es el órden que resplandece en la obra del artista; es un atractivo, un encanto, una seducción; un atractivo de lo invisible; un encanto del cielo; una seducción de lo divino: y el arte cediendo á este atractivo, y comunicando esta seducción santa, os aparece como el *sursum corda* de la humanidad. Es el *sursum corda* pintado sobre la tela, esculpido en el mármol, grabado en todas las obras maestras de arquitectura, y resonando en las obras maestras de la armonía. Sí; el artista, sea pintor ó arquitecto, esultor ó músico, si es fiel á su ley, dice y repite sin cesar, en sus obras llenar de la claridad de su ideal, el *sursum corda* de la humanidad ascendente: "A lo alto las miradas, á lo alto los amores, á lo alto todos los movimientos de la vida." Soy artista, y, fiel á mi vocacion, gravito hácia mi polo y busco mi estrella: soy artista; como tal, subo con todas mis potencias hácia todo lo que está en las alturas; arrebató en mi camino todas las almas nobles que sufren el rechazo de esta belleza que ha herido mi génio; y digo mostrando á todos alguna cosa de esta belleza que contemplo, que amo y que expreso en mis obras: ¡*Sursum corda!*... ¡Vamos á lo alto, vamos á lo infinito, vamos á Dios! ¡Ah! Es que mi arte es un apostolado,

mi ministerio un sacerdocio y mis obras una predicacion. Mi palabra muestra y revela á Dios, centro de toda belleza, así como otras lo revelan y lo predicán como centro de toda verdad y de toda santidad. Y haciendo brillar en obras maestras esta faz, la mas atractiva del infinito, atraigo hácia esta belleza todo lo que está sujeto á su imperio, y digo mostrándola de lejos: ¡Subid á ella y abrazadla; porque vuestra alma está hecha para este eterno himeneo, cuyo presentimiento me da sobre la tierra una fruicion anticipada del cielo, y cuya revelacion tengo en el fondo de mi propio génio!....

En efecto, Señores, el génio mismo del arte, con los instintos que le son propios, es aquí para nosotros la segunda revelacion de la funcion del arte y de la vocacion de los artistas.

## II.

Hasta aquí, para conocer la verdadera funcion del artista, no hemos considerado mas que el arte en sí mismo; y acabais de ver que el arte, por sus exigencias mas elementales, convida al artista á la sublime mision de *eleva*r á los hombres, elevando juntamente con sus miradas y sus amores todos los movimientos de su vida. Ahora, Señores, entremos en el génio del arte; penetremos con respeto en este santuario íntimo, en que el alma grande de un artista recibe sus revelaciones y sus inspiraciones, y vereis cómo lo que el arte nos grita ya tan alto por su naturaleza: *¡sursum corda!*, el verdadero génio del arte nos lo grita mucho mas alto. Nos lo grita con estas tres voces que no forman sino una sola, con la voz de sus aspiraciones indispensables, con la voz de sus inevitables sufrimientos y con la voz de sus invencibles necesidades; es decir, con todas las voces que salen del fondo mismo del génio del arte para proclamar su vocacion.

¿Qué significa el génio del arte? Significa las predisposiciones naturales que predestinan un artista á la creacion de obras maestras. Las aspiraciones, las necesidades, los sufrimientos mismos están en relacion providencial con las vocaciones que Dios forma; designan la funcion, atestiguan el destino. Y vais á ver cómo tambien el génio del arte lleva en estas tres cosas la señal auténtica y régia de su vocacion, *eleva*r la humanidad. Pongo aquí por testigos á los hombres verdaderamente predestinados, por don del Cielo, al ministerio del arte, al menos á aquellos que tienen de ello un sentimiento profundo; y me atrevo á esperar que ni uno solo desmentirá, por su *verbo interior*, esa palabra que va á proclamar por fuera lo que experimenta por dentro.

Ante todas cosas, Señores, hay una disposicion innata que caracteriza eminentemente el instinto artístico y el verdadero génio del arte: es la aspiracion necesaria, no solo hácia lo que hay mas grande y mas bello en la naturaleza y en la humanidad, sino la aspiracion hácia lo que está *mas allá* de la naturaleza y de la humanidad. Mostrad á un artista la cosa mas bella de la naturaleza, encuentra que no es bastante bella. Mostradle la mas bella obra maestra del arte; encuentra que no es bastante bella: aspira *mas allá*. Así como el viajero llegado á las mas altas cimas de las mas elevadas montañas quisiera subir aun mas alto, y sumerge su mirada aun no satisfecha en las profundidades azuladas que parecen huir en lo vago del infinito, así el génio del arte, llegado á las cumbres mas espléndidas de la belleza natural y de la belleza artística, busca en el firmamento de la belleza y en el cielo profundo de su propio pensamiento estrellas mas brillantes, y mas encantadoras visiones. Su facultad de aspirar no se sacia jamás; dice sin cesar: "Aun mas alto y aun mas lejos, aun mas lejos en el campo de la perfeccion; aun mas alto en

las regiones del ideal." Así como Xavier exclamaba en un sueño de ambición apostólica, *amplius, amplius*; aun mas reinos que conquistar, aun mas almas que salvar, el artista exclama en su insaciable ambición del *mas allá*: "Aun mas perfección que realizar, aun mas belleza que hacer resplandecer." Para el filósofo no hay jamás bastante verdad; para el santo no hay jamás bastante santidad; para el artista no hay jamás bastante belleza. Hay artistas, bien lo sé, que tropiezan en la realidad y allí pretenden detenerse. Veremos lo que se debe pensar acerca de esta grande herejía artística, que arrebató al arte su corona, humilla al génio y derriba la estatua de la belleza. Pero por ahora afirmo que lo que hacen al tropezar con los límites de lo real, no lo hacen como artistas. En el génio descarriado hay dos seres que no componen mas que uno; el artista y el hombre: hay el hombre con sus instintos bajos, sus sistemas estrechos, sus preocupaciones miserables, y aun quizá con sus costumbres depravadas y sus hábitos perversos; y este hombre, convengo en ello, puede detenerse allí. Pero el artista, si es verdaderamente artista, salta las barreras de la realidad, rompe las paredes de esta oscura prisión, y lleva en sus aspiraciones verdaderamente ascensionales la señal irrecusable de su verdadero destino.

Un hombre de nuestros tiempos, hablando con cierta pompa de esta grandeza del arte, no ha temido escribir y estampar estas palabras: "Cuando por la vez primera se descubre la vida real, y penetrando en su estructura, se comprende el mecanismo admirable de sus partes, esta contemplación basta, no se desea *nada mas allá*." Por el honor del arte y la gloria de los artistas, ó mas bien dicho, por el honor y la gloria de la humanidad, elevo desde lo alto de esta cátedra mi protesta solemne contra semejantes doctrinas: no hay aquí un hombre verdaderamente

dotado del génio artístico que, en el fondo de su alma, no proteste conmigo contra una afirmación que miente á la vez á la naturaleza, al génio y al destino del arte. Señores, yo apelo aquí á la mejor parte de vosotros mismos, á esa parte de nuestra vida mas noble y mas régia, y os conjuro á que me respondais. ¿Es verdad que cuando habeis comprendido todo el mecanismo admirable de la vida real, y habeis querido pintarla ó esculpirla en una obra inmortal, es verdad que esta contemplación os basta, y que vuestro génio, llegado á las Columnas de Hércules de su ambición satisfecha, no pide ya nada *mas allá*?... ¡Oh, nó! decís, esto no es verdad; y todos en este momento con el testimonio de nuestras almas hambrientas de infinito, protestamos contra esas teorías degradantes que dicen al génio del arte procurando contenerlo en la frontera de la realidad: "No irás mas allá." ¡Oh, nó! El verdadero génio no se deja encerrar así en la prisión que se procura construirle: escucha con supremo desden esas doctrinas de abatimiento antipáticas á sus invencibles aspiraciones; cubre con un desprecio soberano esas teorías rastreras que pretenden quitarle sus alas y abatir su vuelo, y lanzándose por encima de todas esas barreras que groseros sistemas alzan delante de sus arranques ilimitados y sus eminentes ambiciones, dice desplegando sus alas y mirando al cielo: "¡Mas allá, aun mas allá, siempre mas allá!" Y con esta tendencia verdaderamente indestructible porque es de su misma naturaleza, el grande artista se siente llamado á subir él mismo y á arrebatarse consigo la humanidad que va tras él, hácia las cumbres mas elevadas: porque aspira á la perfección infinita, á la belleza infinita, al esplendor infinito, nos llama consigo á las profundidades del infinito.

Hay en el fondo del génio artístico otra disposición que revela su destino; es una especie de tédio,

y no sé qué sentimiento de su destierro que experimenta en el seno de la realidad, lejos de la belleza que entrevé y busca. No sé ya quién fué el primero que profirió esa frase que se ha hecho célebre: "No hay gran génio sin melancolía: *non est magnum ingenium sine melancholia.*" Esto es verdad, sobre todo del génio artístico. Hay una melancolía miserable que se consume á sí misma en pesares egoistas y tristezas estériles; pero hay la gran melancolía que es la señal y el privilegio del génio. El génio siente y lleva consigo los abismos del vacío, y en este vacío muchas veces el *tédio indefinible*. Lo hemos notado ya: todo lo que ve y todo lo que hace le parecen terriblemente apartado de la belleza que entrevé, que lloraría por ello á veces con lloro inexplicable. Tiene una vista de la perfeccion y de la belleza que le hace sentir cruelmente en todo lo que toca la imperfeccion y la fealdad de la realidad; y esta distancia, medida por su profunda mirada, entre la belleza que percibe y la realidad que toca, hace pasar sobre su frente esa régia melancolía que es quizá lo mas bello que hay que ver en el rostro del verdadero grande hombre. De igual manera ¡cosa asombrosa y sin embargo verdadera! en donde el vulgo muchas veces no halla sino placer, él siente tristeza; es que en lugar de encontrar allí lo que puede saciarlo, halla en el fondo mismo de sus goces lo que un jóven prematuramente arrebatado por la muerte llamaba con tanta exactitud *una deliciosa fuente de tormentos*. "El brillo de una tarde, la calma de un paisaje, una brisa de primavera, la pureza divina de una frente de vírgen, un verso, un canto, todo esto le da el gozo de sentir lo que es bello: pero ¡cuál lo llena tambien de sufrimientos (1)!" ¡Ah! Es que, en efecto, para las naturalezas privilegiadas todo esto

(1) Tonnelé.

no es mas que un relámpago, un vislumbre de esa belleza cuya imagen adorada llevan impresa, y cuya realidad incapaz de alcanzarse siempre se esconde y se escapa.

Tal es aquí abajo la situacion de los amantes apasionados del invisible ideal. Detenidos, como el comun de los hombres, en la superficie de la tierra, en la cautividad de la carne y la servidumbre de los sentidos; lejos, muy lejos de esas regiones adonde el génio aspira á elevarse, padecen al pié de la letra, el *mal de patria*. Ven desde lejos su verdadera patria, y tienen en el corazon la nostalgia del desterrado; desterrados como están, en efecto, cual sobre una playa extranjera, semejantes á los hijos de Israel, divisan en los remotos horizontes su Jerusalem tan brillante y tan bella, resplandeciente con los fulgores de su ideal, suelo natal de su génio. Al ver su tristeza tan despegada de las cosas terrenas, diríais que han caído de su cielo en este valle oscuro. Como esos expatriados de que habla el poeta, no se consuelan de su destierro, sino es reproduciendo en las obras de sus manos alguna cosa de esos esplendores que divisan á través de las sombras del valle, sobre esas alturas iluminadas adonde, á su pesar, vuela su pensamiento para contemplar el sol de la patria. De esta manera el génio del artista abriga, en estas bajas regiones en que habita nuestra vida, el sentimiento del desterrado. Así tambien su esfuerzo supremo es disminuir la distancia que lo separa de su suelo natal; es remontarse, á fuerza de ímpetus generosos y de trabajo pertinaz, hácia esta verdadera patria de las almas, donde la belleza en su esplendor infinito convida á gozar de la dicha de su propia contemplacion á lo mas escogido de la humanidad.

¡Ay del artista que no siente nada de este mal de la patria ausente; que fija en lo real y lo vulgar su habitacion favorita y se complace en ella cual en u-

na patria! ¡Ah! Ese no es verdadero artista; si acaso tiene el talento, le es desconocida la vocación. En lugar de subir y de elevarnos consigo, bajará y arrastrará con él una humanidad descendiente; en lugar de emprender, tomando una dirección de lo bajo á lo alto, su vuelo ascensional hácia ese cielo de la belleza adonde tenía la misión de arrebatarse las almas, se arrastrará por la tierra, corriendo en las más bajas regiones, guiado por vislumbres engañosos, tras las formas de lo trivial y los espectros de la fealdad; y volviéndose contra su propio objeto, conspirando contra su propia grandeza, hará descender, en vez de *elevarla*, esta humanidad cómplice de sus caídas y sus decadencias.

Al contrario, si el genio del arte es fiel á sí mismo, si conserva ese noble sentimiento que lo caracteriza, si siente al contacto de la realidad esa melancolía del ideal ausente, buscará, trabajando por remontarse hácia él, consolaciones generosas; y dará á la humanidad que lo mira y lo aplaude, impulsos sublimes. Desarrollará en sí mismo y en los demás todas las tendencias que nos acercan al cielo y á Dios; sobre todo, suscitará y engrandecerá dentro de sí y en torno de sí esta necesidad de noble estirpe, que nos eleva naturalmente hácia todo lo que es sublime, quiero decir, la necesidad de admirar: tercera disposición natural que conduce á lo alto al verdadero genio del arte.

En efecto, Señores, juntamente con la necesidad de aspirar y de gemir que acabamos de ver en el fondo del genio del arte, existe otra necesidad, una noble y generosa necesidad, que le imprime, lo mismo que á la humanidad entera, un verdadero movimiento de ascension: es la necesidad de admirar. Admirar fuera de sí, con un sentimiento desinteresado, todo lo que lleva la señal de la belleza, y provocar en los demás, por medio de obras brillantes, una ad-

miración semejante á la que uno mismo experimenta: hé aquí lo que eleva el alma de los artistas, y con ella la grande alma del pueblo, enamorado y ennoblecido á la par por el encanto de la verdadera belleza. La admiración de lo bello que resplandece en las obras maestras del arte no es únicamente la señal de las almas grandes, es una excitación á la grandeza, es una impulsión hácia todas las cosas sublimes. El amor de lo bello es un amor vasto, profundo, sublime; se apodera de las almas más bellas y más nobles, las invade por sus lados más elevados; por su absoluto desinterés tiene algo de celeste. La admiración, no la admiración de mando ó asalariada, sino la admiración de instinto y espontánea, tiene de particular el ser un sentimiento esencialmente generoso porque es absolutamente desinteresado. Hace más de dos mil años que la humanidad pasa, admirándolas, delante de ciertas creaciones del genio, sin buscar en ellas otro interés propio que el placer mismo de admirarlas. El egoísmo no entra para nada en una admiración sincera, y todo lo que está libre de egoísmo, es noble, elevado, grandioso. Hé aquí porqué la admiración tiene el poder de engrandecer y de elevar consigo misma las almas que visita sobre la tierra este sentimiento, que tiene no sé qué de celestial. Acepto como absolutamente verdadera esta graciosa fórmula de un autor contemporáneo (1): "La admiración es el sol de las almas." En efecto, como el sol, la admiración alumbra; como el sol, la admiración calienta; como el sol, la admiración vivifica; como el sol, la admiración fecunda, engrandece y eleva al mismo tiempo. Así como el sol hace subir, atrayéndolas, las flores que se vuelven hácia él, así la admiración hace subir hácia la belleza las almas que admiran. La belleza perfecta, dejándose ú-

(1) Lévéque.

nicamente entrever aun en una obra imperfecta, invita á subir á ella: eleva al admirador hácia la perfeccion del objeto admirado. ¿Qué digo? En esa hora ardiente y fecunda, en que el hombre sufre en su plenitud el dulce y noble imperio de la admiracion, esta lo iguala, en cierto sentido, al génio que se la inspira, y se ha dicho con soberana razon: *admirar es igualar*.

Ved luego aun al hombre vulgar, pero sin embargo bastante grande para no estar privado de la gloria de admirar; miradlo en el momento en que se halla bajo el hechizo de una cosa grande y bella que admira. ¡Ved cuál centellean sus ojos: cuál alumbrá su rostro una llama ardiente, y cuál su fisonomía descubre á su alma toda entera! Este hombre parece transfigurado: diríais, al verlo, que no tiene mas que tocar su frente, abrir sus labios ó extender la mano, para realizar un milagro de génio comparable al que admira. ¡Tan grande es el poder de la admiracion para engrandecer las almas, y darles con el arrobamiento de un gozo sublime y desinteresado, un aumento de vida, de fuerza y de fecundidad! Hé aquí lo que acaba de mostrar en el génio del arte la mision de *eleva*: el génio del arte es la facultad de admirar y de hacer admirar; y es propio de la admiracion elevar á la altura del que la produce, y hacerse mas ó menos á la imagen de la belleza y de la grandeza que se admira. Así, pues, ¡oh artistas! á vosotros que habeis recibido el don de arrebatá la admiracion, con el encanto de la belleza que resplandece en vuestras obras, á vosotros toca henchirnos de afectos de admiracion por la celeste belleza, y al par que nuestra admiracion, arrebatá nuestras almas hácia el cielo.

Tales son, Señores, los tres instintos que descubro en el verdadero génio del arte y que, revelándosenos con sus tendencias sublimes y sus ambiciones ge-

nerosas, nos revelan en él la vocacion de engrandecernos y de elevarnos. En presencia de estos arranques naturales y estas invencibles ascensiones del génio artístico, que nos dejan ver en él una de las mas poderosas palancas de que quiere servirse la Providencia para levantar de abajo arriba nuestras generaciones humanas, tan prontas á las caídas y á las decadencias, me pregunto con horror lo que debo pensar de las teorías y de las prácticas artísticas, que tienden á precipitar el arte sobre todo lo que es ínfimo, vulgar, grosero, sensual, material, real y nada mas que real; que quisieran detenerlo allí, fijarlo allí, y en nombre de una ciencia nueva, prohibirle que mire mas léjos y ponga mas alto la mira. En verdad que me veo obligado á responder: esto no tiene mas que un nombre en nuestro idioma; esto no es solamente abdicar la vocacion y hacer traicion á la humanidad; es la profanacion del arte y la prostitucion del génio.

Decidme, los que estais marcados con el sello del génio y brillais con su resplandor, ¡oh! decidme, ¿por qué lo habeis recibido del Cielo? ¿Por qué habeis nacido de la raza de las águilas, sino es para ir á contemplar el sol? ¿Y para qué vais á contemplarlo sino es para traernos su luz y hacer recaer sus rayos sobre nosotros? ¿Por qué ha encerrado Dios en vuestro seno, como la mejor parte de vuestro génio, un corazon rico de amor, capaz de los afectos mas celestiales y de las aspiraciones mas santas, sino es para inflamar nuestros corazones juntamente con los vuestros, con los mas puros y mas castos amores? ¿Y por qué hay en la destreza y habilidad de vuestra mano de artista, esa facultad casi divina de crear la belleza ideal, que es el encanto sagrado de vuestra inteligencia y de vuestro corazon, sino es para elevarnos con vosotros hácia todo lo que hay mas sublime, man san-

to, mas celeste, mas perfecto, en una palabra, mas ideal? ¿Porqué, en fin, en el fondo mas íntimo, mas luminoso y mas puro de vuestro génio mismo, existen esas aspiraciones hácia el *mas allá*, esos arranques hácia las bellezas del cielo, esa melancolía en presencia de las fealdades de la tierra, y esa insaciable pasión de admirar y hacer admirar todo lo que refleja á Dios y nos aproxima al infinito? ¿Para qué sirven, sino es para llenar la mision que encomienda Dios aquí abajo á todo lo que es superior, es decir, para elevar hasta vosotros la humanidad que os admira, y arrebatarla con vosotros hácia Dios, hácia el cielo y hácia el destino?... ¡Ah! La humanidad, entiendo la humanidad que ha conservado el respeto hácia sí misma, posée, sin que poder alguno sea capaz de desarraigarlo, el instinto del ministerio que Dios os encarga en presencia de ella, y para ella. Desde el fondo de sus tinieblas y su abatimiento, os suplica que la hagais levantarse de sus caídas, y la eleveis hasta el esplendor de la luz, y la conduzcáis á la patria de las cosas sublimes. Y yo, intérprete aquí de las súplicas y de los gemidos de esta insigne decaída, de esta triste desterrada, yo os grito en su nombre: ¡Mostradnos algo del esplendor de nuestra verdadera patria; inundadnos con su claridad; embriagadnos de entusiasmo por todo lo que es grande y por todo lo que es bello, bello sobre todo por la celeste belleza; ponednos sobre vuestras alas de fuego, arrebatadnos, hechizadnos, y haced que se vuelva en pro de la perfeccion y del engrandecimiento de nuestra raza, ese poder incomparable del arte, que se tornaría para ella en terribilísima potencia de abatimiento, si dejara un día de ser, lo que tiene vocacion de ser, una potencia de elevacion! Hé aquí el tercer punto, que acabará de poner en claro la vocacion del artista.

Hé aquí, en efecto, Señores la gran cualidad que atestigua en el arte la vocacion de elevar: *el poder*; poder verdaderamente dominador y verdaderamente régio; dignidad real tanto mas eficaz y tanto mas segura en sí misma, en cuanto se hace obedecer sin necesidad siquiera de dar ningun orden. La obligacion de trabajar en elevar la humanidad está en razon directa del poder que se ha recibido; y aquí las responsabilidades son proporcionales á los poderes. De igual manera, lo que hace á los artistas responsables ante la humanidad de una gran parte de sus decadencias, es el poder inherente al arte mismo. ¿Cómo mostraros en toda su plenitud el poder del arte? Hemos dicho que el arte es la creacion humana hecha á imitacion de la creacion divina: ahora bien, la creacion es la señal del poder, y segun la expresion de un autor contemporáneo, es su punto culminante. Yo creo en el poder de Dios, porque creo que ha creado el cielo y la tierra: *Credo in Deum patrem omnipotentem creatorem cali et terræ*; creo en el poder del génio artístico, porque ha creado la obra maestra que arrebató mi admiracion; y así como el poder del artista resplandece en su obra, el poder de su obra resplandece en la humanidad, y funda en ella su imperio. Este poder de las obras del arte tiene una cosa singular y particularmente gloriosa para el artista, y es que es esencialmente propio, rigurosamente personal, absolutamente independiente y autónomo, en el mejor sentido de esta palabra. Las casualidades, el azar, nada tienen que hacer con él; y digan lo que digeren ciertas teorías, las *circunstancias*, los *tiempos*, el *medio*, no *crean* las obras maestras. Si soy artista, he recibido del Creador el don de crear con él, con

sujecion tan solo á Dios, de quien todo depende así en las artes como en los imperios; mi poder es mio y mi creacion me pertenece. Mi obra es el fruto de mi personalidad que se ha vuelto fecunda; es el crecimiento y la fructificacion ingénuu de mi yo creador, es la expansion fecunda de todas mis facultades reunidas para crear. En esta creacion artística que es mi propio parto, no pongo solamente, como el padre al engendrar á su hijo, una prolongacion de mi sangre; pongo en ella todo lo que mi ser contiene mas puro, mas elevado, mas generoso, y si me atrevo á decirlo, todo lo que es mas verdaderamente yo, mi pensamiento, mi imaginacion, mi voluntad, mi libertad, mi trabajo, mi sufrimiento, mi sudor, mis lágrimas quizá, y en el trabajo y el sudor, tambien un poco de esa carne y de esa sangre necesarias al ejercicio regular de mis facultades, es decir yo mismo todo entero.

De aquí, Señores, se origina en el hombre artista la inmensidad de sus responsabilidades en vista de la mision que la Providencia le confía. Es evidentísimo, en efecto, que el hombre, en lo que hace es tanto mas digno de ser llamado á juicio en el tribunal de Dios y en el tribunal de los hombres, cuanto mas personal es su poder en su naturaleza, y al mismo tiempo mas voluntario y mas libre en su ejercicio. Ahora bien, como acabais de verlo, nada hay mas inherente á la personalidad, que la creacion de la obra de arte, y al mismo tiempo, nada mas libre y menos fatal que el ejercicio de las facultades artísticas. Así pues, aun sin ir mas léjos, podemos medir ya la responsabilidad que impone al artista el poder de su arte, y al par que la responsabilidad que le impone, la vocacion que le forma. Pero lo que manifiesta mas que todo esta responsabilidad y esta vocacion del artista, es que su poder, tan esencialmente libre y personal, es á la vez el mas enérgico, el mas exten-

so y el mas popular; el mas enérgico por la fuerza que lo constituye, el mas extenso por la esfera en que se despliega, el mas popular por la simpatía que lo hace aceptar.

Es el poder mas enérgico por la fuerza misma que lo constituye. En efecto, Señores, ¿quién dirá de qué es capaz este poder tan autónomo, tan personal, tan verdaderamente humano, para la felicidad ó la desgracia, para el progreso ó la decadencia del pueblo que está sujeto á su dominacion? Es semejante al poder mismo de la palabra; porque el arte es una palabra, y como la palabra, ya sea que se manifieste para el reino del bien ó ya para el reino del mal, es verdaderamente dominador, y la humanidad en su conjunto no lo resiste. Quiera ó no quiera el artista, si ha estampado en su obra el sello régio del génio, esta obra reinará; mancillará ó purificará, pervertirá ó santificará, abajará ó elevará, segun su génio haya seguido ó violado su ley, llenado su destino ó traicionado su vocacion. ¿Quién de vosotros, Señores, no podría ser aquí testigo viviente de este admirable, pero tremendo poder que el génio del arte ejerce sobre el alma humana? ¿Quién no lo ha sentido pasar sobre sí y dentro de sí, atravesando las esferas diversas en que el arte impera con sus obras maestras? ¿Quién no ha resentido en lo mas íntimo de su sér, en el sentimiento del bien ó en el sentimiento del mal, el golpe misterioso, pero profundo, de una armonía que resonaba, de una estatua que se alzaba, de un cuadro que se desplegaba, de un edificio que se elevaba, de un drama que se representaba, de un poema que cantaba, de una elocuencia que hablaba? ¿Quién no se ha estremecido bajo este golpe victorioso? ¿Quién no ha caído, quizá, proclamando la potencia que triunfaba sobre él? ¡Ah! La humanidad procuraría en vano protestar contra esta dignidad real del arte: inútil protesta, que ni impe-

diría á su trono establecerse, ni á su cetro extenderse, ni á su potencia reinar. Asimismo, la humanidad se sujeta á ella sin soñar siquiera en libertarse; léjos de protestar, aplaude; léjos de sacudir el yugo, lo busca; léjos de juzgarse humillada, se tiene por feliz y se enorgullece. Así tambien el artista que ha obligado á la palabra, al pincel, al color, al sonido, á hacer lo que quiere, entra como en triunfo en la ciudad de las almas conmovidas á su paso; entra con una fuerza que no es la violencia, sino la verdadera dominacion, y las almas inclinándose en su presencia, gritan en derredor de su carro triunfal: Tú eres nuestro rey, y nosotros somos tus súbditos.

Si me preguntais en qué estriba este imperio prodigioso que el arte ejerce sobre nosotros, no es muy difícil adivinarlo: es que el poder del arte que resplandece en una obra maestra, es una grande alma que se muestra; es una gran fuerza que se manifiesta, y que manifestándose por fuera tal como es por dentro, da sus sacudimientos á las otras almas y les comunica por el encanto de la belleza verdadera, ó por la fascinacion de la belleza falsa, la pasion del bien ó el contagio del mal. Sí, Señores: una alma en su plena vitalidad y en su total energía, una alma grande, fecunda, enérgica, una alma de gigante manifestándose en presencia de las turbas, en una obra maestra, y diciéndoles con la voz de su produccion: Mirad, héme aquí; héme aquí con mis virtudes ó con mis vicios, con mi perfeccion ó con mi corrupcion, con mi santidad ó con mi perversidad; en una palabra, la personalidad, pero una personalidad excepcionalmente poderosa y comunicativa, conteniendo en sí misma todos los elementos de una dignidad real latente, y descubriéndose de súbito exteriormente, y mostrando en una obra esencialmente autónoma, original y de expresion asombrosa, la señal auténtica del génio creador: hé aquí todo el misterio de la mages-

tad artística. Es que esta obra del artista, este cuadro, esta estatua, esta armonía, es la manifestacion brillante, simpática y seductora de la persona humana: es la expansion interior de sus energías interiores; es una alma luminosa, ardiente y robusta, es decir, llena de luz, de amor y de fuerza, resplandeciendo bajo la mágia de sus formas sensibles, y dando á las demás almas una impulsión mas ó menos decisiva, pero siempre real y siempre eficaz. La expresion de esta alma, manifestándose en toda su fuerza, es en el órden moral semejante á la agitacion de una onda conmovida, que se va comunicando sin interrupcion; mejor dicho, es como una electricidad que hace correr por toda la cadena el estremecimiento dado al primer eslabon.

Hé aquí lo que engrandece asombrosamente el imperio que este poder se crea él solo produciéndose en la humanidad; al propio tiempo que es, en sí mismo, el mas enérgico por la fuerza que lo constituye; es el mas extenso por la esfera en que se despliega; esfera á veces inmensa, formada en torno de su dignidad real por la triple dimension de la duracion, del espacio y de la humanidad. Tal es, en efecto, el carácter de las grandes dominaciones, de aquellas sobre todo que aspiran á un imperio mas ó menos universal: formarse súbditos en todos los puntos de la duracion, en todos los puntos del espacio, y en todos los grados del género humano: no tener por frontera de sus dominios ni una fecha en el tiempo, ni una barrera en el espacio, ni una clase de hombres en la sociedad: y hé aquí la dominacion que se forma en el mundo la potencia del génio con la creacion de sus obras maestras.

Ante todas cosas, se forma un imperio que dura por sí solo mas que el imperio de las dinastías mas largas y mas seculares. Este poder que resplandece hoy como explosion espontánea de una gran vitali-

dad en flor, no se desvanecerá como tantas otras, á la llegada del mañana, sobre las alas del tiempo que huye como el imperio que se forma. Esta potencia permanece: continúa viviendo y reinando: se diría que ha comunicado á su obra creada algo de lo increado; y su aparicion en el tiempo parece tener algo de la eternidad. Su obra se forma un imperio largo como los siglos; y estos siglos que pasan, léjos de aniquilarla, multiplican su accion; y en lugar de arrebatar en su oleada el pedestal sobre que descansa en el universo, lo elevan y le traen juntamente con el sufragio de las generaciones que pasan saludándola, ante su magestad inmortal, un acrecimiento de fuerza y eficacia. Lo largo de su reinado en la duracion, no lo iguala sino la extension de su dominio, y la universalidad de su accion en la humanidad. El filósofo y el sábio obran directamente sobre una fraccion, y de ordinario sobre una parte mínima del género humano; el artista obra sobre la humanidad misma. El language filosófico y científico habla á un corto número; el language artístico habla á todos y es entendido por todos. Algunos comprenden y explican el prodigioso imperio que el arte ejerce en la sociedad humana; pero todos lo sienten aun sin comprenderlo, todos sufren su influencia aun sin explicársela.

Hé aquí lo que da al artista una responsabilidad verdaderamente incomensurable. Produciendo fuera de sí mismo lo que hay en él mas personal, mas libre y mas elevado, lo produce para todos y lo manifiesta rigurosamente á todos, sin distincion alguna. Porque es propio del language del arte el ser una palabra esencialmente universal, independiente de toda convencion; es inteligible á todos, y su fin es decir á todos cosas que elevan las almas, todas las almas, y hacerlas oír en la esfera mas vasta. Bien podemos proclamarlo; jamás ha aparecido la esfera en que se

manifiesta el poder artístico tan vasta como hoy: y vuestras exposiciones, mas y mas universales, tienden á formarle cada día un imperio tan grande como el mundo.

Lo que acaba de completar en la humanidad este imperio del artista, es que el poder del génio artístico encuentra, para afianzar su dominacion, un auxiliar y un cómplice en el fondo del alma humana, que conspira con el génio para someterla á su dulce, pero omnipotente yugo. Hay en el alma humana, por vulgar que sea, el instinto natural y la inextinguible necesidad de la imitacion; instinto muchas veces ciego en el seno de las turbas, de que el génio se sirve á su antojo, como de una poderosa palanca, para elevarlas ó abajarlas, para impulsarlas al progreso ó precipitarlas á la decadencia. Hemos dicho que el artista contempla el ideal; ama este ideal que contempla, y tiene necesidad de imitar este ideal que contempla y que ama; quiere dar á esta forma ideal vista y amada en sí mismo, la forma plástica de la belleza. Ahora bien, notadlo, esta necesidad del hombre artista es tambien, hasta cierto punto, la necesidad del hombre-pueblo. Si fuera de otro modo, la multitud humana, como el animal irracional, pasaría sin conmoverse, así delante de las mas bellas obras maestras, como delante de las grandes maravillas de la naturaleza. El hombre-pueblo tiene necesidad de admirar, mas de lo que se piensa; se complace en la vision de cosas grandes, bellas, sublimes; y él tambien tiende á amar lo que contempla, y á imitar y á expresar lo que ama, no como el artista en las obras de arte, sino, lo que tiene muy diversas consecuencias, en las acciones y la realidad de la vida. Este instinto popular, abandonado á sus ímpetus libres, tiende por sí mismo hácia lo que está arriba. Como tambien acaece con el artista.

ta, Dios no le ha dado tan solo una frente sublime para mirar al cielo; le ha dado una alma bastante grande para buscar lo infinito; y él también grita desde el fondo de esta alma, que entrevé la infinita belleza y la grandeza infinita: *sursum corda*; en presencia de las visiones sublimes, siente nacer en él amores sublimes, y los amores sublimes lo arrebatan, con su ímpetu natural, hacia todas las cosas sublimes.

Pero, poned cuidado, esta noble necesidad de la grande alma popular puede extraviarse, y se extravía en efecto muy á menudo. La belleza y la grandeza convienen tan perfectamente á su lado sublime, siente por ambas una pasión tan sincera y á veces un entusiasmo tan sencillo, que aun su simple apariencia y su semejanza engañadora tienen el poder de encantarla, de seducirla y de dominarla.

Hé aquí también, Señores, cuál es la mayor perversión del arte en presencia del destino, y la mayor prevaricación de los hombres artistas ante la humanidad. ¡Es engañar ese régio instinto del alma popular; es dar al error el rostro de la verdad y al vicio la fisonomía de la virtud, ante sus ojos deslumbrados por el encanto de la belleza ficticia; es sobre todo, como luego veremos mejor, hacer prevalecer en las obras del arte la belleza del cuerpo sobre la belleza de las almas, y las sensaciones de la carne sobre las impresiones del espíritu: es, en suma, por un espantoso abuso del poder y de la dominación, manifestar para abajar, para corromper y para pervertir, toda la energía, fuerza, talento y génio que se ha recibido para purificar, sanar y elevar el alma humana, es hacer de ese pueblo engañado, cuyas pasiones y perversos instintos se lisongean, el ludibrio de sus propios aplausos y la víctima de su admiración; dándole á aplaudir como obras maestras del arte y milagros del génio, las ignominias de un arte

perverso y algunas veces las mogigangas de la belleza enmascarada; es en fin, voltear insolente y sacrílegamente el arte en sentido inverso de su destino, condenándolo á hacer descender todo lo que debía hacer subir, y á hacer gravitar hacia la nada lo que debiera hacer gravitar hacia el infinito!...

...

Hé aquí que he hablado de la vocación del artista proclamada por el arte mismo, por su naturaleza, por su génio, por su poder. ¡Qué vocación es tal vocación! ¡Qué ministerio tal ministerio! ¡Nobles predestinados del arte! ¡Á vosotros mas que á nadie toca comprender, al par que vuestra dignidad, la gran misión que esta os impone en nuestra humanidad, que quiere engrandecerse sin cesar y elevarse siempre!...

Pero, Señores, permitidme que os pregunte aquí: ¿no hay entre vosotros desertores de su vocación, y apóstatas de su sacerdocio? ¡Ay de mí, ay de mí! No puedo menos que confesarlo; cuando despues de haber visto en el firmamento del arte, la pura estrella que debe guiar vuestras marchas ascensionales, vengo á mirar la tierra y á echar una ojeada sobre el dominio de las artes, tal como tienden á formarnos ciertos génios rebelados contra su destino, experimento en mi alma no sé qué sentimiento indefinible en que la indignación parece mezclada con la tristeza; y exclamo en vista de estas prevaricaciones y de estas apostasías: ¡Qué! ¡Han recibido el don del cielo y no hacen uso de él mas que para manchar la tierra! ¡Han recibido el beneficio de Dios, y ¡oh ingratitud!, parece que no se sirven de él sino para profanar la humanidad! ¡Tienen en su génio mismo el poder de remontarse hasta el cielo; y hé

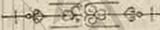
aquí que no muestran en la abyeccion de sus obras sino la profundidad de sus caídas!... ¡Qué! ¡Debían arrebatarnos y llevarnos consigo, como los ángeles del paraíso, al cielo de los espíritus, y hé aquí que nos hacen descender con ellos, ángeles caídos y degradados, á las mas bajas regiones de la carne, inferiores aun á la esfera natural de nuestra vida!...

¡Artistas: nobles hermanos y brillantes auxiliares de nuestro apostolado! No juzgueis hostil ni severa una palabra que, al proclamar la grandeza de vuestra dignidad y la gloria de vuestra vocacion, tiene derecho de señalaros vuestros deberes y de protestar contra vuestras prevaricaciones. Yo reconozco, por otra parte, que todo el arte contemporáneo no ha repudiado, no, su dignidad, ni faltado á su vocacion. Un país que ha visto aparecer tan recientemente las obras de los Flandrin y de los Ingres, puede aun, con razon, enorgullecerse de sus artistas y de sus obras. Pero no podeis ignorar que el grande arte tiene sus desertores y sus traidores, y que es menester poner término á estas traiciones al arte, que son tambien traiciones á la humanidad. ¡Ah! Si quisierais, á fuerza de elevar vuestros corazones con vuestro génio, y á fuerza de poner en vuestras obras la verdadera belleza artística, nos haríais avergonzar de nuestras fealdades morales. ¡Ojalá que al menos este inalterable instinto de la perfeccion, de la pureza y de la belleza, que es el fondo glorioso de nuestras almas, no tenga nunca que protestar contra las manifestaciones degradantes de lo impuro y de lo deforme! Y si la elevacion y la pureza de vuestras obras no pueden llegar á hacernos avergonzar del oprobio de nuestras costumbres, ¡que al menos no tengamos jamás que avergonzarnos nosotros del oprobio de vuestras obras! ¡Ojalá, en fin, que este grande é ilustre teatro que la Francia va á fabricar á vuestro génio, convocando á la Europa y á ambos

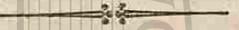
Mundos para admiraros y aplaudiros, no sea la celebridad de nuestros vicios, de nuestra vergüenza y de nuestra degradacion, sino una ilustracion legítima de nuestras virtudes y de nuestras artes, de todas nuestras grandezas y de todos nuestros progresos!



CONFERENCIA TERCERA.



El Hombre y el Artista.



Señores:

El arte ha nacido y el artista existe para glorificar á Dios y engrandecer á la humanidad. Hubiera deseado mostrar á la vez estos dos fines del arte tan divinamente concertados en el plan de la Providencia. He insistido en el segundo de estos fines subordinado al primero: *eleva la humanidad*. Hemos mostrado esta vocacion gloriosa del artista, emanando, con las señales brillantes que nos la revelan, de las exigencias mismas del arte. La naturaleza del arte, el génio del arte, el poder del arte, conspiran juntos para proclamar esta mision providencial del artista en la humanidad: la naturaleza del arte, implicando esencialmente estas tres cosas que la llaman á elevar; ver, amar y expresar la belleza ideal: el génio del arte, abrazando este triple instinto que lo impele de abajo arriba, la necesidad de aspirar mas allá de toda realidad finita, la necesidad de gemir, cual un desterrado, por la belleza ausente, la necesidad de admirar, y de elevarse al admirar; el poder del arte, el mas enérgico por la fuerza que lo constituye, el mas

71

extenso por la esfera en que se despliega, y el mas popular por la simpatía que encuentra en la humanidad. De aquí nace la parte gloriosa y eficaz que el artista está llamado á tomar en la obra total del progreso humano, y la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, de la funcion que este poder le forma.

Así es que hasta ahora hemos logrado dos cosas: hemos respondido á estas dos cuestiones: ¿Qué cosa es el arte; y cuál es el destino del arte? ¿Cuál es la esencia de la obra artística, cuál es la vocacion del artista y su verdadera mision en la humanidad? Marchamos lentamente para avanzar con seguridad.

Hoy vamos á penetrar mas adentro en la vida y en la funcion práctica del artista: trátase de investigar cuáles son las condiciones que debe traer el hombre del arte para cumplir con la vocacion de artista. Cuestion eminentemente grave en el asunto que nos ocupa. El artista es una persona humana que aplica sus potencias á la creacion de lo bello; y el valor del artista está en una dependencia necesaria del valor del hombre: entre el hombre y el artista la separacion es imposible; el uno influye necesariamente en el otro. ¿Cuál es esta influencia? ¿Cuáles son, de parte del hombre, las condiciones de las grandes obras artísticas?

Hemos dicho que dos cosas son necesarias para la creacion de las obras maestras: el trabajo y el génio. Estas dos condiciones pertenecen al artista considerado como tal. Sería, no obstante, un error el creer que estas dos condiciones necesarias basten para elevarlo, y sobre todo, para sostenerlo á la altura de su mision. En el artista, y bajo el artista, existe el *hombre*; el hombre con sus convicciones, sus amores, y sus libres determinaciones; el hombre con su valor y su fisonomía personales; y el hombre, mas de lo que parece, influye sobre el artista; y segun él cree,

ama y obra; conforme es religioso ó impío, creyente ó escéptico, hombre de corazón ó de egoísmo, voluptuoso ó casto, su génio, en sus creaciones, toma caminos enteramente diferentes. El arte es la manifestación de la vida; y es menester haber perdido el juicio para creer que el artista en sus obras no pone mas que su génio. La verdad es que se pone á sí mismo. El arte es una palabra; el arte es un estilo; y este estilo, como cualquier otro estilo, manifiesta á una persona. Veamos hoy, supuesto todo lo demas, lo que el hombre debe poner de sí mismo en las obras del artista; hé aquí todo el asunto de esta conferencia.

## I.

Ante todas cosas, lo que el hombre debe traer al artista para engrandecer y elevar sus obras, es la religion. El génio del arte, para ir lejos y subir alto, debe ser, ante todo, eminentemente religioso.

Lo que engrandece las aspiraciones, lo que profundiza la mirada del génio artístico, son las perspectivas del infinito y los horizontes del invisible; y lo que da el vuelo es para él, como para el ave, el soplo que lo impele, lo arrebatá y lo lleva hácia las alturas. Ahora bien, el soplo que lleva á lo alto, es el soplo religioso; verdadero soplo del espíritu de Dios que descende sobre el hombre para llevarlo al cielo; y lo que abre, anchos y radiosos, ante las miradas y las aspiraciones del artista, los horizontes del infinito y las perspectivas del invisible, es la religion, y la religion sola; suprimid un momento para el hombre del arte, todo comercio con Dios, es decir, toda religion: al instante no sé qué barrera de tinieblas viene á cerrar delante de él todas las aberturas del cielo; una espesa muralla intercepta para él la gran luz de lo inmortal y de lo infinito; el ideal

desaparece, como un sol en su ocaso, tras de una nube; y hélo aquí solo, encerrado en los límites oscuros de la naturaleza y del tiempo, como un prisionero en un calabozo. La idea de Dios que, semejante á una lumbrera suspendida sobre el mundo, alumbraba todas sus bellezas visibles con un reflejo de lo invisible, se ha extinguido sobre ese desheredado de la gran luz, y lo veis en un triste cara á cara con las bellezas opacas y los espectáculos oscuros, sin un rayo de cielo y sin un soplo de Dios, sin nada del *mas allá*, para iluminar su mirada é inspirar su génio, reducido á pedir á esta realidad que quiere pintar, y á esta belleza que quiere reproducir, una luz que no tienen, y una inspiración que no pueden darle.

¿Qué es lo que acaece, pues, de ordinario? El instinto artístico en el hombre de génio, triunfa á su pesar, de la tiranía de la preocupacion filosófica; una inconsecuencia feliz arranca el artista á los sofocantes abrazos de su materialismo y de su ateísmo. Por mas que sus maestros en impiedad le digan que la naturaleza es todo, y que no hay nada mas allá, el génio sigue su instinto; cede á su necesidad de invisible y de infinito; busca algo mas alto y mas léjos; y aun cuando se persuade que la sola realidad lo ilumina y que la sola naturaleza lo inspira, recibe, sin darse cuenta de ello, una irradiación de ese invisible que desconoce, y quizás una inspiración proveniente de ese Dios que blasfema. No es dado al hombre, por impío que sea, violar hasta el fin la ley de su génio, y romper el vínculo indisoluble que une con sagrado himeneo, el arte y la religion. Quiérase ó no se quiera, hay una atracción de la humanidad hácia lo infinito. "La potencia atractiva que liga los mundos á los mundos hasta los extremos límites del espacio, como observa un escritor, no es sino una manifestación particular de la ley general que impele todo hácia el principio."

cipio infinito." El hombre siente esta atracción y la comprende. Por ella, cuando no está sujeto á influencias perturbadoras, sus pensamientos suben, sus deseos suben, sus amores suben, todas sus potencias suben hácia su eterno principio; y aun cuando el hombre, mirando abajo, no piense ya siquiera en esta ley de la vida que lo llama á lo alto, todavía está dominado por ella. El infinito, aun sin saberlo nosotros, nos llama y nos seduce siempre. El génio, ¡ah! el génio sobre todo, aspira á sumergirse en ese océano de la verdad, del bien y de la belleza; quisiera apagar allí la sed de sus deseos, que todas las realidades de aquí abajo no satisfacen y engañan; y cuando esta necesidad de infinito viene á encarnarse en una obra maestra, se difunde en armonías, se exhala en acentos, ó bien resplandece sobre la tela ó sobre el mármol, con una luz que atestigüa en sus inspiraciones un origen celeste, y en sus obras un reflejo del sobrenatural.

En efecto, Señores, el artista religioso difunde en sus obras un reflejo que no viene de la naturaleza, y que denomino de buena gana el rayo transfigurador del sobrenatural. El sobrenatural es al arte lo que es al hombre mismo; es una gloria, una corona, una auréola. Los artistas que trazan sobre la tela la expresión verdadera de la figura de nuestros santos, ponen de ordinario en derredor de su cabeza iluminada lo que se llama la auréola de la santidad; iluminan con rayos mas brillantes esas figuras dulces y serenas; forman, al pié de la letra, figuras radiantes; fisonomías celestiales que se crearían iluminadas por una luz venida directamente del cielo. Lo que estas auréolas son á las figuras de nuestros santos reproducidas por el génio del arte, lo es el sobrenatural para el arte mismo. El sobrenatural da al génio la idea de una luz superior á la que el sol de la naturaleza deja caer sobre sus obras: le abre perspectivas que permanecen eternamente cerradas para

el génio confinado en el naturalismo puro, por elevado que sea. Y bajo este aspecto, no vacilo en decir que el artista cristiano tiene intuiciones é iluminaciones que se ocultan al génio puramente naturalista. El sobrenatural es como una rendija sobre el infinito dividido á través del misterio: hace flotar imágenes encantadoras en lejanos horizontes y en un azul mil veces mas etéreo que el de nuestro cielo, y da al artista visiones que lo trasportan mas allá de todas las bellezas naturales. El sobrenatural es para el grande artista, como un firmamento mas remoto, en cuyo fondo sospecha que existen, y divisa estrellas mas puras y astros mas bellos; aparece de lejos á sus pupilas iluminadas, como esas auroras boreales que inundan los polos de misterioso brillo. Esta mezcla de esplendor y de sombras, de vision y de misterio, forma la soberana fascinación del génio artístico; exalta la imaginación, acrisola el sentimiento, seduce con un encanto indefinible todas nuestras potencias creadoras, y hace soñar en creaciones cuya belleza sobrepuja todas las bellezas de la naturaleza. La claridad que envía á las miradas del artista semeja á esa dulce claridad del sol que se pone, orlado de una franja de oro de nubes de púrpura; excita en él la pasión sublime de descubrir mas y mas, y de reproducir cada vez mejor, esta belleza de que apenas percibe el reflejo, y que aun al descubrirse se oculta bajo un velo. Todo el que es artista me comprende. El instinto del sobrenatural es innato en el génio del arte. Concibo al génio racionalista luchando con el sobrenatural; al génio artístico, jamás. No comprendo que un rey se arranque la diadema y arroje al suelo su corona.

¡Ah! Si negais esta alianza tan necesaria y sagrada cuanto poderosa y fecunda; si la negais á pesar de sus testimonios históricos y sus manifestaciones vivientes, ¡ay de vosotros! No sois de la gran raza de

los artistas; no sois dignos de figurar en esa legion escogida que ostenta sobre sus sienes la luz deslumbradora del cielo y los rayos de Dios. Vosotros que, con el pincel ó el cincel en la mano, aspirais á dejar un vestigio brillante de vuestra vida sobre la tierra; ¡qué! ¿vosotros sentais plaza de naturalistas, de impíos, quizá de atéos? ¡Ah! Yo os compadezco, no solo como hombres, sino tambien como artistas. Todos los grandes artistas se presentan á mi vista cual hombres religiosos. No me coloco aun, por el momento, en el punto de vista rigurosamente cristiano. Miro á los artistas desde la cumbre sublime de la idea de Dios: pasan ante mis ojos cubiertos delante de los hombres de una gloria, inferior tan solo al respeto que los postraba á ellos mismos ante Dios. ¡Veo á Miguel-Angel y á Rafael, inundados con el brillo de su gloria, marchar con la mirada fija en el infinito; escucho al inmortal Haydn, comenzando sus obras prodigiosas con estas sublimes palabras: *In nomine Domini*, y terminándolas con este grito de glorificacion, mas sublime aun: *Laus Deo*; alabanza y gloria á Dios! ¡Oigo á Mozart y á Palestrina haciendo resonar sobre la tierra esas melodías que se creerían tomadas de la música del cielo, y comunicando á las almas ese encanto de lo divino y ese sentimiento del infinito que poseían en sí mismas, y exclamo: Sí, yo lo juro por la verdad; sí, el génio del arte es verdaderamente religioso, y la apostasía de toda religion es como una apostasía del arte mismo!

## II.

No es suficiente, Señores, que el artista sea, en un sentido vago, hombre religioso. Hay una religiosidad vaporosa y vacía, que no basta á dar el soplo al artista y el vuelo á su génio. Es menester que el artista sea un *creyente*; no es bastante que sea un

hombre de religion, es preciso que sea hombre de conviccion y de fé; es indispensable, al menos, que tenga la fé exigida por el asunto que trata.

La fé, á lo menos una fé relativa, es la condicion fundamental de todas las grandes cosas del arte. Las creaciones artísticas se asemejan, bajo este aspecto, á esa grande obra maestra de Dios que se llama la Iglesia; reposan sobre la fé; tienen por principio eficaz una conviccion profunda. ¿Y cómo, decidme, cómo podría ser de otra manera? ¿Dónde, pues, podrían florecer esos lirios y esas rosas que embellecen y perfuman el maravilloso jardin del arte, sino sobre el tallo viviente de sus convicciones sinceras, que tienen sus raíces en el misterio mas profundo de nuestra vida? ¡Ah! No lo olvidéis jamás, el arte es una afirmacion. En un cuadro, en una escultura, en un canto, en un edificio, en un poema, el arte afirma alguna cosa, un hecho, un misterio, una idea; y este hecho, este misterio y esta idea, los afirma bajo la luz misma de que los cerca. Ahora bien, para afirmar alguna cosa, la primera condicion es creer en alguna cosa. El arte es una palabra; es el esplendor dado por el génio al pensamiento humano; sea cual fuera la forma que le da el artista, su obra es una palabra, es su *verbo* interior que se hace exterior; sea pintor, escultor, músico ó poeta, el artista es un hombre que habla. Ahora bien, todo el que habla tiene el deber absoluto de decir alguna cosa; y todo el que habla á las inteligencias, para decirles alguna cosa tiene la estrecha obligacion de creer en lo que dice. Si no creéis lo que decís, ¿con qué derecho me habláis? ¿No creéis en vuestra alma de hombre, lo que me habláis en vuestra obra de artista? Callaos, pues. No creéis en nada, no me digais nada. El nihilismo de la fé no tiene derecho mas que al nihilismo de la palabra, es decir, al silencio. Si vuestro arte no es para mí la manifestacion de la i-

dea, entonces ya no es arte; no me importan vuestras obras; vale mas para mí el oír hablar á la naturaleza. Pero si vuestra obra quiere decir alguna cosa, y si vos mismo no creéis en lo que dice, entonces vuestro arte está convicto de no ser mas que una manifestacion falta de sinceridad, una palabra hipócrita, una afirmacion mentirosa, sí, tanto mas mentirosa cuanto esta palabra que sale de vos, debe ser sobre todo la expresion viviente de vuestro vivo ser, y en esta obra irónica que parece querer manifestaros, no habeis puesto nada de vos mismo, nada, si no es la miseria de esa duda que os pertenece, y que á pesar vuestro, traspasará para desfigurarla, esta obra de mentira.

No ignoro, Señores, lo que, aun sin la fé íntima y la conviccion sincera, podeis realizar en el dominio del arte. Podeis pasearos con gracia, y aun con brillo, en el campo florido en que juguetea la fantasía. Pero no hablamos aquí de los juguetes del arte, hablamos de sus verdaderas creaciones; y las grandes creaciones no salen de ordinario de estos juegos artísticos: Podeis tambien, aun sin creer en las divinidades del paganismo, tomar de este, para reproducirlas, leyendas en que la gracia poética disimula la ausencia de la creencia dogmática. Pero, es menester decirlo, las grandes obras maestras no emanan ya entre nosotros de esas fuentes exhaustas y muy á menudo infectadas. Lo que nosotros tomamos del paganismo, sin creer en sus divinidades, no es lo mas bello que ilustres paganos crearon, mirando desde el fondo de sus tinieblas, los esplendores del ideal; casi siempre, ¡ay! lo que vamos á pedir al paganismo que ha sobrevivido á la caída de sus dioses, es lo mas vergonzoso que este ha producido, el sensualismo y el materialismo en el arte. Lo que podeis alcanzar, en fin, sin una fé sincera, es la imitacion que á fuerza de trabajo y de habilidad, llega á arrancar por

sorpresa alguna admiracion; es el prodigio del color, de la forma, de la ejecucion material y de la perfeccion técnica. Pero la grandeza del arte, eso que la imitacion es incapaz de suplir, la inspiracion, ¡oh! la inspiracion verdadera, ardiente y entusiasta, ¿de dónde la sacaríais? ¡Artista! Á vos os toca responder: decid, si la verdad que emprendeis hacer resplandecer en una obra creada, os encuentra incrédulo, escéptico, y aun tal vez satírico, ¿de qué fuente os podrá venir la inspiracion?

¡Ah, Señores! Aun cuando no se trate de reproducir en la obra de arte mas que un hecho puramente humano, pero un hecho sublime, una accion magnánima, un sacrificio heróico; si no creéis ni en la verdad del hecho, ni en la sinceridad del héroe, ¿cómo hareis pasar á vuestra alma una parte siquiera de esa llama que hace brotar el heroísmo? ¿Cómo pondreis en la frente del héroe una auréola verdaderamente digna de él? Qué será, pues, cuando se trata de expresar algo que toca mas ó menos de cerca á lo celestial, á lo invisible, á lo divino? ¿Qué será cuando es menester manifestar bajo una forma brillante, lo que toca á la vez á lo mas íntimo de la religion divina, y á lo mas profundo del alma humana? ¿Qué va á hacer vuestro génio descarriado en el santuario, procurando reproducir ese mundo de la fé, en que vuestro escepticismo no ve mas que un mundo fantástico, creado por la credulidad ó la estupidez humana?

Quiero decir que "las escenas evangélicas y las leyendas cristianas ofrecen al artista, sea cual fuere su conviccion personal, la maravillosa ventaja de un dato admitido por todos, idealizado por la conciencia de cada uno, y rodeado por la imaginacion de un prestigio de santidad." Quiero decir que "el artista en este caso no crea la poesía de su asunto, sino que la recibe ya hecha; que la mitad de su obra está de-

lineada por la creencia popular, y que la opinion general cifre con una auréola las sienes de sus héroes." Quiero decir, en fin, "que basta al artista para realizar *el grande arte*, aceptar un conjunto de ideas religiosas recibidas, no como un *símbolo dogmático*, lo cual es *harto indiferente*, sino como un lenguaje común por medio del cual nos comprendemos (1)."

¡Oídlo bien: la convicción personal, la fé dogmática del artista no entrará ya para nada en la creación de su obra! ¿Qué importa lo que él cree ó no cree para la verdad absoluta de su asunto? La poesía está ya hecha; no tiene mas que recibirla de la imaginación y de la conciencia popular, y expresarla con vigor y destreza. En verdad, se pregunta uno cómo ha podido tal pensamiento encontrar cabida en la inteligencia de un hombre, que tiene la pretension de hacerse pasar á la vez por filósofo y por artista. Esta separación sistemática de la perfección de la obra artística y de la creencia del artista, me parece en verdad llegar al extremo límite del absurdo.

¡Qué! ¿Es posible que sostengais seriamente esa paradoja insolente que ultraja á la vez á la religion, á la filosofía y al arte: el indiferentismo doctrinal del artista ante las creaciones del arte! . . . . ¡Qué! No creéis nada de mi religion, ¿y pretendéis manifestar bajo una forma sincera y una expresión auténtica, lo que hay mas íntimo y mas vivo en mi religion, lo que es mi misma religion?

¡Qué! Quereis hacer revivir en vuestras obras, con la auréola de sus virtudes, la fisonomía de nuestros santos ¿y no creéis ni en la vida sobrenatural, ni en la transfiguración celeste de nuestros santos? ¡Ah! Ya comprendo porqué, bajo vuestro cincel escéptico ó vuestro pincel naturalista, nuestros héroes aparecen vulgares y contrahechos, por no decir ridículos.

[1] Renan. Estudio sobre la Tentación de Cristo, de Ary Scheffer.

¡Qué! Quereis pintar con toda su belleza y su encanto incomparable, el tipo de la pureza en aquella que llamamos por excelencia la Virgen, la Virgen inmaculada, la Virgen-Madre, ¿y no creéis en el privilegio de su concepción inmaculada? ¿Qué digo? Vuestra negación afrentosa sonrío ante la milagrosa unión de la virginidad y de la maternidad en esa muger sin igual, ¿y os lisonjeais de dar á su rostro y difundir por su persona ese esplendor suave, bajo el cual me complaceo en contemplar á la Madre de mi Dios que es tambien madre mía!

¡Qué! No creéis en la divinidad del Cristo que yo adoro; no saludais en él mas que á un hombre idealizado por la creencia de los pueblos, tipo humano de la belleza varonil; ¿y os atreveis á tocar con vuestro pincel temerario esa figura que un gran artista cristiano dejaba largo tiempo sin acabar, porque desesperaba de poderla hacer nunca bastante bella? ¿Y os lisonjeais de que yo reconoceré en vuestra obra lo que amo, lo que admiro, lo que adoro en su persona? No veis en el misterio de Belén, mas que una leyenda poética y sencilla, como la llamais. Para vosotros, este niño no es mas que un niño. Os atreveis á pintarlo, sin embargo, á mi Cristo naciente: os atreveis á tanto; ¿y os admirais de no encontrar, en los colores que mezclais para iluminar su rostro, el rayo divino que nace de la frente del Niño-Dios? Lo representais asombrando á los Doctores con los prodigios de su ciencia y de su no comprendida sabiduría; y para vosotros este niño divino no es mas que el hijo vulgar de un vulgar artesano. Lo representais haciendo milagros, y para vosotros el divino taurmaturgo no es mas que un hombre hábil, sorprendiendo por medio de prestigios la credulidad popular. Lo mostrais muriendo entre indescribibles tormentos; procurais expresar, en su solemne belleza, el inefable *consummatum est*; y, para vosotros, ese

moribundo no es mas que un ajusticiado que ha recibido de las pasiones humanas un castigo legal. Lo manifestais saliendo de la tumba en el esplendor de su carne transfigurada, desafiando triunfante á la muerte; ¡y para vosotros ese resucitado no fué jamás difunto, y su resurreccion no es mas que el sueño de una muger entusiasta y de unos cuantos discípulos alucinados! ¡Ah! ¿Cómo admiraros despues de esto, de que á pesar de todos vuestros esfuerzos de talento para expresar en vuestras obras el ideal que nuestra fé descubre á través de la luz evangélica, falte todavía la belleza y la magestad divina á esa cabeza de nuestro Cristo, privada en vuestro pensamiento racionalista, de su corona de gloria y de la auréola de Dios? ¿Cómo extrañar que al mirar estas figuras de nuestro Cristo, trazadas por un arte incapaz aun de comprenderlo, nuestra fé se llene de indignacion y exclame volviéndoles la espalda: ¡No es él!?

Señores, mucho me cuesta el decirlo; me causa rubor, por mi siglo, y por mi país. He visto á esos Cristos mutilados, á esos Cristos deshonorados, con un rostro y un traje cuya trivialidad repugna á la vez al sentido comun y á la fé, caricaturas mas bien que retratos de mi Dios desconocido; yo los he visto ofrecidos por el escepticismo ó la negacion artística á los sufragios de los maestros, y á la admiracion de los creyentes mismos. Al verlos he bajado los ojos de tristeza y vergüenza, y he dicho: ¡Mutilacion! ¡Sacrilegio!... ¡Id, pintad y esculpid al hombre, puesto que no creéis mas que en el hombre; pero, por favor, respetad á nuestro Cristo; por favor os ruego, no me presentéis la caricatura de Dios!...

Lo que decíamos aquí de los cuadros y de los retratos que el arte escéptico hace del Dios de los cristianos, ¿no podemos tambien decirlo de los templos que se le edifican y de las armonías que se le cantan? ¿No es acaso de esta carencia de fé, de donde

provienen especialmente esos edificios religiosos que un escritor ha apellidado tan bien las *calzadas* de la oracion? ¡Edificios extravagantes, que expresan todo lo que se quiera, excepto la idea cristiana! ¡Oh grandes arquitectos! No creéis en la divinidad de mi Dios: ¿como, pues, le elevareis un templo digno de su magestad? ¿Cómo obligareis á la piedra á respirar su vida y á expresar su símbolo? Y vosotros, príncipes de la armonía, empredeis hacer elevarse sobre el altar, á la hora del gran misterio, el canto del sacrificio; ¿y no creéis ni en la realidad del sacrificio, ni en la presencia del Dios que en él se adora? ¡Ah, sereis castigados! El alma se ausentará de vuestras obras; vuestro escepticismo será la traicion de vuestro génio; y ya oigo al arte y á la fé gritaros á una voz: *¡Atrás los profanadores!*

## III.

Si es cierto que la creencia del hombre debe entrar en la obra del artista, todavía la creencia no basta: al par que la fé, es necesario introducir el amor: porque segun la bella expresion de un escritor, "arte quiere decir amor, y artista el que ama".

¡El amor! Mi asunto me obliga á emplear aqui esta palabra tan profanada. Yo os pido permiso de pronunciarla mas de una vez, en su sentido mas rigurosamente casto, y si me atrevo á decirlo, mas divinamente puro; y yo evoco en vosotros, para que me haga eco, la parte mas virginal y mas angélica de vosotros mismos.

En cualquier género que sea, no hay obra maestra que no sea una flor ó un fruto de amor. Un autor muy profano de la época actual ha escrito estas palabras: "El amor, sea cual fuere, es el primer elemento del arte: es su soplo vital". El sea cual fuere está aquí de mas; hace jurar una cosa falsa, en el

fondo de una fórmula verdadera. Hay un amor trastornado que hace salir de su lugar el polo, y apaga la luz del arte, quitando su puesto al polo y extinguendo la luz de la vida. Este amor al revés viene á terminar en la belleza satánica, es decir, en la deformidad velada bajo un esplendor aparente. No: lo que es el primer elemento del arte y su soplo vital, no es el amor *sea cual fuere*, sino es verdaderamente el amor. El amor en la verdad, el amor en el orden, el amor mas fuerte y mas ordenado: hé aquí la verdadera potencia del artista, la potencia de crear fuera de sí el orden que se tiene dentro de sí.

Mirad el mundo, ó si quereis, los mundos, es decir, la armonía y la belleza en el universo: en todo y por todo, lo que es bello en cualquier grado, sale de una creacion de amor. El amor, es decir, el movimiento de la vida que se difunde fuera de sí, es el principio creador de toda belleza que reluce. La creacion del mundo entero no es sino un fruto del amor divino: es el amor de Dios que se difunde fuera de sí mismo conforme á la inclinacion de su divina bondad; *amor sui diffusivus*. Sí, Señores, la creacion del mundo, es decir, la obra tan admirablemente armoniosa del divino artista, es el acto del amor increado manifestándose en la creacion; y este acto de amor, no fatal como lo sueñan doctrinas insensatas, sino libre, hace relucir en el conjunto de los seres creados, el orden general que es la belleza del universo, y en cada ser individual, el orden particular que constituye su belleza propia: de modo que, de un cabo al otro del mundo, no hay un ser que ostente un rayo de belleza, que no pueda y deba exclamar: ¡Soy hijo del amor! Pues bien, Señores: lo que Dios ha hecho por el mundo, todo ser creado lo hace segun la medida de su propia energía: produce por el amor que tiene en sí, en un movimiento que lo llama fuera de sí. Todos los vivientes, sin excep-

cion, desde el mas pequeño hasta el mas gigantesco, crean en el amor, é imprimen á lo que crean, la efigie de su propia belleza. Lo que no ama, no produce. El egoismo absoluto es la esterilidad absoluta, porque es la vida exclusivante en sí. La esterilidad no es la ausencia de la vida, sino la vida detenida en sí mismo. El ser viviente, pero estéril, es aquel que libremente ó por fuerza, retiene la vida en la cautividad del yo. Pero dondequiera que hay una fecundidad, una creacion, un punto del bien ó de la belleza mostrándose á la luz, hay una vida que sale de sí misma para difundirse fuera de sí misma, es decir, un acto de amor.

Era menester lanzar de lo alto una mirada sobre este misterio profundo. Vemos mejor á la luz de esta mirada, porqué y cómo el amor es verdaderamente la gran potencia y la gran vitalidad del arte. Hemos dicho que tambien el artista es creador: es el creador humano de la belleza. Esto supuesto, se concibe fácilmente que, para él sobre todo, el amor es principio de fuerza y de fecundidad, y porqué este amor bien ordenado es la gran potencia de su arte. El artista que no ama, puede todavía ser hábil; jamás será verdaderamente bello. El artista que ya no tiene corazon, puede todavía tener génio; pero esta potencia del génio, sin el resorte del corazon, no hará nada encantador. En el arte, como en la naturaleza, el amor es el gran hechicero, y el corazon es el motor supremo. Hé aquí porqué el artista debe ser un hombre de corazon, tanto y mas aún que un hombre de génio. Me agrada esta expresion que un autor pone en la boca de un artista ya célebre, que habla á un niño adornado de bellas dotes á quien veía dulcemente conmovido con el recuerdo de su madre: "Tienes corazon, le dijo abrazándolo; yo te felicito: es una bella cualidad, aun en el arte." El amor hace en las obras del artista algo análogo á lo

que hace en el rostro del hombre que ama; hace florecer la belleza. El odio afea, el egotismo desfigura; al amor embellece y transfigura. Sea cual fuere la razon, ello es un hecho; todo rostro animado por un amor virginal y puro, se cubre de una belleza que no semeja á ninguna otra. Quien ama bien y ordenadamente es bello por su mismo amor. Así acaece poco mas ó menos, con la obra del artista: se ve en ella, se siente en ella, la expresion armoniosa de un corazon que ama. El hombre no encuentra mas que en un movimiento de su amor la expresion perfecta de la belleza, y solo á fuerza de amar llega á las cumbres radiosas del arte.

Tal es, en efecto, la relacion maravillosa entre lo bello que produce el amor, y el amor que reproduce lo bello. Una vez comprendida esta belleza por una mirada lúcida, y una vez amada por un corazon puro, el amor experimenta esa generosa ambicion que prepara la creacion de obras maestras, la ambicion de hacerlas brillar con nuevo esplendor. Tal es la necesidad sencilla y encantadora de todo lo que ama con sinceridad y pureza: hacer mas bello lo que se encuentra bello y, si me es lícito expresarme así, embellecer la misma belleza. "El que ama, dice un autor, se complace en delinear por todas partes las facciones del objeto amado;" si tiene un génio que poner al servicio de su amor, y una destreza al servicio de entrambas, hará una obra maestra. No le basta que sea bella esta imágen de lo que ama, es menester que sea bellísima; y si la realidad no lo autoriza á tanto, invocará al ideal. Sí; como todos los que aman de veras, idealizará lo que ama para poder amarlo aun mas; y, si puede, sobre una frente oscurecida por una sombra terrestre, hará brillar un reflejo de la celeste belleza. En una palabra, no solo embellecerá el artista lo que ama, sino que idealizará, divinizará tal vez el objeto de su amor artís-

tico. Sí: si ama hasta la adoracion, su ambicion irá hasta allí; procurará formar una divinidad que pueda no solo amar, sino adorar; y si su corazon no se ha remontado hasta Dios, pondrá su arte al servicio de la idolatría.

¡Feliz, por tanto, el artista que ha sabido apasionarse de tal manera de lo celeste y de lo divino, que su amor á la belleza puede tornarse en culto sin convertirse en idolatría! ¡Feliz al menos, si ha elevado su amor lo bastante para contemplar las bellezas mas cercanas al cielo y mas próximas á Dios! ¡Feliz si tiene el corazon bastante vuelto hácia su verdadero centro, y el amor bastante inclinado hácia su verdadero polo, para no recibir de la vision de la belleza otro estremecimiento fuera del que hace subir mas del lado del infinito! ¡Feliz si viendo pasar ante sus ojos admirados, ó á través de su alma castamente conmovida, la vision de la belleza terrestre, no siente la necesidad de seguir su rayo deslumbrador, sino es para remontarse hasta su eterno foco, y beber en las apariciones de la belleza creada la santa y sublime pasion de la belleza increada! ¡Feliz, en fin, nuestro artista apasionado de lo bello, si sabe bien *disponer en su corazon esas ascensiones* sublimes que hacen subir el alma hasta el amor de la divina belleza, y la elevan, digámoslo claro, hasta el amor de Dios! Diré mas tarde los milagros que el amor de esta belleza divina encarnada en el Hombre-Dios ha obrado en la esfera del arte cristiano. Pero no olvideis jamás que aun en la esfera del arte humano, importa acrisolar el amor, en la llama de ese amor celestial y casto de la divina belleza. Así pues, ¡artistas, mis nobles y gloriosos hermanos!, amad toda belleza en el amor de la suprema belleza, amad á Dios, en fin, mas que todo, y sobre todo; hareis milagros con el poder de este amor; soberanamente legítimo y ordenado; observareis el culto de la belleza sin caer

en la idolatría; no hareis estatuas para que la humanidad las adore, hareis obras maestras para que las admire, y por medio de esta admiracion se remonte hasta el amor de la belleza divina.

IV.

No obstante, Señores, para que este amor de que acabo de hablaros obtenga en el arte toda su potencia y toda su fecundidad, es menester que, con un esfuerzo generoso, se convierta en lo que llamábamos hace un instante un amor *fuera de sí mismo*, un amor arrebatado á sí mismo por esa cosa santa y sublime, que se llama la abnegacion del yo ó el sacrificio personal. ¡Fenómeno admirable en todas las cosas, y particularmente en el arte! La abnegacion es quien hace los milagros y las obras maestras; la abnegacion artística, cuyo primer grado es el olvido de sí, el segundo el éxtasis que pone fuera de sí, el tercero el entusiasmo que trasporta á Dios. El egoismo, aun en el arte, es una cosa tan monstruosa y tan detestable, que no se llega á la gloria de las grandes creaciones, sino á fuerza de olvidarse de sí mismo, es decir, á fuerza de reaccion contra el amor propio.

La primera cosa que hay que obtener en el arte, es, como hemos dicho, la vision lumimosa de la verdadera belleza. Ahora bien, observadlo, sin una cierta dosis de olvido de sí mismo, no hay verdadera penetracion de la belleza. La primera condicion para llegar á la vista clara de la verdadera belleza, no es la mirada echada sobre sí mismo, sino antes bien la mirada lanzada fuera de sí. Es que, en efecto, el verdadero punto objetivo de la belleza que ha de contemplarse no está en el hombre; está fuera del hombre; no está en el *yo* sino fuera del *yo*. Sin duda que el alma humana es ella sola una belleza dig-

na de verse, y una belleza que encanta; es el santuario en que reside la belleza moral, pero esta misma belleza, supuesto que exista, no es sino el reflejo en el hombre de una belleza superior al hombre; y todo el que se detiene á contemplar en sí mismo esta belleza emanada de un rayo de lo alto, sin remontarse con la mirada hasta el foco divino, pierde poco á poco el sentimiento de la verdadera belleza; vuelve la espalda al verdadero sol de lo bello, para quedar absorto en un reflejo; trastorna para sí el objeto de la vision artística; mientras mas se detiene en sí mismo, mas oscurece los resplandores que le descubren la verdadera belleza; y á medida que su alma se aísla en la contemplacion y admiracion de sí misma, mas y mas pierde esa belleza que no tiene todo su esplendor sino á condicion de ignorarse á sí propia: porque la verdadera belleza del alma semeja á esas hermosuras cándidas y virginales que se descubren á todos sin comprenderse á sí mismas, y que no dejan ver en su puro esplendor ninguna de esas sombras que el amor propio arroja sobre toda belleza. Es indispensable al artista, en una palabra, en presencia de la belleza que se muestra para provocar su contemplacion, una mirada absolutamente desinteresada, tan descuidada de él mismo, cuanto preocupada y verdaderamente enamorada de la belleza que contempla. La abnegacion obra este prodigio por medio del olvido de sí propio; y de este modo da al artista la primera condicion de su poder, es á saber, la mirada luminosa en presencia de su punto objetivo; en una palabra, la perspicacia de la belleza.

Juntamente con la perspicacia le da la inspiracion; una inspiracion sincera; cosa tan rara en el artista sujeto á la tiranía del yo. El génio que nada ha sabido conquistar del poder varonil de la abnegacion, está consagrado todo entero al culto de esa divinidad

vulgar que se llama la fama ó la popularidad: divinidad bárbara, caprichosa, devoradora, que hace postrar á sus plantas á sus vanidosos adoradores, y en cambio de una de sus sonrisas, exige muchas veces al génio humillado, el sacrificio de sus mas bellas prerogativas. ¡Cuántos, por complacer á esa diosa Fama, reinante en días aciagos sobre pueblos frívolos, han preferido el éxito de un día á la gloria de la inmortalidad, y han consumido, en medianías favorecidas por un gusto depravado, una energía capaz de producir obras maestras!

El hombre que, sintiendo moverse dentro de sí la fuerte sávia que hace las obras fecundas, ha dicho un día: "Voy á hacer mi nombre célebre; voy á hacer violencia á la gloria; voy á obligar á la fama á formarme un pedestal, una auréola, un imperio;" ese, creedlo, no es un verdadero siervo del arte; es un siervo del yo; es un adorador de sí propio, es un esclavo del egoismo. No será el hombre del *sursum corda*; no será creador de grandes cosas. Su preocupacion de sí propio, su egoismo miserable arrojará al viento de la popularidad que pasa, aun sus cualidades mas preciosas. Era deudor hácia nosotros de obras acabadas, de creaciones inmortales; el egoismo lo ha tocado con su soplo; ya no nos dará mas que creaciones efímeras y obras abortadas. ¡Porqué, Señores? ¡Preguntais porqué? Porque esta preocupacion exclusiva del yo, ciega para él las grandes fuentes de la inspiracion. ¡Ah! Es que en lugar de escuchar en el silencio de la concepcion, con un desinterés absoluto, las eternas armonías de la verdad y del orden, el egoismo artístico presta el oído á los rumores embriagantes de la aclamacion humana y de la ovacion popular. En lugar de atender en sus creaciones, á las leyes inmortales de la vida y de la fecundidad, mira tan solo á los caprichos mudables de la humanidad que lo mira y del

siglo que lo escucha. En lugar de buscar el infinito, busca lo finito; en lugar de mirar á lo alto, mira hácia abajo. En lugar de inspirarse en el cielo, se inspira en la tierra; en lugar de buscar lo que eleva, busca lo que lisongea; en lugar de aspirar á hacer obras verdaderamente bellas, aspira á hacer obras aplaudidas; pide al brillo de la fama el esplendor de la reputacion, y quizá la realizacion de su fortuna. ¡Hasta este punto se precipita el arte, una vez entregado á la dominacion del egoismo; en vez de trabajar en elevar las almas por el poder de la admiracion, trabaja en enriquecerse á sí mismo por el poder de la especulacion!...

Suceda lo que suceda, y sea cual fuere su génio, este hombre no hará nada verdaderamente grande y verdaderamente admirable; y si á fuerza de trabajo y de talento puede todavía pasar en el mundo artístico por un astro que asombra, no pasará jamás por un sol que fecundiza. El olvido de sí mismo, la abnegacion no es necesaria tan solo para tener la plena vision de la belleza y la sinceridad de la inspiracion, es tambien necesaria para el trabajo doloroso de la ejecucion. Las grandes cosas del arte, así como las grandes cosas de la virtud, son hijas del sacrificio. El génio lleva consigo por todas partes esa ley de la fecundidad que alcanzó al género humano desde la cuna: "Parirás con dolor." ¡Y qué dolor algunas veces! ¡Cuántas lágrimas ha dejado caer quizás el artista sobre esa obra maestra que el mundo cubre hoy con coronas de honor y con flores de amor! ¡Así sucede: vuestros goces artísticos crecen en las lágrimas ó en la sangre del artista; con el dolor de crear os proporciona este la felicidad de admirar; cada uno de vuestros goces está henchido con sus sufrimientos!...

Hé aquí porqué el hombre del arte es el hombre del sacrificio. En vano habrá brillado el ideal en su al-

ma inundada de luz; en vano le habrá sonreído la belleza con la mas celestial y la mas encantadora de sus sonrisas; en vano, revelándole todos sus encantos, lo habrá provocado á reproducir su imágen; en vano la idea de la creacion que hay que realizar se habrá elevado en el horizonte de su pensamiento como una estrella brillantísima; si repudia el sufrimiento, si rehusa el sacrificio, la idea no hará en su mano su encarnacion espléndida: si no pone en su obra las lágrimas, el sudor y la sangre, su obra no se llevará á cabo, el milagro no se realizará; en una palabra, si no es sacrificador, no será creador.

Así es que volvemos á encontrar aquí, dominando el mundo artístico, como el mundo moral, el mundo social y el mundo económico, á la grande y fecunda ley de la abnegacion y del sacrificio. Esta abnegacion, llegando á cierto punto, se convierte en algo mas que el olvido de sí propio; trasporta fuera de sí; engendra el *éxtasis* artístico, es decir, el génio artístico arrancado á los estrechos límites del yo, el génio arrebatado por la contemplacion absorbente y el amor raptor de la belleza ideal. ¡El éxtasis! ¡Ah, Señores! Bien sé que esta palabra podrá hacer sonreír á la medianía poco inteligente y superficial; pero estoy seguro que no causará el menor asombro al verdadero génio del arte. Sí: la hora, el minuto, si quereis, en que el artista recibe de su ideal el golpe que lo hace dueño de su obra y vencedor del obstáculo; la hora, tan llena á la vez de luz y de fuego, que hace brotar la chispa, decide la creacion, y hace gritar al artista, como al filósofo: “¡Lo he encontrado!” sí, esta hora es verdaderamente una hora de éxtasis; porque en esta hora no solamente el artista se olvida, sino que, como la palabra misma lo revela, está *fuera de sí*, está enagenado á sí mismo y arrebatado, como por milagro, al sentimiento moral de su propia vida y á las estrechas fronteras de la personalidad egoísta. ¿Quién

no ve aquí á la luz misma de las cosas, que este éxtasis artístico, presagio infalible del advenimiento de una obra maestra, no es sino la abnegacion misma elevada á su cumbre, es decir, el amor completamente *fuera de sí*? ¿Quién no ve como este sublime y generoso sacrificio del yo, arrancando al hombre á sí mismo, lo pone sobre el camino real del arte, y haciendo pedazos delante de él todos los obstáculos que pudieran detenerlo, le da alas para arrebatarlo hasta el cielo de las mas sublimes y de las mas ardientes visiones? Entonces es, en efecto, cuando absorbo todo en los resplandores de su ideal, el artista desaparece á sus propias miradas; entonces es cuando en ese cuarto de hora solemne, en que el arrobamiento lo enagena á él mismo de sí mismo, olvida la forma que engendra para hacer sensible la idea que lo seduce; y olvidándola es como la crea mas perfecta, porque nace por sí misma bajo el fuego de la inspiracion, espontánea, resplandeciente, bella en fin, con su belleza natural como un cuerpo viviente con el alma que lo inspira.

Llegado á este punto, el artista conoce, aun sin salir del orden natural, lo que hay mas divino en el hombre, lo que conduce á las mas altas cumbres del arte, al génio artístico elevado por su soplo poderoso, el *entusiasmo*; el entusiasmo, sin el cual nada enteramente bello ni enteramente grande se hace jamás en la humanidad; el entusiasmo, como si dijerais el *Emmanuel* del artista arrancado á sí mismo y transportado á Dios, al menos llevado tan cerca de Dios cuanto lo permite la naturaleza, ¡Ah! Bien sé que este entusiasmo no es todavía el que trasporta á los profetas; no es todavía ese comercio rigurosamente divino que es en esencia la vida sobrenatural, la vida de la gracia tal como la entiende nuestra fé. El entusiasmo, empero, como su nombre mismo lo dice, es como una aparicion de lo divino en el hombre; es

como un contacto de Dios que lo hace estremecerse. Sí; Cada vez que el alma humana ha sentido pasar en ella el soplo que arrebató, la llama que fecundiza con esa rapidez prodigiosa que parece libertarla de súbito de la constitucion normal de su vida, esta alma ha tenido como una aparicion del infinito; ha sentido mas ó menos en el fondo de sí misma el paso de Dios. Entonces es cuando el entusiasmo, tomando al génio jadeante sobre sus alas de fuego, lo lleva á las regiones de donde descende; entonces es cuando á las miradas del artista los horizontes se ensanchan y las perspectivas se extienden; entonces es cuando lo que no era para él mas que claro se vuelve luminoso; entonces es cuando ve con profundidad, refleja con brillo y reproduce con esplendor. ¡Ah! Mirad en ese momento excepcional al grande artista arrancado á sí mismo por lo absoluto de su abnegacion y por la contemplacion extática de la belleza que lo arrebata. Miradlo trasportado á las cercanías de Dios por el poder de su entusiasmo. Lo que lo arrebató, lo transporta y lo transfigura en este momento, no es el entusiasmo de erizados cabellos, el entusiasmo del furioso, el entusiasmo del energúmeno, remedo miserable del verdadero entusiasmo; es el entusiasmo real, sincero, armonioso. ¡Miradlo á la luz de su entusiasmo, bello él mismo con la belleza que contempla y que quiere reproducir: su alma está llena de visiones, su corazon de estremecimientos, su pecho de soplos, su mirada de relámpagos, su rostro de rayos y su mano de poder: va á hacer su obra maestra; va á realizar su mas bella creacion, porque ha sido llevado por su entusiasmo tan cerca como es posible de Dios creador!

¡Ah! Ya comprendo porqué el racionalismo, y sobre todo el ateismo, matan lo bello en la humanidad, así como matan en ella la verdad y el bien; es que al separar al hombre de Dios para arrojarlo todo

entero en sí mismo y sobre sí mismo, suprimen el entusiasmo. Ya comprendo porqué un racionalista célebre ha podido decir que la última palabra de la ciencia, tal como él la comprende, ha de ser la extincion simultánea de la religion y del arte. Ya comprendo, en fin, porqué la religion, y sobre todo la religion cristiana, es la grande inspiracion del arte. Es que ella realiza el verdadero entusiasmo, por el heroismo de la abnegacion, y la cumbre del arte no es mas que el entusiasmo elevado á su mas alta potencia.

V.

Podría detenerme aquí; pero para acabar de mostraros la parte del hombre en las obras del artista, réstame señalaros una cosa sin la cual ni esta pureza de amor, ni esta sublimidad de la abnegacion y del entusiasmo son capaces de subsistir. Esta cosa, santa y bella entre todas, cuyo culto no pueden abandonar los artistas sin atentar mas ó menos gravemente al honor del arte y á la belleza de sus obras; esta cosa, auxiliar poderoso y custodio sagrado del verdadero génio del arte, que tiene, como este mismo génio, intuiciones luminosas y aspiracione angélicas; esta cosa, ya la habeis adivinado; se llama la *castidad*, es decir en el idioma cristiano y el vocabulario de la conciencia honesta, la verdadera pureza del alma.

Sobre qué se funda esta admirable alianza del arte y de la castidad, no es difícil hacerlo entender á las almas puras.

Ya hemos dicho que lo que es menester ante todas cosas al artista, es un ojo lúcido para descubrir la belleza, y una especie de instinto infalible para reconocerla y para adivinarla; y hé aquí lo que hace desde luego la castidad para el génio del artista:



da á su mirada algo de esa lucidez tranquila que caracteriza las naturalezas angélicas. El verdadero sentimiento de la belleza en ninguna parte penetra mas fácil y mas naturalmente que en el fondo del alma pura. La suave claridad de la luna que se refleja en la superficie de un lago, un rayo del sol atravesando un cristal immaculado, ó brillando de mañana sobre una gota de rocío; ninguna imagen, por graciosa y expresiva que sea, puede pintar este espectáculo del mundo moral, una gran belleza grabando su imagen en el fondo de una alma pura. Las almas castas, además de la claridad de la mirada, tienen una especie de instinto infalible que les advierte la presencia de lo bello, así como les advierte la presencia del bien. Es que la pureza del alma, la castidad, es la belleza del alma humana; es la belleza moral en lo que tiene mas puro y mas immaculado. Así pues, del mismo modo que el bien adivina el bien, la belleza adivina la belleza, y le dice al reconocerla: Yo te conozco; somos dos rayos del mismo foco, nos volvemos á encontrar en el centro de toda belleza.

La castidad hace mas que dar el tacto de la belleza; da tambien su amor; tiene una simpatía natural con todo lo que es verdaderamente bello. Mientras mas luz y mas pureza tiene una alma, mas se apasiona de toda verdadera belleza. No hay porque admirarse de esta relacion íntima, universal y constante entre la práctica de la castidad y el amor de la belleza; porque la pureza es la mas bella imagen del bien reluciendo en el fondo del alma humana; y así como la belleza reconoce la belleza, por la misma razon ama la belleza que se le asemeja. Del mismo modo que la castidad se sujeta al encanto de la belleza, y la ama con un amor puro como ella misma, así tambien siente en presencia de la fealdad una repulsion instintiva. Un autor ha hecho acerca de es-

to una juiciosa observacion: "Mientras mas pura é ilustrada es una alma, mas antipática le es la deformidad: toda alma que no se ha pervertido con una precoz corrupcion es repelida por la fealdad (1)." Lo que demuestra todavia cuán profunda es la alianza que une á la práctica de la castidad el amor de la belleza, es que al mismo tiempo que la pureza nos atrae hácia lo que es bello, lo que es bello, por su parte, conspira á hacérslo mas puro. La noble pasion de lo bello predispone á la virtud; y sea cual fuere su misterio, se diría que uno se siente mejor despues de haber admirado.

En verdad que no soy yo quien aconsejaría á una virtud atormentada y á una castidad militante el que se contentase con invocar este socorro, la contemplacion de lo bello. Es, empero, indudable, que hay en la contemplacion de todo lo que es verdaderamente bello, no sé qué de purificador: y segun la observacion de un jóven, dotado en el mas alto grado del sentimiento artístico, "se siente la necesidad de tener la conciencia pura, para acercarse á lo bello (2)."

Por el contrario, lo que se siente impuro, mas ó menos, desecha lo que es bello. Es que la deformidad moral impresa en nuestra alma, en presencia de lo bello que se descubre á nuestra mirada, ofrece un contraste cuyo íntimo sentimiento hiere la vida en su fuente. Es como un esplendor del orden que acusa nuestro desorden y nos causa este extraño dolor: ver con una misma mirada la belleza que está fuera y la fealdad que está dentro de nosotros. Así es que el hombre que lleva en sí mismo, hasta cierto punto, la depravacion moral, efectúa una reaccion, con detrimento del sentimiento artístico, contra el dolor que

(1) Lévêque.

(2) Tonnelé.

le causa este contraste de la fealdad dentro de sí y de la belleza fuera de sí. Ó niega su propia fealdad glorificando sus desórdenes, ó se fastidia de la belleza que lo hiera; y se ha visto á hombres, aun adornados de las mejores dotes, llegar así poco á poco sin atender á ello y sin siquiera sospecharlo, á amortiguar en sí esta fibra íntima que hace vibrar en concierto admirable y armonía perfecta, todas las facultades del génio artístico. No es posible ponerse impunemente en antagonismo con la armonía de las cosas; la belleza y el bien son hermanos; la virtud y el arte son solidarios; la castidad y la belleza se atraen; y en las devastaciones que el deleite sensual hace en una vida impura, nada puede impedir el que la delicadeza del sentimiento artístico perezca con la delicadeza del sentimiento moral.

Con la delicadeza del sentimiento artístico, con el instinto y el amor de la belleza, la ruina de la pureza arrebatada también poco á poco las grandes aspiraciones que forman á los verdaderos artistas. La impureza en las costumbres trastorna, ó al menos oscurece el ideal en las artes. En vez de comunicar á la materia el rayo del espíritu, deja caer sobre los resplandores del espíritu las sombras de la carne: cubre, como como con una espesa cortina, á las miradas del artista los resplandores del ideal. ¡El ideal! Pero, ¿existe todavía un ideal para el artista caído en los últimos precipicios, y si me atrevo á decirlo, en el último fango de la inmundicia humana? ¡El ideal! Pero, ¿qué es ese sol del arte visto á través de los vapores de la orgía ó buscado con una pupila empañada, con una alma enervada, con facultades adormecidas por los ultrajes de la prostitucion? ¿Qué ideal puede quedar al artista que no sabe siquiera, con una virtud vulgar, custodiar en su vida una pureza cualquiera?

Ya lo veis, Señores: todo se conserva en las cosas

en el fondo de una admirable unidad; lo Verdadero estriba en lo Bello, lo Bello estriba en lo Bueno, lo Bueno estriba en lo Puro, y de lo Puro depende lo Perfecto en la esfera del arte como en cualquiera otra esfera. La ley está sancionada; entre lo bello y lo impuro no puede haber alianza; y el génio del arte repudia una asociacion con la impureza de costumbres, que es incapaz de durar. Un momento, sin duda, pueden hallarse reunidos el vicio y el génio como una monstruosidad en el mismo individuo. Pero, tarde ó temprano, uno de los dos triunfa sobre el otro: ó el génio del arte, siguiendo sus inspiraciones generosas, destruye la práctica del vicio, ó la práctica del vicio, siguiendo sus instintos destructores, reduce á la nada, ó al menos humilla el génio del arte. El génio, empero, dejado á sí mismo, ama lo puro y lo inmaculado; admira, como los mas bellos reflejos del ideal en el hombre, los esplendores de la Castidad; y las obras que crea bajo su propia inspiracion, tienen no sé qué de casto y de puro como él mismo. Imita á ese gran maestro de la armonía que, cuando se sentía detenido en una creacion, invocaba á la Virgen inmaculada y le pedía que hiciera descender sobre su obra un reflejo de su pureza virginal. La medianía solo sueña en fáciles triunfos excitando los instintos sensuales y la curiosidad lúbrica de los pueblos degenerados. El verdadero génio deja caer sobre esos fáciles triunfos su desdén soberbio y su glorioso menosprecio. Si alguna vez aun el hombre de génio no se sonroja de tener con estos gustos depravados y estas exigencias vergonzosas, cobardes condescencias, ¡ah! creedlo, no lo debe á su génio. ¡La causa es únicamente la codicia, digámoslo claro, la *bestia humana*; pero él mismo, y por sí mismo, es como el ángel de los santos pensamientos y de las inspiraciones puras: sigue el soplo que es suyo; se eleva con libre vuelo muy alto sobre las bajas regiones de la carne y de los sen-

tidos, desdeña con toda clase de impureza, una reunion doblemente adúltera, y fijando sus miradas de águila en el sol de la belleza ideal, proclama desplegando sus alas y emprendiendo su vuelo natural, su inmortal himeneo con la castidad!

¡Ah! Quizás al escuchar estas palabras, algunos hombres demasiado interesados en repudiar esta santa alianza se verán tentados á reclamar. Exclamarán: ¡Exageracion sacerdotal! ¡Ascetismo! ¡Monaquismo! ¡Fanatismo! Tal vez añadirán: ¡Clericalismo! Pero no, Señores, creedlo: todos los que defienden esta alianza del arte con la castidad no son sacerdotes, ni monges, ni clericales. Escuchad entre otros el testimonio de un autor viviente que escapa por sus obras mismas á toda sospecha de monaquismo ó de clericalismo; testimonio tanto mas irrecusable en cuanto que el autor conoce mejor la gente cuyas costumbres pinta y cuyos extravíos señala.

“Escudriñad la vida íntima de los que merecen verdaderamente el nombre de artistas; los encontrareis á todos hombres de bien, hombres religiosos, y algunas veces *puros como santos*. En cuanto á esos hombres desvergonzados y corrompidos que toman el nombre de artista, los he visto pasar la mañana en el taller, la tarde en la taberna, la noche en todas partes. Siempre estan en vísperas de producir una grande obra, y despues de haber aullado toda la vida contra lo que es superior á ellos, desaparecen sin dejar mas huella de su paso sobre la tierra, que el humo que se desvanece. Estos hombres son tan artistas como los desertores soldados, ó los fallidos comerciantes. Todas las clases tienen su escoria: ellos son la nuestra.”

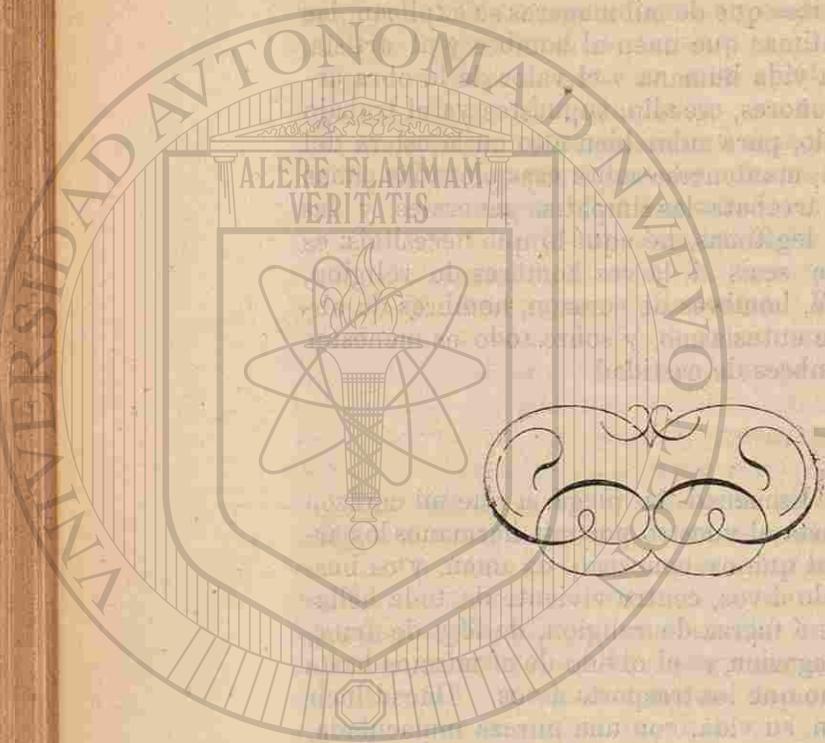
Señores, nosotros tomamos lo bueno dondequiera que lo encontramos, y yo me adhiero con toda mi alma á este testimonio ultra-profano, proclamando al par que el parentesco natural de lo bello y de lo pu-

ro, el sagrado matrimonio del grande arte con la castidad.

¡Tales son, Señores, con todas las diversidades y todos los matices que de mil maneras se explican, las relaciones íntimas que unen al hombre y al artista, el valor de la vida humana y el valor de la obra artística! Sí, Señores, creedlo: supuestos ya el trabajo y aun el génio, para subir bien alto en la esfera del arte, y para mantenerse sobre esas elevadas cimas desde donde arrebatara las simpatías generales y las admiraciones legítimas, hé aquí lo que necesitáis: es menester que seais á la vez hombres de religion, hombres de fé, hombres de corazon, hombres de abnegacion y de entusiasmo, y sobre todo es menester que seais hombres de castidad.

¡Oh Dios! Escuchad la plegaria que mi corazon hace subir hasta el vuestro por mis hermanos los artistas. Haced que os conozcan, os amen, y os busquen ante todo á vos, centro viviente de toda belleza: haced que á fuerza de religion, de fé y de amor, lleven la abnegacion y el olvido de sí mismos hasta ese entusiasmo que los trasporta á vos. Haced lucir sobre todo en su vida, con una pureza immaculada, esa belleza que buscan y que tienen la ambicion de reproducir por el poder de su génio. Haced florecer, en el centro de su corazon, la rosa celeste de la castidad; que al abrirse esta rosa embalsame con su mismo perfume su vida y sus obras: y que el género humano, al pasar delante de sus obras maestras, exclame con una admiracion llena de amor y de reconocimiento: ¡Oh! ¡Cuán bella es la generacion de los castos, y que esplendor los corona! *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* Sus obras se aromatizan con sus propios perfumes; son bellas con su

propia belleza; y yo, el género humano, les preparo en la inmortalidad de mi memoria una gloria inmortal: *immortalis est enim memoria illius.*



## CONFERENCIA CUARTA.



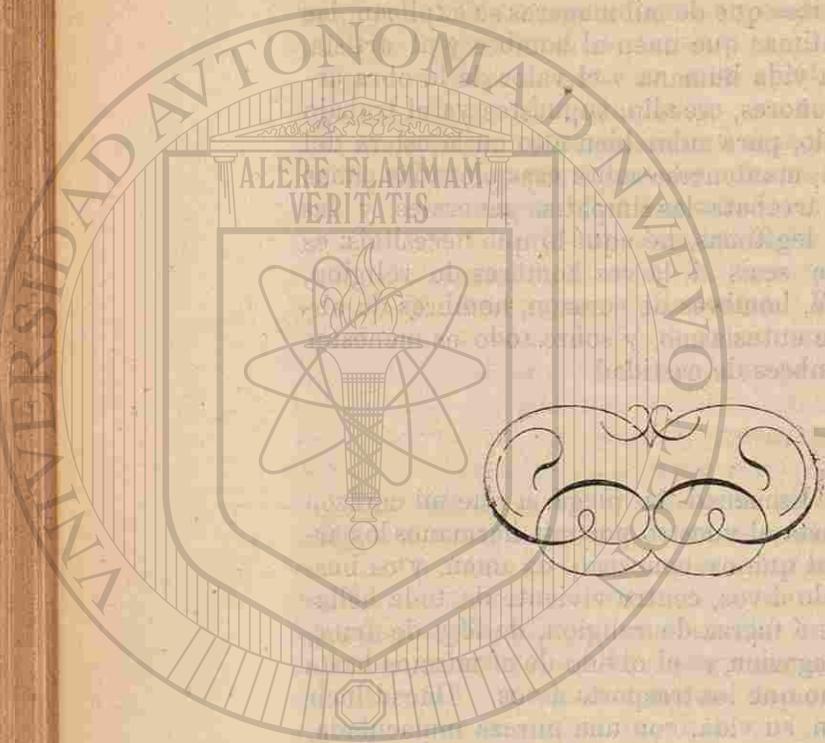
### Causas de la Decadencia Artística.

Monseñor:

Después de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, hemos visto lo que puede el hombre para el perfeccionamiento del artista, lo que su religión, su fé, su amor, su abnegación, su pureza y sus costumbres personales, importan para el progreso y para la gloria de sus obras. Es preciso confesar, empero, que el artista no es un ser aislado; vive en una atmósfera intelectual, moral y literaria, á cuyas influencias mas ó menos decisivas está sujeto; y si es verdad que el valor del hombre influye sobre las obras del artista, es también exacto afirmar que el siglo, con sus tendencias dominantes, influye sobre el uno y sobre el otro. Después de haber investigado las relaciones que existen entre el hombre y el artista, tenemos, pues, que investigar las relaciones que existen entre el artista y su siglo, bajo el punto de vista del progreso y de la decadencia artística.

¿El arte contemporáneo está en progreso ó en decadencia? Cuestión muy delicada que toca á la fi-

propia belleza; y yo, el género humano, les preparo en la inmortalidad de mi memoria una gloria inmortal: *immortalis est enim memoria illius.*



## CONFERENCIA CUARTA.



### Causas de la Decadencia Artística.

Monseñor:

Después de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, hemos visto lo que puede el hombre para el perfeccionamiento del artista, lo que su religión, su fé, su amor, su abnegación, su pureza y sus costumbres personales, importan para el progreso y para la gloria de sus obras. Es preciso confesar, empero, que el artista no es un ser aislado; vive en una atmósfera intelectual, moral y literaria, á cuyas influencias mas ó menos decisivas está sujeto; y si es verdad que el valor del hombre influye sobre las obras del artista, es también exacto afirmar que el siglo, con sus tendencias dominantes, influye sobre el uno y sobre el otro. Después de haber investigado las relaciones que existen entre el hombre y el artista, tenemos, pues, que investigar las relaciones que existen entre el artista y su siglo, bajo el punto de vista del progreso y de la decadencia artística.

¿El arte contemporáneo está en progreso ó en decadencia? Cuestión muy delicada que toca á la fi-

bra siempre vibrante de las susceptibilidades artísticas, y que no es directamente el asunto de este discurso. He aquí tan solo sobre este punto algunos testimonios que pueden dar en que pensar. "Si uno se reconcentra en sí mismo, decía no há mucho un crítico de las últimas exposiciones, para dar sobre el carácter general del arte en nuestra época un juicio concienzudo, sería preciso tener el espíritu muy dispuesto al optimismo, para no sentir un tristísimo desaliento." Hé aquí sobre el mismo punto un juicio todavía mas severo; "Todo el mundo está de acuerdo sobre la decadencia del arte. Todos convienen en ello en voz baja; en voz alta, eso es otra cosa. La lisonja está á la orden del día. Desde que el arte se ha vuelto libre pensador ya no quiere oír la verdad." En fin, hé aquí palabras venidas de lo alto, cuyo alcance excepcional es imposible desconocer: "El nivel literario y artístico no está á la altura en que lo había colocado la severidad del publico custodio de las sanas tradiciones del arte francés." Los artistas que hallasen este juicio inícuo, pueden pedir justicia al tribunal de la opinion contra el *Libro Azul* de 1866.

Valgan lo que valieren estos testimonios, la cuestion de hecho no es la que yo trato directamente en este discurso. Se trata por el momento de hacer constar la causa mas bien que el efecto, el principio del mal mas bien que el mismo mal; se trata de mostrar, no precisamente lo que existe, sino lo que debe naturalmente producirse en el orden artístico, dado una vez el medio en que respira y se mueve la vida, de los artistas.

Ahora bien, sin admitir aquí la teoría grosera que hace pesar sobre el génio artístico el medio social como una fatalidad, debe admitirse, sin embargo, que la atmósfera intelectual, moral y literaria en que se mueve el artista, ejerce sobre el génio del arte y sobre el carácter de sus creaciones, una influencia con-

siderable. El artista sufre mas ó menos el rechazo de las ideas, de las costumbres y de la literatura vi-  
viente, y estas tres acciones simultáneas conspiran á crear para el hombre las mayores tentaciones, para el artista los mas temibles escollos. Si llevadas por un soplo afortunado, estas tres cosas, entre otras muchas, van de abajo arriba, el artista, sin siquiera pensarlo, participa de este movimiento ascensional. Pero si estas tres fuerzas de impulsión van en sentido contrario, el arte, en su conjunto, participa de la universal decadencia, y no hay ya quien pueda escapar, si no es unos pocos génios bien raros, armados de una fuerza excepcional, que marchan intrépidos y firmes, los ojos fijos en el ideal, contra la corriente que todo arrebatata.

Se trata de saber cuál es la influencia que ejerce hoy sobre el arte la atmósfera que respiramos, y en particular, cuál es el movimiento que tienden á imprimir en las obras del arte contemporáneo, las perversiones intelectuales, morales y literarias de nuestros días.

## I.

Ante todas cosas, lo que es menester entender aquí, es la degradante influencia que tienen inevitablemente que ejercer en el dominio del arte las grandes negaciones filosóficas y científicas señaladas en las conferencias de 1865. El artista vulgar, el artista servilmente imitador ó groseramente realista podrá preguntar sonriéndose: ¿Qué tienen de comun entre sí los errores filosóficos y las obras artísticas?.... ¿Qué importan el naturalismo y el panteísmo y el ateísmo y el materialismo y el positivismo y el fatalismo y el escepticismo, cuando se trata del arte? El artista que tiene una mano para pintar antes que una cabeza para pensar, podrá sentar esta frívola

question. Pero el artista que piensa, no se asombrará de ver á la filosofía y al arte unidos en la solidaridad de las mismas caídas y de las mismas decadencias. Entre las negaciones de la ciencia y las degradaciones del arte, hay, en efecto, una relación íntima; estriba esta en el fondo de las cosas, como en el fondo del alma humana, y se produce exteriormente con una marcha regular y un paralelismo constante.

La primera negación, que es como el punto de partida de las degradaciones artísticas, es la negación absoluta del *sobrenatural*. Suprimiendo del alma humana la creencia en el sobrenatural, el naturalismo quita por este solo hecho á la magestad del arte, su mas bella diadema. Lo hemos hecho notar en la última conferencia, suprimir el sobrenatural es destruir al arte: no insistiré ya sobre este punto.

Hay una negación que inflige á las concepciones del arte y á sus creaciones, un golpe mas decisivo, es la negación panteísta. El panteísmo es por su naturaleza destructor del arte; suprime su base fundamental negando la distinción sustancial de lo finito é infinito, de lo real y de lo ideal. "Quitad á Dios de la creación, dice un escritor célebre, y lo bello no tiene ya tipo esencial; el arte carece de razón y de vida, y no queda mas que su cadáver, ó se desvanece en el seno de una unidad incomprendible." El arte, en efecto, para vivir con su verdadera vida, supone tres mundos: la naturaleza, el hombre y Dios; lo natural, lo humano y lo divino. El arte, como la ciencia misma, no puede alcanzar toda su perfección sino es elevándose por estos tres grados, hasta el centro de toda verdad y de toda belleza. El artista, ni mas ni menos que el filósofo, no debe olvidar que el hombre domina á la naturaleza y que Dios domina al hombre. En las grandes creaciones del genio, ni la naturaleza absorbe jamás al hombre, ni el hombre absorbe á Dios. Suprimir del arte la belleza huma-

na es quitarle la vida; suprimir la belleza divina es quitarle su ideal, el ideal trascendente, esencialmente superior al espíritu que lo contempla y al genio que lo busca. ¿Qué viene á ser el ideal en esta filosofía ambiciosa? Desciende al nivel del hombre; á lo sumo permanece á la altura del alma humana. Toda idea que nace del fondo de una alma es el ideal, ideal puramente personal, relativo á la capacidad del sujeto que lo concibe. Cada uno, en este caso, se sienta ante sí mismo, como su propio ideal; el arte falta de un modo fatal á su vocación; no tiende ya á *elevár* á la humanidad sobre sí misma; porque el arte no puede poner la mira mas alto que su ideal, y el ideal en adelante no estará mas alto que la humanidad.

Tal es la estética del panteísmo. Todavía se trata de lo divino, pero de lo divino reducido á la medida del hombre. Para él, el ideal ya no mora en un mundo superior á la naturaleza y á la humanidad; ya no vive, eterno é inmutable en el seno de lo absoluto; porque para él, el absoluto no es mas que el mismo mundo. Esta teoría del ideal objetivado en el hombre mismo, teoría que mata á la par la religión y el arte, es el resumen de la estética Hegeliana; y precisamente el gran maestro de esta teoría religiosa y artísticamente destructiva, es quien no ha temido profetizar, como recordábamos el domingo pasado, la próxima caída de la religión y del arte bajo la dominación definitiva de la ciencia, única capaz de alcanzar y apoderarse del *absoluto*.

Una caída trae otra caída, y una degradación otra degradación. El panteísmo destruye la noción y la realidad de lo divino, pero conserva el nombre; desaloja á Dios, colocándolo en la naturaleza y sobre todo en el hombre, pero pretende sostenerlo: conserva el nombre, la imagen, el espectro, la estatua, el mármol de Dios. Hé aquí, empero, una negación mas directa de lo divino, y que acarrea una caída mas

precipitada del arte, en una destruccion absoluta del ideal, la negacion *atea*. El ateismo niega el arte porque niega á Dios; suprime lo divino de una manera absoluta; borra hasta su nombre y destierra su simulacro. Trastorna el ideal por su base, suprimiendo el sujeto que lo contiene. Ya no hay nada arriba del hombre, ya no hay nada mas allá del gran todo, nada fuera de la masa visible de que el hombre forma parte: el *mas allá* no existe. *Mas allá* es la quimera; *mas allá* es lo imaginario, *mas allá* es la nada. Esto supuesto, ¿qué será del arte? Ya no hay, ya no puede haber ímpetu alguno hácia lo invisible y hácia el infinito; el génio no tiene ya necesidad de buscar alas para volar hácia las alturas: está emparedado en la realidad palpable; no le queda mas recurso que arrastrarse lentamente, por no decir como vil gusano, en la superficie del mundo real.

No parece posible que el arte descienda mas abajo. Sin embargo, el materialismo puro hace dar al arte un paso mas en la senda de su degradacion. Decíamos há un momento: el arte supone tres mundos, la naturaleza, el hombre y Dios; lo natural, lo humano y lo divino. El ateismo suprime directamente lo divino; el materialismo, empero, que implica el ateismo, suprime aun lo humano: á lo menos suprime lo que hay mas humano en el hombre, es decir, su *alma*. De esta manera, fuerza al arte no solo á plegar sus alas de ángel para caer de lo divino en lo humano, lo fuerza á caer aun mas abajo; lo obliga á encogerse en la materia. Y al cabo de estas degradaciones hay, como resultado fatal, esa cosa artísticamente monstruosa de que tendremos que hablar despues, y que nuestro siglo ha apellidado *realismo*. Representar la realidad *tal cual* es, y la realidad material solamente, tal será el esfuerzo supremo del arte. Lo demás no sería ya sino una con-

tradiccion y una mentira. ¿Para qué correr tras un ideal? Ya no hay ideal. ¿Para qué hacer resplandecer en vuestras obras la luz y la belleza del alma, puesto que ya no hay ni luz ni belleza del alma?...

Aquí, Señores, en el confluente de todas estas corrientes de errores filosóficos que contribuyen á las decadencias artísticas, encontramos el *positivismo*. El positivismo es la negacion del ideal y la muerte misma del arte, porque es el reinado exclusivo de la materia y del cálculo. Todo lo que despierta la pasion del ideal, todo lo que da al génio el soplo y la inspiracion, el ímpetu y el vuelo, es eliminado por el positivismo, y desterrado, cual vano fantasma, á la region de las quimeras. ¿El sentimiento religioso, quimera; el sentimiento del infinito, quimera; el sentimiento de lo invisible, quimera; el sentimiento del bien, quimera; la conciencia moral, quimera; el sentimiento psicológico, la ciencia del alma, quimera!... Y una vez en este punto, ¿qué puede ser, decidme, el sentimiento artístico, sino una quimera que arroja su prestigio sobre todas las otras quimeras?... ¡Oh hermano positivista! Decidme, ¿cómo podrá el arte, ese hijo radioso del génio y de la belleza, cómo podrá salir de ese matrimonio de la materia y del cálculo que resume todos los dogmas de vuestro símbolo y todos los sacramentos de vuestra religion? ¿Cómo haceis para pesar, para medir, para calcular, para expresar con números el valor de una obra maestra y darle su lugar señalado en el templo de la ciencia y de la religion positiva? Teneis talento; os concederemos tambien el génio; sea enhorabuena. Podreis llegar hasta el punto á que alcanza la perfeccion de los procedimientos técnicos y de la ejecucion material; hareis maniobrar, con una regularidad exacta como el cálculo, la máquina del arte. Como buen positivista, hareis prodigios; pero ¿qué prodigios? Los prodigios del oficio mecánico. So-

metiendo todo, hasta la misma alma humana con sus arranques espontáneos y su libre vuelo, á la fría ley del cálculo, cegais ante vuestro génio todas las fuentes de la inspiracion. Si algun día haceis salir de una inspiración profunda una obra sublime, será para arrojar sobre vuestro propio sistema un glorioso mentís: es que á fuerza de ser artista, sin quererlo, y aun quizá sin saberlo, habreis dejado de ser positivista. Pero sed positivista; sedlo á pesar de todo; sedlo por todas partes; sedlo siempre; aun cuando os hubiese tocado en suerte el génio de Mozart, de Miguel-Angel ó de Rafael, el positivismo, siguiendo sus instintos, os empujará sobre un fatal declive, con su regla en una mano y su compás en la otra, al abatimiento progresivo del ideal y finalmente á la extincion del arte.

Hay un error que sigue en el órden filosófico á estos sistemas degradantes, como la sombra sigue al cuerpo; es el fatalismo. Segun una teoría que ni siquiera se toma ya el trabajo de suavizarse ó de cubrirse, el mundo es un conjunto de hechos ligados entre sí por la cadena adamantina de la fatalidad. El universo es el mecanismo universal. En este mecanismo, cada hecho está remachado á otro hecho ó á un conjunto de hechos, como un rodage en una máquina estriba en otros rodages. Nada escapa á esta ley del mecanismo universal, ni el mundo intelectual, ni el mundo moral, ni el mundo artístico. Comprendeis desde luego, Señores, qué estética tan extraña debe salir del seno de esta filosofía monstruosa. Una obra de arte depende fatalmente de un conjunto de hechos que la explican y la hacen existir tal como es. ¿Cuáles son estos hechos?... Escuchad: una obra de arte depende desde luego de la obra total del artista, cada artista teniendo una acción determinada fatalmente por el conjunto de sus facultades. La obra total del artista depende ella

misma (siempre fatalmente) del conjunto ó del grupo de los artistas, al cual viene á unirse. Este grupo de artistas contemporáneos no es un hecho aislado, depende de un conjunto mas vasto, es decir, del mundo y de la sociedad que lo rodea. Esta voz de los artistas que componen tal ó cual grupo en la historia del arte, no es mas que el eco engrandecido del vasto murmullo popular, y de la voz múltiple é infinita de los pueblos que cantan unísonos. De esta manera, seguís, eslabon por eslabon, la cadena de las necesidades que se ligan unas con otras; y el primer anillo, de que se desarrolla la cadena toda, lo hallais en la mano de la fatalidad. No se trata aquí, tened á bien observarlo, de una simple influencia de los hechos contemporáneos sobre los fenómenos estéticos ó las creaciones del arte; sobre esto nadie disputa, y yo mismo lo estoy demostrando en este momento: se trata de causas que *determinan*, y de hechos que *necesitan*. El autor mismo de la teoría lo declara: allí se encuentra *la razon última que explica la causa primitiva que determina todo lo demás*. Así como la aparicion de ciertas clases de vegetacion, el albes, el naranjo, la viña &c, se explica por las zonas en que aparecen, así las *producciones del espíritu no se explican sino por su medio*. Una obra de arte es un *producto* como cualquiera otro: el medio determina su crecimiento, su belleza ó su deformidad. Así como el frio ó el calor, la humedad ó la aridez eliminan de un lugar ciertas plantas y hacen desarrollarse otras; así las *circunstancias existentes en derredor* impiden que tal ó cual obra aparezca, y multiplican las obras que le son opuestas. La temperatura moral hace no solo *poco mas ó menos*, sino *exactamente*, sobre las obras de arte, lo que la temperatura física hace sobre nuestras plantas; y las dos vegetaciones paralelas, pero sometidas á la misma ley, una vez sentado su medio, son igualmente fatales y necesarias.

¡Hé aquí lo que se ha tenido la audacia de llamar *filosofía del arte*: una teoría que mata á la vez al arte y á la filosofía!... Se había dicho, aplicando al orden moral esta extraña teoría: La virtud y el vicio no son mas que un producto, y un producto fatal, como el azúcar y el vitriolo. Se dice ahora, aplicándolo al orden estético: La obra de arte es un producto como cualquiera otro, como un aloe, una palmera, una planta cualquiera; su perfeccion, su hermosura, su grandeza están determinadas de antemano por el medio en que aquella aparece; están fijadas *a priori* por la cuña de hierro de la necesidad. ¡Hombres de génio, hé aquí vuestro destino: sois los siervos de la fatalidad! ¡Ah! ¡Por mas que sumerjais en lo infinito vuestra profunda mirada; por mas que os empineis con toda vuestra altura y pongais en accion todos los medios que estén á vuestro alcance, para sacudir ese vestido de plomo que las circunstancias hacen pesar sobre vosotros, hareis lo que estas os impongan, ni mas ni menos, ya sean milagros de belleza, ya prodigios de deformidad, ya sean obras acabadas, ya trabajos miserables!...

Llegado á este punto, el arte, si es que existe aún, cae con todo lo demás, en el grande abismo del *escepticismo* universal en que se desvanece. Como ya no hay regla para distinguir lo verdadero de lo falso en el orden intelectual, el bien del mal en el orden moral, tampoco la hay ya para distinguir lo bello de lo feo en el orden artístico. El sistema de que acabamos de hablar, fuerza es agradecersele, acepta todas sus consecuencias. La antigua teoría del arte daba la definicion de este y prescribía sus reglas. El nuevo método excluye toda definicion y todo *criterio* del arte. Consiste en considerar la obra de arte como un producto cuyos caracteres es preciso señalar é investigar sus causas. No hay mas. ¿Qué cosa es el arte? no hay definicion que dar, sino únicamente

hechos que palpar, es decir, las producciones y las obras de arte, colocadas por familias, como las plantas y los animales en un museo. Se aplica el análisis á las unas y á los otros; se examina lo que es una obra de arte así como se investiga lo que es una planta y un animal; y así por una parte como por la otra no se requiere mas que la experiencia. Comprendida de esta manera, la estética no prescribe ni perdona; hace constar y explica. Tiene simpatías por todas las formas del arte, aun por las que parecen mas opuestas entre sí. Las acepta como simples manifestaciones de la vida humana. Con tal que el artista tenga un sentimiento profundo, apasionado, y no piense mas que en expresarlo tal como lo siente, sin vacilacion, sin desfallecimiento y sin reserva, *está bien*. Desde el momento en que es sincero y bastante dueño de sus procedimientos para manifestar exactamente su impresion, su obra es bella ya sea antigua ó moderna, ya gótica ó clásica.

Despues de estas citas rigurosamente textuales, yo os pregunto: ¿es posible decir mas claramente que ya no hay en el arte ni belleza ni fealdad intrínseca; que todo *criterio* estético es una quimera, y todo juicio sobre el valor artístico de las obras del génio, una mera ilusion?... ¿Veis á qué se reducirán en adelante la filosofía del arte y la crítica artística? Manifestaciones de hechos, clasificaciones de productos, divisiones de géneros, de especies, de familias; apuntes acerca de las relaciones entre el sujeto que expresa y el objeto expresado, entre el artista y su obra, entre el medio social y el producto humano, entre la atmósfera y la planta, entre la temperatura del cielo y la flor del arte. ¿Y qué viene á ser la obra artística bajo la mirada del contemplador, del crítico, del apreciador y del admirador? ¿Un *producto* natural, un hecho bruto, colocado en su orden topográfico, cronológico y específico, como un animal

en zoología, una planta en botánica, una piedra en mineralogía! ¿Qué viene á ser el estudio del arte? Una numeracion de fenómenos necesarios. ¿La historia del arte? Un herbario de plantas muertas. El santuario del arte? ¡Un museo de curiosidades fósiles!.....

Hé aquí los errores intelectuales esparcidos, como el polvo, en la atmósfera que respirais. ¿Cómo, decidme, cómo pasará el soplo de estas doctrinas sin alterar su ideal, por el alma de nuestros artistas?.... ¡Oh, no: mil veces no! No es posible que el génio del arte, bajo el golpe de tantos errores, permanezca inalterable y puro, sin que lo alcancen ni lo hieran profundamente. Un hombre, quizá, un hombre escogido, un hombre excepcional, elevado por el poder de sus convicciones y el ímpetu de su gran génio sobre ese mundo de errores y ese caos de negaciones, podrá escapar de su influencia; el comun de los artistas ¡jamás! Tomado en su conjunto, el mundo artístico marchará, con un mismo paso y sobre un mismo declive, con el mundo filosófico, y todas las caídas de las inteligencias señalarán, jornada por jornada, todas las caídas del arte.

## II.

No obstante, Señores, si la corriente de nuestras *perversiones intelectuales* tiene que ejercer, y ejerce en realidad sobre la decadencia del arte una influencia lejana, pero real, la corriente de nuestras depravaciones morales ejerce otra mas visible y mas inmediatamente eficaz. El arte está ligado con las costumbres con relaciones tan íntimas, que, salvo algunas excepciones producidas por causas accidentales, el termómetro de la moralidad pública señala el nivel del progreso artístico. El arte es el espejo brillante de las costumbres populares, y las costumbres

populares son los motores todopoderosos del arte mismo. Vuestras creaciones artísticas reproducen como un espejo vuestras virtudes y vuestros vicios; y á su vez, vuestros vicios y vuestras virtudes influyen, con toda la energía de un resorte viviente, sobre el movimiento de las creaciones artísticas. Hay entre estas dos cosas accion constante y reaccion continua; accion inevitable y reaccion necesaria. Considerada en su conjunto, esta ley de accion y de reaccion queda siempre inviolable y permanente. La historia del arte, sea cual fuere el punto de su duracion en que nos coloquemos para examinarla, proclama este paralelismo constante de las degradaciones morales y de las degradaciones artísticas.

Quando, en la antigua Grecia, habiendo sucedido el reinado de los sofistas, de los materialistas y de los cínicos á la filosofía de Sócrates, de Platon y de Aristóteles, exterminó juntamente con sus creencias los últimos restos de sus virtudes, entonces ese arte, que fué en sus bellos días la brillante corona de la Grecia, se desplomó al par que las costumbres con una caída precipitada. A los tipos artísticos, relativamente elevados, de Minerva y de Júpiter, se substituyeron luego tipos que ni siquiera puedo nombrar. A las obras maestras de Fidias que, aun en pleno paganismo, dejaban ver la materia misma brillando con una belleza inmaterial, se vió suceder con rapidez y multiplicarse horriblemente, como hoy día, obras salidas á luz bajo un soplo impuro, y que buscaban su buen éxito en la satisfaccion de la curiosidad sensual y de las pasiones mas groseras. Presto se vió en Roma lo que se había visto en Atenas. Quando las doctrinas sensuales y la filosofía sibarítica hubo introducido en Roma esas costumbres monstruosas que no se pueden describir, el arte herido de muerte, dice un autor poco sospechoso, declinó rápidamente hácia su fin: embrutecido por la

corrupcion, no dió á luz en lo de adelante mas que borrones informes á seres abortados.

Este fenómeno histórico es de una generalidad sorprendente. Es la manifestacion brillante del fondo de las cosas en sus superficies visibles: es el resultado de una ley que gobierna el mundo moral con tanta seguridad como la ley de atraccion gobierna el mundo fisico: verdad de tal manera elemental, que parecería superfluo insistir en ella para grabarla en vuestras almas, si no fuese enteramente decisiva. Ya he probado otra vez que, sin un progreso moral proporcional y aun superior, todos los otros progresos tienen que perecer, ó volverse contra la humanidad misma que los lleva á cabo. Esto es verdad especialmente del progreso artístico; y jamás se os dirá demasiado ni comprendereis bastante, todo lo que puede la depravacion de las costumbres para precipitar la caida del arte y volver contra vosotros mismos su instrumento dominador y su formidable poder. ¿Qué puede y qué tiene que llegar á ser el arte en la triple hipótesis que voy á exponeros? ¿Qué será del progreso artístico, cuando á las almas que es menester pintar, las deforma una fealdad moral; cuando el siglo que pide cuadros y pinturas en que quiere reconocerse á sí mismo, tiene los instintos depravados por innobles pasiones; cuando los artistas que deden pintar las almas y responder á las exigencias del siglo, están ellos mismos infestados por esa corrupcion que respiran como el aire en la atmósfera en que viven?

Tened á bien recordarlo, Señores, el arte es ante todo una expresion de lo bello, no solamente de lo bello tal como aparece en la superficie de la naturaleza, sino de lo bello tal como se refleja del rostro de Dios en el fondo del alma humana. Si el artista no puede ni debe desdeñar el pintar y reproducir la belleza que resplandece en la naturaleza, debe ten-

der mucho mas á pintar la belleza que resplandece en el hombre. La belleza moral, la belleza del alma, debe formar sobre todo la noble seducccion del génio del arte; es quien debe descollar en sus contemplaciones, sus amores, y sus obras, sobre todas las otras bellezas, porque la belleza de una alma es el mas grande reflejo de la belleza de Dios.

De aquí resulta que la mayor causa de elevacion para el génio artístico, es contemplar almas grandes y bellas; y recíprocamente, la causa mas activa de su abatimiento, es ver y contemplar almas deformadas por el exceso de su corrupcion. ¡Ah, Señores! Cuando á fuerza de depravacion las almas en todos los grados de la gerarquía social, aparecen á las miradas del génio que quiere pintarlas, deformes y feas, ¿cómo quereis que esta fealdad, encontrada en todas partes cara á cara, no llegue á grabarse en la imaginacion de los artistas y de ahí á estampar en sus obras el sello de su innoble efigie? ¿Cómo, con una virtud y una energía vulgar, podrá el artista siempre en frente de la fealdad viviente, aprender á reproducir la belleza? ¿Cómo, perseguido y sitiado todos los días y á todas horas de su vida, por el espectro horrible de la fealdad real, encontrará en sí mismo bastante vision, bastante amor, bastante entusiasmo por la belleza ideal? ¿Cómo, sobre todo, hallará en sí propio bastante valor y bastante poder para pintarla y mostrarla á generaciones que no pueden ya ni verse ni reconocerse en esas pinturas de la verdadera belleza? Sin duda alguna, el arte no es en esencia la imitacion *tal cual* de los modelos vivientes que el artista tiene ante los ojos. Quién puede negar, sin embargo, que la necesidad de imitar entra en el génio del arte, y que este instinto innato tiene que sufrir del contacto perpétuo con la fealdad una influencia desastrosa? Si consta que aun el cielo-material visto por el artista sobre su cabeza, se

destíñe por decirlo así sobre sus obras, y les da según el matiz de los climas, el color sombrío ó brillante, opaco ó azulado, ¿cómo suponer que este cielo del mundo moral por donde pasan tantas figuras deformes no dejará en las obras del arte algo de su triste huella? ¿Cómo, á pesar de todo el génio y de la buena voluntad de los artistas, podríais impedir esta consecuencia fatal, que almas generalmente perversas, es decir, moralmente feas, presentándose ante los artistas, susciten en sus obras imágenes que se les parezcan, es decir, imágenes feas y repugnantes? ¿Cómo escapar sobre todo á esta consecuencia, cuando ya no agrada á estas generaciones pervertidas contemplar en las artes mas que lo que ellas dan á sus costumbres, y el artista, para obtener un buen éxito, se halla condenado á responder á aspiraciones depravadas y á exigencias malsanas, por medio de obras lúbricas y de representaciones impuras?

¡Ah! Cuando el génio se siente en presencia de una sociedad que mira á lo alto y respira en todas cosas lo grande, lo bello, lo puro, lo sublime, comprendo que entonces un soplo divino lo arrebate hácia esas regiones elevadas en que él mismo se complace en respirar. ¡El viento del siglo lo impele de abajo arriba, y sus aspiraciones van aun mas arriba!... Sabe que en esas puras regiones en que brilla la belleza sin mancha, la gloria vendrá á coronar su frente siempre virginal y sus obras siempre inmaculadas. Pero cuando el génio que tiene la ambicion de brillar á los ojos de su siglo y de llenar los ecos con su nombre, siente en derredor de sí no sé qué peso que hace á las almas inclinarse hácia todo lo que hay mas ruin, hácia la materia, el placer, la carne, la lujuria; cuando se dice á sí mismo: para ver á la multitud aplaudirme y saludar con entusiasmo la aparicion de mis obras, es preciso responder á aspiraciones descendentes y bajas; cuando oye á un pueblo corrom-

pido gritarle con todas sus voces: "Muéstrame lo que amo, lo que busco, lo que idolatro;" ¡Oh Dios! ¡Qué tentacion de bajar con su siglo á los abismos de la depravacion, y de caer hasta esos precipicios en que lo bello desaparece con lo bueno, en que el gusto se corrompe con la conciencia, en que el arte en fin, perece con la virtud!

¡Ah Señores! Si no contentos con ostentar por dondequiera á las miradas del artista modelos inmundos en vuestras costumbres depravadas, lo invitais aun con vuestra preferencia, vuestro favor y vuestros aplausos á responder con obras sin vergüenza á gustos babilónicos; si para adornar vuestros museos, vuestros salones, vuestras casas, vuestros gabinetes, le pedís á precio de oro cuadros y estatuas que hubieran hecho ruborizarse aun al pudor pagano; si pasais con la multitud distraidos é indiferentes, sin concederles siquiera el estímulo de una mirada, delante de las obras moralmente sin tacha, brillantes con el puro esplendor del espíritu y de la belleza ideal, si os es indispensable para satisfacer no la admiracion, sino la torpeza de un pueblo sensual, no lo que cierto hombre ha llamado la *desnudéz casta*, la desnudéz púdica, en que la irradiacion del espíritu hace olvidar la carne, sino la desnudéz vergonzosa, libertina, audáz, provocativa; si exigís del artista lo desnudo por lo desnudo, lo desnudo á toda costa, lo desnudo por todas partes; si llevais estas exigencias hasta la inverosimilitud, hasta el absurdo y hasta lo imposible... ó lo que viene á ser lo mismo, si el artista está convencido que para llegar á la fama y sobre todo á la fortuna, para ver cubiertas de oro sus obras afortunadas, no tiene mas que mostrarnos en sus cuadros escenas de voluptuosidad, de prostitucion y de sensualidad, en este caso, decidme, ¿qué será de la grandeza y de la dignidad del arte? ¿Qué podeis esperar de estas costumbres degradan-

tes y de estas artes degradadas, si no es una marcha dos veces acelerada hácia una doble barbárie, hacia la extincion simultánea de la virtud y del arte? Entonces teneis los artistas que mereceis; crean para vosotros las obras que pedís, que aplaudís, que coronais; dicen, por medio de la exposicion de obras que han salido á la luz bajo vuestro propio soplo: ¡Ah: quereis sensualismo, aquí lo teneis! ¡Mirad, admirad, aplaudid; pero sobre todo, pagad, pagad bien caro esta audacia que jamás hubieramos mostrado en nuestras obras sin haber tenido para tentarnos la complicidad y el estímulo de vuestras costumbres! ¡Ah! El perfume de vuestras alabanzas, el humo de vuestro incienso, el rumor de vuestros aplausos, bien está; pero esto no basta; el sacrificio de vuestro oro, sabedlo, no basta para compensar estos sacrificios de nuestro talento y esta inmolacion de nuestro arte á los ídolos de la carne y á los dioses de la voluptuosidad!

Así pues, aun sin tomar en cuenta mas que la deformidad de las almas que se les presentan y de las pasiones que les exigen que correspondan á sus gustos depravados, ya veis á qué terribles tentaciones expone la moralidad pública al génio de los artistas. Para comprender esta influencia dos veces desastrosa, basta, al menos hablando en general, suponerlos débiles, es decir, suponerlos *hombres*. Y es todavía bien diverso si los suponeis tales como muy a menudo se encuentran en esta capital, pobres, aislados, luchando cuerpo á cuerpo con la miseria, que se presenta cual espectro horroroso en su oficina, al frente de grandes obras no comprendidas y ejecutadas por un génio que se ha conservado puro y desinteresado. Decidme, al ver en derredor suyo á la medianía con insolente audacia explotar la mina de oro del sensualismo, ¡cuán fuerte no será la tentacion de sacrificar el espíritu á la carne y el arte al oficio, para ar-

rancarse á sí mismo de los brazos de la miseria!

La depravacion de las costumbres no ejerce únicamente una influencia indirecta de decadencia artística en el génio de los artistas; la depravacion, generalizándose los alcanza á ellos mismos y corrompe en ellos directamente las verdaderas fuentes del arte. Lo que el artista da á sus obras, no es únicamente lo que ve en su siglo; es sobre todo lo que su vida real le da á él mismo. Ya os lo he dicho, su arte es su palabra, y su palabra es la manifestacion de sí mismo. El arte, la palabra, el estilo, todo esto significa la misma cosa, la revelacion del hombre. El arte, pues, en los hombres depravados tiene forzosamente que ser, mas ó menos, la manifestacion de la vida depravada, es decir, de la deformidad moral, la peor de todas las deformidades. La primera condicion, así del arte como de la palabra es la sinceridad: colocar exteriormente, por medio de un signo auténtico, lo que se halla en el interior; hé aquí la primera ley de la palabra y del arte. Quitad de la palabra, del estilo y del arte esa firma brillante de la vida que da testimonio de sí misma, ya no resta ni palabra, ni estilo, ni arte; no resta sino la forma mentida, falsificada y muchas veces desfigurada con feos contorsiones, esforzándose por suministrar á una vida que trata de disfrazarse, una máscara ridícula, tanto mas ridícula cuanto, del mismo modo que á través del antifaz carnavalesco, se trasluce siempre mas ó menos algo de engañador á través de su mentira. De aquí proviene en los artistas de costumbres degradadas esa situacion falsa, equívoca, desastrosa bajo el punto de vista del arte: ó bien contener dentro de sí, á fuerza de violencia y de cálculo, la explosion de la vida interior; y en este caso quitar á sus propias obras la primera condicion de su belleza, el soplo de la es-

pontaneidad y el carácter de la personalidad; ordenar á la obra que encubra al artífice, al estilo que mienta al hombre, al arte que disface al artista; exigir al artificio que se sustituya al arte y que remplace la expresion de la vida con la falsificacion de la vida, ó bien hacer á un lado las violencias hipócritas y los disfraces calculados; guardar á lo menos en el arte el honor vulgar de la sinceridad; abandonar á su espontaneidad propia en la obra del artista, la expresion sincera del hombre; en una palabra, producirse en su obra tal como uno se siente en su vida, mostrarse tal como uno es, feo por su deformidad moral, feo con todas sus manchas y todas sus impurezas; y en este caso forzar á las obras del arte, llamadas á manifestar lo bello, á no ser sino la manifestacion mas ó menos clara de lo deforme, y á proponer á nuestra admiracion, gracias al génio y á la depravacion del artista, magníficas deformidades: hé aquí la alternativa en que se encierra, como en una cueva, el arte separado de la virtud, la expresion de la belleza que pretende divorciarse de la moralidad.

Un escritor tristemente célebre del siglo pasado señala así, en un artista de su tiempo, la degradacion de su arte siguiendo paralelamente la degradacion de sus costumbres: "No sé qué decir de este hombre. La degradacion del gusto, del color, de la composicion, de los caracteres, de la expresion, del diseño, ha seguido paso á paso la depravacion de sus costumbres. ¿Qué quereis que este artista arroje sobre la tela sino es lo que tiene en la imaginacion? ¿Y qué puede tener en la imaginacion un hombre que pasa la vida con las prostitutas de mas baja ralea?.... No vacilo en decir que este hombre no sabe ya lo que es gracia; no vacilo en afirmar que las ideas de delicadeza, de honestidad, de

inocencia, de simplicidad son ya del todo extrañas para él (1)"

Tal es el resultado ordinario de la perversion moral en los artistas mismos. Algunas raras excepciones, mas aparentes que reales, son absolutamente incapaces de destruir esta lógica de las cosas que se manifiesta en los hechos. Un hombre, á fuerza de génio, puede hacerse un momento ilusion sobre este punto, pero es menester que en el conjunto la ley se lleve á efecto. Hay mas todavía: hasta aquí he supuesto que el vicio dejaba subsistir las fuerzas creadoras, puestas por el artista al servicio del arte. Muy lejos estamos, empero, de que sea siempre así. Hé aquí la herida profunda que iuflije á los artistas y á sus obras el rompimiento de su alianza con la virtud. El vicio no devora tan solo los gérmenes de la vida moral; roe en los artistas, á la vez que la flor perfumada de sus mas bellas facultades, esas fuerzas latentes que el hombre creador debe tener en reserva para la hora fecunda de sus creaciones. ¡Cuántas inteligencias menoscabadas, cuántas imaginaciones extinguidas, cuántos corazones secados, cuántas voluntades reducidas á la esclavitud, cuántas potencias aberrojadas con duras cadenas, cuántas fuerzas quebrantadas, cuántas facultades perdidas para la gloria del arte y el progreso artístico, por esos desórdenes homicidas que condenan á la medianía y tal vez á la esterilidad vidas tan llenas de sávia y tan ricas de esperanzas! ¡Cuántos artistas, aun hoy dia, en noches llenas de orgías y en orgías henchidas de oprobios, consumen una vitalidad que podía ser fecunda, y ahogan en la embriaguez de la carne esos gérmenes de génio, que bajo el sol de la virtud debieran abrirse tornándose en obras maestras! Escuchad á un hombre de

(1) Diderot, *Salon* de 1763.

mundo que había seguido con ojo atento estos estragos del vicio en el fondo de las mas bellas almas predestinadas por los dones del cielo á la creacion de las cosas mas sublimes: “¿Quién podrá decir, exclama, en una gran ciudad como esta, y á ciertas horas de la noche, quién podrá decir cuántos tesoros de génio se agotan; cuántas obras bellas y bien hechas, cuántas veleidades que pudieran ser fecundas, se ahogan antes de nacer, son destruidas en esencia, y se arrojan al viento de una prodigalidad insensata? Quién, que había nacido capaz de llevar á cabo un monumento grandioso, no lanzará al mundo mas que fragmentos; quién, que bajo una continencia severa estaba á punto de producir una obra maestra, faltará á la hora, llegará tarde al paso del astro, dejará escapar el momento luminoso que ya no tornará.”

¿Porqué maravillarse? El ejercicio de ciertos desórdenes enciende en las vidas todavía jóvenes, ese fuego de que nos habla la Escritura, que devora hasta consumir, *ignis decorans usque ad internecionem*, que roe hasta las raíces y los gérmenes del génio, *eradicans usque ad genimina*, que no deja en esas almas asoladas mas que el desierto, la aridez, la impotencia, la esterilidad, y que muestra con estas ruinas aun vivientes de cuánto es capaz el vicio para devastar el génio y aniquilar sus obras. ¡Cuántos de esos seres que el desorden ha hecho estériles é impotentes, en el sentimiento contristado de la consuncion de la fuerza y de la vitalidad, han podido decir, tambien ellos, estas palabras que un novelista contemporáneo pone en la boca de un artista: “Mi ojo ya no veía, no sabía ya mi mano, el corazon había vaciado el cerebro; y por el abuso de la sensacion había yo llegado á la impotencia del espíritu!”

De este modo, la depravacion de las costumbres,

alcanzando directamente á los mismos artistas, por una parte los condena á dar á sus obras, tarde ó temprano, la expresion de la deformidad, y por otra les quita, en mayor ó menor grado, la potencia de crear la verdadera belleza; y estos génios, que tenían la vocacion sublime de *elevarnos*, dejándose llevar, en vez de detener su ímpetu, por la corriente que los arrebató, precipitan mas y mas esa decadencia moral que precipita á su vez la decadencia artística.

### III.

Hay todavía otra cosa ligada íntimamente con la ciencia y con las costumbres, y que ejerce sobre el progreso ó la decadencia del arte una influencia decisiva. Es la literatura; la literatura, que constituye el prelude de todos los progresos y de todas las decadencias del arte; la literatura, es decir, el arte superior de la palabra, el arte magistral que juzga y gobierna todos los demas, que condena ó absuelve, que aprueba ó desaprueba, que estimula ó desalienta, que aplaude ó persigue, que eleva ó derriba, que corona ó destrona las magestades artísticas. Esta potencia que refleja, muy á menudo aun agravándolas, las perversiones intelectuales y morales de la sociedad contemporánea, tiene particularmente en nuestros días, un imperio preponderante en el mundo del arte. Entre esas depravaciones literarias que tienden á abajar el nivel de las artes, señalo sobre todo tres grandes prevaricaciones que formulo en estas tres palabras: la inmoralidad, el cinismo y el mercantilismo literario; tres cosas que acarrearán, con lentitud quizá, pero sin falta, la inmoralidad, el cinismo y el mercantilismo en las artes, y de este modo precipitan su decadencia. La inmoralidad suprime la pureza, el cinismo la conciencia, y el mercantilismo el honor; y estas tres

influencias concurren de consuno á humillar á la vez el grandor del arte y la dignidad de los artistas.

Ante todas cosas, existe en la literatura contemporánea, para preparar las perversiones y las humillaciones del génio del arte, lo que no temo llamar la prostitucion literaria. Quien denuncia hoy ante vosotros como un atentado á la dignidad del arte estas orgías de la literatura viviente, no es tan solo la austera palabra de la predicacion cristiana, es la voz de todas las almas honradas, poseidas de una tristeza justamente indignada á la vista de esta pública prostitucion. Escuchad algunos de los testimonios que la lealtad y la honradez pregonaban no ha mucho en los diversos puntos del mundo profano, contra el comportamiento de nuestra literatura corruptora, y en particular del drama y de la novela: “¿Qué habeis hecho de la escena francesa? exclamaba hace poco un orador en la asamblea misma de nuestros legisladores. La habeis convertido en foco de libertinage y de impurezas. Ostentais en ella desnudeces que hacen sonrojarse al mas ligero pudor. Mancillais la infancia en vuestros teatros, haciéndole representar el tipo de la degradacion y del cinismo, con escándalo de todo hombre honrado.” — “¿Qué han hecho, pregunta un escritor poco sospechoso de gazmoñería filosófica y de escrúpulo religioso, qué han hecho de esa forma privilegiada de la literatura, la novela? Se ha sacado á luz la novela á la gitana, la novela sin casa ni hogar; la novela que arrastra á la juventud á los muladares, que narra todas las peripecias de la vida desenfrenada, que poetiza el vicio porque es vicio, el vicio sencillo al principio, luego experimentado, en fin la novela escandalosa, en que el escándalo explica todo el éxito y suple al talento.” — “Y en la escena, os diré con el mismo autor, ¿qué no habeis agotado en materia de prostitucion y de lujuria? No: bajo

este respecto no nos restan ya curiosidades que vender: se ha doblado la página del imposible. Por poco que se progrese, no se pondrán en breve sobre las tablas sino exhibiciones babilónicas de cuadros vivientes.” Apenas puede creerse: ha sido menester que la juventud misma, la juventud, de ordinario tan ardiente para curiosidades lúbricas, elevase contra estas exhibiciones escandalosas su protesta de indignacion. “Creíamos, decían estos jóvenes de corazon noble, creíamos, que era siempre tiempo de protestar, aunque fuese con nuestros silbidos, contra ese género pernicioso que invade nuestros teatros, y preguntábamos qué atractivos podían tener, no solo para espíritus cultivados, sino aun para espíritus sensatos, esos aullidos que no tienen nada de humano, y sobre todo esas representaciones obscenas. Gracias á tales piezas, las exhibiciones mas escandalosas se han apoderado de la escena. Ayer nos mostraba esta sus doctas desnudeces; hoy ya nos habla su gerga: en breve ya no tendremos que envidiar á la corrupcion de las grandes épocas de decadencia.” “Así hablaban ciertos jóvenes en Marzo de 1866; y un diario poco sospechoso de exageracion ascética, el menos clerical de los diarios, añadía: “Esta carta hace justicia á un sistema que tiende á deshonorar la escena francesa y á hacerla el ludibrio del extranjero. Se dice que es menester servir al público conforme á su gusto: ¡vaya! ¡vuestros espectáculos obscenos son los que forman la degradacion del gusto público!”

Hé aquí cual se muestra esta orgía literaria denunciada por los mismos profanos y libres pensadores. Ahora bien, en vano procurareis disimularoslo, las degradaciones del arte todo, siguen inevitablemente y en todas las esferas, estas degradaciones de la literatura. Una especie de impulsión irresistible arrastra á la masa de los artistas á ese

atrevimiento, esa audacia, esa licencia, esa prostitución, aplaudida en los dramas y las novelas del día. Y cuando, para colmo de escándalo y de desdichas la fortuna viene á coronar en el seno de tales triunfos, esa literatura desgreñada que semeja á una meretriz enriquecida con sus desórdenes, ¡oh! entónces es cuando el contagio se hace inevitable y la plaga se vuelve universal. El escándalo afortunado y la inmoralidad enriquecida pasan de la novela á la escena, de la escena á la oficina del artista; y de ahí, si no sabeis detenerlos vendrán hasta esas exposiciones que tienen la legítima pretension de elevarnos á la contemplacion de cosas sublimes, vendrán á mostrar á todos, como una inmensa tentacion, de qué manera se hace fortuna ultrajando el pudor, de que modo se sube á la gloria haciendo á un lado la virtud, de qué suerte el escándalo puede hacer las veces del génio, y cómo la medianía, gracias á la complicidad de la lujuria, logra poner sobre sus sienes régia corona.

Que se atrevan ahora los hombres de letras interesados en los triunfos de la literatura inmoral, que se atrevan á negar la influencia degradante de sus obras sobre nuestras costumbres y nuestras artes; que vengan á acusar de severidad injusta la crítica imparcial; que vengan, en apologías de sus libros, mas inmorales aun que sus mismos libros, á decir una y mil veces que "la obra de literatura y de arte es siempre inocente, y que no tiene mas resultado que expresar ante el público el *temperamento* del autor." ¿Qué pueden tales apologías contra el testimonio universal de la conciencia honesta? ¡Oh arrasadores públicos de nuestra inocencia y nuestra virtud! ¡Qué! ¡Os atreveis á decirnos lavandoos las manos de las manchas arrojadas en las almas por vuestras impurezas literarias: "Cambiad de costumbres y cambiaremos de obras!" Yo os digo á

mi vez: Cambiad de obras y cambiaremos de costumbres: introducid la pureza en vuestros libros, y la hareis pasar poco á poco á las almas; y esta pureza en las almas producirá poco á poco en las artes la verdadera belleza.

¿Sabeis, Señores, lo que hiere aun mas profundamente las costumbres y las artes, en estas depravaciones de la literatura contemporánea? Es que al ultrajar directamente las costumbres con los triunfos de la inmoralidad, tiende á pervertir la conciencia misma con los errores que populariza; es que aniquila la postrera magestad que resta á los pueblos, así como á los individuos, en el seno mismo de sus mayores caídas, el sentimiento moral; es, en fin, que á la orgía literaria se une, para mejor abajarnos, el cinismo literario. Cuando se abraza, con una mirada atenta y escudriñadora, el conjunto de nuestro mundo literario, se diría que existe una conspiracion universal contra la conciencia humana. Este es el rasgo predominante, fuerza es confesarlo, de nuestra literatura anticristiana ó extra-cristiana; y es uno de los mas tristes síntomas de nuestra época. Cada siglo ¡ay de mí! produce para la desgracia de los hombres, su contingente de obras inmorales. Aun las épocas menos depravadas ven crecer bajo los rayos de su sol, y en una medida relativa, esta triste cosecha. Parece que existe siempre una cierta cantidad de depravacion latente en el fondo de la humanidad, y que tiene precision de hallar una salida para estallar en la superficie; no recorrereis una sola literatura, sin respirar en ella, aquí y allí, no sé qué fetidez que se exhala, aun por en medio de las flores, de ese eterno fondo de la corrupcion humana.

Pero, Señores, una cosa es crear obras inmorales, otra cosa es matar la moralidad; una cosa es herir la conciencia, otra cosa es destruirla; una cosa es

hacer frente al remordimiento con obras ó lecturas nauseabundas, otra cosa es suprimirlo. ¡Ah! Sin duda que el presentar una tras otra, durante largas horas, á las imaginaciones ardientes, torpezas en que ni siquiera puede soñar una virtud vulgar, es un mal, un mal en sí mismo profundo; pero legitimar la vergüenza, absolver el escándalo, justificar hasta el crimen, el crimen que aquí se llama adulterio, allá incesto, acullá asesinato, el asesinato que mata al rival, al amante ó á la esposa, ó bien el asesinato del que se mata á sí mismo con una cobardía y un crimen supremo: ¡hé aquí lo que inflige á la moral primero y en seguida al arte, heridas mortales!... Pues bien: tengo cierta vergüenza de decirlo, la literatura contemporánea, y en particular la literatura del drama y de la novela, ha caido hasta este abismo. En medio de las peripecias por donde se marcha con repugnancia de vergüenza en vergüenza, y muchas veces de crimen en crimen, encontramos, con un asombro lleno de tristeza, apologías para todas las abominaciones y absoluciones para todos los crímenes. Dramaturgos y novelistas que, en presencia de algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, se pondrían quizá en las actitudes mas escandalizadas, no se avergüenzan de extender sobre todos los crímenes, sobre toda clase de prostitucion, sobre todas las crueldades, y algunas veces sobre todas las monstruosidades, el velo dorado de su nueva moral. Proclaman de buena gana que los vicios corrompen las artes; pero se les escapa una cosa, y es que la literatura inocular el vicio pervirtiendo la conciencia; y de este modo siembra en las almas el gérmen siempre fecundo de la corrupcion artística. Para no señalar aquí mas que una de sus principales aberraciones, los oís proclamar con una calma que hiela el corazon, la predestinacion fatal de ciertas naturalezas á las grandes

depravaciones y á los grandes crímenes, y de este modo preparar una excusa, siempre pronta y siempre valedera para justificar todo, aun la monstruosidad.

Escojamos, entre mil, en una produccion reciente, un ejemplo de estas absoluciones otorgadas al crimen por la fatalidad. Escuchad: "El vicio tiene tambien su inocencia y su simplicidad. Hay seres predestinados al mal; tienen el instinto y la necesidad del mal, y lo causan sin tener de él ni premeditacion ni conciencia.... La serpiente da la muerte y el loto trae la locura. Este animal y esta flor, ¿saben por ventura lo que hacen? No. La naturaleza así lo quiere. Su mision es destruir, y destruyen. ¿Porqué? Dios lo sabe. Ciertas almas están dotadas como ellas de este privilegio fatal." "Así es que, á semejanza de la serpiente, dais la muerte porque tenéis necesidad y habeis recibido la mision de darla! ¡Qué moral de Caribes y de Hotentotes, predicada en plena civilizacion, por literatos que se proclaman á sí mismos porta-estandartes de la civilizacion! ¿Es maravilla, despues de todo esto, que oigamos á un hombre que acaba de ser impelido por la venganza á un asesinato en que el horror de la crueldad se complica con los horrores de la liviandad, será maravilla, que cuando aun tiene su alma cubierta con su doble mancha, lo oigamos aplaudirse á sí mismo por haber reconquistado la paz con el poder de su crimen? Es menester aducir todavía algunas citas, porque aquí, en verdad, lo verdadero puede ser inverosímil. Esto es doblemente horrible; pero es preciso que no se ignore lo que sabemos soportar, tolerar, y muchas veces aplaudir.

"La naturaleza en un movimiento irresistible, homicida, me ha libertado de repente del demonio que me acosaba. El crimen me ha exorcizado, calmado, sanado. He vuelto á entrar inmediatamente des-

pues en ese equilibrio cuya fisiología forma la base de la moral. . . . Cuando me examino y me juzgo á mí mismo, me encuentro *absolutamente inocente*. . . . Me he salvado con el asesinato. Hubiera preferido salvarme de otro modo; esto, sin duda, no estaba en mi mano. . . . Tal vez el crimen estaba en mi destino. Me hallo bajo el influjo de la fatalidad hereditaria. Esto supuesto, no soy yo quien ha cometido este homicidio, es el ser misterioso que llevo dentro de mí; ¡es mi padre, es el Desconocido! . . ."

¿De qué se trata? Señores, de una mezcla inaudita de liviandad y de crueldad, de una escena de vergüenza que sobrepuja á toda descripción y se termina con una puñalada. ¡Y ni una palabra del autor para estampar en esta moral y en este crimen la marca de una infamia dos veces merecida; ni una palabra para excitar contra lo horrible el legítimo horror del alma; el asesino se aplaude á sí mismo por el asesinato, y el autor añade á ese crimen sin remordimientos y á esa apología sin pudor la complicidad de su silencio! ¡Ah, Señores! ¡Esto no es tan solo inmoralidad; esto se llama el cinismo de la literatura!

Para completar al par que su propia perversion la decadencia artística, no faltaba mas que una cosa á nuestra literatura, ya doblemente pervertida; era caer, y hacer caer consigo al arte, en la vergüenza de la especulación y en el oprobio del oficio venal.

Decíamos no ha mucho que el olvido de sí propio es en las obras la condicion de las inspiraciones sinceras y de las ejecuciones espléndidas. La preocupacion del yo tiende á matar el arte en esencia; devora sus gérmenes mas divinos, ciega sus fuentes mas fecundas; y esto, aun cuando el artista no se busque á sí mismo sino en aquello que se juzga lo

mas noble en el hombre, la ambicion, la fama, la gloria misma. ¿Qué será, pues, cuando el artista se busca en aquello que hay mas esencialmente inferior; la plata, el oro, las riquezas, el bienestar; cuando el arte, es decir, la expresion de lo bello por medio del génio, no tiene mas ambicion que de llegar á lo útil, y de llegar, las mas veces, sacrificando lo que hay mas bello?

¡Pues bien, Señores; en vano quisiéramos ocultar á los ojos del extranjero este deshonor nacional: el pensamiento entre nosotros se explota como un vil metal! La verdad, la belleza, lo bueno tienen un valor numérico y se estiman á peso de oro. Oigo resonar en torno mio un idioma desconocido á nuestros padres. Oigo hablar de empresa literaria, de mercantilismo literario, de agiotage literario. ¡La literatura viene á ser como una California en que se precipita la codicia literata, buscando en todos sentidos ese metal immaculado que llama religiosamente el redentor de la miseria! ¡Qué degradante espectáculo! ¡Mirad en torno vuestro esos literatos que escriben, escriben, escriben, este la novela, aquel el folletín, aquel otro el drama, quién la crónica, quién sus impresiones, quién sus sueños, quién por fin sus recuerdos, su historia, su vida, sus memorias! . . . ¿Qué buscan esa prosa y esa poesía? ¿Adónde van esas novelas y esos folletines, esos dramas y esas crónicas, esas impresiones y esas historias? A la California de la literatura moderna. Dicen que corren tras de lo bello bajo formas nuevas. ¡Lo bello! ¡Vaya en gracia! ¡En verdad que les importa lo bello! Para ellos lo bello es lo útil, es decir, lo que produce. ¿Creeis que esos hombres siguen la impulsión de la idea, la inspiracion del génio, el soplo del corazon, el arranque del númen? Nada de eso. Mirad con atencion; el financiero está detrás de ellos: ved ahí el Dios que los inspira y

gobierna su palabra. El dice: escribid esto, y lo escriben; arruinad á este hombre, y lo arruinan; propagad esta mentira, y la propagan. Bajo el reinado de la codicia, hé aquí donde cae la literatura; en el tráfico. En el hombre de letras no veo ya mas que el hombre de negocios; en el hombre del arte, el hombre del comercio. El talento se manifiesta, no ya con el poder de realizar lo bello, sino con la habilidad de especular, de sacar provecho; y el génio mismo se precipita hasta el mas bajo de todos los oficios: ¡el oficio de hacer oro!

Para aumentar el mercantilismo de la literatura y la decadencia del arte, existe lo que algunos autores han apellidado justamente con un nombre que me perdonareis que repita desde esta cátedra; existe la *compadrería*, la liga venal y despótica de la literatura reinante. ¡Cabalas literarias! Con esto hay para aplastar el talento honrado, humilde, casto y cristiano; hay para hacer desesperar al génio mismo, sin fuerzas para vencer la coalicion de estas venalidades en complicidad. Con las cabalas literarias se empuja á la gloria ó á la fortuna las medianías audaces, insolentes, libertinas; con ellas hay sobre todo para hacer un inmenso ruido en torno á las pobrezaas literarias y artísticas producidas por el anticristianismo, y para tramar en derredor de las grandes obras la conspiracion del silencio. ¡Ah! ¿Como pintaros la liga literaria, es decir, la sociedad de admiracion mútua y de explotacion comun, bajo la razon social de mentira, egoismo y venalidad, cómo pintárosla en su verdad, es decir, en su sencilla deformidad? Escuchad: Cleófilo y Crisófilo han hecho un pacto fraternal; el uno ha dicho al otro: "Empújame y yo te empujaré; dí que soy un Virgilio y yo diré que tu eres un Homero." Hé aquí la imagen simplificada de la cabala literaria. Sean dos ó sean ciento, siempre

es la misma cosa. ¿No sois del cenáculo en que se deciden los grandes triunfos? ¡Ay de vosotros! Seréis vencidos por la liga triunfante.

Para gobernar este imperio de la Bohemia dorada, existe la magestad de los advenedizos y enriquecidos. A semejanza de los monarcas, tienen una corte, y en esta corte hay lacayos que visten su librea y tienen por oficio que les produce abundantes gages, el proclamar oráculo cuánto cae de su pluma y obra maestra de génio cuánto sale de su cabeza. Su fortuna literaria está hecha; son aclamados príncipes de la literatura moderna; en adelante ya no pueden ser medianos. Tocan con la punta del dedo su olímpica frente, y salen de ella creaciones y obras maestras perfectas, como Minerva salía bellísima y armada de punta en blanco, del cerebro de Júpiter; y la compadrería exclama: ¡milagro! ¿Qué digo? Estos reyes de la literatura algunas veces aun no han hablado, y ya se sabe lo que van á decir; aun no ha salido á luz la obra, pero se sabe que va á aparecer y ya se la proclama una obra maestra del génio colossal. Y cuando se les antoje, se reirán tambien hasta este grado de la estupidez humana: tomarán bajo su alta proteccion una vulgaridad literaria, primer parto de un estudiantillo escapado del colegio: estamparán con tres gotas de su tinta, la ilustracion de su firma; ¡y mañana el público, gracias al palmeteo bien calculado de la liga que aplaude con estrépito, se extasiará en presencia de estos borrones de bachiller, como delante de la obra mas bella del maestro!

Para asegurar este éxito una y mil veces vergonzoso, que humilla á la vez á la literatura, al arte y á la humanidad, ya sabeis las potencias que se invoca: entre todas, estas cuatro cosas que un crítico justamente ilustre (1) ha denominado tan bien "las

(1) De Pontmartin.

cuatro grandes potencias de la literatura contemporánea, á saber: el Anuncio, el Cartel, la Prima, y la Reclamacion." Por ellas y con ellas, las industrias innobles y las invenciones mas sórdidas conspiran en la sombra ó á la luz del día contra el honor de la literatura y la magestad del arte.... Sí, Señores. ¡La mercancía literaria explotada, vendida, comprada, alterada y falsificada como no lo es la droga mas vulgar que se pone al servicio de nuestras necesidades mas triviales; sí, todos estos manjares literarios ofrecidos á nuestros gustos depravados, y que se juzgan tan delicados, sujetos á mas ardidés y falsificaciones mercantiles que los alimentos que se preparan para vuestras mesas por la habilidad ó la astucia del ínfimo comercio! ¡Hé aquí, empero, á qué punto hemos llegado!.... ¡Por todos lados hombres que pesan el pensamiento á peso de oro, que venden como en los remates, al mejor postor, y revestidas de palabras venales, ideas y opiniones, ataques y defensas, vituperios ó elogios, y que adjudican á los artistas la victoria ó la derrota, la humillacion ó la gloria!....

¡Oh degradacion, oh degradacion de la literatura, que arrastra fatalmente consigo, así como la ruina arrastra á la ruina, la degradacion del arte! ¡Oh! ¡Quién vendrá, con el látigo en la mano, á arrojar del santuario de las letras estos vendedores y estos compradores del pensamiento humano? ¡Quién vendrá á barrer del templo del arte esas inmundicias acumuladas por la inmoralidad, el cinismo y el agiotage de la literatura viviente? ¡Quién sabrá azotar con una indignacion intrépida todas esas deformidades y todas esas perversiones literarias que al abajar y deshonorar la dignidad del arte, abajan y deshonoran la misma humanidad? ¡Vosotros, los que sosteneis con dignidad é independenciam vuestro nombre de críticos! ¡Oh! ¡Que Dios os conceda com-

prender aquí la grandeza de vuestra mision y el poder de vuestro ministerio! Sed, en presencia de las verdaderas obras maestras, al menos en presencia de las cosas verdaderamente bellas, sed como los artistas mismos; apasionaos santamente de la eterna belleza. Subid, por el amor de esta belleza infinita, hasta la imparcialidad absoluta de la justicia y de la santidad. Que en las creaciones del arte, vuestra mirada descubra y penetre todo lo que es verdad; que sepa distinguir hasta en su oscuridad, el génio que mañana, gracias á vosotros, resplandecerá bajo el sol de la publicidad; que vuestro corazon ame y abrace todo lo que es bello, y que vuestra voz, fiel intérprete del génio creador, repita y cante, juntamente con sus obras, todo lo que es armonioso; y á fuerza de entusiasmo sincero frente á la verdadera belleza, llegareis hasta la suprema imparcialidad.

Pero si lo abyecto viene á deciros: "Yo soy lo sublime;" si el vicio se despliega en su literatura desvergonzada diciendos: "Yo soy la virtud; si lo falso se adorna con sus sofismas y os dice con un lujo mentiroso: "Yo soy la verdad;" si lo deforme en fin, si lo deforme mismo, cubriendose con su fealdad se atreve á deciros presentandose ante vosotros: "Miradme, yo soy lo bello." ¡Oh! Entonces, yo os lo ruego, en el nombre del arte y de la literatura, en el nombre de su dignidad y de la nuestra, en el nombre de nuestro progreso y de nuestra civilizacion, dejad, dejad caer sobre esas bárbaras tentativas tesoros de valerosa indignacion y de cólera generosa. ¡Azotad, azotad; y para la mayor gloria de la verdad, de la virtud y del arte mismo arrojad del templo de la belleza á esos profanadores de la belleza!....

¡Artistas, literatos, príncipes del arte ó de la literatura contemporánea! ¡Ah! ¡No digais para excusar los abusos del arte y las prevaricaciones de vuestro génio, no digais que el torrente del siglo os arre-

bata, que sus aspiraciones os dominan, que sus depravaciones os mandan y que es fuerza arrojar á gustos depravados el alimento que os piden! ¿Para qué, pues, existís vosotros? ¿Para qué llevais ese bello nombre que os impone obligaciones ante los hombres, si ha de ser tan solo para seguir las corrientes de depravaciones que arrebatan á la humanidad? ¡Ah! Sino teneis otro fin que el de precipitar nuestra caída, dejadnos; no habemos menester de vuestras obras para que nos empujen al abismo; el peso de nuestros errores y nuestras costumbres, ¡ay! nos arrastra ya bastante por sí solo.

Y nosotros, Señores, que no somos artistas, ¡ah! no olvidemos jamás que tenemos en presencia de las corrupciones y prevaricaciones del génio del arte, nuestra parte de legítima responsabilidad.... No olvidemos que los errores que profesamos, las costumbres que ponemos por obra y la literatura que estimulamos, forman en derredor de nuestros artistas una atmósfera tres veces viciada, que los penetran los invaden, los rodean, y se convierten, á pesar de ellos, en inspiradores de todas las aberraciones de su génio y de todas las perversiones de su arte; que lo que ellos tienen principalmente tentacion de pintar, lo que se imprime en su imaginacion ardiente, lo que solicita día y noche como una seducción continua su vibrante naturaleza es el modelo viviente que nosotros les presentamos cada día, y que somos nosotros mismos, con nuestros vicios ó nuestras virtudes, con nuestras grandezas ó nuestras bajezas. Toca á los artistas el esforzarse por elevar con sus obras el nivel de nuestras doctrinas, de nuestras costumbres y de nuestras letras; sí, pero á nosotros toca elevar con nuestra literatura, nuestras costumbres y nuestras doctrinas, la mirada, el ideal, la inspiracion, las obras de los artistas, y con todo esto el nivel de nuestras artes amenazadas de bajar, de caída en caída, hasta esa extrema decadencia que se llama realismo.



## CONFERENCIA QUINTA.

### El Realismo en el Arte.

Señores:

Hemos visto como nuestro siglo, con las grandes corrientes que lo atraviesan, amenaza con arrebatarse el arte, en medio de nosotros, hácia todas las abyecciones y todas las decadencias; la corriente de las ideas, la corriente de las costumbres, la corriente de las letras, con sus olas siempre en aumento, hacen crecer entre nosotros el río de las depravaciones contemporáneas que amenazan al arte no solo con la decadencia, sino con la ruina total. Notadlo bien, Señores, no digo que la decadencia artística, á la hora de esta, sea un hecho consumado: conozco las glorias artísticas de nuestra época, sé apreciarlas, y como cualquiera otro enorgullecerme de ellas por mi patria; pero digo que hay en nuestro siglo, y aun hoy día, corrientes que *amenazan* con arrebatarse el arte hasta la decadencia; es menester ser optimista preocupado para no convenir en ello.

Ya vemos, en efecto, aparecer un síntoma terrible de la decadencia del arte. Al cabo de esas perversiones intelectuales, morales y literarias cuyas influencias degradantes sobre el mundo artístico habeis vis-

bata, que sus aspiraciones os dominan, que sus depravaciones os mandan y que es fuerza arrojar á gustos depravados el alimento que os piden! ¿Para qué, pues, existís vosotros? ¿Para qué llevais ese bello nombre que os impone obligaciones ante los hombres, si ha de ser tan solo para seguir las corrientes de depravaciones que arrebatan á la humanidad? ¡Ah! Sino teneis otro fin que el de precipitar nuestra caída, dejadnos; no habemos menester de vuestras obras para que nos empujen al abismo; el peso de nuestros errores y nuestras costumbres, ¡ay! nos arrastra ya bastante por sí solo.

Y nosotros, Señores, que no somos artistas, ¡ah! no olvidemos jamás que tenemos en presencia de las corrupciones y prevaricaciones del génio del arte, nuestra parte de legítima responsabilidad.... No olvidemos que los errores que profesamos, las costumbres que ponemos por obra y la literatura que estimulamos, forman en derredor de nuestros artistas una atmósfera tres veces viciada, que los penetran los invaden, los rodean, y se convierten, á pesar de ellos, en inspiradores de todas las aberraciones de su génio y de todas las perversiones de su arte; que lo que ellos tienen principalmente tentacion de pintar, lo que se imprime en su imaginacion ardiente, lo que solicita día y noche como una seducción continua su vibrante naturaleza es el modelo viviente que nosotros les presentamos cada día, y que somos nosotros mismos, con nuestros vicios ó nuestras virtudes, con nuestras grandezas ó nuestras bajezas. Toca á los artistas el esforzarse por elevar con sus obras el nivel de nuestras doctrinas, de nuestras costumbres y de nuestras letras; sí, pero á nosotros toca elevar con nuestra literatura, nuestras costumbres y nuestras doctrinas, la mirada, el ideal, la inspiracion, las obras de los artistas, y con todo esto el nivel de nuestras artes amenazadas de bajar, de caída en caída, hasta esa extrema decadencia que se llama realismo.

## CONFERENCIA QUINTA.

### El Realismo en el Arte.

Señores:

Hemos visto como nuestro siglo, con las grandes corrientes que lo atraviesan, amenaza con arrebatarse el arte, en medio de nosotros, hácia todas las abyecciones y todas las decadencias; la corriente de las ideas, la corriente de las costumbres, la corriente de las letras, con sus olas siempre en aumento, hacen crecer entre nosotros el río de las depravaciones contemporáneas que amenazan al arte no solo con la decadencia, sino con la ruina total. Notadlo bien, Señores, no digo que la decadencia artística, á la hora de esta, sea un hecho consumado: conozco las glorias artísticas de nuestra época, sé apreciarlas, y como cualquiera otro enorgullecerme de ellas por mi patria; pero digo que hay en nuestro siglo, y aun hoy día, corrientes que *amenazan* con arrebatarse el arte hasta la decadencia; es menester ser optimista preocupado para no convenir en ello.

Ya vemos, en efecto, aparecer un síntoma terrible de la decadencia del arte. Al cabo de esas perversiones intelectuales, morales y literarias cuyas influencias degradantes sobre el mundo artístico habeis vis-

to, se manifiesta hoy día un resultado, con un estallido tan sonoro que nos es absolutamente imposible pasarlo en silencio. Este fenómeno extraño en el seno de una civilización cristiana, lo hemos designado con un nombre un poco bárbaro; lo hemos denominado el *Realismo*. ¡Id, atravesad de una extremidad á otra todas las esferas del mundo del arte, mundo de las novelas, de los teatros, de los cuadros, de las estatuas, de las armonías y aun de los edificios: por dondequiera en ese mundo mágico en que vais á buscar en la contemplación de las grandes y bellas obras las manifestaciones del ideal, al lado de las creaciones del verdadero genio del arte, encontráis las producciones del realismo! ¡El realismo! Hé aquí la gran palabra que resuena hoy día en el mundo de los artistas; el realismo, elevado por los innovadores á la altura de una teoría artística y considerado por los espíritus serios y desinteresados como una monstruosidad en el imperio artístico.

Para ciertos literatos y artistas de estos tiempos, interesados en absolver con teorías nuevas obras inauditas, el realismo no es mas que la última palabra del arte llamado en adelante á marchar por el camino que le ha allanado su gran genio. Para justificar su ambición, y legitimar sus teorías, apelan al éxito obtenido; nos presentan al realismo sobre un carro triunfal, aclamado por turbas entusiasmadas; se glorían de su popularidad, de sus ovaciones, de su fortuna; y se oye á literatos hablar del ilustrado público que forma círculo en derredor de ellas, y de los millones producidos por sus obras. . . . Los otros, en vista de estos triunfos mas ó menos escandalosos, se obstinan en pretender que el verdadero talento no tiene que ver con esa popularidad ruidosa que es una pública injuria al arte mismo; que la multitud, aplaudiendo estos triunfos y glorificando este buen éxito, no se aplaude sino á sí misma y no glorifica mas que

sus instintos; que una cosa es el ruido del escándalo y otra el buen éxito del genio; dicen que los mayores triunfos del realismo contemporáneo se explican no por el talento que suponen, sino por el mal que encierran; y que no hay en el arte y la literatura de nuestra época nada que sea á la vez mas sorprendente y mas triste que el contraste que se manifiesta á la luz de la reflexión, entre las prodigiosas ovaciones del realismo y la asombrosa medianía de sus obras, en el verdadero punto de vista del arte.

¿Quién tiene razón; los partidarios de la teoría del realismo ó sus numerosos adversarios? ¿Qué vale el realismo en sí mismo, y considerado en su esencia? ¿Adónde conduce el realismo considerado en sus consecuencias? Hé aquí lo que formará el objeto de este discurso. El domingo próximo, entrando á toda vela en las profundidades y resplandores del arte cristiano, terminaré esta predicación sobre el arte con la corona legítima que teneis derecho á esperar y que yo mismo tendré á gran dicha ponerle.

## I.

¿Qué vale ante la razón y el sentido común, el realismo considerado bajo el punto de vista rigurosamente artístico? ¿Qué cosa es el *realismo*? ¿No es el realismo un fantasma creado por una crítica zelosa que aspira á destruir ovaciones que le hacen sombra y triunfos que le impiden dormir? Los autores afortunados que deben al realismo el haber alcanzado fama y aun riquezas, no están muy lejos de ver en los ataques que se dirigen contra sus obras no sé qué conspiración interesada de la literatura espiritualista y de la literatura llamada clerical; abrigan grandes sospechas de que el ultramontanismo no es extraño á ella, y poco falta para que ellos tambien vean levantarse, para ultrajar su gloria y calumniar á su genio,

el famosísimo espectro de Loyola. ¿Qué significa, dicen, esa guerra sorda declarada á los talentos felices por los que se complacen en insultar al buen éxito, y en blasfemar del génio? ¿Qué significa esa quimera de la literatura y del arte contemporáneo perseguido hasta mas no poder bajo el nombre de realismo? ¿Quién ha visto al realismo? ¿Quién ha topado con ese ser fantástico que causa miedo á los sostenedores irritados de un arte y de una literatura que han envejecido? ¿Por ventura ha de consistir el arte en lo sucesivo en huir de lo real y despreciar lo real? ¿Acaso será menester en adelante para merecer el nombre de artista, dejarse llevar en las dos alas de un espiritualismo y un misticismo vanos, y lejos de la naturaleza y de la realidad, ir á perderse á fuerza de abstraccion y de idealizacion en los desiertos del vacío y en el reino de las quimeras? Para complacer á los soñadores místicos y á los amantes platónicos del ideal misterioso é inaccesible, ¿será quizás preciso que el génio y el arte desdeñando la naturaleza y dejando lo real se desprecien y abandonen á sí mismos? ¿Hay por ventura un arte que pame y obras con vida fuera de la realidad? . . . ¿Porqué echarnos en cara bajo el nombre fantástico de realismo, la primera condicion de toda obra artística, la expresion de lo *real*?

En verdad, Señores, si el realismo no significara mas que la expresion de la realidad, no tendríamos, aun bajo el punto de vista del arte, que asustarnos de su aparicion. Apresuremonos sin tardanza á conceder á los partidarios de las teorías del realismo todo lo que tienen derecho á exigir. Sí: el arte requiere la expresion de lo real; ¿quién lo ha negado jamás? . . . Pero ¿no requiere el arte alguna otra cosa? Sí: el arte debe manifestar la naturaleza y hacerla resplandecer en lo mas brillante que tiene; pero ¿no debe el arte buscar nada mas alto y mas lejos que la natu-

raleza? Hé aquí toda la cuestion, y no tenemos la simplicidad suficiente para dejarnos engañar aquí por una palabra ó por una mistificacion.

Es, pues, menester, Señores, comenzar por apartar de la cuestion esa mala inteligencia involuntaria ó calculada que quisiera condenarnos á combatir un fantasma y á perseguir, bajo el nombre de realismo, en obras generalmente aplaudidas, una cosa perfectamente legítima y racional en el dominio del arte, una cosa sin la cual el arte no podría subsistir, á saber, la expresion de lo real. Esta táctica es familiar á los enemigos de lo bello como lo es á los enemigos de la verdad. Cuando atacamos el racionalismo, nuestros racionalistas exclaman: "Aborreceis la razon;" del mismo modo, cuando atacamos el realismo se quisiera hacer creer que odiamos la realidad. Cuando, en el órden intelectual, deseamos la soberanía exclusiva y absoluta de la razon humana, se dice que conspiramos contra la filosofía; y cuando recusamos y deseamos como una heregía en el órden artístico, el reinado exclusivo y absoluto de la realidad, se dice que conspiramos contra el arte. Fuerza es, pues, que recordemos en presencia del realismo la verdadera nocion del arte, para poner en plena evidencia que el arte bien comprendido, sin excluir lo real, desecha el realismo y lo condena como su antagonista mas absoluto.

El arte puede errar de dos maneras, ó por la supresion de lo real, ó por la supresion de lo ideal; por el desden sistemático de la naturaleza ó por el desden sistemático de lo que es superior á la naturaleza. Con la primera de estas supresiones el arte se evapora y se desvanece en el iluminismo; con la segunda el arte se abaja y se corrompe en el realismo. Es el caso de exclamar con un hombre eminente: *Ni tan alto, ni tan bajo* (1); ni tan alto que se pasen las nubes, ni tan bajo que haya que arrastrarse en el polvo; ni tan etéreo, ni tan trivial, ni tan impalpable, ni tan espeso, ni tan perdido en el vacío ni tan enredado en lo real.

(1) V. de Laprade.

El arte verdadero, Señores, es el matrimonio indisoluble, es la union armoniosa del ideal y la naturaleza; es la naturaleza cubierta de los reflejos del ideal, es el ideal reflejado en la naturaleza; y es propiedad del génio artístico afianzar la proporcion en que estas dos cosas deben unirse para hacer brillar el esplendor del órden y de la armonía, es decir la belleza misma. El arte expresa la realidad, pero la realidad transfigurada por el ideal; el arte expresa lo ideal, pero lo ideal realizado en un tipo de la naturaleza. Lo real solo es un error; lo ideal solo es otro error. Lo real solo es un ser bruto que suprime al mostrarse, toda la razon de arte. La reproduccion pura y simple de lo real no es mas que la fotografía de la naturaleza. ¿Y quién se atreverá á decir que el oficio de fotógrafo sea el último término del arte? El arte vive de transfiguracion, no brilla sino en el esplendor de su Tabor. Bajo este aspecto, la *Transfiguracion* de Rafael es á la vez la mayor obra maestra y el mas expresivo símbolo del arte. Ahora bien, la fotografía por solo serlo, ignora las transfiguraciones. Es la fisonomía opaca de los hombres y de las cosas. El arte solo poniendo en ella la mano, puede arrojar el rayo luminoso que transfigura. En este sentido, la fotografía, por perfeccionada que esté en sus procedimientos y en sus mecanismos, es, no solamente bajo el punto de vista rigurosamente espiritualista y moral, sino aun bajo el punto de vista material, esencialmente infiel; no puede reproducir, ni todos los matices de color, ni todas las gradaciones de luz que componen la imagen completa. Pero sobre todo, es absolutamente incapaz de reproducir la *idea* que debemos formarnos del ser, y de expresar lo que es propio del arte, la *belleza secreta de las cosas*. Por otra parte, el ideal solo no es mas que un espectro vano que huye bajo un relámpago en el horizonte del pensamiento para desvanecerse en la noche; es un

sueño que se mece en lo vago del indefinido; una sombra intangible que no toma cuerpo capaz de afianzarse, y de la cual no puede salir obra alguna viviente. Lo ideal sin lo real en las obras del arte sería como el alma; y lo real sin lo ideal sería como el cuerpo sin alma; sería el arte cadáver.

El arte verdadero, lo bello artístico, es como el hombre mismo; es espíritu y cuerpo; es el cuerpo transfigurado por el espíritu y el espíritu resplandeciendo á través del cuerpo. La cumbre del arte es el punto misterioso en que el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, llegan, como acaece en el hombre mismo, á la compenetracion mas completa y mas armoniosa. Esta cumbre es Rafael, porque ninguno quizá mejor que él ha hecho traspasar la idea á través de la forma, ni ha hecho mejor que la forma sea la manifestacion de la idea. Nadie dirá que este gran maestro del arte ha desdeñado la cubierta, el cuerpo, el signo de la idea, en una palabra, la forma. Pero lo que revela en el mas alto grado la inmensa superioridad de su instinto artístico y de su génio creador, es la transparencia de la idea á través de su signo; es la reverberacion de la luz del espíritu á través de las formas aun en la apariencia mas materiales. Sus obras maestras de pintura son como metáforas brillantes que hablan á los ojos el lenguaje del alma, y hacen brillar una idea verdadera á través de una imagen radiosa. Tal es el triunfo supremo del arte; la mayor transparencia de la idea mas verdadera á través del signo mas brillante, ya sea este signo piedra ó madera, el color ó el sonido. Toda obra que no tiene nada de esta lucidez es una obra opaca, es una obra de industria ó de oficio, no es una obra de arte, porque todo arte, como la palabra misma, es necesariamente expresion de una idea.

Aquí aparece en toda su luz una verdad ya indicada de paso, verdad fundamental y maestra en el

asunto que nos ocupa, una verdad que ilumina con su claridad todo el dominio del arte; quiero decir, el paralelismo completo del arte y de la palabra. La idea mas justa y mas luminosa que podemos formarnos del arte es considerarlo como una palabra. Por una y otra parte hay una alma que se muestra, una vision que se refleja, una forma que expresa, un fenómeno interior que se manifiesta exteriormente. La analogía es perfecta. En un sentido trascendental la palabra y el arte son idénticos: uno y otro emanan de la misma ley y crean la misma estética: las mismas causas que corrompen la palabra corrompen el arte, y lo que eleva al uno no es capaz de deprimir al otro. Permitidme que os lo recuerde, pues que la ocasion se me presenta; lo que forma la esencia, la dignidad y la gloria de la palabra es el ser ante todo una expresion de la idea por medio del signo; es que siempre y en todas partes es la forma transparente de la idea. El signo, indudablemente, así en el arte como en la palabra, no puede ser suprimido ni desdeñado. Tiene un valor, valor relativo á la idea que ha de expresar. Pero no tiene derecho de constituir el arte él solo y por sí solo; es menester que continúe desempeñando ante la majestad del arte su papel de criado. Si el signo, en la palabra ó en el arte, pretende brillar por sí mismo, y mandar en gefe, falta á su fin y hace traicion á su destino. Así es, Señores, que en la palabra lo mismo que en el arte, el peor de todos los abusos es la preocupacion y el correr tras de la forma por lo que es en sí, tras de la forma como fin principal. Hé aquí el antagonismo absoluto del verdadero génio del arte y de la palabra. En ninguna esfera del arte es la forma para sí misma; y quienquiera que, por la pasion insensata de hacer admirar por lo que es en sí una forma artística, detiene y fija en ella la mirada del contemplador sin dejarle ver nada mas allá, destruye la

primera condicion del arte, que es la expresion de la idea. La mayor desgracia que puede suceder á un orador, como orador, es producir el efecto independiente de las ideas que expresa; y lo que es verdad del arte oratorio no lo es menos de cualquiera otro arte; todo efecto producido por el solo prestigio de la forma es anti-artístico; es el arte trastornado, es la corrupcion misma del arte.

Tal es, Señores, la verdadera nocion, tal es la tradicion del arte sublime. Aquí, como en todas partes, la verdad resplandece entre dos abismos, el abismo del idealismo y el abismo del realismo. En todo y por todo, en proporciones diversas, hay necesidad de ideal y real, de espíritu y de materia, de alma y de cuerpo, de forma y de idea; de la idea que penetra en la forma y de la forma que hace brillar la idea; en suma, del mismo modo que en la palabra, se requiere la materia al servicio del espíritu; el génio que crea su forma, no para la glorificacion de la forma, sino para el triunfo de la idea. Salir de una de estas dos condiciones es romper la armonía, es trastornar el orden cuyo esplendor constituye la verdadera belleza; es precipitar el arte, juntamente con sus obras, ó en el vacío del idealismo ó en lo grosero del realismo.

El idealismo artístico á la hora de esta, no es por cierto el peligro que hemos de temer. Nuestro peligro, nuestro mal, diré aun nuestra plaga, es el realismo en el arte y la literatura. El realismo hace pedazos con su mano brutal la bella armonía de los dos elementos del arte; desdeña lo ideal para arrastrarse sin restriccion alguna por lo real; y, por consiguiente, descuida la idea para agotarse en la forma. *Lo real*, dice, *todo lo real y nada mas que lo real*: solo aquí se encuentra el arte viviente, el arte simpático, el arte popular, el arte triunfante; fuera de aquí no hay mas

que el arte decrepito, el arte muerto, el arte del pasado, pero no el arte del porvenir.

Hé aquí el realismo en sus obras y en sus doctrinas, en su práctica y en su teoría. Preguntábamos hace un instante: ¿quién ha visto el realismo, quién se ha encontrado con el realismo? ¿Cada uno de vosotros, Señores, no hubiera podido responder: Soy yo mismo, yo que he visto este cuadro, mirado esta estatua, oído esta armonía, penetrado en este edificio; yo que he leído esta novela, asistido á este drama, admirado esta poesía? ¡Que! ¿Me preguntais dónde está el realismo? Pues yo, yo os pregunto: ¿dónde no está el realismo? El realismo es pintor, el realismo es escultor, el realismo es arquitecto, el realismo es músico, el realismo es poeta, el realismo es novelista, el realismo es dramaturgo, el realismo es historiador: el realismo es todo lo que se puede ser; solo le faltaba ser filósofo; y si no lo detuviéramos en el umbral de nuestros templos, procuraría quizás hacerse predicador. El realismo no es un hecho aislado; salvo algunas excepciones gloriosas, es un fenómeno, no diré universal, pero que tiende á serlo. El realismo es un mal crónico, es la lepra del arte, es la epidemia de la literatura en el siglo XIX.

Esta práctica del realismo se forja hoy día teorías dignas de ella. Ya no es un misterio: el realismo tremola altivamente su bandera; proclama en el imperio del arte el reinado absoluto y exclusivo de la realidad. Emplear toda su habilidad, todo su poder, todo su ingenio, si es que se tiene ingenio, en calcar lo real físico, la realidad palpable, sea cual fuere; crear, por medio de una producción tan exacta como sea posible, realidad viviente ó no viviente, el mundo del arte al lado de la naturaleza; y por medio de esta creación humana, imitación fiel de la realidad sea cual fuere, suscitar en las turbas curiosas de realidad emociones, simpatías, sensaciones, vibraciones cor-

respondientes: tal es la última palabra de ese realismo contemporáneo, que bien lejos de avergonzarse de la extrañeza de sus teorías y de la monstruosidad de sus obras, se gloria de ellas, se aplaude, se pavonea y se admira. Es menester citar, Señores, no sea que parezca que calumniamos: tomo de preferencia, para dar testimonio de mi afirmación, palabras tanto mas graves y que se considera con tanta mas razón que se respetan á sí mismas, en cuanto se profieren sin reticencia en la enseñanza pública. Escuchad, y quizá tendreis trabajo en dar crédito á la autenticidad de estas palabras: "El pintor tira sus líneas, calcula sus perspectivas, desnuda sus cuerpos, los levanta, los diseña. Coloca el arte sobre su base definitiva, la imitación exacta y completa de la naturaleza tal como se ve y tal cual es. Desprendidos del mundo celeste y atraídos al mundo real, los hombres quieren contemplar, ya no ideas ó símbolos, sino seres y personas. Para ellos las cosas reales no son ya un signo á través del cual se lanza el pensamiento místico; tienen un precio y una belleza propias, y la mirada que se fija en ellos, no sueña ya en dejarlas para avanzar mas allá." He aquí la gran palabra del realismo: supresión del *mas allá*; las perspectivas del ideal cerradas á la mirada del artista detenido por la barrera de la realidad pura.

Es inútil multiplicar los testimonios. Estas palabras son el eco de otras muchas que repiten todas la misma cosa. ¿Es posible, decidme, es posible ponerse en el nombre del arte en antagonismo mas abierto con la esencia misma del arte? ¿Es posible romper de una manera mas audáz con todas las tradiciones del arte sublime, y con la práctica de todos los artistas ilustres que han dado á sus obras maestras juntamente con el signo del génio, la consagración de la inmortalidad?... Las razones, las razones perentorias que reducen á la nada esta teoría del arte, tan falsa en sí

misma como funesta en sus resultados, se agolpan aquí con tal abundancia, que no nos acarrearán sino la dificultad de escoger y de limitarnos.

Ante todas cosas, me permitiré preguntar á los maestros que enseñan aquí principios desmentidos por todos los representantes mas famosos del pensamiento y por los mas grandes maestros del arte: ¿Dónde habeis aprendido que el arte debe colocarse sobre esta base definitiva: "*la imitacion exacta y completa de la naturaleza tal como se ve ó tal como es*"? ¡Ah! Olvidais desde el principio lo que hay mas elemental en el arte, y el último de vuestros alumnos que ha conservado el sentido comun os responde: No, el arte no es una imitacion, es una *interpretacion*. ¡Qué! Esta cosa tan grande, tan generosa, tan libre y tan espontánea, la obra de arte, ¿no es otra cosa que una simple imitacion de la naturaleza, *tal cual es*? ¿Quién despues de esto, tendrá la vanidad doblemente loca, de gloriarse del talento, de la representacion y del nombre de artista?... ¿Qué hay menos liberal y menos espontáneo que la copia servil de la realidad?... ¿Dónde está el simple actor, por poca vida que sienta moverse dentro de sí, que consienta en reducir su papel á la imitacion adecuada de una realidad sentada?... ¿Lo forzareis acaso á no hacer oír mas que sonidos, vibraciones, acentos, anotados y marcados de antemano como condicion absoluta é inflexible de la imitacion de lo real *tal cual es*?... No, mil veces no: el artista por poco que se posea de su papel tiene necesidad de ensanchar el campo de su accion en el sentido de lo indefinido; tambien él tiene necesidad de ver y correr tras *el no sé qué* que no se encuentra en lo real: no es un autómeta á quien la realidad imponga tal gesto ó tal entonacion; es el libre *intérprete* de la realidad que eleva y que transfigura con todo lo que introduce de sí mismo y con todo lo que le añade de superior y de ideal. Es que en efect-

to entre la obra de arte y el objeto que representa hay un mediador necesario, *el alma del artista*. ¿Ignorais que el objeto, antes de pasar á la obra artística debe pasar por el intermediario de una alma humana? No: lo que el artista imita no es la realidad *tal cual es fuera de él*, es la realidad tal como es *dentro de sí mismo*. Ve la naturaleza, sin duda, pero la ve no vulgar *tal como es* en su trivial realidad; la ve, sí, tal como se la forjan á la vez su pensamiento que la mira, su alma que la siente y su corazon que la ama. En una palabra hace del objeto una imágen que grava en sí mismo conforme á cierto tipo de belleza ideal entrevisto por su génio; y esta imágen identificada á sí propio y toda llena de su vida, es la que va á trasladar á la tela ó al marmol; es, si me es lícito decirlo, comparando la creacion de una obra maestra con el cumplimiento de un misterio, es su verbo interior el que va á encarnar en su obra.

En este sentido sublime, es cierto, el arte, si queréis, es una imitacion, pero una imitacion generosa y libre de la vision que el artista lleva en su alma; es la expresion del artista conmovido al contacto de la realidad y elevado por su ideal. Ve la naturaleza; al mirarla transfigura la realidad que se encuentra abajo en un rayo caído de lo alto; y su obra, si no le falta el génio, será la expresion brillante de la naturaleza transfigurada. Suprimid entre la obra de arte y su objeto material, ese mediador plástico, el alma humana, el alma cuya invencible necesidad es mirar la idea que se remonta con su vuelo celeste sobre la realidad, el alma, que contempla, de grado ó fuerza, en una esfera mas alta que toda realidad creada, ese ideal que pertenece á la esencia de todo arte: entonces, al pié de la letra, ya no hay arte; ya no hay mas que un contacto material entre el objeto reproducido y la obra imitadora; y el arte, por no haber mirado *mas allá*, se destituye á sí mismo; cae en el mecanis-

mo del oficio ruin y en las construcciones del instinto; se reduce á la industria de los procedimientos y á la habilidad de la mano.

El arte, decís, es *la imitacion de la naturaleza tal como es...* ¿Qué! ¿Es acaso reproducir lo real, copiarlo, calcarlo, fotografiarlo, daguerreotiparlo tal como se ve y tal como es? Pero, en el nombre del arte y de la humanidad que ultrajais á la par, ¿es esto posible? ¿Es conveniente, es lícito, es útil al menos á alguno ó para alguna cosa?... ¿Es posible? No, mil veces no, ni siquiera es posible. La naturaleza con sus misterios desafía vuestra imitacion. ¿Cómo alcanzar con el génio de la imitacion por grande que se le suponga, ese fondo íntimo de los hombres y de las cosas cuya superficie no es sino una explosion imperfecta?... ¿Cómo pintar, esculpir, imitar toda la naturaleza y nada mas que la naturaleza? Y aun suponiendo que la intuicion del génio imitador pudiera alcanzar lo real, y todo lo real de la naturaleza, ¿por acaso esta imitacion es siempre admisible, conveniente, siquiera lícita? ¿Dónde habeis encontrado el artista que haya puesto en práctica hasta el extremo vuestra doctrina mas que paradójica? ¿Dónde está el génio bastante loco para atreverse, aun bajo el simple punto de vista del arte, á imitar toda la realidad y toda la naturaleza *tal como es*? Y por otra parte, ¿de qué sirve en el arte esta imitacion de la naturaleza *tal como se ve y tal como es*? ¿Cuál es su fin, cuál su utilidad? Si tal espectáculo me causa horror en la naturaleza, ¿porqué me forzais á contemplarlo en el arte? Vista en sí misma, esta realidad me repugna; ¿cómo me encantaré en vuestras obras? Desecho el original, vuelvo los ojos para no ver una figura cuyo aspecto es mi suplicio; ¿qué pretendeis viniendo á mostrarme la copia? ¿De qué sirve en el arte la reproduccion groseramente realista de lo que no puedo ver y mirar sin repugnancia en la naturaleza?...

¡Ah! ¡Si al menos aspiraseis á transfigurar lo horrible y á forjarle una auréola grandiosa que lo asemeje á lo sublime! Pero no: la transfiguracion repugna al realismo, y la esencia del realismo es mostrarme lo espantoso como espantoso, lo horrible como horrible, lo horrible tal como se presenta en el camino de mi vida forzándome á volver el rostro y á huir de su contacto. ¿Por acaso todo se ha de ver, todo se ha de gustar, todo se ha de saborear en la naturaleza? ¿Por acaso todo es en ella igualmente hermoso, interesante, simpático? Y si vuestro arte al tocar estas cosas no tiene el don de la transfiguracion, ¿qué simpatía tendrá para mí vuestra obra, y qué quereis que yo admire y que yo aplauda en ella?

¿Qué! Encontrais en el fondo de una taberna ó en el fango de las calles un hombre ébrio, deforme con su doble deformidad, que se coloca delante de vosotros en actitudes salvages y en posturas animales, y que hace gestos que ni pueden nombrarse: lo copiais rasgo por rasgo, lo fotografiais al pié de la letra, y me decís en una estatua, en un cuadro, en la escena ó en una novela: Mirad y admirad; es el retrato de lo real... Hallais en una choza, en una buhardilla, qué sé yo donde, al hombre cubierto de úlceras que personifica todos los horrores físicos de que una carne humana puede ofrecer el espectáculo: y héos aquí químico y anatomista del horrible material, haciendo en mi presencia la diseccion y el análisis de la llaga, del cáncer y de la úlcera. Y decís: ¡admirad! Veis que todo está aquí, que no falta nada: la copia es completa, es el retrato de la realidad. ¡Enhorabuena! Sois un hombre intrépido; habeis devorado por pintarlo todo, la última partícula del horror y desafiado el extremo poder de la repugnancia. Sea enhorabuena si os agradan estos espectáculos; pero vos que prometíais hacerme coger en el campo del arte nuevo, la mas bella flor del placer, ¿porqué venís á

exigirme que lleve hasta el heroísmo la victoria sobre mi repugnancia? No debiais hacer mas que agrardarme, ¿porqué encarnizaros en causarme náusea?

¿De qué sirven, decidme, estas exhibiciones repugnantes?... Si me agrada divertirme con el espectáculo del hombre ébrio, dejadme que lo mire en la calle, y si mi gusto me corvida á saborear el extraño placer de mirar úlceras, ¿qué necesidad teneis de pintármelas? Iré á verlas en el hospital: allí al menos las encuentro vivas, y vuestras obras maestras realistas no valdrán jamás para mí lo que esos horrores vivientes.... Y aun cuando no tuvieseis que pintarme lo atroz, lo horrible, lo innoble, lo repugnante; si no quereis dar á la naturaleza ninguna auréola y á lo real ningun rayo que transfigure, decidmelo otra vez, ¿de qué sirven vuestros cuadros, vuestras estatuas, vuestros libros realistas?... Mas me agrada ver la naturaleza. La naturaleza al menos lleva siempre un reflejo del Creador y hace mas ó menos pensar en el infinito. ¿Qué miserable juego de niños es el prodigar tesoros de tiempo y quizá de génio, para mostrarme artificial y muerto ni mas ni menos lo que yo puedo, dando un paso ó volviendo los ojos, ver por todas partes natural y viviente!... ¿De qué sirven tantos esfuerzos para llegar á semejante nada? ¿Qué digo? Aun cuando no tuvieseis mas que hacer un retrato, una imagen, una efigie cualquiera, si no sabeis á través de la materialidad de los rasgos separar la *idea* del hombre cuya imagen me presentais, ¿de qué me sirve el retrato trazado por vuestra mano? Me agrada mas ver el original; si necesito una copia exacta, una imagen adecuada, una pintura realista de mí mismo, tengo á mi pintor siempre dispuesto; y yo os pregunto aquí con un hombre de talento: "¿Quién tendrá la pretension de pintarme mas fielmente que el espejo de mi chimenea?"

¡Ah Señores! Si lo que acabo de deciros no bas-

tase para confundir ante el arte las teorías del realismo, me bastaría apelar á ese sentimiento misterioso del *mas allá*, de que hemos hablado en las conferencias precedentes. ¿Qué! ¿En el nombre del arte se nos exige que nos aprisionemos en lo real, y se nos prohíbe mirar mas allá? ¿Como si esta ambicion del mas allá no fuese la insaciable y dolorosa pasion de los verdaderos artistas! ¡Oh grandes hombres! Vosotros que brillais á través de la historia del arte, con la auréola de vuestras obras, levantaos; venid á confundir esas groseras invenciones que insultan á vuestro génio!... ¡Ah! Vosotros tambien sabiais ver y pintar la realidad; la habeis reproducido rasgo por rasgo; habeis hecho mas aún, la habeis transfigurado. El retrato era tan bello como el original, y mas bello todavía que el original; no solo habiais alcanzado sino sobrepujado la pefeccion de la realidad. ¡Y sin embargo no estabais contentos! ¿Porqué ese gemido de vuestras almas en presencia de vuestras obras? ¿Porqué, en presencia de esa imagen tan bella y mas bella aún que la naturaleza, esa tristeza, esa melancolía, ese indefinible desaliento y esa desesperacion que descubro en vuestra alma de artista? ¡Ah! Es que alguna cosa os decía que llegar hasta los límites de lo real y aun mas lejos no era todavía bastante. Es que desde el fondo de esas realidades en que quiere encerraros un realismo despótico y llano, vuestra grande alma, como hemos dicho, aspira mas allá. Yo lo juro por vuestro génio: si todo el fin del arte no fuera mas que la representacion matemáticamente exacta de la naturaleza *tal como es*, ese gemido de vuestras almas en presencia de los milagros de vuestras manos sería un misterio absolutamente incomprensible; sería la contradiccion misma.... ¡Ah! Es que, en efecto, si todos vuestros esfuerzos debieran detenerse aquí, copiar lo real, copiarlo con una mano tan hábil y tan fiel como es posible; al llegar á este punto ya

no tendriais nada que desear; vuestra ambicion estaria satisfecha; diriais: La naturaleza está reproducida; héla aquí calcada sobre la realidad; lo real aparece en su verdad exacta; la imagen ha reproducido el tipo en su desnudez bruta; la obra está acabada; *nec plus ultra*, ¡ya no iré mas lejos!... Hé aquí la última palabra del realismo en el arte; es el *nec plus ultra* del progreso artístico; es la barrera que lo detiene y le dice brutalmente: ¡No irás mas allá!

Basta ya de considerar el Realismo en sí mismo; es tiempo de señalaros algunas de sus consecuencias.

## II.

En verdad, Señores, si esta cuestion del realismo no tuviera mas alcance que el de un debate puramente literario y artístico, no habría lugar de que la palabra sagrada interviniese en una lucha totalmente mundana, y que no es su verdadero campo de batalla. Empero la cuestion del realismo, intelectual, moral, religiosa y aun socialmente, es una cuestion mas grave de lo que parece á primera vista. Considerado en su propia esfera, es decir, en la literatura y el arte propiamente dichos, es, como acabamos de decir una lepra que deshonra á la majestad del arte y desfigura la fisonomía de la belleza. Pero sus consecuencias van mas lejos que él mismo; alcanzan las inteligencias, las almas, los corazones, las costumbres, la sociedad, la civilizacion; y por estas consecuencias sobre todo, es como el realismo entra en la jurisdiccion de la palabra sagrada y en el campo de sus combates. Lo que parece ser simplemente una diversion de las turbas y un capricho de los artistas, puede convertirse en un peligro para las almas y en un desastre para la humanidad.

El primer resultado del realismo, y el que menos percibe el vulgo, es su resultado en el orden intelec-

tual propiamente dicho; es su accion sobre las ideas. Nacido de las aberraciones filosóficas que hemos indicado en la Conferencia precedente, el realismo artístico, y sobre todo el realismo literario, vuelve á obrar sobre sus propias causas y ensancha el círculo de los errores haciéndolos populares. Recorred una tras otra las producciones del realismo contemporáneo; reconocéis en ellas por todas partes la generacion natural de los errores madres que lo han engendrado poco á poco á él mismo. Las veis sucesivamente, y á veces simultáneamente, reflejar todos los colores y todos los matices del error viviente, así el naturalismo, como el panteismo, y el ateismo, y el materialismo, y el positivismo, y el fatalismo, y el escepticismo, y el nihilismo doctrinal. Todos estos sistemas mas ó menos groseros pasan arrojando sobre las obras realistas sus triste reflejos; y por poco que sepais ver, reconocéis en el realismo contemporáneo el rasgo visible de una afinidad auténtica con todas esas aberraciones especulativas del pensamiento contemporáneo.

No digo, notadlo bien, que el realismo haga profesion de enseñar todos estos errores; sino digo que lleva por todas partes su imagen á las miradas del pueblo; y esta imagen mas visible y mas inteligible para la multitud que los mismos libros que las enseñan, grabándose en las almas, tiene por efecto desastroso el inculcar poco á poco en el alma del pueblo todos estos errores que amenazan hoy día el mundo; porque tiene, sobre todo, el poder de hacerlos mas y mas populares y de emplear mejor para disimular su fealdad el prestigio de la belleza. Los artistas y los literatos de profesion, de ordinario al menos, no tienen la pretension de ser pensadores. No encuentran la idea, pero le forman una auréola; no son las lumbreras, son los espejos que reflejan su luz; no son reveladores son propagadores; no son mesías sino após-

toles; no son iniciadores sino vulgarizadores. Y todos los mesías y todos los reveladores que el siglo nos envía para abrir á los errores nuevos los caminos del porvenir, no tienen auxiliares mas poderosos ni cómplices mas populares.

El realismo contemporáneo, y en particular el realismo del teatro y de la novela, ha obtenido, en estos últimos años, triunfos ruidosos que han dado á sus producciones un renombre dilatado y profundo; y no acaece jamás en vano que haya obras, sean cuales fueren, que obtengan la ovacion de la multitud y las aclamaciones de un siglo. Pues bien, lo que impresiona sobre todo en estas obras malsanas es la atmósfera de error y de escepticismo que se respira en ellas por todos lados. Aun cuando la obra realista de nuestros días no pretenda enseñar ni dogmatizar; aun cuando no ataque ningun símbolo religioso, ni verdad moral alguna, es, sin embargo, perniciosa. Lo que se siente en ella mas que cualquiera otra cosa es la ausencia de toda doctrina, el desdén de todo símbolo, la negacion de toda fé y de toda creencia positiva. ¿Qué digo? El indiferentismo de la conciencia y el desprecio de los principios se ostentan allí por todas partes. El realismo es en el dominio del arte lo que el positivismo en el dominio de la ciencia; es una *eliminacion*; eliminacion sistemática que resulta de las exigencias mismas de esta grande y universal heregia del arte y de la literatura. Su primer dato, su dato fundamental, es, como hemos visto, la imitacion exacta, en otros términos, la fotografía de lo real, de lo real que se ve, de lo real que se toca, de lo real que crea su imagen *tal cual* bajo un rayo de sol material. De aquí la eliminacion y la separacion absoluta de todo lo que escapa á este imperio del calco y de la fotografía material. El alma escapa al pincel ó al cincel del artista; la conciencia no se deja calcar; los principios no se dejan ni pintar ni esculpir; la moral

no se deja fotografiar. Luego, todo esto queda eliminado en masa de todo el dominio del arte.

De aquí resulta en el artista realista una independencia de toda regla, y de todo principio, y de todas las conveniencias morales, sociales y religiosas; de aquí una exageracion de personalismo que salta toda barrera, rompe todo freno y convierte el pretendido génio del arte en un no sé qué desenfrenado, feróz, furioso, arrebatado, semejante á un caballo invadido de un vértigo que corre sin direccion y sin objeto á través de los abismos. Así es como nuestros grandes realistas hacen del arte una potencia absolutamente libre, y que no depende mas que de sí misma; la colocan sobre un trono en que ninguna potencia tiene ya derecho á tocarla; mas alto que la sociedad, mas alto que la religion, mas alto que la moral, mas alto que la conciencia, mas alto que Dios, mas alto que todo; y se les oye desde lo alto de esta soberanía que usurpan, enviar al mundo atónito con tal comportamiento, decretos y oráculos como este: "Los artistas no obedecen á reglas ni á principios. Cada uno obedece únicamente á sí propio, á su naturaleza, á su temperamento, á su carácter, á ese conjunto de aptitudes que constituyen su individualidad. Cada artista está dotado de un temperamento particular; y no hay nada mas absurdo que procurar, bajo pretexto de moral ó de otra cosa, corromper este temperamento. A mi modo de ver, las conveniencias del arte debían pasar antes de las de la sociedad; yo no desconozco ninguno de mis libros."

De esta manera, como se ve bien claro, el artista es rey, no en el sentido en que nosotros aplaudimos su majestad, en el sentido de la influencia y del ascendiente que tiene derecho de ejercer sobre las almas, sino que es rey en ese sentido satánico que reprobamos, en el sentido de esa independencia absurda é imposible que lo hace superior á toda regla, á todo

principio, á toda ley. ¿Qué digo? ¡El artista realista proclamando para sí mismo una independencia impía, se hace mas que rey; se hace Dios, Dios en el reino del arte, como el filósofo racionalista en el reino del pensamiento!

Esto supuesto, casi no es necesario mostraros en qué se convierte para el realismo contemporáneo, no solamente la religion de Cristo, sino toda religion cualquiera que sea. Para el realismo, los dogmas religiosos no son nada; lo sobrenatural es quimera, lo divino un contrasentido. Dios, para él, no queda ya siquiera como una magnífica hipótesis que abre ante el artista esas misteriosas perspectivas que dan vuelo al génio del arte; hace con Dios lo que hace con el alma, con el espíritu, con la conciencia, lo *elimina*; destierra á Dios de su presencia como su antagonista absoluto. La sombra misma de Dios lo importuna; porque proyectándose sobre su génio acusa sus obras y lo desmiente á cada paso. ¿Qué puede ser para el arte realista una religion cualquiera, si no es una contradicción á sus tendencias innatas, y una negación absoluta de su dato fundamental? Si Dios existe, si hay un infinito viviente, ¿cómo hacer para desechar el ideal? Y si se acepta el ideal ¿cómo hacer para permanecer realista? Así es que, de grado ó fuerza, á despecho de las protestas contrarias, el realismo doctrinalmente supone el ateísmo, y con el ateísmo la negación de toda religion; y el ateísmo que supone en sus doctrinas, lo predica en sus obras; y así en sus efectos como en sus causas, el realismo es en esencia el arte de los pueblos ateos.

No se detiene aquí la influencia del realismo artístico en la humanidad; su influencia resplandece mas palpable en el órden moral; y el realismo del arte, multiplicando sus triunfos, desarrollaría en las costumbres públicas una depravacion todavía mayor que sus triunfos.

Ya lo hemos visto, el realismo contemporáneo ha salido en línea recta del naturalismo contemporáneo. Proclama como su dogma supremo la imitacion exacta y completa de lo real. Pero, no lo olvideis, lo real de que aquí se trata no es lo real del alma, del espíritu, de la conciencia; es lo real de la materia, lo real de los sentidos, lo real de la carne. En verdad que el alma es tambien una realidad; es la gran realidad humana, la realidad que hace que el hombre sea hombre y no animal. Pero el realismo artístico de nuestros días se burla atrevidamente de la realidad inmaterial, y si no la niega absolutamente, hace de ella una abstraccion absoluta. Ahora bien ¿qué puede producir, decidme, un arte emanado todo entero de esta fuente, lo real material, si no es lo que la materia encierra en su seno, el sensualismo y siempre el sensualismo? El sensualismo que mancha toda pureza, que devora todas las virtudes, que destroza toda santidad; el sensualismo que hace caer á la humanidad, de las espléndidas cumbres iluminadas por el espíritu, hasta los oscuros abismos á donde la voluptuosidad lo arrastra en el oprobio de su carne; el sensualismo que amortigua en el corazon humano la fibra generosa de la adhesión y del sacrificio, y hace germinar en todas las almas que invade un egoísmo monstruoso y feroces instintos; el sensualismo que decapita la vida humana, que mata al hombre hiriéndolo en la parte superior de sí mismo, y hace de la carne la tumba del espíritu; el sensualismo que quebranta en el hombre toda voluntad poderosa, toda energía fecunda, para no dejar en este rey destronado de todas maneras, mas que debilidad, impotencia y esterilidad; el sensualismo, en fin, el mas terrible azote del mundo moral y el agente mas activo de todas sus depravaciones y de todas sus abyecciones. Hé aquí lo que por una generacion verdaderamente espontánea

debe salir de un arte basado todo en la materia, evocado del fondo de la materia, engendrado, en una palabra, por la materia; el sensualismo artístico, hijo natural del materialismo doctrinal.

Así pues, ved como, desde hace algunos años sobre todo, el arte y la literatura se han precipitado á vuestra vista en el sensualismo y aun podria decir en la lujuria. ¡Cómo han manchado con sus obras ese noble imperio del arte que debiera ser siempre el imperio de la belleza sin tacha! ¡Semejantes á esas mugeres audaces que llevan á vuestras miradas atónitas, cual la tentacion encarnada, su sensualismo sin honor y sin gloria, se han escotado de súbito insolentemente, como en los peores días de las saturnales humanas, y si me permitis esta palabra popular, pero expresiva, se han presentado horriblemente *despechugadas*! Habiendo bajado de la cima de la ciencia materialista, como esos torrentes fangosos que arrebatan en su lodo las plantas y las cosechas, el sensualismo ha corrido con henchido cauce á través de todo ese mundo del arte, arrebatando en su curso todas las flores de virtud y todos los gérmenes de santidad. ¿Qué digo? ¡El sensualismo realista ha hecho mas que correr con henchido cauce; ha salido de madre; ha roto todos los diques que la ley moral y el respeto social oponian á sus avenidas; y ha llevado por todas partes á derecha y á izquierda sus ondas descarriadas, arrastrando con él ese vaso impuro que repulsa la inocencia, el pudor, la virtud!... Al pié de la letra, nuestro arte realista se ha embriagado de sensualismo, como ciertos prostituidos se embriagan de licores malsanos para entregarse á delirios sensuales. ¡El vértigo le ha subido á la cabeza, y ha empezado á correr, desgrefiado y loco, por todos los caminos de la clase baja y del gitanismo, desafiando insolentemente todo clase de pudor; tomando sus provocaciones por génio, su des-

vergüenza por arte y su libertinage de imaginacion por el soplo de la inspiracion; en una palabra, sus orgías de la carne por obras maestras del espíritu!... ¿Del espíritu? ¡Ah! Cuando se trata de estas obras, abiertas á todos los soplos sensuales, ¿se puede todavia hablar del espíritu? En otro tiempo las creaciones literarias, sobre todo, se denominaban bien las *obras del espíritu*; para dar su verdadero nombre á las producciones literarias y artísticas de nuestros tiempos sería forzoso denominarlas obras de la *carne*. ¡El espíritu, el alma, el corazon mismo no tienen ya nada que hacer en ella; lo que hay por todas partes es la sensacion, y siempre la sensacion; el instinto y siempre el instinto; el temperamento y siempre el temperamento; la sangre y siempre la sangre; la carne, en fin, todavia la carne y siempre la carne!

Hé aquí, Señores, tal ó cual drama que habeis leído, tal ó cual cuadro que habeis mirado, tal ó cual trozo de música que habeis oído y al cual vuestros recuerdos de ayer confieren nombres que la delicadeza me obliga á callar. Dios un día miró á la humanidad corrompida en sus caminos, y dijo: Mi espíritu ya no reposará sobre el hombre porque es todo carne: *quia caro est*. Al mirar este mundo de la literatura y del arte tan empapado en sensualismo, tan manchado de voluptuosidad, tan cubierto, en una palabra, de todo el fango de la materia y de la carne, siento la necesidad de exclamar: Mi espíritu ya no se detendrá mas sobre este mundo, porque de mundo del espíritu que era antes se ha convertido en el mundo de la carne: *quia caro est*. Ya no mancharé mis miradas con el espectáculo de todo este fango. Quiero abandonar presto esta pesada atmósfera en que mi alma parece que se ahoga, para buscar en un aire mas puro una respiracion mas libre.

¿Cómo hacer, por otra parte, para decir aquí toda

la verdad sin faltar á la dignidad, ó para salvar la dignidad sin hacer traicion á la verdad? ¿Cómo hacer para deciros, en términos que podais oirlo, todas esas vergüenzas humanas que se os da en pintura, en el teatro, en la novela, bajo los nombres ambiciosos de arte nuevo, de transformacion, de progreso y de rejuvenecimiento del arte y de la literatura? ¿Como si hubiera algo mas viejo que estos recargos de paganismo y estas antiguallas de un arte ultra-pagano! ¿Qué! ¿Llamais rejuvenecimiento de la literatura, renovacion del teatro, progreso del arte, á esas crueldades voluptuosas, á esas anatomias del placer y de la sensacion, á esos misterios de las tinieblas sacados á la luz, á esos cuadros vivientes, á esos infames bailes que hubieran quizá silbado en las ciudades literarias del antiguo paganismo? ¿Para qué enumerar, en fin, esos desafíos de insolencia, esas apuestas de audacia en las provocaciones de la voluptuosidad y la desnudez del pudor? En una palabra, sobre ese *nec plus ultra* del sensualismo literario ó dramático; decid, ¿cómo quereis que yo, sacerdote, cómo quereis que yo diga sobre todo esto toda la realidad de las cosas, sin comprometer la dignidad del discurso? ¿Cómo, al describir estos fenómenos, podria yo conciliar todos los derechos que reclama la verdad con todo el respeto que debo á vuestras almas, á mi ministerio, á este templo, á mí mismo? . . . Pasemos, pasemos presto delante de estas costumbres inmundas desarrolladas por el realismo artístico y literario; pasemos del orden moral al orden social.

En este tambien, no hay que engañarse, la accion del realismo artístico y literario es desastrosa.

Ante todas cosas, un paralelismo singular me llama aquí la atencion entre el mundo social y el mundo artístico. El realismo en el orden artístico semeja al reinado del hecho y á la soberanía de la fuerza en el mundo social. El hecho consumado aceptado como

legítimo, el hecho bruto aceptado como derecho, ¿es acaso otra cosa que el realismo en la sociedad? En el orden social hay tambien lo real y lo ideal; lo real es el hecho; lo ideal es el derecho; lo real es lo que es, lo ideal es lo que debe ser; lo real, lo real solo es el reinado exclusivo de la fuerza; lo ideal es el reinado superior de la justicia; y la armonia del uno y del otro, de la justicia que dirige la fuerza, y de la fuerza que se pone al servicio de la justicia, es la belleza social elevada á su mas alta potencia. Algo semejante se produce en el orden artístico. Suprimid lo ideal y no queda mas que el hecho, el hecho que se impone de una manera inflexible. El hecho y la fuerza reinando solos en la sociedad; he aquí el *despotismo*: lo real y la naturaleza, es decir, aquí tambien la fuerza y el hecho reinando en el arte; he aquí el *realismo*.

Sea lo que fuere del vínculo oculto que liga una con otra estas dos cosas de orden tan diferente, ello es cierto que, hoy dia al menos, estos dos fenómenos se revelan juntamente; estos dos realismos marchan con un mismo paso y paralelamente á nuestros ojos. A medida que el reinado de la fuerza se produce en las sociedades, y bajo el nombre mentido de libertad se convierte en despotismo, el reinado de la realidad se produce en las artes, y bajo la máscara de la belleza se convierte en deformidad. Así como la vuelta al reinado exclusivo de la fuerza en las sociedades nuevas no es mas que el regreso á la barbarie bajo el nombre de civilizacion; así tambien la invasion y el reinado exclusivo de la realidad en el arte anuncia un regreso, mas ó menos acelerado, al estado bárbaro y salvaje. Si el salvaje ó el bárbaro fuese susceptible de cultivar el arte, su arte sería semejante al que se trabaja por formarnos hoy día, sería *realista*. . . . El salvaje permanece salvaje porque, sepultado en la realidad, carece de ideal: si imita algu-

na cosa, hace necesariamente una imitacion realista; no conoce y no sigue mas que dos cosas, el instinto y la realidad, la realidad y el instinto. Hacedle dominar la realidad visible por la intuicion de lo invisible, el hecho por la idea, la fuerza por el derecho; dejará de ser salvage. Al contrario, desarrollad en el hombre civilizado, con detrimento de lo ideal, la pasion de lo real; haced reinar en él el hecho sobre la idea, el instinto sobre los principios, el temperamento sobre la razon, la carne sobre el espíritu: se volverá salvage de civilizado que era antes. Lo que prueba mas cuán simpático es el realismo á la barbarie y antipático á la civilizacion, es que es de su esencia el acrecer en los artistas desde luego, y despues en la multitud, el reinado de la realidad y la dominacion del instinto, á medida que disminuye en la misma proporcion la dominacion del ideal, y con la supremacia de la idea, el reinado de la razon.

¿Qué digo? Hace mas todavia que impeler á la multitud á un regreso al estado salvage ó bárbaro; la impele y la abaja á la condicion de la vida animal. Hé aquí, en efecto, la diferencia radical entre la vision del hombre y la vision del animal; el hombre ve á la vez lo real y lo ideal, el hecho y la idea; el animal no ve mas que el hecho y la realidad. Cara á cara con un bello objeto, el animal ve el objeto, pero el objeto solamente; la belleza se le escapa. Es que no recibe por el espíritu la vision del ideal. Así es que si el animal pudiera ejercer el arte, ejercería infaliblemente él tambien el arte realista; no podría siquiera sospechar la existencia de otro arte. De aquí resulta, por la invencible lógica de las cosas, que trabajar por desarrollar en la humanidad el gusto del arte realista, es trabajar por desarrollar en el hombre el arte menos humano; es provocar la expansion del instinto animal, y comprimir en él el resorte de las necesidades intelectuales y espiritualistas.

Es, en una palabra, trabajar por hacer al hombre cada vez menos hombre. ¡Ah! Es que el arte mismo, el arte realista, á medida que se arroja en la materialidad se vuelve mas y mas á la animalidad. Llevado hasta sus últimos resultados, es el arte hecho animal, el arte menos lo ideal, el arte menos la inteligencia, el arte menos el alma humana, el arte menos lo divino y lo humano juntamente, imitacion y reproduccion de la materia bruta, de la naturaleza tal cual es; y si seguimos avanzando por este camino, no habria ya razon para que el mono no llegase á ser presto el mas grande artista realista, el mono imitador del hombre, como el hombre sería imitador de la naturaleza. El realismo, en efecto, en su nocion mas sincera es el remedo de la naturaleza; es el gesto del arte que imita la naturaleza, como el mono imita al hombre.

¡Ah! Si el génio realista es insensible á los destrozos que hace en el órden intelectual, moral, religioso y social, no puede suceder que deje de serlo á los destrozos y á la destruccion que aquí lo alcanzan á él mismo. Ved, en efecto, como por todas partes, bajo el ascendiente del realismo y de sus triunfos, el arte se vuelve ya por todos lados y en todas las esferas exterior, material, físico, mecánico, fisiológico, en una palabra, animal. Ved como trabaja por hacer prevalecer, en todo y por todo, la sensacion sobre el sentimiento, la forma sobre la idea, la vibracion nerviosa sobre la emocion moral, el juego de los sentidos sobre el drama de la conciencia, los goces de nuestro ser material sobre los goces de nuestro ser espiritual, los estremecimientos del cuerpo sobre los estremecimientos del alma. Ved como los artistas realistas, cada uno en su esfera y su especialidad, parecen conspirar para traer toda la vida á su superficie, y para ponerla toda entera en vuestros oidos, en vuestros ojos, en vuestros sentidos.

¿Para quién son esos cuadros realistas que parece que quieren únicamente agradar á los ojos? ¿Acaso para seres que no tienen mas que sentidos ó para seres que tienen alma? ¿Acaso para animales que solo saben sentir ó bien para hombres que saben pensar? ¿Quién pudiera decirlo?

¿Para quién son esas esculturas realistas que me muestran todo lo que hay en un cuerpo humano, y nada de una alma humana, que parece que quieren forzarme con la ausencia de todo reflejo de ideal á ver y á amar lo desnudo por lo desnudo, la carne por la carne, la materia por la materia?

¿Para quién esa música realista en que el ruido de la materia remplace ó ahoga los acentos de la vida, y que hace estremecerse todos los nervios de mi cuerpo sin conmover una sola fibra de mi alma; en que la prestidigitacion hace las veces de la inspiracion, y en que se pretende venderme como potencia de génio la habilidad y la fuerza? ¿Para quién esas armonías que en lugar de hacerme pensar en el infinito me obligan á tropezar en lo finito, y en lugar de arrebatarme sobre las alas de la contemplacion á las regiones del ideal, me vuelven á arrojar, bajo el sacudimiento de la sensacion, en lo vulgar de la realidad?

¿Para quién esa arquitectura realista cuya ambicion parece cifrarse toda en combinar al azar del capricho prodigiosos cúmulos de piedras, templos materiales en el sentido mas estricto de esta palabra, en que el arquitecto ha pensado en todo excepto en esa luz del dogma que, cual magnífica lumbrera, debe iluminar con rayos del infinito la morada de Dios? ¿Para quién esos edificios? ¿Acaso para aquellos que no creen mas que en el tiempo ó para los que creen en la eternidad, para los que adoran un Dios ó para los que no adoran mas que la humanidad?

¿Para quién esa poesía realista en que las palabras

tropiezan con las palabras, en que imágenes se hacen sobre imágenes, en que la forma, y muchas veces una forma extravagante y fantástica, se despliega, se exagera y se arrebatada desgrefiada como una bacante en el vacío absoluto de la idea, ó en el pálido crepúsculo de un escepticismo universal? ¿Para quién esas palabras que se empujan y se tropiezan unas con otras, sin mas fin que asombrarme ó aturdirme; esos versos que saltan en vez de andar, que aullan en lugar de cantar, que se lanzan sin luz de idea fuera de la ley de la belleza como una danza ridícula de fantasmas que giran en las tinieblas? Esa poesía, con ese inmenso estrépito de sonidos vacíos, ¿qué quiere y á quién pretende dirigirse? ¿Es una alma de poeta la que canta para agradar á mi alma? ¿O es acaso la voz de un salvaje que ruge para dar calosfrio á mi cuerpo? . . . .

¿Para quién, en fin, esos dramas realistas, en que el prestigio de las decoraciones se sustituye á la profundidad de la emocion; en que el juego de las máquinas materiales remplace el juego de las pasiones humanas; dramas semibárbaros, en que la sensacion del cuerpo, y muchas veces la sensacion grosera sobresale insolentemente mas que las explosiones del alma y las manifestaciones del espíritu; drama todo material, que condensa en su materialidad grosera todos los vicios y todos los defectos señalados en las otras esferas del arte; drama babilónico en que la maldad se despliega, en que la voluptuosidad impera, en que lo dramático toca tan de cerca á lo real, que el arte se distingue apenas de la realidad, y que la imitacion artística del hecho mas vergonzoso parece identificarse con el hecho mismo?

¿Quién vendrá á arrancar nuestras artes de esta lepra vergonzosa? ¿Hasta cuándo estaremos condenados á sufrir esta horrible epidemia artística y literaria? Afortunadamente ya empieza la reaccion; la

protesta sale del fondo de todas las almas nobles y se eleva de todos los extremos del mundo de las inteligencias: y yo creo ser el eco del gran murmullo de las almas, exclamando aquí desde esta elevada cátedra en que resuena la verdad: ¡Oprobio á esa barbarie artística que se atreven á encarecernos como el progreso del arte!

¡Atrás, atrás esos juegos salvajes que no tienen nada de comun con la majestad del arte! ¡Fuera esas pinturas, esas esculturas, esas músicas, esas arquitecturas, esas poesías y esos dramas! ¡Lejos, en fin, todas esas representaciones realistas, materiales, obscenas, en que el arte no solamente se descarria, se degrada, se deshonorra, sino que está amenazado de renunciarse á sí mismo y de aniquilarse enteramente! Sí, Señores; no temo afirmarlo, en medio de todas estas ruinas llevadas á cabo ó ampliadas por él mismo, ruinas intelectuales, morales, religiosas, sociales, si continuara avanzando por este camino, el arte, tarde ó temprano, se cavaría su propia tumba.

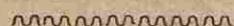
Pues bien, Señores, si el arte hubiera llegado á este punto; ¿quién creéis que podría hacerlo salir de su tumba? ¿Quién podría soplar sobre este cadáver para volverle la vida? ¡Oh santa religion de mi Cristo, religion de la verdad, de la santidad, de la belleza! ¡Ah! Vos sois quien obrariais, aun para un arte muerto, el milagro de la resurreccion; y en presencia de esas ignominias, de esas ruinas, y esa podredumbre que mi palabra se vió obligada á tocar, ya presiento para mí la dicha santamente entusiasta, de mostrar bien presto como, asi para el arte como para todo lo demás, vos sois *la resurreccion y la vida!*



## CONFERENCIA SEXTA.



### El Arte y el Cristianismo.



#### Monseñor:

Despues de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, despues de haber indicado las relaciones íntimas que existen por una parte entre el hombre y el artista, y por la otra entre el artista y su siglo, hemos señalado en nuestra última conferencia, como resultado de las causas de decadencia reveladas en la precedente, ese espantoso fenómeno que se produce hoy dia en el mundo artístico, el realismo. El realismo, considerado en sí mismo y en su esencia, es el antagonismo del arte, es su negacion mas absoluta. Considerado en sus consecuencias, el realismo es una plaga para las inteligencias, para la civilizacion, en una palabra, para sí mismo. Si el arte llegase á marchar por todas partes por el camino que le abre el realismo, en medio de las ruinas acumuladas por sus destrozos, el arte se cavaría una tumba; y en un porvenir mas ó menos remoto, la verdad y la historia podrian escribir sobre esta tumba sellada por el deshonor: Aquí yace el arte, muerto por el realismo y sepultado por la barbarie.

Hoy vamos á pronunciar para el arte la palabra de vida y de resurreccion. Vamos á procurar resumir,

protesta sale del fondo de todas las almas nobles y se eleva de todos los extremos del mundo de las inteligencias: y yo creo ser el eco del gran murmullo de las almas, exclamando aquí desde esta elevada cátedra en que resuena la verdad: ¡Oprobio á esa barbarie artística que se atreven á encarecernos como el progreso del arte!

¡Atrás, atrás esos juegos salvajes que no tienen nada de comun con la majestad del arte! ¡Fuera esas pinturas, esas esculturas, esas músicas, esas arquitecturas, esas poesías y esos dramas! ¡Lejos, en fin, todas esas representaciones realistas, materiales, obscenas, en que el arte no solamente se descarria, se degrada, se deshonorra, sino que está amenazado de renunciarse á sí mismo y de aniquilarse enteramente! Sí, Señores; no temo afirmarlo, en medio de todas estas ruinas llevadas á cabo ó ampliadas por él mismo, ruinas intelectuales, morales, religiosas, sociales, si continuara avanzando por este camino, el arte, tarde ó temprano, se cavaría su propia tumba.

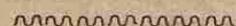
Pues bien, Señores, si el arte hubiera llegado á este punto; ¿quién creéis que podría hacerlo salir de su tumba? ¿Quién podría soplar sobre este cadáver para volverle la vida? ¡Oh santa religion de mi Cristo, religion de la verdad, de la santidad, de la belleza! ¡Ah! Vos sois quien obrariais, aun para un arte muerto, el milagro de la resurreccion; y en presencia de esas ignominias, de esas ruinas, y esa podredumbre que mi palabra se vió obligada á tocar, ya presiento para mí la dicha santamente entusiasta, de mostrar bien presto como, asi para el arte como para todo lo demás, vos sois *la resurreccion y la vida!*



## CONFERENCIA SEXTA.



### El Arte y el Cristianismo.



#### Monseñor:

Despues de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, despues de haber indicado las relaciones íntimas que existen por una parte entre el hombre y el artista, y por la otra entre el artista y su siglo, hemos señalado en nuestra última conferencia, como resultado de las causas de decadencia reveladas en la precedente, ese espantoso fenómeno que se produce hoy dia en el mundo artístico, el realismo. El realismo, considerado en sí mismo y en su esencia, es el antagonismo del arte, es su negacion mas absoluta. Considerado en sus consecuencias, el realismo es una plaga para las inteligencias, para la civilizacion, en una palabra, para sí mismo. Si el arte llegase á marchar por todas partes por el camino que le abre el realismo, en medio de las ruinas acumuladas por sus destrozos, el arte se cavaría una tumba; y en un porvenir mas ó menos remoto, la verdad y la historia podrian escribir sobre esta tumba sellada por el deshonor: Aquí yace el arte, muerto por el realismo y sepultado por la barbarie.

Hoy vamos á pronunciar para el arte la palabra de vida y de resurreccion. Vamos á procurar resumir,

en una condensacion sustancial, la accion directa que el cristianismo ejerce sobre la elevacion y sobre el verdadero progreso del arte.

Señores, si un momento habeis podido admiraros de ver tratado en esta cátedra un asunto casi inusitado en la predicacion cristiana, podeis ver ahora de qué manera entra en la esfera de nuestro apostolado, y forma parte integrante de nuestro asunto general, el progreso por el cristianismo. Por lo que á mí toca, yo me digo á mí mismo, y vosotros lo direis conmigo, que mientras mas trabaja á nuestros ojos el enemigo, es decir, el anti-cristianismo, por secularizar todo, mas debemos nosotros, por nuestra parte, trabajar por cristianizarlo todo. Bien sé, Monseñor, que el pensamiento de vuestra alta inteligencia y la solicitud de vuestro zelo pastoral, es vernos mostrar al siglo, desde lo alto de esta ilustre cátedra, cómo el cristianismo, en su inagotable y divina energía, tiene el poder de elevar todo y de fecundar todo, las costumbres, la sociedad, la familia, la filosofía, la ciencia, la economía y el arte mismo, esta faz brillante de nuestra humanidad.

Por otra parte, si hubiera vacilado un momento sobre la oportunidad de semejante asunto, me hubiera bastado, para disipar mis temores, el oír las extrañas palabras que no ha mucho resonaban todavía en medio de nosotros, como una armonía sacrílega arrojada en el nombre del arte al rostro del cristianismo: "El perfecto cristiano amará la abyeccion, será el despreciador y el enemigo de la belleza. El cristiano no se esforzará por pintar bien, ni esculpir bien, ni dibujar bien; confunde el arte, este gran placer del alma, con el placer vulgar." Y no han temido añadir que el cristianismo está con el arte en un antagonismo absoluto, porque "ha sustituido á la belleza ideal del cuerpo humano, la macilenta imágen de un ajusticiado, dislocado por cuatro clavos."

¡Así es como nuevos apóstoles interpretan, en presencia nuestra, la doctrina apostólica, y apenas uno que otro se levanta indignado para protestar contra semejantes mentiras! Mostremos hoy, pues, que el cristianismo, entiendo no el cristianismo disminuido, el cristianismo mutilado, el cristianismo iconoclasta, sino el verdadero cristianismo, lejos de ser el *despreciador de la belleza*, es al contrario su divino inspirador. Mostremos de qué manera el génio cristiano, inspirado por el soplo de Jesucristo, hace abrirse en el mundo la flor mas encantadora del arte. Mostremos, en fin, recorriendo rápidamente los elementos de perfeccion que el cristianismo introduce y desarrolla en el órden artístico, cómo el arte sublime encuentra en la fé cristiana su base mas firme, en la esperanza cristiana su ascension mas sublime, en el amor cristiano su resorte mas poderoso, en la santidad cristiana sus tipos mas bellos y en el culto cristiano su teatro mas brillante:

## I.

Los primeros gérmenes de esta flor magnífica del arte cristiano están en el fondo mas íntimo del cristianismo. La fé cristiana los lleva en su seno y los nutre con su propia sustancia, como hace una madre con el fruto de sus entrañas. . . .

Ya lo hemos notado hablando del arte en general, no hay arte sublime que se realice sin que se acepte una doctrina sublime; no hay grandes esfuerzos sin grandes certezas, no hay grandes creaciones sin grandes inspiraciones. Aquí es donde comienza desde luego á revelarse la influencia del cristianismo sobre la evolucion de la potencia artística. El cristianismo tiene la incomparable ventaja de sentar en la inteligencia del artista, juntamente con su doctrina definida, certezas que excluyen todo escepticismo; y presenta al génio artístico visiones sobre las cuales no

permite á la duda que arroje la mas leve sombra. Una vez colocados en presencia de los horizontes que su fé le descubre, y de las perspectivas que abre á sus intuiciones, el artista cristiano cree en la verdad que brilla en su inteligencia, como cree en la luz del sol que resplandece á sus miradas; y se esfuerza por hacer de su arte el órgano armonioso y el intérprete reluciente de su fé.

Pero, Señores, ¿cuáles son sobre todo, en la creencia de los artistas cristianos, los dogmas que hacen brotar en su inteligencia y resaltar sobre sus obras los mas bellos y magníficos resplandores? Aquí sería menester recorrer la cadena divina de todos nuestros misterios, para hacer notar la influencia profunda de todos y cada uno sobre el arte; porque cada uno trae su rayo á esa gran lumbrera de Dios que ilumina el mundo del arte.

Me contento con señalar dos que han tenido sobre el arte transfigurado por el cristianismo, la influencia mas decisiva: el misterio de la creacion y el misterio de la redencion; Dios todopoderoso creador del cielo y de la tierra, Dios encarnado, salvador y reparador del mundo.

Por el primero de estos dos dogmas, el cristianismo mantiene la eterna base del arte, quiero decir, la distincion absoluta del creador y de la criatura, de lo finito, y de lo infinito, del mundo y de Dios, de lo real y de lo ideal. Puede parecer á espíritus superficiales que tal dogma nada tiene que ver con el verdadero progreso del arte. Yo afirmo, no obstante, que es el eje inamovible sobre el cual el arte debe girar desde el principio, si no quiere ser arrebatado por el torbellino en que se envuelven eternamente las filosofías, las ciencias, las costumbres, las sociedades y las artes que no se apoyan sobre esta base dogmática.

Leed, Señores, si tenéis valor para ello, los gran-

des metafísicos del panteísmo; recorred esos sistemas informes en que el finito y el infinito, Dios y el mundo, lo real y lo ideal, la nada y el ser se cruzan, se mezclan, se enredan en un caos en que las tinieblas triunfan de la luz. Buscad en el fondo de esas filosofías ambiciosas una base firme para apoyar los principios del arte aun los mas vulgares: la verdad os desafía á encontrarla. Lo han procurado sin embargo; y lo que hay mas claro en el fondo de esas tinieblas, en que talentos brillantes luchan contra los errores que los dominan, es que la base del arte parece allí totalmente. Dios no es ya el grande artista, no, es ya el obrero del mundo, no es ya el ideal del génio artístico. Dios, partiendo de la nada, llega á ser el universo, y al fin el hombre mismo; y el orden y la belleza se forman como pueden. El universo es una flor de que Dios es la sávia, y cuya expansion es indefinida; tal es la última palabra de la inteligencia y de la imaginacion, explicando á los artistas la aparicion de la belleza. ¿Qué cosa es el ideal; dónde está el ideal; cómo subsiste; cómo se distingue el ideal de lo real? Cuestiones absolutamente insolubles para todas esas filosofías que fuera de lo real no dejan entrever mas que ese espectro lúgubre que se llama la Nada.

¿Qué hace aquí el cristianismo para salvar al arte del naufragio á que lo arrastran estos grandes errores?... Desde la primera palabra de su símbolo ilumina todas sus alturas. Coloca en el punto de partida, y en la cima de todo, á Dios creador todopoderoso, Dios, el arquitecto del universo, Dios, el supremo artista; Dios, autor de todas las bellezas que resplandecen en la creacion, y que es Él mismo belleza infinita, sustancialmente distinta de todas las bellezas creadas á su imagen. Y el Verbo por quien todo ha sido hecho dice al artista que lo reconoce, lo ama y lo adora: Tú que buscas por todas partes jun-

tamente con lo bello el secreto de reproducirlo, mira la creacion, ese teatro espléndido en que todas las bellezas se descubren, y forman con su conjunto la armonía y la belleza del universo. Hé aquí mi obra y hé aquí tu modelo: *aspice et fac secundum exemplar*. Sí; mira para comprenderla y admirarla esta obra maestra de mis manos; pero mira mas alto todavía; mírame á mí mismo; porque yo soy el ideal, el ideal viviente, el ideal eterno. Esas bellezas cuya contemplacion se extasía en la naturaleza, yo las he hecho á la imagen de ese ideal que soy yo mismo. Así pues, si quieres ser un verdadero creador de la la belleza, sube hasta mí; y tomando siempre un punto de apoyo en lo creado, ven á buscar en mí, creador, ese rayo de ideal que perfecciona toda belleza transfigurándola.

Por este pórtico tan magníficamente iluminado de lo alto, se abre desde luego á las miradas del artista el templo en que el arte cristiano entrevé la gran luz y recibe sus grandes inspiraciones. El cristianismo descubre allí, ante todo, el ideal, y convida al génio del arte á subir hácia sus alturas, pero sin abandonar lo real; y los que acusan al cristianismo de volver la espalda á la realidad para absorber el génio en un simbolismo vacío, ó en un misticismo vaporoso, se convierten en ecos de la ignorancia ó de la calumnia.

¿Qué digo? Señores, muy lejos de que el cristianismo, con sus dogmas, haya provocado el desden y el menosprecio de la forma, justamente con su dogma mas central, el dogma de la Encarnacion, ha revelado á la humanidad la belleza mas perfecta, mostrando al génio del arte cristiano la figura del Hombre-Dios, es decir, la belleza física, la belleza moral, el esplendor del cuerpo multiplicado por el esplendor del alma, y uno y otro transfigurados por la divinidad, es decir, por el Verbo divino hipostáticamente

unido á la naturaleza humana en Jesucristo Nuestro Señor. Nadie es capaz de decir todo lo que la aparicion de esta gran figura de Cristo en todos los horizontes de la vida humana ha podido efectuar para engrandecer el génio de los artistas, y elevar el arte mismo á su mas alta potencia. Ese Cristo, notadlo bien, reconocido y adorado á la luz de la fé, es él solo y por sí solo todo lo que mejor puede inspirar al arte. Es á la vez la carne, el alma y la divinidad; la carne que resume en sí misma la perfeccion de la belleza física, y concentra en su belleza armoniosa todas las bellezas esparcidas en la creacion; el alma mas pura y mas perfecta que haya existido jamás, que arroja sobre la encarnacion de este cuerpo privilegiado sus rayos de grandeza, de amor, de pureza; la divinidad, en fin, que penetra á través de toda esta belleza física y de toda esta belleza moral, y forma á esta figura, la mas bella que se descubre en el horizonte de la historia, una auréola cuyo brillo va haciéndose mayor y mayor en los espacios y en los siglos, á medida que el género humano multiplica en derredor de ella la admiracion, el respeto y la adoracion. Toda la belleza del cuerpo, toda la belleza del alma, toda la belleza de Dios: el hombre obra maestra en la creacion; Cristo obra maestra en la humanidad; Cristo, es decir, la perfeccion de la belleza humana, cubierta con los reflejos de la belleza divina. ¡Oh! ¡Qué revelacion para el génio del arte! ¡Qué mediador viviente entre el génio que busca el ideal y el ideal que atrae al génio! Decidme, Señores, aun haciendo á un lado, por un momento, los demás aspectos bajo los cuales hemos ya considerado á nuestro Cristo reparador, ¿qué podria imaginarse, artísticamente, mas iluminador y mas inspirador para el génio predestinado á la expresion de la belleza? Esta figura, bella con su triple belleza, aparece en el centro de los siglos y en la mas alta cumbre de la historia.

Desde el Oriente y el Occidente, desde el Septentrion y el Mediodia, de todas partes, los artistas la han mirado y la miran todavía, no á la dudosa claridad del sueño, sino á la luz ciertísima de la fé, y todos, al pasar delante de ella, le han lanzado este grito de su admiracion santamente apasionada: ¡Vos sois el mas bello de los hijos de los hombres; vos sois el ideal de la belleza humana y de la belleza divina!

Hé aquí, Señores, lo que ha empezado la gran transformacion del arte con la luz del dogma cristiano: es ese no sé que de divino que el génio del arte ha podido ver en la frente del hombre, desde que la Encarnacion nos ha mostrado el rayo divino surgiendo en realidad de la frente del Hombre-Dios. Desde entonces un arte nuevo fué revelado al hombre. El apogeo del arte pagano era la Grecia exclamando al ver aparecer el Júpiter de Fidias: ¡Hé aquí á Dios! El tipo del arte cristiano, su triunfo en los siglos, es la humanidad cristiana mirando el rostro de su Cristo esculpido por el génio de la fé, y exclamando: ¡Hé aquí al hombre! Como observa un autor, por una parte es Dios reducido á las proporciones del hombre, y tomando, para mostrarse, la perfeccion de la belleza física; y por otra parte, es la belleza del hombre que se cubre con los reflejos de la belleza de Dios; es la humanidad que asciende por su incorporacion á Jesucristo, hasta la divinidad. Ha de llegar un dia en que el génio del arte, iluminado por esta luz admirable, exclamará: *Credo*; creo en Jesucristo, hijo único de Dios: hé aquí porqué yo pintaré, yo esculpiré, yo cantaré lo que creo; y yo haré de mi arte, es decir, de mi palabra propia mia, la firma espléndida de mi fé. Si, yo creo, *Credo*; y mi ambicion y mi gozo son hacer escuchar en mis armonías ecos melodiosos de las voces que cantan dentro de mí, y arrojar sobre mis esculturas, mis pinturas, mis poesías, reflejos de esa luz que recae en mi alma de la frente de mi adorado

Cristo. Sí, yo creo en la divinidad de mi Verbo encarnado: *Credo*; y porque creo, le construiré edificios cuya majestad hará caer de hinojos toda humanidad que venga para ver y admirar; le erigiré estatuas como el mundo no ha visto jamás; forjaré imágenes suyas, en que el rayo de su divinidad resplandezca como resplandeció un día en la cumbre del Tabor; y lo colocaré en el misterio mismo y en toda la belleza de su transfiguracion, en el puesto mas alto de la tierra, y en la cumbre mas alta del arte transfigurado.

## II.

Señores: no solo á su fé debe el arte cristiano el honor nunca disputado de su superioridad; lo debe tambien á su *esperanza*. La fé le da su punto de partida y su fin esencial; la esperanza le da su vuelo y le imprime su movimiento ascensional; la fé le presta su gran luz; la esperanza le presta su gran soplo; la fé comunica al arte sus infalibles direcciones, la esperanza le comunica sus celestes aspiraciones.

En este punto, el arte pagano, á pesar de sus indisputables maravillas en la esfera en que ha podido moverse, deja percibir á la inteligencia iluminada por la luz sublime, una laguna, un *desideratum* que no ha podido cubrir toda la gloria de sus artistas, y á que el génio mismo no podia suplir; quiero decir, la falta de toda rendija sobre la inmortalidad, y de todo vislumbre del porvenir sobre las creaciones de su presente. . . . Algunas raras inteligencias, es cierto, habían levantado la cortina del porvenir y divisado, á la trémula claridad de la razon filosófica, algo de los horizontes de la inmortalidad. Pero estas pocas miradas inciertas lanzadas sobre el porvenir, esos vagos presentimientos de inmortalidad, nada habían podido hacer para elevar hasta allá el pensamiento popular y el génio de la nacion. La Grecia con toda sus glo-

rias filosóficas, literarias, artísticas, giraba en el círculo cerrado de su presente, tan lleno de encantos, de sonrisas y de seducciones. Como no conocía otra belleza divina que la belleza humana, no conocía tampoco otra morada de felicidad fuera de ese bello jardín de la Grecia de que se forjaba su paraíso. La belleza de su clima, el azul de su cielo, la púrpura brillante de sus horizontes, sus auroras tan llenas de suavidad, sus días tan llenos de resplandores, sus tardes tan llenas de magnificencia; sus valles, sus montañas, sus campos, sus praderas, sus ríos de encantos sin igual; y sobre todo esto, lo que un autor denomina tan bien las *bellas fiestas del aire y de la luz*: todo esto sumergía al genio, lo mismo que al pueblo, en tal embriaguez, que el encanto de lo presente dejaba apenas soñar el porvenir; y todas estas bellezas, cuya contemplación de cada día arrobaba su alma fascinando sus miradas, formaba en derredor de ella un velo magnífico que no la dejaba siquiera entrever, tras los horizontes de su frontera y de su presente, la imagen de una felicidad mejor.

De aquí resultaba, generalmente, en las artes de la Grecia, á pesar de la pureza de las formas, la elegancia de los movimientos y la majestad de las actitudes, á pesar de una ejecución tan perfecta como es posible en la expresión de lo finito, de lo material y de lo visible, una carencia casi total de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Era la expresión de la belleza exterior llevada tan lejos como podía ser, pero de la belleza exterior solamente. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, de modelo tan gracioso, de proporciones tan armoniosas, nada había del cielo, nada del invisible, nada sobre todo de lo inmortal; ¡nada siquiera muchas veces, de esa belle-

za moral que descubre al espíritu á través de la materia, y hace de la cabeza y de la figura humana el relieve brillante de una alma grande y un corazón noble! Según la bella expresión de un escritor, el hombre les había dado la corona, les falta la auréola del cielo. Este milagro estaba reservado sobre todo á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana que fija sobre nuestro Cristo glorificado en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y nuestras aspiraciones, y nos muestra en el corazón de ese Cristo el lugar de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad; hé aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal, de lo infinito; y hé aquí lo que le ha dado aspiraciones, impulsos y elevaciones que el arte pagano no ha conocido, ni podía conocer, y que todos nuestros paganismos presentes y futuros ni conocen ni nunca conocerán mas que aquel. El símbolo católico, que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como en dos magníficas columnas, todo el edificio del arte cristiano, se termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fé y de esperanza, que señala en el alma humana la transición de la una á la otra: *Credo... in vitam æternam*: Yo creo en la vida eterna; creo en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; creo en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura en el centro de su corazón viviente y de su vida inmortal. *Credo in vitam æternam*. ¡Creo que mas allá de todas las bellezas que descubro en el tiempo, hay otras bellezas que contemplaré en la mansión radiosa de mi inmortalidad!

Decir, Señores, todo lo que ha podido hacer esta palabra en que la esperanza y la fé cantan unísonas nuestros destinos futuros, para engrandecer los horizontes del arte, engrandeciendo las perspectivas de la

vida, decir lo que ha hecho para inspirar, para iluminar, para levantar, para llevar á sus mas grandes alturas al génio del arte, ese soplo de esperanza y de inmortalidad que resalta en esta última palabra de nuestro símbolo, es empresa que no acometeré porque me es imposible hacer pasar á mi discurso lo que veo, sobre todo, lo que siento en el fondo de esta palabra. ¿Cómo podría yo encontrar colores bastante puros, sonidos bastante melódicos, acentos bastante celestiales para pintar, para decir ó mas bien para cantar el indefinible *no sé qué* que la esperanza cristiana hace descender del cielo sobre las creaciones del génio que se inspira con su soplo y se alumbra con su antorcha, el *no sé qué* de reposado, de puro, de elevado, de beatífico, de celeste, de seráfico, de *angelizado*, que los artistas cristianos han hecho relucir sobre la frente y en la mirada de los creyentes que esperan la inmortalidad? ¡Ah! Aquí sobre todo el arte cristiano se ha formado á sí mismo un caracter que no semeja á otro alguno. Ha creado figuras en que lo invisible resplandece aun mas que lo visible; figuras que profetizan, y muestran á través de las sombras de esta vida fugitiva la misteriosa claridad de la vida permanente. Ha dado á cuerpos tendidos en el ataúd algo que parece vivir en la muerte; les ha formado rostros que se diría que sonrían ante la vision del esplendor beatífico; y en estos rostros ha esculpido frentes que buscan el cielo, y lábios que se abren, en cierto modo, para cantar con los ángeles los himnos del paraíso. Sobre todo, ha hecho relucir, aun á través de la materia mas opaca, miradas llenas de claridad, ojos que parecen abrirse para ver á Cristo radiante en el fondo de su cielo de luz, y que aunque permanezcan cerrados, segun la ingeniosa expresion de un escritor, parece todavía "que miran alguna cosa".

Recorred en nuestras catedrales esas obras maestras del arte cristiano, que representan á nuestros

obispos, á nuestros pontífices, á nuestros caballeros, á nuestros santos, recostados en sus tumbas. ¡Qué calma radiante, qué luminosa placidez reposa sobre la frente de estos creyentes finados! Qué atmósfera de vida circunda estos muertos! ¡Qué armonía del cielo parece resonar en derredor de sus silenciosas tumbas!... ¿No adivináis, con solo miraras, que para ellos la muerte ha sido la traslacion de la vida? Y ese rayo de oro ó azul que cae sobre su frente trasparente, á través de los cristales resplandecientes con el sol, ¿qué cosa es, sino la imágen de ese rayo de inmortalidad que alumbra hasta en la muerte esos rostros transfigurados por la esperanza?

Esas estatuas de nuestros ilustres difuntos, especialmente cuando se remontan hasta nuestros antiguos siglos cristianos, no revelan quizás nada de los procedimientos técnicos, ni de la habilidad de ejecucion que admirais, ya sea en las creaciones del arte moderno, ya sea en las obras maestras de la escultura antigua. No encontrareis quizá ni la elegancia, ni la gracia. ¿Qué sé yo? Faltan quizás aun las proporciones, y una cierta aspereza descubre la inexperiencia de los artistas. Sea enhorabuena. Empero á pesar de estos defectos que son del siglo que ha esculpido estas imágenes, y no del cristianismo que las ha inspirado, ¿qué irradiacion del alma, qué claridades del cielo, qué rayos de inmortalidad, qué presentimientos de porvenir, qué ímpetus de esperanza, qué expresion de lo invisible, qué sentimiento del infinito! ¡Cómo embellece allí el espíritu á los cuerpos! ¡Cuál reposa la eternidad sobre su frente! ¡Cómo brilla el cielo en sus ojos! ¡Cómo, en fin, por todas partes, lo inmortal, lo invisible, el infinito, lo divino, los circunda, los reviste, los transfigura!...

¿Quién de vosotros ha visitado las catacumbas? ¿Quién ha podido ver, al menos, con todo lo que tienen de imperfecto, los primeros ensayos del arte cris-

tiano, y no ha comprendido lo que digo?... Los que, á la claridad arrojada por una lámpara en esas moradas misteriosas, reproducían en esos cementerios subterráneos las aspiraciones de la grande alma cristiana, eran en su mayor parte artesanos mas bien que artistas; pero su fé, y sobre todo su esperanza, daba á su inexperto pincel retoques que el génio sin fé y el arte sin esperanza no hubieran jamás encontrado. ¡Ah! Es que desde el fondo de las catacumbas veían brillar el fondo del paraíso. Esas tumbas de mártires se estremecían de esperanza y su esperanza estaba henchida de inmortalidad!...

¡Ah! ¡Si el génio ejercitado hubiera estado allí, encerrado en esa atmósfera celeste que envolvía todos esos despojos de los mártires y hacía estremecerse, desde el fondo de sus sepulcros, tantos corazones vivientes! ¿Qué no hubiera hecho, inspirado por su esperanza, ante las perspectivas de inmortalidad entrevistas desde el fondo de estas mansiones de la muerte? ¿Y qué no hará algún día, cuando el cristianismo, triunfante bajo el sol de los siglos nuevos, podrá hacer por todas partes resonar los cantos, pintar ó esculpir las imágenes, elevar por todas partes los monumentos de sus inmortales esperanzas?...

Entonces ¿qué armonías resonarán jamás oídas antes por la humanidad! A través del rumor que hacen al pasar por la tierra la ruina y la muerte, ¿qué melodías repetirán los ecos de esos conciertos que el cristiano oye desde lejos resonar en la mansion de su inmortalidad! Entonces ¿qué pinturas, qué esculturas nacerán por sí solas al soplo de esta esperanza! ¿Qué rostros aparecerán entonces en la tela ó en el mármol, bellos con esa belleza que no se conocía, iluminados por lo invisible, como la cima de esas altas montañas doradas por los primeros rayos del sol matutino! Figuras luminosas, ascendentes, sublimes, que nadie mirará sin sentir su alma volverse

del lado de ese cielo que ellos miran y de esa inmortalidad que ellas aspiran. A medida que las figuras de los dioses esculpidos por el arte pagano miran á la tierra adonde descenden, esas figuras del hombre esculpidas por el arte cristiano, miran al cielo adonde sube. Entonces, en fin, ¿qué edificios se verán elevarse llevados hácia el cielo por la aspiracion cristiana! ¿Edificios aereos, lanzados como una plegaria del alma y un arranque de la esperanza; construcciones milagrosas, cuyas formas ligeras, corriendo de abajo hacia arriba y huyendo lejos del suelo en que se apoyan, parece que quieren convertir esos incomparables palacios de la tierra por donde pasamos, en vestíbulos resplandecientes de ese cielo á que aspiramos!

Señores, yo os lo pregunto, ¿ha dado la historia de nuestros siglos cristianos un mentís á ese presentimiento evocado desde el fondo de nuestras catacumbas? A vosotros toca escuchar, mirar y responder. ¡Ah! Se ha obrado el milagro; las melodías de la esperanza han resonado en nuestros oidos y conmovido nuestras almas; las figuras de la esperanza han brillado á nuestros ojos en el claro día de la publicidad; los palacios de la esperanza se han elevado y permanecen delante de nosotros con su imperecedera majestad; y esos cantos, y esas figuras, y esos edificios, marcados con una misma belleza, dicen al que sabe ver, y oír, lo que hace, para elevar el nivel del arte, la esperanza cristiana.

## III.

No obstante, Señores, hay en el cristianismo algo que ha sido mas poderoso que la fé y la esperanza, para elevar el arte cristiano. Esto, de lo que ya hemos hablado, bajo un punto de vista general, y que aplicamos esta vez exclusivamente á Jesucristo,

CONFERENCIAS DEL PADRE FÉLIX.—24.

es el amor. El amor de Jesucristo es la sávia pura y sublime que ha hecho al arte cristiano abrirse con un esplendor del todo nuevo. El amor de Cristo es, en el cristianismo, el verdadero resorte del mundo artístico; es el divino inspirador del génio de nuestros artistas. De esta manera, ese corazón de Cristo que hemos colocado un día ante vosotros como el centro del orden moral, y como tal, motor universal del progreso en la humanidad, lo volvemos aquí á encontrar como el centro y el resorte del arte engrandecido por el cristianismo.

Partamos ante todo de un hecho absolutamente cierto, hecho prodigioso, que es el encanto sin igual de la historia del cristianismo; el reinado absoluto, perpetuo y universal del amor de Jesucristo sobre el corazón de los cristianos. El punto culminante de la vida de los santos, es decir, de todos los grandes cristianos, es que no solamente han conocido y adorado á Jesucristo, sino que lo han amado: se han postrado en su presencia con una adoración apasionada por el amor; ó, si quereis, han traído á sus plantas el homenaje de un amor llevado hasta la adoración. Este hecho, todavía viviente, y que se perpetua en medio de nosotros, no admite excepcion: todos los santos han amado á Jesucristo con un amor tan absoluto y tan soberano como es posible imaginarlo, y han sido santos en el grado en que lo han amado. No es aquí el lugar de mostraros el alcance totalmente divino de este grande hecho de la historia cristiana. Pero lo que es preciso mostrar aquí, siendo admitido este hecho verdaderamente divino, es el poder incalculable que este reinado del amor ha ejercido sobre el corazón de los artistas cristianos, con su corazón sobre el génio, y con ambos sobre el progreso del arte mismo.

El corazón de los artistas, mucho menos aun que el corazón del comun de los hombres, no podía esca-

par á esta dominación del amor de Jesucristo sobre el corazón de la humanidad cristiana. Para todo cristiano que lo había visto á la luz de la fé, Cristo era el mas bello de los hijos de los hombres; y al mismo tiempo que era el mas bello, era tambien el mas amante: de suerte que Jesucristo, recostado en su pesebre ó extendido sobre su cruz, se revelaba á la vez á la inteligencia y al corazón del génio, como personificando en sí mismo, juntamente con la verdad, estas dos cosas que son la eterna seducción del génio del arte, á saber, la mayor belleza y el mayor amor. ¿Y qué belleza descubrió el artista cristiano en la frente de Jesucristo? Esa belleza de que hemos hablado, belleza doble y una á la vez, belleza real y belleza ideal, uniéndose con armonía en el esplendor de un mismo rostro, y en el brillo de una misma frente. ¿Y qué amor, sobre todo, encontraban los artistas cristianos, acercándosele, en este corazón del Hombre Dios?... ¡Ah! ¡El amor que San Juan sintió estremecerse dentro de él cuando le fué dado reclinarsse sobre su pecho sagrado, tabernáculo viviente en que este amor habitaba como en su lugar natal: amor el mas ardiente y el mas casto, el mas fuerte y el mas suave, el mas grande y el mas elevado, el mas profundo y el mas sublime, el mas verdadero y el mas puro, el mas apasionado y el mas desinteresado, el mas real y el mas ideal; amor el mas celeste, el mas espiritual, el mas angélico, y el mas encantador, digamos la palabra, amor el mas artístico que sea posible concebir; capaz de ejercer á la vez el mayor encanto sobre el corazón del hombre, y la mas santa fascinación sobre el génio del artista!

¡Ah, Señores! ¿No concebís lo que semejante amor, encontrándose en una misma vida con la potencia del génio, puede hacer salir de ahí para la glorificación simultánea del arte al servicio de este amor, y de este amor al servicio del arte? ¿Y no os imagináis

qué obras puede hacer brotar un trabajo apasionado, ayudado por una mano experta, de una alma en que se encuentran en armoniosa union toda la claridad que viene de un génio superior y todo el calor fecundo que viene de un amor tan divino?

Hubo un día en que se verificó este prodigio en un jóven predestinado del arte y de la santidad. Dios le habia concedido el don que concede á un pequeño número de los escogidos de la grandeza y de la gloria humana: habia encendido en esta alma privilegiada la radiosa antorcha del génio. Pero á este don del génio Dios habia unido otro don aun mas precioso; habia encendido en su corazon virginal la llama celeste de un amor santamente apasionado de Jesucristo: de tal manera que es difícil decidir cual de las dos cosas llevaba la palma, el esplendor de la inteligencia ó el calor del corazon; el poder de su génio resplandeciente de luz, ó la potencia de su amor abrasado de las llamas mas castas.

Nunca quizás habia sucedido que alianza mas armoniosa consumara en una alma la union fecunda de la inteligencia y del amor. Jamás alma humana se encontró mejor predisuelta á poner un gran génio al servicio del arte, y un grande amor al servicio del génio. Jamás vida alguna habia sido mejor preparada para hacer abrirse bajo el sol de los siglos la hermosa flor del arte cristiano, "flor del cielo engertada sobre un tallo de la tierra" toda embalsamada con los perfumes del amor de Jesucristo y toda resplandeciente con su belleza. Se vió que en esta naturaleza privilegiada, prevenida por gracias escogidas, el amor del arte y el amor de Cristo se habían unido y fundido en un solo y un mismo amor: el amor del arte debiendo servir en él á la propagacion del amor de Jesucristo, y el amor de Jesucristo debiendo servir para la purificacion y la elevacion progresiva de su amor al arte. Si los ángeles del cielo tuviesen la vocacion de hacer

resplandecer la belleza sobre la tierra, descenderian en medio de nosotros sobre esas dos alas del génio y del amor; vendrian radiantes con esa luz y abrazados por esa llama; y pintarian tal como la han visto, amado y adorado en el cielo, con colores que nuestros pinceles no pueden encontrar sobre esta tierra, la figura de Cristo glorificado; y veriamos, con un arrobamiento que no puedo expresar, el retrato del amor y de la belleza personificadas en Él, pintado y perfeccionado por la mano de los ángeles.

Algo de este milagro se llevó á cabo por un angel de la tierra. ¡Este hombre cuya figura verdaderamente angélica acabo de delinearos, tan semejante por su inteligencia y su amor á los ángeles del cielo, tuvo tambien el honor de llevar su nombre sobre la tierra!... Fué el angel del arte cristiano, como Tomás de Aquino lo fué de la ciencia cristiana; la historia lo ha llamado *Frá Angelico di Fiesole*. Y lo que le ha faltado para brillar en el cielo del arte cristiano como la estrella mas resplandeciente, ha sido el haberse elevado demasiado presto en el horizonte de la historia, cuando la ciencia de los procedimientos artísticos, perfeccionados mas tarde con tan maravilloso brillo, faltaba á todos, aun al génio secundado y servido por el amor.

A pesar de esto ¡qué perfeccion hay ya, qué inspiracion y qué expresion de amor en esas figuras de Cristo pintadas por la mano de ese hombre angélico! Se dice que "ese célebre artista no tomaba jamás sus pinceles sin ponerse en oracion, y no hacia un Cristo en la cruz sin tener los ojos inundados de lágrimas." En verdad que se comprende que tal pintor estuviese dispuesto á recibir en su alma la profunda impresion, y á grabar en caracteres de fuego en el fondo de su propio corazon la divina imágen de su Cristo. No se ama ni se adora de esta manera, sin guardar dentro de sí, rodeado de una celeste auróla,

el retrato de ese amor adorado, y sin sentir la generosa pasión de hacer centellear exteriormente sus visiones interiores. No, dice un escritor materialista, herido él mismo con este fenómeno curioso del mundo artístico, "una adoración semejante no puede existir sin imágenes interiores. Con los ojos cerrados se les ve, se les sigue largo trecho como en sueños; así como una madre, apenas entra en su soledad, ve flotar ante su memoria el rostro de un hijo querido (1). No se puede hablar mejor.

De este modo en efecto, ese corazón inflamado en la claridad de sus sueños y de sus contemplaciones místicas, veía pasar y repasar delante de él, sonriendo con su divina sonrisa, el rostro de su amado Cristo. Y si lo que hemos dicho es cierto, á saber, que el que ama se complace en traer por todas partes á la memoria las facciones de la persona amada; si es cierto que es una necesidad imprescindible de todo amor sincero el trabajar por embellecer aun mas esa belleza que ama: ¡ah! ¿comprendéis entonces porqué los retratos de Jesucristo trazados por la mano de este amante apasionado de su divina belleza, no le parecían jamás suficientemente bellos; porqué su génio, siempre ambicioso de hacerlo mejor, lloraba por no poder perfeccionar? ¿Comprendéis cómo ese tipo de belleza percibido por su génio en su sueño de amor, se embellece á medida que él lo mira, se eleva á medida que lo comprende, se idealiza á medida que quiere expresarlo? De igual manera, ved cómo, siempre impaciente y jamás cansado de perfeccionar su obra á medida que se acerca á su modelo, semejante al esposo de los Cantares, sigue con una larga mirada esta belleza que se le oculta, y le dice gimiendo: ¡Oh Cristo amado, Cristo adorado, vos que sois el ideal de esa belleza que ha seducido todo mi génio y de ese amor que ha conquistado todo mi corazón!

(1) Taine.

¡Oh Dios de la belleza, Dios de la verdad y del amor! Mostradme vuestro rostro, *ostende mihi faciem tuam*. Mostradme tal como vuestros ángeles y vuestros serafines lo contemplan en la gloria de vuestra eterna transfiguración. Permitidme, al menos, que fije sobre esta tela frágil, con este pincel rebelde, esos rasgos divinos tales como los he visto pasar ante mis ojos, cuando vos pareciais visitarme. ¡Que trayendo á la memoria vuestra dulce y encantadora imagen, aprenda yo á engrandecer en mí mismo el reinado de vuestro amor por la contemplación de vuestra belleza!...

Tal es, Señores, el gran motor que ha impreso al arte cristiano un ímpetu tan prodigioso; pues lo que acabo de aplicar á un solo hombre, podeis, en diversas medidas, aplicarlo á todos los artistas santamente apasionados por el amor de Jesucristo: Para ellos, el ideal era Jesucristo; y este ideal no era una abstracción vana y fría; era una persona viviente, y sobre todo, era una persona amada, á la cual habían prestado juramento de un amor supremo y de una adhesión absoluta. De igual manera, esa figura de Cristo ya tan grande y tan bella en el fondo del alma de los artistas y en esa divina auréola que le daban su fé y su esperanza, se hermoseaba y se engrandecía mas y mas, á medida que su amor crecía en profundidad é intensidad. Imaginaos, si Santa Teresa hubiera sido pintora, qué belleza habría impreso en sus obras artísticas á ese rostro de Jesucristo tantas veces contemplado en las visiones y arrobamientos de su amor, y podreis adivinar porqué y cómo este amor, trasportando el génio, ha podido hacer que nazca, mejor todavía que la fé y la esperanza, todo lo grande del arte cristiano.

Así tambien, Señores, ved cómo todas las artes, á su modo, le han traído en la expresión de su belleza el tributo del amor. Ved cuál la pintura, la arqui-

tectura, la escultura, la música, la poesía se han llenado, por el milagro del amor, de la luz y de la belleza de Jesucristo. Ved porqué hemos podido contemplar imágenes suyas tan encantadoras, que parecen, en su expresión sincera, el retrato mismo de la belleza trazado por la mano del amor. Ved porqué hemos oído resonar armonías tan llenas de Jesucristo y de su nombre, que se creería, al escucharlas, oír á los serafines cantándole en el cielo el himno eterno del amor. Ved porqué el soplo de Jesucristo conmoviendo en el fondo del alma humana la fibra delicada y vibrante de las castas y celestes afeciones, ha hecho salir de ellas una poesía que tiene todos los acentos y todos los perfumes de su amor. Ved, en fin, porqué hemos visto elevarse edificios á la vez tan grandes y tan armoniosos, tan magníficos en su conjunto y tan ricos en pormenores, que fácilmente se les reconoce como la mansion misma del Dios de amor, construida, y embellecida por toda la adhesión, por todos los sacrificios y todas las delicadezas del amor.

## IV.

La fé, la esperanza y el amor, desplegándose en la humanidad, han producido una cuarta cosa que ha ejercido sobre el arte una influencia aun mas decisiva, quiero decir, la santidad cristiana.

Cómo ha elevado el cristianismo las costumbres, creado la santidad, y de este modo preparado por el progreso en el órden moral la marcha fecunda de todos los demás progresos, lo hemos demostrado en 1858. Esta demostracion fué como la base del modesto edificio que despues hemos trabajado por elevar á la gloria de Jesucristo. No tengo, pues, que repetir una demostracion hecha ya, y que cada uno de vosotros, en caso de necesidad, prodría encontrar

en las conferencias impresas. Bástame hacer os notar aquí el inmenso alcance de esta transformacion moral, consumada por el cristianismo, sobre la transformacion estética y sobre la creacion de la belleza artística en los siglos cristianos. El cristianismo, creando en el mundo ese ideal de santidad que los autores designan, ya bajo el nombre de ideal artístico, ya bajo el nombre de ideal místico, y que yo llamo aquí simplemente el ideal cristiano, ha elevado lenta, pero eficazmente, el ideal estético; y la obra de los grandes cristianos que han corrido con idomable denuedo tras el ideal de la santidad, ha preparado el camino á la obra de nuestros grandes artistas que han corrido con igual denuedo tras el ideal de la belleza engrandecido por los santos.

No lo olvideis nunca, Señores, todo cristiano es artista; este artista tiene un ideal; corriendo tras de su ideal, crea cada día una obra maestra, la obra maestra que Dios y sus ángeles contemplan con el mayor arrobamiento. Este ideal tras que corre y que quiere imitar, es Jesucristo; y esta obra maestra que trabaja por realizar y perfeccionar día por día y hora por hora, es él mismo, vivo y verdadero. Si, Señores, pintar, esculpir, elaborar dentro de sí con el combate, el trabajo, el sufrimiento y el sacrificio, la grande y bella imagen de Jesucristo; imprimir, dado el caso, sobre su carne viva y su alma conmovida esa divina efigie; imprimir la tal como la fé la descubre y tal como el amor la abraza en la cumbre de su calvario; formarse, si es menester, para mejor asemejarse, un calvario viviente; tal es el ideal buscado por los santos; tal su trabajo y á menudo su martirio, para hacerse ellos mismos verdaderas imágenes de su ideal; es decir, obras maestras de santidad cristiana y de belleza moral. En verdad, no quiero decir que todo lo que es cristiano suba hasta este punto: esos cristianos que llevan hasta el extremo las consecuencias de su Evan-

gelio, son raros, si quereis, raros como los génios que llevan hasta donde puede llegar la expresion de la belleza artística. Pero ese ideal es verdaderamente su ideal; correr tras él es verdaderamente su deber; y los valerosos, los magnánimos, los generosos, los gigantes de nuestra raza llegan hasta este punto, hasta una reproduccion resplandeciente y una imitacion superior de su ideal; y, llegados á ese punto, á su mas alta cumbre; pueden decir al mundo que los ve pasar y que quizá los desdeña: Miradnos, somos la mayor belleza moral que se haya mostrado bajo el cielo; somos las vivas imágenes de nuestro Cristo viviente.

Ahora bien, ¿quién no comprende el poder de este grande influjo de la santidad cristiana para elevar el arte, los artistas y sus obras? Delante de este espectáculo de la belleza humana reproduciendo la belleza de Cristo, el artista puede unir en sus obras esas dos cosas que conspiran á hacer sus obras perfectas, la mayor sinceridad en la expresion y la mayor belleza. Para que el arte sea grande es menester, que sea ante todo la expresion del alma. Pero para que la expresion de las almas haga resplandecer la belleza, es menester que las almas sean bellas. ¡Pues bien! Esas almas de los santos son bellas; son bellas con la belleza de Cristo, ideal de la humanidad; luego, son bellas con toda la belleza humana embellecida por el reflejo de la belleza divina. Ven ahora, hermano artista, ven con tu génio capaz de descubrir la verdadera belleza, ven con tu corazon capaz de amarla, ven con tu mano capaz de pintarla ó de esculpirla: haz pasar esas almas á tu alma, y de tu alma haz pasar á tus obras su imagen ingénua. Sí hermano mio, sé verídico, sé sincero: muestra al sol la claridad que emana de esas almas escojidas, y tus obras serán bellas porque esas almas son bellas; grandes, porque esas almas son grandes. No tienes que temer de tu sinceridad lo

que mata al génio, la expresion de la fealdad, porque tú estás en frente de la mayor belleza: te basta ver, contemplar, pintar, arrojando allí ese reflejo de belleza infinita que se descubre mas allá de toda belleza que no es todavía la belleza de Dios mismo.

Pero, notadlo bien, Señores, la influencia de la santidad cristiana no se limita á realzar en la humanidad la imagen de la belleza moral; ha realzado en ella, y perfeccionado tambien, el tipo de la belleza física. Colocándose en el centro de la vida, la luz superior de la belleza moral ha resplandecido sobre la fisonomía del hombre, la belleza del espíritu ha recaído con esplendor sobre la belleza del cuerpo. Arrancando el alma á la depravacion moral, el cristianismo ha arrancado poco á poco el cuerpo á la degradacion física: haciendo prevalecer, con la práctica de todas las virtudes cristianas, el espíritu sobre la carne, ha hecho al hombre remontarse, cuanto es es posible á la debilidad humana, hácia el tipo mas ó menos borrado de su grandeza y de su belleza primitiva. El hombre, en una palabra, realzado moralmente por su contacto con Cristo, ha elevado con su alma su cuerpo mismo, y sobre todo su rostro. El cuerpo, mas arrebatado en el movimiento del alma, se ha hecho, si puedo decirlo así, mas ligero mas ascendente; aun en su cuerpo se siente que es un espíritu, como se ha dicho del ave:

*"Aun al andar, parece que alas tiene."*

Y á medida que el cuerpo se ha vuelto menos pesado y mas espiritual, el rostro ¡ah! el rostro sobre todo, ha sufrido su maravillosa transfiguracion. ¡Se ha vuelto mas alto, mas luminoso, mas trasparente, en una palabra, mas bello!

¿Los veis desde aquí, á esos rostros de santos, espejos vivientes en que se refleja la imagen de Jesucristo? ¿Los veis que llevan las señales resplandecientes y suaves de todas las virtudes producidas en

su alma por el amor de Jesucristo?... La humildad, la pureza, la caridad, la dulzura, la fuerza, la bondad, la generosidad, la abnegación, el sacrificio, la magnanimidad; todas estas virtudes emanadas del amor que está en su corazón, iluminan sus rostros con una luz incomparable; y como otros tantos rayos caídos sobre su frente del rostro de Jesucristo, componen con su armoniosa mezcla una fisonomía verdaderamente aparte, un tipo de belleza humana que los artistas de Roma y de la antigua Grecia no podían reproducir en sus obras, porque jamás los habían encontrado sus miradas. ¡Fisonomía verdaderamente nueva, que denomino, para nombrarla bien, fisonomía cristiana! ¡Qué figuras de hombres y de mugeres, de ricos y de pobres, de jornaleros y de príncipes, de apóstoles y mártires, de vírgenes y de anacoretas, de monges y de cenobitas! Y en estas figuras, ¡qué inefable mezcla de dulzura y de fuerza, de grandeza y de bondad, de magestad y de suavidad, de dignidad y de simplicidad!... Y esos rostros sellados con tal hermosura, brillan en nuestra historia mas numerosos que las estrellas del cielo; y como una inmensa galería de obras maestras, atraen de siglo en siglo las miradas y el corazón de los verdaderos artistas.

Pero, Señores, al mirar desde lejos esas falanges de santos que llevan no solamente en su alma, sino también sobre su frente, la belleza de Jesucristo, ¿es posible que pasemos, sin saludarla con la mirada y con el corazón, frente á la régia y virginal belleza que resplandece como un sol sobre todas las demás bellezas? ¡Belleza humana, mas próxima que ninguna á la belleza divina! ¡Belleza que inspira hace siglos, y que inspirará hasta el fin del mundo el verdadero génio del arte, mientras haya en la tierra cristianos que exclamen postrándose con respeto y amor ante la Madre de Dios: *Ave, Maria gratia*

plena! ¡Belleza, que es la única, juntamente con la belleza de Jesucristo, que tiene el privilegio de desesperar al génio impotente para reproducirla tal como se descubre en su imaginación á través de esos reflejos del infinito que la circundan por todas partes! ¡Belleza que nos parece, en su celeste auréola, tan sobrehumana que se diría que va á confundirse y perderse en la belleza misma de Dios!... ¿La veis? ¡Veis esa incomparable figura que resplandece como la estrella mas hermosa en el firmamento de la santidad cristiana? ¡Qué flor de belleza! ¡Qué auréola de santidad! ¡Qué rayos de pureza! ¡Qué perfumes de inocencia! ¡Qué encantos de armonía! ¡Qué candor de simplicidad! ¡Qué esplendor de virginidad! Y en esta simplicidad y esta virginidad, ¡qué dignidad maternal! ¡Qué real magestad! ¡Qué vírgen, y que madre! ¡Qué muger, esa muger coronada de estrellas, vestida del sol, remontándose en una luz celestial, tan alto y tan lejos mas allá de todas las demás bellezas creadas! ¡Ah! Yo la reconozco; es la belleza humana, pero la belleza humana tal como apareció con su esplendor matutino en el alba de la creación. Es la belleza toda pura, la belleza sin mancha; sí, ¡es la belleza verdaderamente inmaculada!

¡Hé aquí lo que el cristianismo ha mostrado á la tierra para purificar, elevar y transfigurar el génio y las obras del arte! El paganismo había creado para las costumbres y para las artes un tipo de belleza que no queremos siquiera nombrar: era la belleza del cuerpo separada de la belleza del alma. El cristianismo ha creado, para las costumbres y para el arte, á la Vírgen inmaculada, es decir, toda la belleza del alma irradiando á través de las armonías del cuerpo; aquel cubría la belleza del espíritu bajo el brillo de la carne; este ha hecho de una carne virginal el trasparente sin mancha del espíritu.

¡Ah! ¡Quién dirá jamás todo lo que ha podido hacer una mirada de amor lanzada sobre esa frente régia y virginal, trono radioso de la gracia y de la majestad, para acrisolar, elevar y perfeccionar el génio del arte! ¡Qué artista, hijo, hermano, esposo de una santa muger que ha expirado, no ha buscado para pintarla un rayo desprendido de la frente de la Virgen María? ¡Y quién que ha tenido en la tierra una madre, una hermana, una hija, tal como el cristianismo forma cada día, no ha buscado en esta frente de la Inmaculada un reflejo de belleza celeste, para volver á formar la imagen de lo que ha amado y perdido sobre la tierra?....

¡Oh Virgen, oh Madre de Dios! ¡oh! ¡Permitidme saludaros de paso como la verdadera inspiradora de los artistas cristianos! ¡Oh tipo inmaculado de la belleza humana! Grabaos, grabaos en el alma de mis hermanos los artistas. ¡Que esta imagen de vuestra belleza estampada en su alma se refleje en sus obras, y demuestre la diferencia profunda que separa aquí también el tipo de la belleza pagana del tipo de la belleza cristiana, la muger del paganismo y la virgen del cristianismo!....

## V.

¡Qué resta, Señores, para completar, condensándolo, este magnífico asunto, sino mostraros en el culto cristiano la mas solemne consagracion de la belleza, y el indisoluble y armonioso himeneo de la religion y del arte?

Los verdaderos artistas, aun cuando no tengan todavía esa fé que dice ó canta su *credo*, sienten por el lado artístico de su ser, no sé qué atraccion misteriosa hácia el cristianismo, y en particular hácia el catolicismo. Es que sienten instintivamente que hay ahí, en el fondo y en las superficies de esta religion

espléndida, algo que conspira con su génio para la expresion de la belleza y la verdadera glorificacion de ese arte, al cual han consagrado un culto, que es para ellos como una religion. No me admiro de ello: el arte bajo todas sus formas y en sus proporciones mas grandiosas, es como una parte integrante del culto católico; de suerte que, entrando en nuestros templos, cuando han recibido el complemento de su belleza, el génio respira su elemento, y en esta casa de Dios en que el arte resplandece con tanto brillo, siente en cierto modo que está en su propia casa.

Es que, en efecto, lo que profesamos en principio con respecto al génio mismo del arte, lo manifestamos por todas partes en nuestro culto, á saber que el amor es inseparable de la verdad, y ambos son inseparables de la belleza. Porque conservamos en nuestro cristianismo la plenitud de la doctrina, conservamos en nuestro sacrificio la plenitud del amor; y porque conservamos á la vez en fraternal abrazo el amor y la verdad, conservamos en nuestros templos, y al derredor de nuestro altar, el culto conmovedor de esa belleza cristiana, que no es otra que la belleza de nuestro Cristo mismo, resplandeciendo en todas sus faces.... Un piadoso autor ha dicho con una gracia enteramente artística: "El arte es una imagen de Dios trazada por el amor del hombre." Esto es cierto en toda la esfera del arte; pero en ninguna parte se realiza mejor esta verdad que en el arte cristiano al servicio del culto y de la adoracion de Jesucristo. Todo lo que resuena, todo lo que resplandece, todo lo que canta en torno al altar católico, no es, bajo esta ó aquella forma, sino una imagen mas ó menos incompleta de Jesucristo, un rayo, un reflejo, una palabra, un acento suyo, una armonía, una belleza inspirada por su amor.

En verdad, Señores, si hubiera querido, en esta predicacion, colocarme en el punto de vista histórico

¿cuán fácil me habria sido, evocando los billantes recuerdos de nuestra historia, mostraros como, dondequiera que la Iglesia ha plantado la cruz, dondequiera que ha erigido un altar, se ha visto aparecer, según el favor de los lugares y de los tiempos, esa admirable y poderosa armonía del culto católico y de la belleza artística. Seguid á la vez en los siglos cristianos esos dos rayos que emanan ambos del cielo y se juntan en la tierra para multiplicar recíprocamente su mutuo esplendor; contad, si podeis, todas las obras maestras que el génio cristiano ha creado para embellecer nuestros templos y realzar la magnificencia de nuestro culto; contad al mismo tiempo todas las inspiraciones fecundas que la magestad del culto católico ha suscitado en el alma de nuestros grandes artistas; calculad, en fin, todo lo que desde hace siglos, ha hecho el arte para el esplendor de las pompas católicas, y lo que el catolicismo, por su parte, ha hecho y hace todavía para el esplendor de las creaciones artísticas; entonces, si podeis, negad la alianza del cristianismo y del arte. Al que osara oponer á la evidencia esta negacion insolente, no tendría yo que replicarle mas que estas dos palabras: ¡Mirad á San Pedro de Roma y á Nuestra Señora de Paris! . . .

Si, Señores: en la Iglesia católica la alianza entre el culto y el arte es tan profunda, tan íntima, tan armoniosa, que se diría que los templos de Jesucristo embellecidos por la Iglesia, se asemejan al templo del arte embellecido por el génio. Allí la religion del amor da por todas partes la mano, con un encanto indefinible, al culto de la belleza; y la arquitectura, y la pintura, y la escultura y la música, y la poesía, y la elocuencia algunas veces conspiran á hacer de las grandes pompas de nuestro culto religioso, espectáculos y armonías, en que lo bello con todas sus manifestaciones, apoderándose á la vez de la in-

teligencia, del corazon, de la imaginacion y de los sentidos, conmueve, encanta, arrebata, en una palabra, las almas hácia Dios, centro comun de la religion y del arte, de la verdad y de la belleza. Así la humanidad, llevada á la vez por estos dos soplos unidos, el soplo religioso y el soplo artístico, sube, como por su propia virtud y sin esfuerzo, hácia todo lo que hay mas grande, mas puro y mas celeste. El templo católico, con todos sus espectáculos, es el verdadero teatro del pueblo, teatro beatífico y purificador, que da al alma popular esas dulces y santas emociones de la tierra que le hacen presentir algo de los éxtasis del cielo.

Antes de terminar este discurso, Señores, permitidme que lo resuma todo, en un espectáculo que aquí nos es fácil representarnos, espectáculo brillante, en que la belleza por todas partes es hermoseada por la belleza, en que la armonía responde á la armonía, y en que la luz multiplica la luz.

Representaos, pues, el templo cristiano, la gran basílica, la vasta y bella catedral católica, ataviada como una esposa el día de sus bodas, y adornada sobre todo con su mas magnífico ornamento, quiero decir, con la inmensa asamblea de los fieles apiñados bajo sus bóvedas y arrodillados sobre su pavimento, llena de su fé, de su esperanza y de su amor. Es un gran día de Dios, una gran fiesta de la humanidad cristiana; ¡estamos en la mañana llena de luz y de perfumes de la resurreccion de Jesucristo! Este día, el sol, como supongo, asociándose al regocijo de la tierra, ha salido radiante y puro, como la frente del divino resucitado: su luz, cayendo de lo alto, como reflejos de la celestial Jerusalem, derrama á través de las naves, de las bóvedas, de las columnas y de los arcos sus centellantes reverberos; sus rayos, atravesando las vidrieras tan espléndida y armoniosamente pintadas, descomponen su brillo, y arrojando aquí

y allí sus hilos de oro, de ópalo, de púrpura ó de azul, esparcen por toda la superficie y hasta sobre la frente de los fieles arrodillados, todos los colores del iris. Artísticamente, ¿qué cosa mas bella y mas santamente conmovedora que este radiante edificio embellecido por toda esta multitud dominada por la emoción? ¿Se diría que el cielo se ha abierto de repente y ha arrojado sobre esta Jerusalem de la tierra una imagen de su eterno esplendor! ¡La nave, el santuario, las columnas, los arcos, las piedras de cada pared, lo mismo que el rostro de cada fiel, todo está transfigurado!

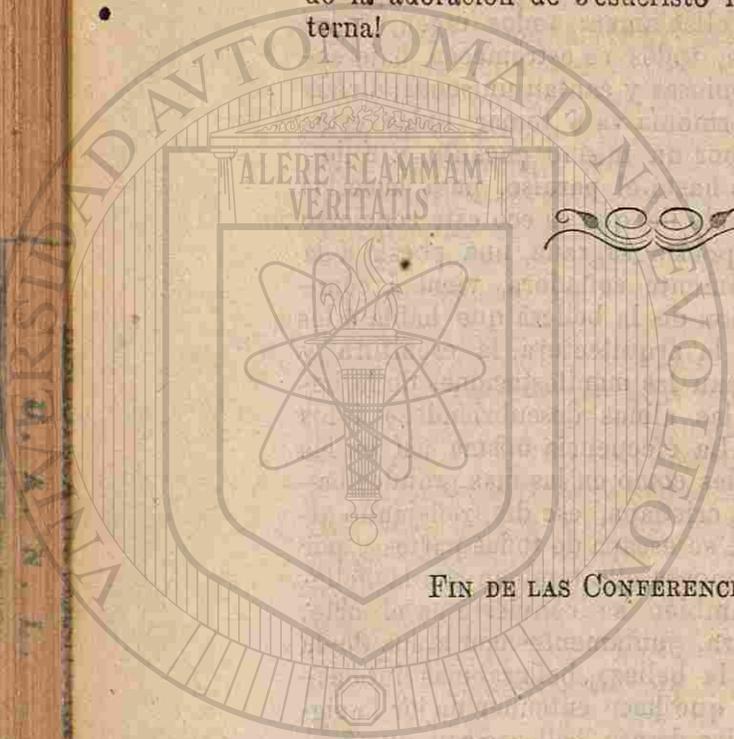
Y luego, como para completar la armonía de esta régia belleza que resplandece á la luz del sol, hé aquí que aparecen las obras maestras de la pintura, de la escultura, y de la estatuaria. Porque para engrandecer en un mismo espectáculo y condensar en cierto modo bajo una misma mirada la manifestación de la belleza, el génio ha respondido al génio: y para poblar este mundo de la belleza religiosa y artística, hé aquí que todas las grandes figuras llevan sobre su frente, al par que el rayo de su santidad, la señal del génio que hace resplandecer su belleza: ved á la Trinidad, ved á Cristo, ved á la Virgen, personificando todos los misterios cristianos. ¡Ved por todas partes á la verdad que toma, para penetrar en las almas, el rostro de la belleza!

Empero, mientras que de todas partes entra la belleza de Cristo en el alma de todo este pueblo hiriendo sus miradas, el silencio reina todavía bajo esas bóvedas misteriosas en que no se oyé pasar mas que la respiración de las almas y el soplo de la oración. De repente, en medio de este silencio, que es ya una armonía, el órgano de cien voces lanza en el seno de las vastas naves inmensas olas sonoras: gime, suspira, canta sucesivamente; se diría que son los gemidos del infierno, los suspiros del purgatorio,

las melodías del cielo; se diría que todas estas almas le han prestado su soplo para interpretar todo lo que ellas piensan, profetizar todo lo que ellas esperan, exaltar todo lo que ellas aman: todos creen, todos esperan, todos aman, todos se estremecen bajo estas vibraciones armoniosas y cantan unísonos; diríais que el ángel de la armonía va á tomar todas estas almas arrebatadas por un mismo encanto, y á llevarlas sobre sus alas hasta el paraíso, para hacerlas oír esa música del cielo de que es eco este concierto del templo. ¡Y la poesía sagrada, una poesía á la vez creyente y santamente soñadora, viene á completar la manifestación de la belleza que habla á los oídos, mientras que la arquitectura, la escultura y la pintura perfeccionan las manifestaciones de la belleza que habla á las almas descubriéndose á los ojos! ¿Qué digo? La elocuencia misma, así en los templos mas humildes como en las mas grandes basílicas, la elocuencia cristiana, ese día, reflejando algo del esplendor que se escapa de todas partes y por todas partes, se hermosea ella tambien con la belleza del día: ella tambien se convierte en el arte, dando á la enseñanza, juntamente con la luz de la verdad, el brillo de la belleza, belleza mas intelectual y mas distinta, que hace entender mejor la significación de todas las demás bellezas con que resplandece la Iglesia. ¡Con la proporción y la textura del discurso, imita la arquitectura, con la imagen la pintura, con el gesto y la actitud la estatuaria y la escultura, con la voz la música, y quizá con no sé qué de espontáneo, de viviente y de creado, imitará la poesía, resonará como una lira y estallará como un himno cantado á la mayor gloria de Jesucristo!...

Señores, aquí me detengo: sería superfluo insistir. ¡Todo el que ha visto estos espectáculos y escuchado estas armonías, sabe, de un modo que no lo

olvidará jamás, que el cristianismo es belleza, como es amor y verdad, y que entre el culto del arte y de la adoracion de Jesucristo la alianza es sempiterna!



FIN DE LAS CONFERENCIAS DE 1867.

# ÍNDICE.

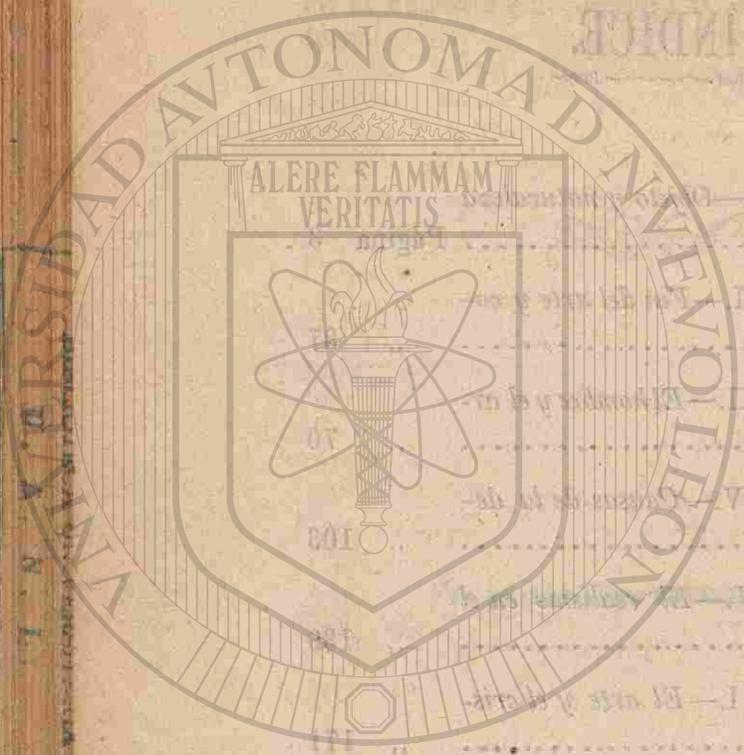
CONFERENCIA I.—Objeto y naturaleza del arte,.....	Página 3
CONFERENCIA II.—Fin del arte y vocacion del artista.....	„ 37
CONFERENCIA III.—El hombre y el artista .....	„ 70
CONFERENCIA IV.—Causas de la decadencia del arte.....	„ 103
CONFERENCIA V.—El realismo en el arte .....	„ 139
CONFERENCIA VI.—El arte y el cristianismo.....	„ 171

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL ÍNDICE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

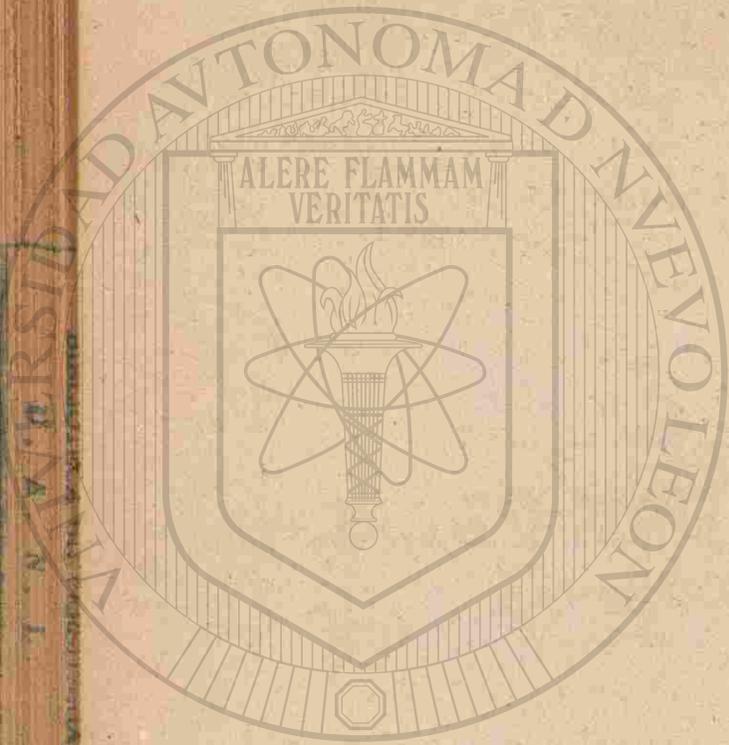
CONFERENCIA I —  
del día...  
CONFERENCIA II —  
del día...  
CONFERENCIA III —  
del día...  
CONFERENCIA IV —  
del día...  
CONFERENCIA V —  
del día...  
CONFERENCIA VI —  
del día...

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CONFERENCIAS  
**DEL PADRE FELIX.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PROGRESO POR LA RELIGION.

CONFERENCIAS

PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS  
EN LA CUARESMA DE 1868

POR

EL PADRE FELIX.

NUEVA TRADUCCION CASTELLANA.

POR

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON.

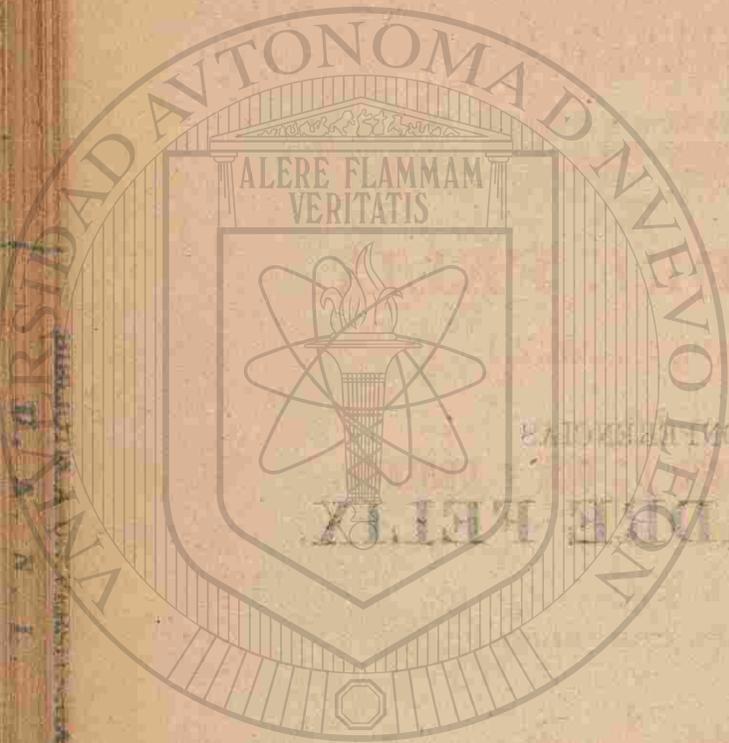
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



GUANAJUATO.

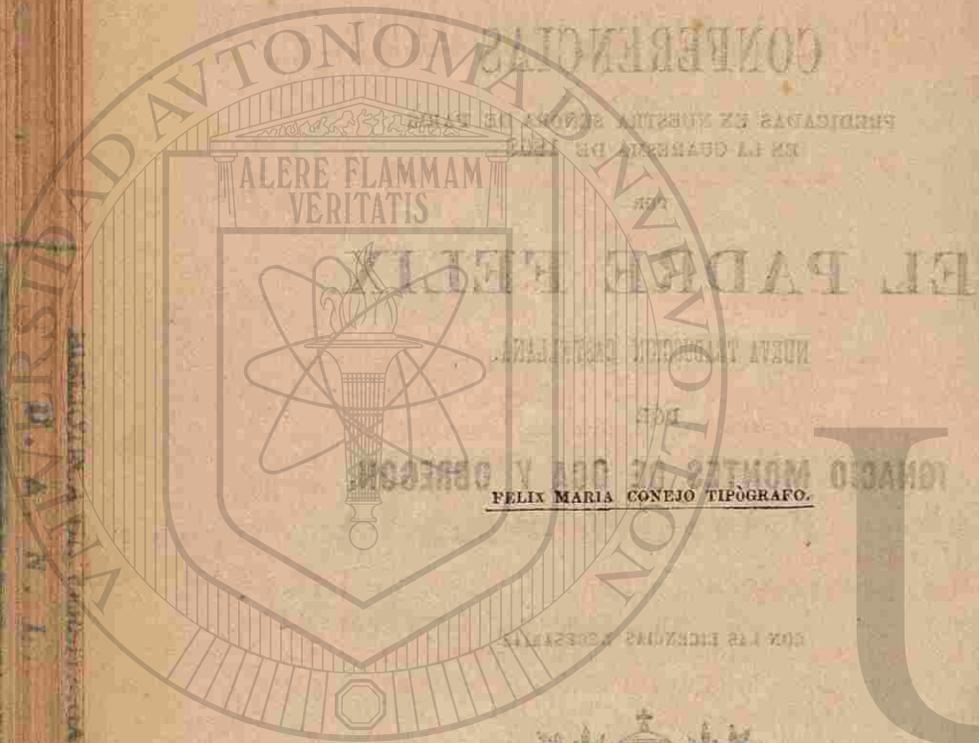
EDICION DE "LA REVISTA CATOLICA."

1869.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE

## CONFERENCIA PRIMERA.

### El Ateísmo ante el Progreso.

Señores:

“Crezcamos en todas cosas y de todas maneras en Aquel que es nuestra cabeza, Cristo: *crescamus in illo per omnia qui est caput Christus.*” Hé aquí las sencillas, pero profundas palabras, en que San Pablo resumía, hace diez y nueve siglos, toda la teoría del verdadero progreso del género humano, el progreso por Jesucristo y por el verdadero cristianismo.

Hace largo tiempo que nuestra predicación es el comentario variado de estas solas palabras. Gracias al auxilio de lo alto, gracias también á vuestra perseverante simpatía, hemos trabajado juntos en construir lentamente, y quisiera poder añadir con solidez, un edificio que habría exigido para recibir toda su natural belleza y su legítimo grandor, lo que apellidé, el año pasado, el génio del arte ó el poder de crear. Tal como es, no obstante, lo hemos ido elevando de año en año, hilada por hilada, desde el progreso moral que colocamos como base, hasta el progreso artístico, de que formamos el año pasado, la corona, por decirlo así, del edificio.

Y ahora, ¿no tengo razón para temer que os asombreis sobremanera, si os digo que nuestra tarea aun no está terminada? ¡Que! Bajo ese orden moral en que hemos hecho que todo estribe, sobre ese orden artístico, que parece que debe, con su esplendor, coronarlo todo, ¿hay algo todavía?

Sí, Señores, hay algo mas profundo que el orden moral y mas elevado que el orden artístico, algo mas fundamental que esa base, y mas sublime que esa cima, algo que es á la vez el primer fundamento y el coronamiento supremo; y esto, que es lo mas elemental y lo mas radical, lo mas necesario y lo mas eficaz de todo, se llama *la Religion*; la religion, no como la entienden los innovadores místico-revolucionarios, que prestan, y no de burlas, la majestad de este nombre á la ciencia, al arte, al trabajo, á la industria y á no se cuantas cosas que nada tienen de religioso; sino la religion tal como la han comprendido y practicado, de un modo mas ó menos perfecto, todos los pueblos de la tierra, la religion, es decir, una relacion real, una comunión eficaz entre el hombre y Dios. Todo lo que se refiere directamente á esta comunicacion efectiva entre la humanidad y la divinidad, es religioso en la proporcion misma de estas relaciones; y dondequiera que hay una relacion real, mas ó menos elevada, entre el hombre y Dios, hay religion. Fuera de ahí la religion no es mas que una palabra, una palabra vacía, una contradicción absoluta.

Esta simple nocion bastaria á explicarnos porqué la religion y el progreso están unidos con indisoluble alianza, y porqué todos los mejores talentos, sea cual fuere, por otra parte, su símbolo y su bandera religiosa, se unen para proclamar, con la razon y el sentido comun, esta verdad primordial: *el progreso por la religion*.

“Vivir sin religion, dice un libre-pensador de estos tiempos, no es vivir, es errar en las tinieblas.”

“La religion, añade uno de los hombres mas notables del protestantismo moderno, es una ley que debe hacerse sentir constantemente y por todas partes.”

“La religion no es nada, si no es todo,” dice por su parte una muger célebre, bajo una fórmula mas acentuada y que podria parecer una paradoja.

Es un pagano, en fin, quien ha escrito esta bella expresion, que resume maravillosamente el fondo de esta predi-

cacion: *Omnia religione moventur*; todo se mueve, es decir, todo marcha, crece y se eleva por la religion.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede decirse que la religion es todo, que ella mueve, vivifica y ordena todo en la humanidad? Del mismo modo que la atraccion en el mundo material; que la sávia en el mundo vegetal; que la sangre en el mundo animal; del mismo modo que, en la naturaleza entera, esa fuerza universal que se designa con nombres diversos, fuerza invencible y palpable á la vez, el *mens agitat molem* de la naturaleza material, por la cual todo vegeta, todo florece, todo fructifica, todo se desarrolla y marcha en la creacion.

Tal es la religion en el mundo humano; nada, si así lo lo quereis, en la superficie, pero en el fondo *todo*: es la gravitacion, es la sávia, es la sangre, es la vida, es la fuerza motora, es el *mens agitat molem* de la humanidad progresiva.

No podemos menos que tocar este ser incomparable, que tiene el privilegio del infinito, de hallarse á la vez en la base, en el centro y en la cima de todo. Era tanto mas necesario, en cuanto se está levantando entre nosotros una secta nueva, que proclama la separacion absoluta de la religion y del progreso, ó lo que es lo mismo, el progreso por el ateismo. Es menester, pues, ante todas cosas, luchar con este monstruoso error que se está volviendo á formar hoy dia una siniestra actualidad. Mostremos lo que es en presencia del siglo ese ateismo que se proclama el progreso, y lo que es el progreso ante ese ateismo; mostremos de qué manera los libres-pensadores se atreven á proclamar el progreso por el ateismo, y como la razon, con invencibles testimonios, proclama el progreso por la religion.

¿Existe, puede existir, un progreso del género humano sin religion? Esto es preguntar si existe un progreso por

el ateísmo; es preguntar si el hombre puede elevarse por la negación de Dios.

Lo confieso, Señores, al formular este problema me admiro de mis propias palabras, y me pregunto si soy yo en verdad quien os hablo, si sois vosotros los que me escucháis. ¡Ah! Si nuestros padres, que bajo estas mismas bóvedas oyeron ó hicieron resonar ellos mismos, la sublime palabra católica, tornasen en medio de vosotros para oír, cual vosotros, la palabra que emana de esta cátedra, ¿qué creéis que dirían al oírnos proponer tal cuestión en presencia de semejante pueblo? ¿Qué generación es esta, dirían, que huella el polvo de nuestras tumbas y el pavimento de nuestras catedrales? ¿Adónde ha ido á caer esta raza de cristianos, para que sea menester proponer en su presencia cuestiones cuya sola enunciación nos habría indignado en vida, y que muertos nos hace todavía estremecernos en nuestros sepulcros? Y vosotros, predicadores, que venís á este lugar santo á tratar semejantes asuntos, ¿sois en verdad nuestros herederos en la fé y nuestros sucesores en la palabra? ¿Es Cristo en verdad el que os envía? ¿Sois verdaderamente los órganos de su pensamiento y los ecos de su voz? ¿No prevarica vuestra palabra al versarse sobre semejantes asuntos? ¿No es ella un rumor vano que resuena en el vacío, ó una arma inútil que hiere fantasmas?....

¡Ah, sí! Yo concebiría en nuestros padres en presencia de esta predicación estos arranques de religioso asombro. Y sin embargo, es una verdad demasiado evidente: al tocar semejantes asuntos, no, no prevarica nuestra palabra; no resuena en el vacío ni se descarga sobre fantasmas. El mismo Bossuet, no vacilo en afirmarlo, Bossuet, en nuestro lugar y en nuestra época no nos desconocería. ¡Oh grande é inmortal maestro de la palabra! ¿Qué diríais si, reapareciendo de repente en nuestra carne mortal, os hallaseis frente al enemigo profetizado por vuestro genio? ¿Qué acentos encontraría vuestra elocuencia en el siglo XIX,

para denunciar y herir ese nuevo protestantismo, temible de un modo bien diverso del que atrajo los rayos de vuestra incomparable palabra?

Ved aquí, en efecto, que aparece en medio de nosotros un protestantismo como jamás se había visto, radical, absoluto, universal: vedlo aquí, en el nombre del progreso y de la civilización, protestando, no ya solamente contra el Papado, contra la Iglesia, contra Cristo, sino contra Dios mismo; no ya solamente contra tal religión, sino contra toda religión; vedlo aquí trabajando por levantar, sobre las ruinas de todo culto, la estatua de la humanidad creciente á sus propios ojos; ved aquí, en una palabra al ateísmo, sí, al ateísmo en persona, anunciándonos con estrépito que es menester inaugurar con la decadencia de Dios el progreso del hombre, y con la supresión de toda religión la nueva era de la civilización.

En vano os ocultaría nuestra palabra esta plaga horrible de la sociedad viviente, azote formidable, verdadero cólera de las inteligencias, que amenaza devorar entre nosotros todos los gérmenes de la vida. Sí, hay una secta desenfundada que, en nombre del progreso, protesta en medio de nosotros contra toda iglesia, todo culto, todo sacerdocio, toda religión, y que no deja subsistir nada en el orden religioso, ni siquiera á Dios; ¿qué digo? ni siquiera una apariencia, un simulacro, una sombra de Dios.

Este es el hecho que es menester haceros ver desde luego, antes de mostraros el antagonismo absoluto que existe entre el ateísmo y el progreso.

El hecho, Señores, vedlo aquí en su horrible realidad: un ateísmo colectivo y que se llama legión; un ateísmo que os invade, un ateísmo que os desafía, un ateísmo que os amenaza; ¡y todo esto tremolando sobre nuestras cabezas esa bandera que es la nuestra, la bandera del progreso y de la civilización!

¿Será necesario deciros de qué manera os invade el ateísmo?  
P. FÉLIX.—1868. 2.

mo? ¿Quién no ve pasar por dondequiera esa aparición siniestra que consterna el alma y hace que se hiele de espanto el corazón? ¿No veis como ese ateísmo se apodera de vosotros, gana más y más terreno y tiende á invadirlo todo?... ¿Dónde no está, qué cosa no es hoy el ateísmo?...

El ateísmo es filósofo: consagrado al culto de la fatalidad, hé aquí que su triste génio introduce en el universo, en lugar de la libre creación de Dios, el *universal mecanismo*; mecanismo monstruoso, en que el espíritu sube, de necesidad en necesidad, hasta la suprema necesidad; pirámide infinita que tiene por base la nada y por cúspide un axioma. Para explicar el génesis de los mundos y sus transformaciones, nos muestra con el dedo, á través de la sombra de los orígenes, la eterna agencia de los átomos; y se le oye decir á una juventud que aplaude: La nueva filosofía no reconoce á Dios.

El ateísmo es fisiólogo. Bien diferente del grande ingenio naturalista que, reconociendo en la naturaleza los vestigios de Dios, exclamaba: "He visto pasar al Dios eterno, todopoderoso, y me he quedado estupefacto; (1)" él trabaja por borrar del mundo de los vivientes toda señal, todo reflejo, todo vestigio de Dios. Tiende á demostrar que la vida, emanada de la eterna fecundidad de la materia, sube por una línea ascendente, de organismo en organismo, hasta el hombre, último término de la serie zoológica; y dice: ¡No, la nueva fisiología no reconoce á Dios!"

El ateísmo es geólogo. Va abriendo lecho por lecho los sepulcros seculares en que yacen los restos de tantas generaciones pasadas, y negando ese Dios cuyo nombre brilla, como un sol, hasta en la sombra de esos cementerios, dice: Lo que hace la naturaleza, la naturaleza lo deshace para volverlo á hacer en la eterna alternativa de la vida y la muerte, de la ruina y la resurrección: ¡no, la nueva geología no reconoce á Dios!

[1] Linnée.

El ateísmo es crítico: yo lo veo corriendo á través de las religiones, sacudiendo la base y carcomiendo los cimientos de todo edificio religioso. Y encontrando por todas partes al género humano postrado sobre el pavimento, procura persuadirle que él mismo, de siglo en siglo, es quien crea con su pasión de adorar el objeto de su adoración; y dice: ¡Dejad al género humano sus bellas ilusiones; dejadlo postrarse ante el espectro de su pensamiento! La crítica nos ha libertado á nosotros del reinado de la quimera; ¡no, la nueva crítica no reconoce á Dios!

¿Es esto todo, Señores? No, todavía no; es menester que una vez por todas sepais hasta donde se extiende, á vuestra vista, la invasión de este horroroso cáncer.

El ateísmo es astrónomo; ve en el concierto de los astros un capricho del acaso; para aplicarlo, dice, no hay necesidad de la hipótesis-Dios; y vedlo ahí que, sin Dios, hace marchar en los espacios el grande ejército de los soles. El mundo es un eterno reloj cuyos movimientos señalan cada uno una hora del tiempo, y no hay relojero; el mundo es una construcción de magnífica arquitectura, y no hay arquitecto; el mundo es una inmensa armonía, y no hay ordenador. La nueva astronomía, dice el ateísmo, no reconoce á Dios.

El ateísmo es médico. ¿Y qué es lo que él llama su arte médica? ¡El arte de conservar en orden los rodages del hombre-máquina! Yo lo veo disecar, escarneciendo á Dios, la obra maestra de Dios; y lo oigo clamar en nuestras escuelas y en nuestros anfiteatros: No, la nueva medicina no reconoce á Dios.

El ateísmo es artista, es pintor, escultor, músico, poeta. Y hé aquí que el génio del arte, para glorificarlo deshonorándose á sí mismo, abandona los resplandores del mundo ideal; plegando sus alas de ángel, se hunde en los abismos del mundo positivo, y dice al sumergirse, con los ojos cerrados, en la noche del realismo: No, el arte nuevo no reconoce á Dios.

El ateísmo es industrial; reina en los talleres y en los arsenales de la economía, oprimiendo bajo un cetro grosero la noble alma del pueblo trabajador, cerrando el cielo sobre su cabeza, ahogando la adoración en su pecho, la plegaria en sus labios, la religión en su alma, Dios en su conciencia; dice: No, la nueva industria y la economía nueva no reconocen á Dios.

El ateísmo es político: sueña en gobiernos que lleven su nombre y que se alienten con su soplo; es comunista, socialista, Fourierista; es demócrata, republicano, y si se ofrece, partidario de la autoridad, con tal que esa poderosa máquina que él llama el Estado, le sirva para destruir á los que nombra sus enemigos; es, y se jacta de serlo, el reinado de la fuerza elevada á la última potencia: Yo soy el derecho nuevo, dice el ateísmo político; *soy el derecho del lobo, de devorar el cordero.*

El ateísmo es profesor. Lo veis desde aquí con su alma sin fé, su corazón sin amor, su mirada sin luz y su palabra sin fuego, subir sobre su cátedra de negación, es decir, según la expresión enérgica de la Escritura, su cátedra de pestilencia; y lo oís que grita á vuestros hijos: Aprended de mí que no teneis alma; aprended de mí que no hay cielo; aprended de mí que no hay Dios.

¡El ateísmo profesor! ¡No le faltaba ya sino convertirse en ayo, en maestro de escuela, en preceptor de la infancia! Y hé aquí que vemos, sin indignarnos cuanto debieramos, que se ostenta en medio de nosotros ese espectáculo, horrible entre todos los que espantan, el ateísmo que abre escuela y escribe en su fachada, ó lo que viene á ser lo mismo, en el programa de su enseñanza: Aquí no puede pronunciarse el nombre de Dios.

Después de esto, ¿habrá que admirarse de que el ateísmo se haya convertido en publicista, y que, no há mucho, el periodismo, tomando este nombre como una bandera, haya osado decir, mirándoos en la cara: Yo me llamo ateo? ¿Cómo ha podido producirse este fenómeno sin colmaros

de asombro? ¡Ah! Es que de solitario que era antes, el ateísmo se ha convertido en *legion*, legion insignificante comparada con el grande ejército de los creyentes, pero al fin legion.

Y esta legion, que quisiera también ella convertirse en ejército, marcha, como obedeciendo á una consigna, avanza, invade. Esto no basta; no solamente os invade, os *insulta*, os *desafia*, así con el estrépito que hace, como con la publicidad que se procura y la audacia que manifiesta. Y hé aquí lo que contrista más el alma y debe daros más en que pensar: este ateísmo, muy lejos de buscar las tinieblas, se muestra á la faz del sol y arrostra la luz.

En otro tiempo, salvo rarísimas excepciones, el ateísmo caminaba en la sombra desapercibido por la multitud; no se confesaba á sí mismo, no se mostraba, sobre todo no se jactaba. Buscaba el misterio como un asilo, y el silencio como un refugio. Suplicaba á la noche que lo protegiese contra el día, y al silencio que lo defendiese contra el anatema de las almas. Hoy día el ateísmo ha arrojado su último antifaz; ha descubierto su rostro; y hélo aquí que camina con la cabeza levantada y la frente erguida. Sí, esa frente horrible que antes no podía sufrir la luz, hoy la desafía. ¿Qué digo? Poco es mostrarse; poco es confesarse á sí mismo; se ostenta, se jacta, se admira á sí mismo; y, como se dice en nuestro nuevo lenguaje, *se planta*: ¡se planta ante el siglo que desafía, ante el Dios de quien blasfema, ante el género humano á quien ultraja!

¡Miradlo, á ese ateísmo fanfarrón! Atrevido, audaz, orgulloso de sí mismo, sube sobre los escombros acumulados por todas las negaciones que le han abierto el camino; allí, como el genio mismo de Satanás, despliega su negra bandera; y llamando á sí, de todas las guaridas del anti-cristianismo contemporáneo, á todos los apagadores de las antiguas luces, grita, con voz furiosa, no ya tan solo: ¡Abajo la Iglesia, abajo el Papado!... ¡Ah! La voz de Satanás se ha engrandecido terriblemente desde hace un siglo, y la

oís gritar: ¡Abajo la religion, abajo Dios! El reinado de Dios está acabando, el reinado del hombre empieza: el imperio de lo imaginario se desploma con tremenda caída, y sobre sus ruinas va á levantar su trono la realidad, y á extender sobre el género humano libertado su cetro soberano. Ese Dios, exclama, lo habeis creado un día objetivando un sueño de infinito, espectro de vuestro pensamiento que se miraba á sí mismo. ¡Pues bien! Atrevedos á destruir ese Dios que habeis creado; atrevedos á aniquilar ese fantasma evocado por vosotros mismos: sobre sus ruinas, por fin, va á levantarse el Progreso; él dirá: Yo soy, y ya no hay mas que yo.

De este modo, despues de cerca de dos mil años de cristianismo, asistimos á un espectáculo que hubiera asombrado, no sin razon, aun al paganismo: una predicacion pública de ateismo, que se hace con un rumor y una ostentacion bien calculados, en pleno cristianismo: un ateismo jactancioso, que sube con estrépito á todos los tablados de la publicidad contemporánea; que se forja, en presencia del siglo que lo mira, un pedestal, una auréola, una celebridad. ¡Oh vergüenza de nuestros tiempos! ¡Quién te hubiera jamás podido imaginar y creerte posible? ¡Ateismos de veinte años que se burlan del espíritu humano y vienen, entre orgías de impiedad y saturnales de blasfemias, á denunciar públicamente á Dios como el mal que es menester perseguir, á Dios como el mal que es preciso desterrar, á Dios como el mal que es fuerza reducir á la nada! Tanto, que esta expresion tristemente célebre, que no há mucho tenia todavía los animos estupefactos: *Dios es el mal*, vuelve á encontrar hoy por todas partes, mas ó menos, en el gitanismo de la literatura de baja ralea, y de la filosofía libertina, y hasta en todos los callejones del libre pensamiento, estos ecos espantosos: ¡Dios es el mal, así pues, abajo Dios!

Tal se nos presenta el ateismo contemporáneo; no solamente invade, sino que desafía, insulta, provoca á Dios y

á sus adoradores. Esto no basta, amenaza: ¡y tenemos que preguntarnos sériamente, qué seria para nosotros la hora de su triunfo, si el pudiera, en efecto, triunfar un día! ¡Ah! Esta legion invasora y estrepitosa es aun mas despótica y amenazadora. Para formarse un imperio exclusivo y apoderarse del timon de los hombres y de las cosas, es capaz de emprender todo y atreverse á todo. . . . Inútil seria hacerse sobre este punto una última ilusion. Las tendencias del ateismo son lo que son, esencialmente tiránicas: oprimir á los otros exaltándose á sí mismo, tal es su divisa, su esperanza, su ambicion, su fin.

Así tambien, vedlo obrar, escuchad como habla. No solo pide para sí mismo su libertad de pensar, su libertad de decir, su libertad de obrar: aspira, yo lo sé, á confiscar la libertad de los demás; tiende á sofocar todo pensamiento que no es su pensamiento. De poco le sirve ser libre, aspira á reinar, es decir, á oprimir. De poco le sirve que se le permita negar, insultar, blasfemar del Dios que todos adoramos: exige que nosotros dejemos de adorarlo; ¡y en nombre del nuevo espíritu, del nuevo progreso, de los nuevos principios, quisiera imponeros la fraternidad de la negacion, del sacrilegio y de la blasfemia! ¡En nombre de la paz, suscitaria en el género humano una guerra espantosa; en nombre de la justicia decretaria la expoliacion; en nombre de la libertad el encarcelamiento y en nombre de la fraternidad el exterminio!

¡Para qué mostraros mas las entreabiertas fauces del tigre que amenaza? ¡No me basta evocar aquí vuestros recuerdos recientes, y escuchar con vosotros los ecos de las amenazas que parece que resuenan aun? . . .

No há mucho, bien lo recordais, los sectarios de la negacion atea acudian de un cabo al otro de la Europa, á reunirse sobre una tierra libre, digna de acoger otros huéspedes y contemplar otros espectáculos. Iban á inaugurar el reinado del nuevo progreso; y este principio del nuevo progreso era el fin de las religiones, de los cultos,

de los sacerdocios. Decían: Somos el concilio ecuménico de la Paz. Y á ese génio de la paz se le oía exclamar, la cabeza desgrefñada, el pecho palpitante y la espuma en los labios, semejante á la sibila sobre su trípode: *bella, horrida bella*: Guerra á los ejércitos, guerra á los sacerdocios, guerra á la propiedad. ¡Ni cuartel, ni Iglesia, ni capital! ¡Abajo todo el que tiene una espada en la mano, una plegaria en los labios, un pedazo de tierra bajo sus piés! ¡Va á llegar la justicia; va á pasar el soplo de la democracia, y él barrerá todos esos ejércitos permanentes, ejércitos de soldados, de sacerdotes, de propietarios!—¡A esto llaman esos señores preparar el reinado de la libertad, de la justicia y de la paz!....

¡Ah! Ya sabemos ahora lo que esos mansísimos hermanos de la democracia anticristiana entienden por el reinado de la justicia y de la paz entre los hombres; todos los ecos de Europa nos han traído los rugidos de su feroz tolerancia y su implacable fraternidad. Y hé aquí que algunos de sus discípulos sinceros, dejando escapar su secreto, nos revelan la última expresión de la libertad que aquella nos prepara y de la paz que nos promete. Para conseguir el acabar con todos los cultos, hablan de derribar todos los altares y de reducir á cenizas todos los templos. Para llegar á suprimir de un golpe todas las religiones de la tierra, hablan ni mas ni menos que de matar á todos los que tienen una religion; y para desterrar para siempre eso que encuentran por todas partes, así en el presente como en el pasado, la adoracion, hablan de exterminar á todos los adoradores. Arrasad, juntamente con San Pedro de Roma todos los templos de la tierra, ¿quedará todavía un culto y una religion? Cortad la cabeza á todos los cristianos, ¿quedará todavía algun cristianismo? Extermidad todos los pontífices, ¿quedará todavía una Iglesia, un sacerdocio, un episcopado? ¿Acaso sobre todas estas ruinas podrá subsistir aun el Papado, esa cima de las religiones? ¿Han vuelto jamás los verdaderos muertos? ¿Volvió Carlos I? ¿Luis XVI ha vuelto? ¿Maximiliano volverá? ¡Así

exclamaba no há mucho el ateismo revolucionario, aplaudiendo los crímenes mas famosos y expresando el sentimiento de que su génio sanguinario no haya derribado de un golpe la dignidad real y el Sumo Pontificado con la inmolacion del Papa-Rey!.... Para que la religion desaparezca, ¿es menester anegarla en su sangre? ¡Que corra la sangre y sature los sulcos en que arroja nuestra mano la simiente del porvenir! ¿Para el triunfo definitivo de la *idea* se necesita un millon de cabezas? ¡Que caigan! Así exclamaban hace algun tiempo algunos jóvenes energúmenos, locos furiosos del ateismo contemporaneo: atravesemos el cielo con nuestros aceros; hagamos caer á Dios de su trono, y que el culto de la humanidad, inaugurado al fin sobre la tierra, crezca y se eleve sobre las ruinas de la religion y de la Divinidad.

Ved ahí, Señores, al ateismo contemporaneo: ¡Vedlo con sus invasiones, sus bravatas, sus amenazas; vedlo próximo á marchar, sobre las ruinas de Dios, al exterminio de los hombres, y á plantar sobre esas ruinas divinas y humanas, la bandera del progreso que prometen á la tierra!

¡Ah, Señores! El doloroso asombro que experimento en presencia de semejante vértigo, ó mas bien la profunda compasion que siento por esa extraña enfermedad, verdadera enagenacion mental del libre-pensamiento, yo os lo confieso, es una cosa que nunca seria capaz de expresaros. No: aun cuando, por un súbito milagro, Dios centuplicara, tanto mi potencia de comprender, como mi potencia de decir; aun sublimado al trono de la elocuencia, jamás podria expresar el absurdo profundo y la monstruosa locura que encuentro en esa inauguracion del progreso del hombre por la negacion de Dios, en ese advenimiento de la civilizacion por la supresion de toda religion, y sobre todo, en esos llamamientos á la justicia y á la paz por medio de la matanza y el exterminio. Al oír el rumor de estas predicaciones dos veces siniestras, al ver á través de la noche que descende sobre nosotros, pasar y volver á pasar  
P. FÉLIX.—1868. 3.

esos fantasmas espantosos, me pregunto si no es acaso un sueño el que miro, una terrible pesadilla la que oprime mi ánimo, y me veo tentado á retener aquí en el silencio una palabra incapaz de deciros, pues no ve siquiera de donde asirlos para vencerlos y matarlos, esos monstruos de error.

En presencia de estos excesos de sinrazon, la elevacion del género humano por la caída de Dios; frente á un adversario que lleva hasta ese extremo, al par que la blasfemia contra Dios, el insulto á la razon y el ultrage á la humanidad, yo, humilde, pero intrépido defensor de la verdad, me pregunto á mí mismo ¿qué debo y qué puedo decir, para vengar aquí á la vez á Dios, á la razon y al género humano? . . . A ese ateísmo audaz que camina marchando sobre las ruinas que acumula en todas las esferas, decidme, si lo sabeis, ¿de dónde lo asiré, por dónde afianzarlo? ¿Cómo encontrar, para atacarlo, una tierra firme en que la razon pueda hacer pié, y reducirlo á polvo estrechándolo en los robustos brazos de una invencible lógica? . . . El ateísmo contemporáneo niega todo, sacude todo, desarraiga todo, sí, hasta la razon misma. Todo lo que hasta ahora ha obtenido, de siglo en siglo, el asentimiento unánime del género humano y el sufragio universal del géneo, él lo pone en duda, él lo niega, él lo insulta. Encerrado en el orgullo de su fria negacion, se burla de todas las afirmaciones del género humano, y su doctrina salvage conculca los testimonios mas ilustres, mas respetados, mas infalibles. Esto supuesto, ¿dónde hallar, para herirlo en una lucha leal, armas que lo alcancen y en efecto lo hieran?

Afortunadamente, bajo los escombros acumulados por sus negaciones, resta un punto de apoyo, una columna de inmóvil granito. ¡Hijos de la negacion atea, encarnizados destructores de tantos testimonios aniquilados ó desechados por vosotros! ¡Ah! Por mas que hagais, tres testimonios nos restan y triunfan de vosotros: la naturaleza del hombre, la fuerza de las cosas, los acontecimientos de la historia. Estos tres testigos gritan juntos con una voz que no hareis

callar: anatema al progreso por el ateísmo; sin religion no puede haber progreso; y la negacion de Dios es la negacion del progreso mismo. Es lo que voy á mostraros, antes de concluir, de un modo general.

II.

Ante todas cosas, para confundir la teoria del progreso por el ateísmo ante el tribunal de la razon y el jurado del sentido común, evoco un testimonio tan irrecusable como invencible: el inmortal testimonio de la *naturaleza humana*.

Que el ateo, en su punto de vista, deseche aquí todo testimonio divino, bien se comprende; cuando Dios mismo entra en litigio, no parece admisible el testimonio divino. ¿Qué importa al adversario sistemático de lo divino, lo que dice la revelacion divina, la fé divina, la palabra divina, la autoridad divina? Pero la revelacion humana, la fé humana, la palabra humana, la autoridad humana, en una palabra, el testimonio universal y perpetuo de la naturaleza humana, ¿cómo recusarlo, cómo desdeñarlo, cómo despreciarlo? ¡Lo humano! Vosotros lo poneis en lugar de todo, vosotros lo poneis, divinizándolo, en el lugar de Dios mismo; es vuestro único revelador y vuestro solo oráculo. Luego, de grado ó fuerza, en pro ó en contra de vuestros sistemas, es fuerza que lo oigais; que creais lo que él dice y afirméis lo que él afirma. ¡Pues bien, adoradores de lo humano! Hé aquí que lo humano mismo se levanta y protesta contra vosotros; la conciencia humana está contra vosotros; el alma humana está contra vosotros; ó, si borrais de vuestro diccionario materialista esta palabra sublime, yo os digo: la *naturaleza humana* está contra vosotros.

Si, Señores: al ruido de esos clamores inauditos, que proclaman como la salvacion del porvenir la union inseparable del ateísmo y del progreso, se ha sublevado la naturaleza humana con todo lo mas grande y mas santo que lleva dentro de sí; se ha sublevado con su vida desconocida, con su dignidad ultrajada, con su conciencia indignada,

con su buen sentido rebelado, y de un cabo al otro del mundo moral, ha gritado y grita todavía: ¡Yo protesto! Yo protesto, así con mis necesidades mas nobles como con mis instintos mas generosos; yo protesto contra los que blasfeman de Dios é insultan al hombre; yo protesto contra ese fantasma de progreso, que no es sino la realidad de la decadencia; ¡sí, yo protesto!... ¡Ah! Es que en lo mas íntimo de mí mismo, en el corazón mismo de mi vida, yo llevo una pasión que no me arrancarán todas las violencias del ateísmo; pasión tan sagrada como indomable, pasión elocuente, que á falta de cualquiera otro testimonio bastaría para demostrarme que fuera de la religión mi progreso no puede existir, y que la caída de Dios no haría sino precipitar de una manera espantosa la caída del hombre; ¡yo tengo, al par que la invencible necesidad de adorar, la inextinguible pasión de lo divino!

¡Ah, Señores! Esta prodigiosa pasión de lo divino es menester que esté arraigada de un modo bien extraño en el fondo de la naturaleza humana, para que nunca haya podido lograr desarraigarla, ni la espada de error alguno, ni la espada de palabra alguna, ni la espada de poder alguno, y que siempre y en todas partes, en todos los grados de la gerarquía humana, se la encuentre viva, tenaz, inmortal, indestructible. Esta ambición de encontrar á Dios, esta hambre y esta sed de adoración, llena de tal manera el alma humana, que cuando deja de seguir el curso natural que la lleva hácia Dios, empieza á rebosar por todos lados: semejante al río arrebatado por una corriente impetuosa, que no hallando ya el paso franco en su lecho, rompe todos los diques, y va, descarriado y furioso, á inundar los campos, las praderas, los valles, las ciudades con el exceso de sus aguas.

Así acaeció un día en las naciones con esa corriente de lo divino que arrebató al género humano en busca de Dios. Las pasiones la habían arrastrado con ellas en el fango. Los pueblos, dejando de dirigir á lo alto sus adoraciones,

las habían dejado precipitar en lo bajo; habían deificado todo, sus deseos, sus amores, sus crímenes mismos. El politeísmo nació de esta necesidad de adorar desviada de su senda; y el género humano, dispersando sobre todos los falsos dioses que se había forjado, sus adoraciones multiplicadas al infinito, realizaba la sublime expresión de Bossuet: "Todo era Dios en el mundo, excepto Dios mismo." De este modo, como el vasto océano se extiende de continentes á continentes, sin dejar nunca de ser el inmenso océano, esta pasión profunda y universal de lo divino, derramándose de creatura en creatura, permanece siempre lo que es, es decir, la inagotable necesidad de adorar, que forma el fondo de nuestra naturaleza esencialmente adoradora.

¡Ah Señores! Reconcentraos un momento en vosotros mismos, y decidme si vuestro corazón y vuestra conciencia de hombres no responden con eco unánime á este universal testimonio de la grande alma humana. ¡Oh, sí! Quiquiera que seáis, vosotros también lleváis en vosotros mismos la inextinguible pasión de lo divino. Esa necesidad está de tal manera *anclada* en vuestra humana naturaleza, que aspiráis á lo divino, que lo buscáis y correis siempre tras él, aun en las cosas que lo combaten y que parece que mas os alejan de él. No amáis nada con un amor profundo, no abrazáis nada con un abrazo simpático, sino es introduciendo ahí, de grado ó fuerza, algo de Dios, una imagen, un reflejo, una sombra, una apariencia de él... ¡Ah! Cuando amáis apasionadamente y, como os agrada decir, *hasta la adoración*, bien sé yo lo que haceis: arrancais del foco divino, es decir, de Dios mismo, un rayo de su bondad, de su amor, de su belleza, de su perfección infinita; lo colocáis sobre la frente de ese ser que amáis, y decís al mirarlo: *adorable!*... Y en efecto, os postráis, y al pié de la letra, adoráis; ¡tan insaciable es la necesidad de lo divino; tan imposible es desarraigar la pasión de adorar en el fondo de la humana naturaleza!... Todo el que una vez

ha amado con amor profundo comprende lo que digo; comprende esa terrible necesidad que existe en el corazón del hombre de adorar lo que se ama.

¡Señores! ¿No veis como el ateo mismo da aquí testimonio de esta pasión de lo divino que vive en él aun á pesar suyo? Sí: el ateo que desecha la adoración y blasfema de lo divino, el ateo, en la tentativa contra la naturaleza que hace para librarse de Dios, no logra mas que volver á traer sobre sí mismo lo divino que ha jurado destruir fuera de sí. En el vacío espantoso que deja en su alma la caída de Dios, se ve forzado á erigir él mismo el ídolo de su propia divinidad. ¡Oh! Es que esta pasión de adorar que forma el fondo mas puro y mas celestial del alma humana, está ligada á ella con tales vínculos, que sofocada un momento bajo la fría presión del ateísmo, el hombre la siente levantarse otra vez de repente en el fondo de su alma, como un resorte cuya fuerza es superior á todo. Por no haber sabido llevar hasta Dios su necesidad de adorar, un día, y este día viene presto, la siente estallar en el seno de su propia vida, tornándose en espantosa adoración de sí mismo; porque, no os engañéis, el ateísmo no destruye en el hombre la necesidad de adorar, la descarría. El ateo no es mas que un falso Dios adorado él mismo por sí mismo, y que, con esta autolatría ridículamente sacrílega, atestigua la realidad de lo divino que pretendía aniquilar.

Sea enhorabuena, dice aquí sonriendo el ateísmo doctrinal, lo reconocemos de buena gana; sí, la humanidad abriga la pasión de lo divino; el espectro del infinito es su eterna ilusión; ¿y qué prueba todo esto en el punto de vista en que nos hallamos? Que la humanidad crédula corra siglo tras siglo, á través de la luz y de la sombra, en pos de ese fantasma de lo divino; ¿qué tiene que ver esto con la cuestión presente, el progreso por el ateísmo ó el progreso por la religión?

¡Y qué! ¿Lo preguntáis? ¿Preguntáis qué demuestra ese testimonio universal, uniforme, secular, á saber, la hu-

manidad que lleva, en el fondo mas íntimo de su vida, el sentimiento indestructible y la necesidad inmortal de lo divino? Demuestra precisamente lo que en este momento se trata de demostrar, la imposibilidad absoluta del progreso por el ateísmo, la unión indisoluble y eterna de la religión y de la civilización.

En efecto, si lo que acabamos de decir es absolutamente indisputable; si la pasión de lo divino es el fondo de la naturaleza del hombre; si es la savia, el meollo, la sustancia de su vida, su vida misma, ¿cómo, pues, podría existir el progreso en esta aniquilación de lo divino?

¡Adoradores fanáticos de lo humano, dignaos, dignaos ahora respondernos! ¿Cómo podrá lo humano, vuestro único oráculo, lo humano, de donde ha de salir para vosotros toda voz de la verdad, cómo podrá desmentirse á sí mismo con una contradicción tan monstruosa: el hombre engrandecido con la caída de Dios; su progreso marchando en razón inversa de su religión; y esto, cuando lo divino es el fondo mismo de la vida humana, cuando la adoración es la eterna pasión del género humano; cuando el hombre, siempre y en todas partes, es y sigue siendo lo que tan justamente se le ha llamado, un *animal religioso*? ¡Oh contradicción de una razón que delira! ¡Qué! Para crecer ¿se verá el hombre obligado en adelante á arrancarse á ese fondo mas íntimo de su ser? Para perfeccionarse ¿será menester que establezca con su naturaleza, es decir, consigo mismo, un divorcio imposible? ¡Qué! ¿De un modo contrario á toda ley de crecimiento, el hombre, para elevarse, será condenado á desarraigarse? ¡Qué! En nombre de la razón y del sentido común que os condenan y os repelen, me prometéis el engrandecimiento indefinido de mí mismo, ¿y venís á arrancarme lo que siento que hay mas profundo, mas elevado y mas sublime dentro de mí, lo *divino*? . . . Si todos los seres, conforme á sus leyes respectivas, llegan á la elevación y tamaño de su destino por medio de la expansión de lo que hay mas alto en su propia naturaleza,

¿cómo me mandais que crezca, volviéndome yo mismo, para aniquilarlo, contra lo que siento que hay mas grande, mas noble y mas régio en mi naturaleza? Hablais de elevarme; ¿porqué encarnizaros en degollarme? ¡Ah! Yo lo juro sobre mi corazon, y sobre el vuestro tambien que, como el mio, tiene hambre de lo divino, no, no, mi naturaleza no me engaña; ella grita en mí como grita en vosotros con la voz de sus mas nobles y mas indestructibles instintos: ¡Todo progreso es religioso, y fuera de la religion no hay mas que decadencia!

Este testimonio de la naturaleza humana, no es mas que el intérprete infalible y la evidente manifestacion de la *fuerza misma de las cosas*; segundo oráculo, aun mas fuerte, segundo testimonio aun mas elocuente que el primero, y que el mismo ateo no puede absolutamente recusar.

Aun cuando todos los demás testimonios fuesen aniquilados por la audacia de la negacion, hay uno que siempre se sobrepondria, aun á ese génio de la destruccion; ese testimonio se llama la *fuerza de las cosas*; la fuerza de las cosas, esa roca inmoble adonde vienen á estrellarse, rugiendo, los últimos esfuerzos de la negacion que lucha con la afirmacion; la fuerza de las cosas, ese *nec plus ultra* de la destruccion intelectual, moral y religiosa. ¡Pues bien! La fuerza de las cosas opone aquí al ateismo su impasable barrera. Debajo de todos los fundamentos de la eterna verdad, grita ella tambien, como la naturaleza y mas alto aun que la naturaleza del hombre: *¡El progreso por la Religion!*

En efecto, colocaos frente á esas dos cosas entre las cuales se esfuerza el ateismo por pronunciar un divorcio absurdo, la *Religion* y el *Progreso*; penetrad hasta su fondo íntimo, hasta el corazon de la una y de la otra; ambas tienen tendencias idénticas: prueba irrecusable de su indisoluble union. Todo lo que es verdaderamente religioso tiende hácia lo alto y llama al progreso; recíprocamente, todo lo que es progresivo es religioso y se arrima á la reli-

gion. Luego la religion estriba en el progreso y el progreso estriba en la religion; y la una y el otro, abrazándose mutuamente, proclaman que Dios ha consagrado, en el santuario íntimo del fondo de las cosas, su eterno é inviolable himeneo.

Sí, Señores: todo lo que es religioso tiende hácia lo alto y os impele á lo perfecto, es decir, al progreso. Aquí tambien, ¿qué necesidad tengo de otros testigos, fuera de vosotros mismos? ¿A qué hora sentís que vuestra vida se remonta con libre vuelo hácia todas las cosas mas sublimes? ¿A qué hora vuestra alma, como libertada de las servidumbres de la tierra, se siente, bajo la impulsión de sus instintos superiores, ambiciosa de grandeza, sedienta de perfeccion, hambrienta de progreso? A la hora en que ha sentido pasar por ella el sublime soplo religioso; á la hora, sobre todo, en que la religion derramaba en vosotros el aroma de sus goces y la santa embriaguez de sus placeres. Yo os considero en ese momento dichoso de vuestra vida, hora del cielo sobre la tierra, la hora radiante del entusiasmo religioso. ¡Y bien! ¿Qué obra en vosotros ese religioso entusiasmo? ¡Ah! El os arrebató sobre sus alas como hace el águila con sus pequeñuelos; él os transporta hácia las mas elevadas cumbres, tan cerca como es posible de la mansion de Dios; y allí inspirando á vuestro corazon la ambicion de todo lo que hay mas bello, de todo lo que hay mas puro, de todo lo que hay mas grande, os sugiere el mas altivo desden por toda deformidad y toda bajeza; y desde lo alto de esas cumbres que hacen soñar en el cielo, dejais caer un inmenso desprecio sobre todo lo que se agita allá abajo, en el fondo del valle, en el fango de las pasiones ínfimas y de los viles intereses....

Acordaos, Señores, de vuestra primera comunión, día hermoso entre vuestros días, en que la religion trayendoos la primera visita de Dios, consumaba en vosotros su mas grande y su mas dulce misterio. ¿Qué pensabais entonces, que queriais entonces, que buscabais entonces, si no era todo aquello que os acercara á ese gran Dios que

P. FÉLIX.—1868.

se hacia vuestro huésped? ¿Qué os faltaba entonces, sino eran alas de ángel, para volar á los esplendores del cielo?

¡Ah! Si á través de las sombras que han pasado por vuestra vida, se ha oscurecido ese recuerdo en vuestra alma, y si esa imagen, ya lejana, no tiene el poder de resucitar para vosotros una realidad desaparecida, evocad, para que os instruya, un recuerdo mas vivo, una imagen mas reciente, pero no menos radiosa; ¡acordaos de la comunión pas-cual de nuestra Señora de Paris!... ¿No es verdad que en ese momento incomparable os sentiais como libres de ese peso de corrupcion que arrastra hácia todos los abismos de la vida, nuestra decaida naturaleza y nuestras abatidas potencias? ¿No es verdad que entonces todo cantaba en vosotros la ascension de la naturaleza ensalzada, la ascension de todas vuestras potencias, llevándoos á lo alto, é impeliéndoos, santamente ambiciosos, hácia el ideal de toda perfeccion? ¿No es verdad que entonces hubierais querido tomar en vuestros brazos al género humano entero para arrancarlo á todo lo que yace por tierra y arrebatarlo con vosotros hácia el santo monte, en que vuestra alma, con todas sus potencias, respiraba lo puro, lo bello, lo santo, lo perfecto, lo infinito?...

Ahora bien, ¿porqué esos arranques sublimes, y ese al-tivo desden, y esa generosa ambicion en vuestras almas? ¿Porqué ese movimiento de abajo arriba, esa pasion del progreso en vuestra vida entera? ¿Porqué? ¡Ah! Es que la religion os habia convidado á sus mas hermosas fiestas; es que la religion se hallaba entonces en vosotros en su mas alta potencia; es que su soplo os llevaba adonde él mismo va; y vosotros tambien podiais exclamar: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: ¡Mi corazon y mi carne, estremeciéndose de alegría, se han lanzado hácia el Dios vivo!"

De este modo, todo lo que es religioso nos impele y nos arrastra, con todas nuestras potencias, en el sentido del progreso hácia el polo del infinito. Y recíprocamente, to-

do lo que nos lleva hácia un verdadero progreso, todo lo que nos eleva y nos engrandece de un modo cualquiera, tiene algo de religioso y nos acerca á Dios. Esto es lo que os explica porqué el genio, entiendo el genio libre de la servidumbre del orgullo y de la carne, el genio abandonado á sus grandes arranques y sus sublimes instintos, es naturalmente religioso. Es que es propio del genio el sentir en mayor grado la atraccion del infinito; es que cada uno de sus arranques lo lleva hácia ese centro que lo atrae; es que todas las cosas engrandecidas y vueltas por él hácia el polo del infinito, entran en el movimiento de ascension que lo arrebatá á él mismo. Nada escapa á esta ley en todo lo que crece y se eleva. La filosofía sublime, la ciencia sublime, la literatura sublime, el arte sublime, la virtud sublime, todo esto, por su naturaleza y sus tendencias propias, hace al hombre religioso. "Poca ciencia aleja de la religion; mucha ciencia conduce á la religion." Lo que se ha dicho de la ciencia puede decirse tambien de todo lo que se hace grande por cualquier motivo: del arte, de la filosofía, de la literatura, de la virtud, sobre todo de la virtud. Es que estas cosas miran á Dios con sus faces sublimes y mas ó menos llaman al infinito, y todas las cosas, subiendo hácia su cumbre, se acercan á Dios.

Veis así, á la luz de las cosas, que todo lo que es progresivo gravita hácia la religion, como todo lo que es religioso gravita hácia el progreso, y siempre y en todas partes, esos dos seres sublimes, suben ó bajan, avanzan ó retroceden juntamente. Demostracion sencilla, pero radical, que desafía para siempre todas las baterías del ateísmo, y resiste á todo ataque con el impenetrable adamante de la fuerza de las cosas.

Y ahora, Señores, casi no es necesario añadir que convirtiendo los términos de la demostracion llegamos á un resultado absolutamente idéntico. ¿Qué digo? La sombra aquí, como en todas partes, hace resaltar la irradiacion de la luz. De la misma manera que veis que todo en el hom-

bre, toma, bajo el soplo religioso, el camino del progreso, y sube hácia el polo del infinito; veis que todo en el hombre, bajo el soplo del ateísmo, se inclina hácia el polo de la nada y camina á la mas completa decadencia; y al mismo tiempo todo lo que se inclina hácia la nada y camina á la completa decadencia, siente por todo lo que es religioso una repulsion instintiva.

Aquí, Señores, tendria yo derecho de visitar, con la lámpara de la justicia en la mano, las profundidades de las almas en que el ateísmo ha colocado su trono, y reina cual soberano en la noche que se ha formado. Tomo la secta de los ateos en su conjunto, penetro en el fondo de esas almas voluntariamente desheredadas de Dios. ¡Pues bien! Allí, en el lugar de todo lo que lo recuerda, hallo repulsiones profundas: me atrevo apenas á añadir que en muchos encuentro ódio, ira, algunas veces frenesí. No quisiera como prueba de todo esto mas que su polémica llena de hiel, sus ataques llenos de cólera, sus blasfemias henchidas de rábia y algunas veces de furor.

Ahora bien, ¿cuál es el secreto de esas repulsiones instintivas con respecto á Dios y á las religiones que lo aclaman? ¿Cuál es lo última expresion de esa cólera, de ese ódio, de esas blasfemias, de esos sarcasmos con que se encarnizan en perseguir lo que el género humano venera, ama, adora? Por qué lado de vuestro ser, bajo qué faz de vuestra vida, ¡oh discipulos del ateísmo, enemigos de la religion y de Dios! repeleis á la religion y á Dios? ¿Es acaso por el lado que sube, ó por el lado que baja? ¿Por la vida que mira á lo alto, ó por la vida que mira hácia abajo? ¡Esta es la cuestion! Cuestion grave, Señores, y que merece seguramente que se medite en ella y que nos ocupemos en responder á ella. ¡Ah! Entre esos hermanos espantosamente descarriados, hay algunos, quiero creerlo, que tienen grandes corazones, bellas inteligencias, nobles almas; concedo sobre este punto cuanto puede exigirse. Pero, concediendo este lugar á los nobles instintos

que los hombres sin Dios pueden conservar todavía en el vaso no roto de una naturaleza privilegiada, yo los conjuro con toda mi legítima libertad, á que respondan á estas preguntas dirigidas por un apostolado que quisiera salvarlos: ¿Acaso repeleis á la religion y á Dios en virtud de esos nobles instintos que os restan? . . . ¿Acaso en virtud de todo aquello que, dentro de vosotros mismos, sube y se eleva hácia lo grande, lo santo y lo puro, desechais precisamente lo único que responde bien á esas sublimes aspiraciones? ¡Oh no, mil veces no: lo que os hace repeler la religion, no es la faz elevada, la parte sublime de vuestro ser: yo que creo en Dios, yo que adoro á Dios, y que sé porqué, no vacilo en desafiaros á que me lo digais!

¡Ah! Si todos los apóstatas de la religion, si todos los renegadores de Dios quisieran hacer aquí, delante de todos, su confesion sincera, ¡qué curiosas revelaciones se nos harian acerca de las causas ocultas que arman contra Dios y su culto á los adversarios de toda religion! ¡Vamos, hermano ateo! Atrévete á decir el secreto profundo de tu ateísmo. ¿Porqué, adorador de Dios no ha mucho, has desechado ahora á Dios?—Yo, diria uno, he desechado á Dios, como el viagero fatigado arroja su fardo; he hallado que, para un hombre que quiere ser lógico, Dios era una carga demasiado pesada.—Yo, diria otro, he roto con toda religion, porque toda religion es un yugo, una cadena, una esclavitud, y yo no quiero yugo, cadena ni servidumbre de ningun género.—Yo, diria un tercero, repelo la religion, porque la religion pretende reprimir pasiones que me es dulce satisfacer.—Yo, diria algun otro, tenia remordimientos; con el remordimiento cada placer me creaba un dolor. Un día me dije: Si Dios no existe, el remordimiento es quimera, pero ¿hay Dios? . . . ¿Quién sabe? . . . Dudé; luego negué, y dije en mi aliviado corazon: “No hay Dios.” El ateísmo me ha libertado; ha matado mis remordimientos, y en la negacion de Dios he vuelto á encontrar mi paz.

¡Cuántos ateos, si quisieran confesarlo, no han hallado contra Dios otra razón fuera de esta razón: razón del corazón, dice Pascal, del corazón que tiene sus razones que no conoce la razón! ¡Y no pudieramos añadir muchas veces: razón de los sentidos, que aniquilan ó acallan toda razón? ¡Ah! Es que el hombre lleva en sí dos hombres, el antiguo y el nuevo, el racional y el animal y, según una expresión que se ha hecho célebre, el *ángel* y la *bestia*. ¡Pues bien! Atreveos á respondernos con la mano sobre la conciencia. ¿Quién grita en vosotros: "Abajo Dios"? ¿Es el ángel, ó es la bestia; el ángel del pensamiento, ó la bestia de los sentidos?... ¿Cuál de los dos?... ¡Ah! Que se encuentre un hombre que no oponga á la religión la razón de los sentidos, y no lance contra Dios el rugido de la bestia, es cuanto pudieramos reconocer en rigor, y lo que la naturaleza misma podría explicarnos. Pero lo que no es admisible, lo que es contra la naturaleza, es que el ángel del pensamiento, del pensamiento puro y libre de la carne, se rebele contra Dios y os impela hácia la nada; lo que no es posible, lo que la fuerza misma de las cosas repele, es que todo lo que asciende dentro de vosotros, blasfeme de Dios y deseche la religión que os llama á lo alto, llamándoos hácia el infinito.

En vano clamará vuestro ateísmo; en vano dirá: quiero subir, porque yo soy el progreso mismo, y yo llevo al género humano libertado, sobre las ruinas de la superstición, hácia sus verdaderos destinos. ¡Superstición, superstición, cuanto queráis! Lo que es religioso, aun hasta la superstición, es todavía mas grande que vosotros, aun sumergido en la superstición. ¡Idos! No sois mas fuertes que la fuerza de las cosas; y no hareis jamás que subir hácia un infinito sea bajar, aun cuando ese infinito fuera imaginario; ¿qué será, pues, subir hacia el infinito real? No hareis jamás que tender hácia la nada, huyendo del infinito sea subir hácia las altas cumbres del progreso. Queráis ó no queráis, es menester que triunfe la fuerza de las cosas, y que

seais vencidos por ella. La fuerza de las cosas forma esta obra maestra de armonía; y vosotros no la destruireis; ella hace que lo que es religioso ascienda y que lo que asciende sea religioso: ella ata, con un vínculo que nada puede romper, la barbarie y la decadencia al carro descendente del ateísmo; ella ata la civilización y el progreso al carro ascendente de la religión, y ella dice: ¡Es para siempre! ¡La alianza es eterna!...

Lo que afirman á la vez el testimonio de la naturaleza humana y el testimonio de la fuerza de las cosas, lo afirma también con eco mas sonoro la voz de la historia. La luz que brota del fondo de la humana naturaleza y del fondo mismo de las cosas, saliendo á la superficie de los acontecimientos, ilustra aquí con inesperado esplendor la historia de la religión y del progreso, de los pueblos y de su civilización. Hoy día, bien lo sé, con la antorcha de la crítica en la mano, os complacéis en investigar los orígenes de las religiones, en escudriñar su cuna, y en seguir, á través de los siglos, el curso profundo de su historia. Veis todo en la historia de los pueblos y de sus religiones, sí, todo excepto lo que brilla como el sol, en su superficie y en su fondo, lo que es imposible no ver, cuando se les mira con un ojo que el orgullo y la prevención no han vuelto oscuro ni parcial, ni torcido; á saber que siempre y en todas partes *el progreso de las naciones se mide por la altura de sus religiones*; en otros términos, que mientras mas crece la religión en el género humano, y el género humano en la religión, mas se perfecciona nuestra raza, y mas se eleva su progreso. Si, Señores: la práctica mas perfecta de la religión mas elevada: tal es el criterio infalible del progreso de las naciones. Las excepciones aparentes, miradas mas de cerca, vuelven á entrar en la regla cuando se explora mejor su fondo, y confirman la infalibilidad del criterio, así como este mismo criterio confirma el indisoluble himeneo de la religión y del progreso.

Comparad en la historia las religiones con las religiones;

es comparar las civilizaciones con las civilizaciones y los pueblos con los pueblos. Mirad de siglo en siglo los pueblos que han dejado tras sí una huella mas profunda y un rastro mas brillante; y mirad paralelamente los que han dejado el vestigio mas ó menos visible de su abatimiento y de su ignominia. Sus grandezas y sus caidas estan en proporcion con su religion. Bajo este respecto, aun las falsas religiones, con lo que contienen de verdad, producen por todas partes, como un árbol su fruto, una civilizacion que se les asemeja, y un progreso tan grande como ellas. Báste-me abrir aquí los horizontes y volar con rápido vuelo sobre todas las elevadas cumbres del mundo religioso.

Mirad la Grecia, la Grecia brillante con la gloria de sus grandes hombres y con la gloria de sus obras maestras: la Grecia no es impia; la Grecia es religiosa. La religion tiene en ella su rango ilustre; ella impone respeto, ella conmueve las almas; y la profanacion de un templo pone en conmocion á la nacion entera. Indudablemente que aun entonces la religion se habia ya corrompido; la Grecia habia multiplicado sus dioses, y la supersticion la habia inundado; pero bajo el lecho de la supersticion, la sávia religion corria hasta rebosar. Lo que hizo retroceder á la Grecia hácia todas las decadencias, aun la decadencia del arte, no fué el verse inundada por la supersticion; fué el ver caer sobre ella el ateismo y el materialismo, esos dos monstruos que devoran á la religion y cierran el camino al progreso.

Roma tambien, la antigua Roma, se presenta grande entre las naciones. Pero Roma tambien, aun la Roma pagana, fué religiosa. En el punto mas brillante de su historia, su religion iguala á su valor; multiplica sus sacrificios con sus victorias, y su amor á la patria es solo inferior á su piedad hácia los dioses. Un dia tambien esta reina de las naciones se inclinó hácia la decadencia. ¿Qué habia sucedido? La reina de las ciudades habia visto precipitarse sobre ella la nube de los sofistas, de los escépticos y de los ateos, que, mejor que

los Bárbaros, supieron empañar su gloria y humillar su grandeza.

Y la Judea, ¿no la veis desde aquí elevarse en medio de las repúblicas y de los reinos de la tierra, con su grandeza original y á ninguna otra semejante? ¿Qué es lo que ha hecho tan grande á este pequeño pueblo encerrado en sus estrechos límites? ¿Quien lo ha elevado tan alto en la gerarquía de las naciones, bajo el punto de vista de su legislacion y de su constitucion, de su vida moral, doméstica y social? Una sola cosa, la indisputable superioridad de su religion. Esa gloria sin duda tuvo sus eclipses y esa grandeza sus épocas de ofuscamiento; pero eran los eclipses y el ofuscamiento de la religion misma.

En fin, Señores, sonó la hora en la historia en que iba Dios á suscitar sobre la tierra naciones que sobrepujaran en grandeza moral y social á todas las naciones de la antigüedad, como Saul sobresalia con toda la cabeza à todo el pueblo de Israel. El designio de Dios se ha desarrollado en la magnífica historia de los pueblos engrandecidos. Las naciones que llevan el sello de Cristo se han formado, aun sin pensarlo, una preeminencia y una superioridad sobre todas las demas naciones, que aun los enemgios de Cristo no se atreverian á poner en duda, ni pondrian en duda, sin hacer caer sobre ellos el peso de un anatema universal. ¡Pues bien, Señores! ¿En qué estriba esa majestad indisputable de los pueblos cristianos? ¿Acaso en su carácter, en su sangre, en su conformacion cerebral, en su medio social? No, esta superioridad no tiene mas que una causa, la excelencia de su religion, el cristianismo dominando con su altura todas las demas religiones, como las montañas de los Andes y del Himalaya dominan á todas las montañas de la tierra.

Y ahora si quereis someter á la contra-prueba esta brillante leccion de la historia de los pueblos y de sus religiones, yo os diré: Mirad á las naciones que descenden de arriba abajo en la escala de la civilizacion: su decadencia sigue paralelamente, y con un mismo paso, la degrada-

cion de sus religiones. Mirad á esas naciones bárbaras, pueblos gigantes por el número y la extension, pero pueblos innobles por su prodigioso abatimiento moral y su inferioridad social, la China, por ejemplo. ¿De dónde nace que despues de su advenimiento, tantas veces secular, á la civilizacion material, ese pueblo fastoso continúa siendo, junto á nuestras naciones cristianas, tan prodigiosamente inferior? ¿De dónde nace que, desde hace cuatro mil años, cautivo en una irremediable inmovilidad, no ha podido este vasto pueblo dar un solo paso en la via de la perfeccion moral y del progreso social? ¡Ah, Señores! Nada hay mas cierto para quienquiera que haya observado bien ese pueblo extraño, y su historia aun mas extraña: la causa profunda de esta prodigiosa inferioridad moral y social, es la inferioridad religiosa. ¿En qué consiste exactamente la religion de los Chinos? No es tan facil definirlo. Empero lo que es absolutamente cierto, es que ese pueblo es en su conjunto tan poco religioso como es posible; es quizá, de todas las razas, aquella en que el sentimiento de lo divino está mas sofocado bajo la presion de los intereses materiales y de los instintos inferiores.

Bajad, bajad aun; la desmostracion se eleva á medida que bajais. Mas bajo todavia que los pueblos bárbaros, ved ahí una raza de hombres mas degradada, la humanidad salvage, y en el último grado de la humanidad salvage la humanidad fetichista; frontera suprema de la vida social, bajo la cual el ojo contristado del observador no descubre ya mas que la animalidad pura. Llegando á este punto, fuerza es detenerse; es el *nec-plus ultra* de la degradacion humana. Pues bien: bueno es meditarlo, este último término de la degradacion humana y del abatimiento social es precisamente el último término de la degradacion religiosa. ¡Espantosa coincidencia de las supremas degradaciones, capaz por sí sola de confundir la audacia de nuestro ateísmo contemporaneo, que desafía á nuestros propios ojos estas lecciones de una historia de seis mil años, presentándonos

como el progreso mismo lo que nos haria caer aun mas bajo, el ateísmo ó la negacion de toda religion!...

Así, nada hay mas cierto: contra la doctrina bárbara, contra el sistema salvage y mas que fetichista, que anuncia el advenimiento del progreso con el aniquilamiento de la religion, y el engrandecimiento del género humano con la decadencia de Dios, se levantan tres testigos, irrecusables, inmortales, invencibles, mas fuertes que toda filosofía, mas fuertes que todo sistema, mas fuertes que el genio mismo, y siempre y en todas partes victoriosos: la naturaleza del hombre, la fuerza de las cosas, los acontecimientos de la historia. Toda doctrina que ve alzarse contra ella estos tres testigos, sea cual fuere el poder que la defiende y el prestigio que la circunda, es una doctrina tres veces vencida. ¡Tristes desheredados de Dios, discípulos del progreso por la irreligion, soldados de una causa condenada á perecer hasta en sus triunfos, resignaos! Es menester que seáis vencidos en el tribunal de la razon y ante el jurado del sentido comun universal y eterno; allí quienquiera que seáis y por mas que os empeñeis, estos tres testimonios, alzándose contra vosotros, deciden vuestra derrota.

En vano procurareis tachar como falsos estos tres testimonios: esas voces inmortales, voces de indestructible verdad, gritarán siempre: ¡el progreso por la religion, la barbarie por el ateísmo! En vano para engañar el pensamiento popular, explotais, en provecho de vuestros sistemas, el prestigio de esa gran palabra del siglo XIX, y vais al borde de los abismos en donde vuestro pensamiento juguetea como un niño, y agitais sobre vuestras cabezas esa gloriosa bandera del progreso. Esfuerzos inútiles: el ateísmo es lo que es, y vosotros no lo cambiareis; es el extremo límite de las tinieblas, es la doctrina de la nada; se inclina con todas sus fuerzas, y con todo su peso hácia ese polo trastornado de la vida progresiva; os arrebató en sus brazos, adónde él se precipita á sí mismo, es decir, hácia abajo; sí, abajo os digo, hácia esos abismos de degradacion de que no saldreis voso-

tros, ni con vosotros el pueblo, sino volviéndoos hácia el verdadero polo, el Dios personal, el centro y la cima de todo progreso humano, el infinito viviente. Si no efectuáis en vuestra inteligencia, en vuestra alma, en vuestro corazón, esta conversión que voltea la vida del polo inferior hácia el polo superior, acaecerá lo que tiene que acaecer. Mientras que los adoradores de ese infinito viviente gravitarán hácia su centro y subirán á la luz, vosotros, arrancados voluntariamente á ese infinito de que huís, descendereis, y con vosotros descenderá el género humano, de tinieblas en tinieblas hácia el polo de la nada. Vosotros no sois religiosos, no quereis serlo; huís de Dios, abandonáis el infinito. ¡Id, desdichados, id! Sois retrógrados; hijos de la nada, bajad; id al abismo que os llama. La sentencia está pronunciada por la voz invencible de las cosas: ireis de caída en caída hasta ese infierno de la tierra que cava el ateísmo para los pensadores y los pueblos sin Dios.... Porque ¿qué es el infierno mismo, entiendo el verdadero infierno, el infierno de la otra vida, sino la suprema excentricidad de los seres por la eterna fuga del centro?

Pero no, deteneos sobre esa pendiente que conduce al abismo. No solo con el cristianismo, sino con el género humano, tremolad la bandera de la religion, que se ve flotar por todas partes en la cima de sus mas altos edificios, es decir en la cima de sus templos. ¡Caed, soberbios, caed de rodiillas en presencia de Dios! Religiosos y adoradores, con cada paso, cada aspiracion, cada movimiento de vuestra vida, remontaos hácia ese infinito que os llama á las mas sublimes alturas; y, grado por grado llegad, aun sobre esta tierra, á ese paraíso anticipado que encuentran los pueblos que gravitan hácia su centro, es decir hácia Dios.



## CONFERENCIA SEGUNDA.

### Decadencia por el Ateísmo.

Monseñor:

Después de haber mostrado sucesivamente y de año en año como el cristianismo alumbra y engrandece al género humano en todas sus faces, desde el orden moral que nos sirvió como de base, hasta el orden artístico que fué para nosotros como la cima del edificio, nos hemos preguntado si habia algo mas profundo que esa base y mas alto que esa cima, y hemos pronunciado esa palabra que no há mucho hacia resonar vuestra voz de padre en el alma de todos vuestros hijos, con un vigor y una fuerza en que se reconoce siempre el caracter magistral de vuestra sublime palabra; hemos dicho á V. E. I: La *Religion*, es decir, la relacion eficaz del hombre con Dios; la religion, que es para el mundo humano lo que la atraccion es para el mundo sidéreo, lo que la sávia es para el mundo vegetal, lo que la sangre es para el mundo animal, lo que para toda la naturaleza es esa fuerza oculta y visible, misteriosa y palpable, á que da la ciencia diversos nombres; la religion, la fuerza motriz, el *mens agitat molem* de la humanidad progresiva, segun la admirable expresion del orador romano: *Omnia religione moventur*, tal es la gran tesis que tratamos este año. Y porque una secta audaz se levanta en medio de nosotros, protestando en nombre del progreso, no contra tal ó cual religion, sino contra toda religion, era menester

tros, ni con vosotros el pueblo, sino volviéndoos hácia el verdadero polo, el Dios personal, el centro y la cima de todo progreso humano, el infinito viviente. Si no efectuáis en vuestra inteligencia, en vuestra alma, en vuestro corazón, esta conversión que voltea la vida del polo inferior hácia el polo superior, acaecerá lo que tiene que acaecer. Mientras que los adoradores de ese infinito viviente gravitarán hácia su centro y subirán á la luz, vosotros, arrancados voluntariamente á ese infinito de que huís, descendereis, y con vosotros descenderá el género humano, de tinieblas en tinieblas hácia el polo de la nada. Vosotros no sois religiosos, no quereis serlo; huís de Dios, abandonáis el infinito. ¡Id, desdichados, id! Sois retrógrados; hijos de la nada, bajad; id al abismo que os llama. La sentencia está pronunciada por la voz invencible de las cosas: ireis de caída en caída hasta ese infierno de la tierra que cava el ateísmo para los pensadores y los pueblos sin Dios.... Porque ¿qué es el infierno mismo, entiendo el verdadero infierno, el infierno de la otra vida, sino la suprema excentricidad de los seres por la eterna fuga del centro?

Pero no, deteneos sobre esa pendiente que conduce al abismo. No solo con el cristianismo, sino con el género humano, tremolad la bandera de la religion, que se ve flotar por todas partes en la cima de sus mas altos edificios, es decir en la cima de sus templos. ¡Caed, soberbios, caed de rodiillas en presencia de Dios! Religiosos y adoradores, con cada paso, cada aspiración, cada movimiento de vuestra vida, remontaos hácia ese infinito que os llama á las mas sublimes alturas; y, grado por grado llegad, aun sobre esta tierra, á ese paraíso anticipado que encuentran los pueblos que gravitan hácia su centro, es decir hácia Dios.



## CONFERENCIA SEGUNDA.

### Decadencia por el Ateísmo.

Monseñor:

Después de haber mostrado sucesivamente y de año en año como el cristianismo alumbra y engrandece al género humano en todas sus faces, desde el orden moral que nos sirvió como de base, hasta el orden artístico que fué para nosotros como la cima del edificio, nos hemos preguntado si habia algo mas profundo que esa base y mas alto que esa cima, y hemos pronunciado esa palabra que no há mucho hacia resonar vuestra voz de padre en el alma de todos vuestros hijos, con un vigor y una fuerza en que se reconoce siempre el caracter magistral de vuestra sublime palabra; hemos dicho á V. E. I: La *Religion*, es decir, la relacion eficaz del hombre con Dios; la religion, que es para el mundo humano lo que la atracción es para el mundo sidéreo, lo que la sávia es para el mundo vegetal, lo que la sangre es para el mundo animal, lo que para toda la naturaleza es esa fuerza oculta y visible, misteriosa y palpable, á que da la ciencia diversos nombres; la religion, la fuerza motriz, el *mens agitat molem* de la humanidad progresiva, segun la admirable expresion del orador romano: *Omnia religione moventur*, tal es la gran tesis que tratamos este año. Y porque una secta audaz se levanta en medio de nosotros, protestando en nombre del progreso, no contra tal ó cual religion, sino contra toda religion, era menester

luchar ante todo con ese error madre, el Progreso por el ateísmo.

Hemos empezado por establecer ese hecho lamentable que arrancaba á vuestra alma de obispo quejas y aceros en que la indignacion se unia á la compasion, el hecho del ateísmo que nos invade, nos desafía y nos amenaza. Contra ese protestantismo radical que se atreve á proclamar el advenimiento de la gran civilizacion por medio de la abolicion de toda religion, hemos evocado estos tres testigos: la naturaleza del hombre, la fuerza de las cosas, los hechos de la historia; tres testigos absolutamente irrecusables del matrimonio indisoluble que une en el fondo de las cosas, en el fondo de las almas y en el fondo de los acontecimientos, la Religion y el Progreso.

Aquí podríamos detenernos. El progreso por el ateísmo está convencido de contradiccion radical y de imposibilidad absoluta. Empero para quitar á los apóstoles del progreso sin Dios el último prestigio y el supremo recurso, el prestigio de lo vago y el recurso de lo indeterminado, es fuerza entrar en pormenores; es menester llegar á la precision y á la determinacion de las cosas. En nombre de la lógica y del sentido comun venimos á intimar al ateísmo que se explique, que se precise, que se determine, que nombre el progreso que pretende realizar. ¡Adoradores del hombre, blasfemadores de Dios! Es tiempo de salir del equívoco; dejad las grandes palabras vanas que resuenan y nada articulan; vengamos á las cosas que tienen nombre y que se dejan comprender. Quereis elevar al hombre sobre las ruinas de Dios; quereis construir sobre los escombros de todas las religiones, ese ente misterioso y fascinador, el Progreso: pero, el progreso ¿de qué? el progreso ¿en qué?..... Aquí está el punto decisivo.

¡Ah! Nosotros tambien amamos esta palabra que se ha hecho célebre, porque es palabra nuestra y no nos la arrebatáis. Desde hace quince años la hemos repetido mil veces. Nos hareis, empero, la justicia de confesar que nunca la hemos dejado en esa vaguedad y esa indetermina-

cion en que ya no dice nada, precisamente porque dice todo lo que quiere cada uno. Hemos trabajado en definirla, en circunscribirla, en darle los nombres que exigen las cosas. Para sondearla en todos sentidos y alumbrarla en todas sus profundidades, para arrancar á esa esfinge del siglo XIX todos los enigmas que encierra en su misterio, nos ha sido indispensable un largo y paciente trabajo. Que hoy nos sea permitido aprovecharnos contra el adversario de este rudo trabajo y penoso desenredo. Repasemos juntos rápidamente esas lecciones que se presentan sucesivamente en doce años como las páginas de un libro; y en vista de cada faz del progreso que torne á pasar delante de nosotros, preguntemos sin arredrarnos al ateísmo contemporáneo: ¿Qué progreso lleváis á cabo? Este es todo el plan de mi discurso. No será una repetición; será una recapitulación, y quizá os servirá de haceros comprender mejor la síntesis un poco vasta de nuestro asunto.

Al tratar la gran cuestion del siglo XIX, la cuestion del progreso, hemos establecido ante todo dos puntos fundamentales: el punto de partida y el punto de llegada. Todo progreso, en efecto, estriba en estos dos datos: parte de alguna cosa para llegar á alguna cosa. Todo progreso es un paso hácia el fin: si ignorais el punto de partida y el punto de llegada, ¿cómo saber que avanzais? Inútil es decir que el ateísmo, acerca de estos dos puntos, está convencido de una impotencia absoluta: ignora el punto de partida y el punto de llegada. No importa: á pesar de ese fin de nada admitir que lo detiene en el umbral mismo de la cuestion, no por eso deja de tremolar sobre su cabeza la bandera del progreso; y si queremos creerle, todo progreso viene de él y ha de terminar en él. Lo conjuramos á que se explique; ¿cuál es este progreso?

Empecemos por la base para remontarnos hasta la cima. Hémos aquí, desde el primer momento, sobre la tierra firme del orden moral. Sin virtud, sin santidad, sin un progreso

moral proporcionado á los demas progresos, todo vuelve á la barbarie. Tal fué, bien lo recordais, la tésis fundamental expuesta hace doce años. Apoyados sobre la roca de esta verdad primordial, intimamos al ateismo á que responda á esta primera interpelacion: ¿Qué haceis en favor del progreso moral? ¿Qué haceis para suscitar virtudes, sacrificios, abnegacion? ¿Qué haceis, sobre todo, para crear los santos, los santos, es decir, los gigantes de la virtud; los santos, esos verdaderos hombres grandes de la humanidad; los santos, falange escogida y generosa, aristocracia magnánima, única capaz de guiar por la senda del bien esas sociedades carcomidas de generacion en generacion por la gangrena de todos los vicios y la lepra de todas las miserias morales? No podeis pasar sin responder aquí al género humano que os interroga, á la democracia que os acecha y amenaza devoraros á vosotros y á vuestros sistemas, si no encontráis en su fondo este secreto supremo, esta solucion radical á los problemas que os propone: crear virtudes y santidad, abrir anchas y profundas, las fuentes de la vida y de la grandeza moral. Porque, permitid que os lo repita, sin ese progreso fundamental que eleva á los hombres á su verdadera altura, todo cae por tierra con la humanidad misma, y todos los demás progresos realizados por ella se convierten en veneno que la corrompe ó en puñales que la asesinan.

¡Hijos del ateismo, discípulos de la distraccion! Puesto que teneis la pretension de edificar tambien vosotros, esa obra maestra del Progreso, decid ¿qué colocais en la base? ¿Cómo echais los fundamentos de ese mundo moral que ha de sostener y cargar todo el edificio? *Super quo bases consolidate sunt?* ¿Cómo haceis para crear ese pan sustancial y cotidiano de la humanidad, la virtud, la santidad sobre todo? Yo no pregunto aquí cuánto valen, bajo el punto de vista en que nos hallamos, vuestros méritos personales. No quiero ni aun saber cuál es el peso de vuestras virtudes, en esa balanza en que se pesan las virtudes del género humano. Sois quizá ese fenómeno de la humanidad, un ateo

honrado; ¿qué digo? un ateo santo; sea enhorabuena: cuando el ateismo haya edificado él tambien su religion sereis inscrito en el calendario de sus santos. Pero no es esta la cuestion. Se trata de saber lo que imaginan vuestros sistemas, que proclaman como cercana la muerte de la religion y la caida de Dios, para dar al mundo moral bases inamovibles. Veo bien que vuestro ateismo rompe todos los frenos que encadenan en el fondo de las almas humanas esos instintos feroces cuya explosion multiplica las ruinas y los funerales; veo bien que su soplo de hielo, al pasar por las almas, marchita todas las virtudes, del mismo modo que mata el amor al pasar por los corazones; veo bien, en fin, que vuestro ateismo, tomando posesion de la vida humana, cava en ella, entre las ruinas de la religion, una tumba al remordimiento, ese supremo honor de la conciencia que aun vive; pero lo que no alcanzo á ver, lo que quisiera ver, es lo que hace el ateismo como ateismo, si no para crear, al menos para conservar en el alma humana el fondo de una moral cualquiera.

¡La moral! ¡Ah! Yo os conozco bien el secreto de destruirla; no os conozco el secreto de crearla y de mantenerla. Me equivoco, Señores: me olvidaba, ¡ah, sí! me olvidaba de una prodigiosa invencion del ateismo en el siglo XIX, una invencion que será uno de los objetos del mayor asombro y del mas estupendo ludibrio de la posteridad. Ciertos hombres de estos tiempos se reunieron un dia para acordar un medio de aclarar cómo el ateismo se enlazaba en su sistema con todas las virtudes; y mirándose sin reir, pronunciaron esta palabra que se ha hecho mucho mas célebre de lo que merece: *Moral independiente!* Y esta turba de hombres, siempre impacientes de romper los vínculos y la sujecion de la antigua moral, es decir, de la moral dependiente, hicieron un inmenso estrépito en derredor de este tremendo disparate. Dijeron: Sea enhorabuena; hé aquí la moral tal como la necesitamos, cómoda, nada molesta, aceptable; una moral libre, independiente de todo y que no obliga á nada. ¿Lo oís? *¡Que no obliga á nada!*

¿Y cómo obligaría? Con qué título obligaría? ¿A nombre de quien obligaría?... ¿Qué! ¿Una obligacion sin ley? ¿Qué! ¿Una ley sin superior?... ¿Qué! ¿Un superior sin Dios?... Pero, si Dios no existe, ¿quién será nuestro dueño? *Quis noster Dominus est?* Y si no hay dueño, ¿á qué habláis de ley? Y si no hay ley, ¿porqué una obligacion? Y si no hay obligacion, ¿qué venís entonces á hablarme de moral? ¿Moral independiente!... ¿Jamás ha venido á asombrar mi espíritu contradiccion tan escandalosa! ¡Ah! ¡Necesitais una moral que no os obligue! Ved ahí una gloriosa ambicion; los animales tampoco están *obligados*. ¡Gracias á la carencia de toda razon, conocen el sublime régimen de la moral independiente! ¿Es esto lo que quereis: el hombre independiente en el mundo moral, como el animal sin razon, sin conciencia y sin libertad?

¡Ah! Si esta es la grandeza á que quereis elevarnos, atreveos á decirnoslo y á proclamarlo en alta voz. ¡Idos! Conocemos ya vuestro secreto: vuestra moral independiente no es mas que la negacion de toda moral. No me admiro de ello. El ateismo práctico es el último término del mal, así como el ateismo doctrinal es el último término del error. Conservais esa palabra eternamente popular, la moral; sí; pero la cosa perece en el fondo de vuestros sistemas. Despues de haber destruido con la religion el apoyo necesario de toda moral, desde el fondo de esas ruinas en que perecia la realidad, os fué forzoso evocar, para responder á la imperecedera necesidad del alma humana, un fantasma de moral, y con él simulacros de virtudes: y mostrando al siglo esos vanos fantasmas y esos simulacros mentirosos, dijisteis: ¡Pueblos, venid á nosotros; somos los constructores del edificio del porvenir; hemos colocado sobre su base la fábrica del progreso verdaderamente humano, hemos creado la moral independiente!...

No há mucho que mi hermano en el apostolado (1) de lo alto de esta misma cátedra, con qué elocuencia, bien lo sabies, arrancaba de cuajo esta base sin apoyo y consumia

(1) El Padre Jacinto, que predicó el adviento de 1867. N. d. T.

con sus rayos esos fantasmas sin vida. No puedo hacer á semejante enemigo el honor de una segunda batalla, y paso adelante, contentándome con lanzar á los últimos defensores de esta prodigiosa aberracion, este supremo desafío: ¡Hijos de la moral independiente, discípulos del ateismo doctrinal! ¡Continuad vuestra obra, edificad sobre esa base vuestro templo del porvenir y vuestro edificio del progreso; que se eleve, piso por piso, mas alto que todas las creaciones humanas. Mañana se desplomará sobre vuestras cabezas para sepultar bajo sus ruinas á vuestros sistemas y á vosotros mismos: ó si permanece en pié, quedará como aquella torre de Babel, monumento del orgullo humano que se esfuerza por destronar á Dios; y para vosotros tambien la confusion de vuestras lenguas, hechas ininteligibles á fuerza de mentir á la razon y al sentido comun, no será mas que el sello auténtico de todas las confusiones que habreis elevado vosotros sobre esa confusion suprema, la *moral independiente!*

II.

Sea en buena hora, dirá el ateismo convencido de impotencia para crear virtudes, convengo en ello, el orden moral no es mi terreno; el progreso moral no es mi obra y la virtud no es mi hechura. Pero mi verdadero terreno, mi obra maestra, mi triunfo, vedlo aquí; el *Progreso material*. Sobre este terreno en que he puesto el pié y tendido la mano, ¿quién osará convencerme de impotencia? ¿Quién será mas fuerte que yo?

En efecto, Señores, el ateismo suprimiendo á Dios, el alma y la conciencia, se vuelve sobre la materia; y allí, desplegando sobre un mismo punto y en una misma direccion toda la energía del hombre y todos los resortes de su fuerza, trabaja en abrir, en el orden material, pozos mas profundos, en arrancar á las entrañas de la tierra tesoros siempre nuevos, en hacer salir de la materia goces siempre nuevos. Ahí se estrella fatalmente la ambicion del ateis-

mo; y hace solo pocos dias lo gritaba á la Europa en públicas proclamas: *Nuestro objeto final es el placer; nuestro cielo es la tierra perfeccionada por nuestro trabajo, y no tenemos otra religion.* En verdad, si el ateismo ha de realizar en alguna parte algun progreso, es seguramente en este terreno del órden material. Concedamos, sin discutirlo, que un pueblo sin religion, una raza de hombres sin Dios, pueda multiplicar tanto como otra los telégrafos y los caminos de hierro, los fusiles y los cañones mas y mas perfeccionados; que pueda empuñar, tanto como el pueblo mas moral y mas religioso, instrumentos para domar la materia, y máquinas para matar á los hombres. Los pueblos que se postran delante de Dios, y los mas radicalmente religiosos, nada tienen, es cierto, que envidiar bajo este respecto á ese mundo nuevo soñado por nuestros ateos modernos. Pero, en fin, concedámosles, tan grande como es posible, el poder de crear el progreso material. Al fin de estos milagros realizados por el trabajo sin religion y el genio sin Dios ¿qué pensais que hay?

Yo lo supongo; vednos aquí convertidos en esa humanidad soñada por esos últimos entre los sectarios. Todas las máquinas de la potencia material están en nuestras manos; y nuestra industria construye, para mostrarlo á la tierra, un templo como el mundo no ha visto jamás; y en este templo del progreso ateo despliega un panorama de prodigios, que eclipsa el esplendor mismo de la Exposicion universal de 1867....

Sin embargo, moderad vuestro orgullo: yo veo desde aquí al bárbaro y aun al salvaje que van á marchar tambien ellos por ese camino abierto del progreso material y de la fuerza bruta: yo los veo en ese terreno próximos á igualar vuestro poder, y ved que ya los Hovas de Madagascar, esos civilizados de la barbarie, siguen de cerca, por esa senda, las invenciones de vuestro génio. Poco falta para que ellos tambien tengan muy presto fusiles como vuestros fusiles, cañones como vuestros cañones, ferrocarriles como vuestros ferrocarriles, todos los instrumentos, en una pa-

labra, de la creacion ó de la destruccion material. Aquí tambien yo os otorgo, sin que podais exigirlo, el privilegio de una superioridad que nadie pone en duda. Sí; pero ¿en qué van á convertirse en las manos de una raza de hombres sin religion y sin Dios, esas máquinas formidables, esas invenciones gigantescas, cuyo poder es bien diferente para dar la muerte que para crear la vida? ¡Ah! ¡Me estremezco al pensarlo!....

Un dia, algunos de esos malvados que el ateismo engendra por todas partes, como una posteridad legítima y digna de él, serán arrebatados por el torrente de las revoluciones y el soplo de los acontecimientos á la cumbre mas elevada de esas sociedades sin Dios: y allí, en ese punto central á que la política moderna tiende á hacer que todo se dirija, pondrán sobre todos esos resortes á la vez su mano feroz, convertida, por la injuria de los sucesos, en mano omnipotente. ¿Y qué harán esos bandidos afortunados, armados con todo el poder del progreso material? Escuchad: van á mandar á todos los telégrafos que envíen por todas partes y á la misma hora la misma señal de muerte; van á mandar al vapor, como á mensajero, á que trasporte por todas partes, con la rapidez del ave, todos los instrumentos y todos los ejecutores de las venganzas populares; un ejército de verdugos salidos de todas las callejuelas de la Revolucion triunfante va á levantarse y á marchar como un solo hombre á la señal dada por un déspota de baja ralea, salido él mismo, ayer, como un demonio del infierno, de los antros de la demagogia sangrienta.... Y entonces, ¿qué llegará á ser, qué podrá llegar á ser, por lo menos en algunas semanas, quizás aun en pocos dias, ese templo magnífico de la civilizacion material llegada á su cumbre mas alta? ¡Un inmenso matadero de hombres construido por algunos malvados para asesinar á la gente honrada!.... Porque, no os engañeis, ese progreso material que crece en un pueblo sin religion y sin Dios, no es mas que el arma puesta en la mano del mas fuerte para destruir al mas débil. Todas las cuestiones se reducen á una cuestion, á una cuestion de ca-

ñonazos, de tiros de fusil, de tajos de guillotina, de puñaladas, cuchilladas ó golpes de macana, segun el estado social del lugar en que se produzca ese fenómeno. ¿Y cuál podrá ser, decidme, el estado social de un pueblo en que el ateismo impere sentado, cual soberano, en el carro del progreso material?

III.

Concedamos al ateismo que la ruina de la religion no haga caer en una cloaca de sangre el esplendor del progreso material; ¿qué progreso social, al menos, basar sobre este progreso salvaje? ¿Qué civilizacion, en la sociedad pública y en la sociedad doméstica, saldrá de ese fondo de barbarie?

¿Qué será de la sociedad doméstica, de la familia, eterno apoyo de la sociedad pública; ¡ah! qué será cuando se destierra á Dios de su seno, y la religion, como en un templo profanado, ha visto extinguirse en ella su última antorcha? ¿Os imagináis bien, Señores, lo que será de la familia cuando el ateismo haya llegado á sentarse en su hogar, y ante su aliento de hielo y su horrible rostro, la oracion, la piedad, todo lo que viene del cielo y de Dios todos los goces y todas las virtudes que la religion engendra, hayan volado muy lejos, como los pajarillos huyen del follage que los albergaba, cuando sienten que se acerca ú oyen el estrépito del implacable halcon?

¡Vosotros, á quienes la religion, como una segunda madre, ha arrullado en sus brazos en ese hogar doméstico que trasformaba en santuario; vosotros, los que habeis pronunciado los nombres de Dios, de Jesucristo y de la Virgen sobre las rodillas de una madre; vosotros los que bebiais en estos nombres emanados de los labios maternales, una luz que alumbraba, un perfume que embalsamaba y una simiente de virtud que fecundaba vuestra alma de niño! ¡Oh, no: no podeis siquiera imaginar en el hogar doméstico ese espectáculo tres veces triste: un padre ateo, una madre atea, y entre los dos un hijo ateo!... ¡Todos los nombres resuenan bajo ese techo, al oido de ese niño, excepto el

vuestro ¡oh Dios mio! y el de vuestro divino Hijo y de su divina Madre; toda clase de espectáculos vienen á mostrarse á las miradas de ese niño, excepto los de vuestra casa y de vuestras fiestas; todos los placeres y todos los goces de la tierra vienen de dia en dia y de hora en hora, á mover con su soplo esa vida tierna y delicada como una flor al despuntar su primera aurora; sí, todos, excepto esas santas delicias del cielo y esos goces sagrados del templo, que debian dar á esa alma apenas abierta á la vida una especie de revelacion y de presentimiento del paraiso!...

¡Oh familia! ¡Oh familia, templo sagrado que la religion hace tan suave y tan bello: manantial puro y fecundo de nuestros mejores goces y de nuestras mas bellas virtudes! ¿A qué te compararé, cuando la religion ha huido lejos de tí, y el ateismo se ha hecho tu huésped? ¡Templo oscuro, santuario destruido, altar profanado, tabernáculo hecho pedazos, mazmorra negra y sombría, en que el ateismo tiene á las almas cautivas en las tinieblas!

¡Y tú, niño, obra maestra de Dios, creado para reflejar sobre tu frente de ángel la luz de su rostro; criatura encantadora, hecha á propósito para pronunciar su nombre, para dirigirle tus plegarias, para amarlo, para glorificarlo, para cantarle! ¿Qué va á ser de tí, bella imagen de Dios profanada por el ateismo paternal y el ateismo materno? Señores, ¿qué pensais que va á ser de este niño, *quid putas puer iste erit?* ¿Qué va á ser de esta planta arrancada á su natural atmósfera, y sustraída á su primera ley de crecimiento? ¡Ah! Este niño, en cuanto á su alma, es una planta celeste; necesita el aire del cielo, tan lejos del aliento de Dios y de ese aire del cielo va á marchitarse, á secarse, á corromperse. Hablemos sin figuras, ese niño no será educado. Cuando llegue la hora, nada podrá domar en él esos instintos feroces cuya libre expansion hace al hombre bárbaro. Sí, un bárbaro: hé aquí todo lo que formará vuestro trabajo de educacion, ¡oh padre, oh madre, que no creéis en Dios! Llegará un dia en que, á la primera oposicion que vuestra autoridad procure hacer á los an-

tojos, á los deseos ó al capricho de ese tierno vástago del ateísmo, sentireis con terror levantarse contra esa autoridad cubierta de desprecio, la rebelion de un egoísmo y de una independencia que no han tenido á la religion por freno y á Dios por contrapeso. Ese ser tantas veces callentado en el hogar de vuestro corazon, ese ser que no ha vivido sino de vuestras ternezas, de vuestros afectos y de vuestros sacrificios; ese ser, arrullado como un Dioscito en los brazos de ese amor que la naturaleza deja para los hijos aun en el corazon de los ateos; ese ser de quien esperabais tesoros de cariño y milagros de reconocimiento, se descubrirá un dia como la personificacion del egoísmo y de la ingratitud; tan impio hácia vosotros como impio hácia Dios, os enseñará, con vuestros dolores y quizá con sus crímenes, lo que es educar á un ateo.

Ved ahí el progreso en la sociedad doméstica por la educacion del ateísmo: un egoísmo feroz, que es el fondo de la barbarie y el principio del estado salvaje.

¿Y la sociedad pública? ¿Qué hará en su favor y para su progreso el reinado del ateísmo convertido en popular y, por una hipótesis, universal? Aquí, Señores seré breve. Los acontecimientos, digamos mejor, las catástrofes acarreadas por el reinado efímero que logró inaugurar un dia en medio de nosotros el ateísmo público, han hecho un ruido cuyos ecos, despues de mas de setenta años, nos tienen todavia estupefactos. Hubo un dia en que vinieron ciertos hombres que, armados de todo el poder que la corriente de los acontecimientos habia llevado á sus manos, se atrevieron á proclamar, en presencia del género humano consternado de espanto, la decadencia de Dios. De repente, en la gran nacion que habia escuchado tales palabras y visto ese espectáculo sin precedente, se formó tal orgía de prostitucion, de matanza y de sangre, el caos creado por el ateísmo se presentó tan espantoso, y la Francia atónita y trémula se vió suspendida sobre tales abismos, que el ateísmo retrocedió ante esos abismos cavados por el ateísmo: é infligiéndose á sí propio un solemne mentís, volvió á pedir

á ese nombre de Dios, proscrito por él mismo, una última esperanza; y se escuchó su voz que gritaba desde el medio de ese caos que habia formado: "La nacion francesa reconoce un Ser supremo." Así decia ese mismo revolucionario feroz que marchaba á través de esa orgía social, apoyado en la guillotina y con entrambos pies sumergidos en sangre.

Es que en efecto, una vez eliminado Dios, un vértigo tenia que apoderarse de la nacion, en ese vacío que dejaba en pos de sí al retirarse de ella; y en esa noche en que esta caminaba palpando las tienieblas, habia empezado á vacilar como un ébrio. En medio de ese universal cataclismo, nada social quedaba en pie, la sociedad ya no existia; y no conservabamos de ella ni siquiera un simulacro.

No digais que eso no fué mas que un incidente salido fortuitamente de los azares de una revolucion. Ese hecho era el fruto sangriento, pero natural, del ateísmo social. Dondequiera que el ateísmo suba á la cima de las sociedades para gobernar á pueblos sin Dios, realizará tragedias semejantes y aun mas espantosas. Y, estad bien seguros, aun no ha escuchado la tierra la última palabra del ateísmo social; y si ese reinado tornase, si ese ateísmo que se llama legion volviese á subir á la cima de las cosas, el mundo veria catástrofes todavia sin nombre, aun despues de aquellas catástrofes gigantescas.

¿Porqué admirarse, cuando bajo esa espantosa caída de Dios, se hacen pedazos á la vez todos los cimientos y todas las columnas del edificio social? Lo hemos demostrado un dia: el orden social, basado en Dios, estriba en esos cuatro seres que lo sostienen, como las cuatro columnas que sostienen la bóveda de un vasto templo: la autoridad, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pues bien: quitad á Dios de la cima y sobre todo de los fundamentos, todo se desploma, se hace pedazos, y cae en una irremediable confusion: ¡la autoridad se convierte en despotismo; la libertad degenera en licencia; la igualdad no es ya mas que nivelacion; la fraternidad llega á ser fratricidio y la so-

ciudad no es ya sino el socialismo! ¡Verdadero infierno social, en que el esclavo á quien ha olvidado la tiranía, se arrastra, pálido y mas muerto que vivo, entre el carcelero y el verdugo, entre la prision y la guillotina, entre la apostasía del deber y el sacrificio de la vida!

¡Ah! Lo que llegaría á ser en el orden de la sociedad pública un pueblo rigurosamente ateo; en qué abyeccion, en qué fango, en qué lodazales dejaria caer á la sociedad elevada, ó mejor dicho, degradada por él mismo; qué instintos feroces y proyectos fraticidas podrian agitarse en su seno; cuanta sangre podria verter y cuantas ruinas acumular en pocos años; qué caos, qué cloaca, qué infierno, en fin, realizaria entre los hombres bajo los nombres tristemente irónicos de civilizacion moderna, de mundo nuevo, de progreso humanitario y de república fraternal; todo esto es imposible adivinarlo cuando no ha nacido uno monstruo. Ni siquiera podriamos imaginarnoslo, si de cuando en cuando algunos soldados mas ó menos oscuros de ese ateismo social, no nos dejasen ver algun extremo de su bandera, y no nos mostrasen, á través de un lúgubre crespon alguna rendija de ese infierno social, que denominan cruelmente nuestro paraiso terrestre.

De este modo, bien lo veis, el orden moral, el orden material, el orden social, sociedad doméstica y sociedad pública, todo desecha el progreso por el ateismo, y todo lo convence de que no es en todas estas esferas, sino la mas completa decadencia y el último término de la barbarie.

#### IV.

¿Dónde, pues, se atreverá todavía el ateismo á enarbolar su bandera diciendo: Yo soy el Progreso? ¿Será en el orden intelectual; en el terreno de la ciencia? Sí; allí, en las cumbres mas elevadas del mundo intelectual, es donde el ateismo contemporáneo planta altivamente su bandera de orgullo, y exclama con una voz que se escucha de todas partes: *¡Yo soy la ciencia!* ¡Ah! La ciencia, la ciencia sin definicion y sin nombre; ved aquí el soberano prestigio

que quiere darse el ateismo para ocultar á las miradas del mundo su indigencia científica. ¡La ciencia! Jamás se ha abusado tan horriblemente de esta palabra seductora ni se le ha inscrito jamás en bandera tan mentirosa. Por mas que seais un sabio de primer orden, un Leibnitz, un Newton, un Pascal, un Clarke, un Kepler, si no pertenecis á la pequeña iglesia del ateismo contemporáneo, sois condenado al oprobio de la ignorancia. No podeis dar un paso sin que veais levantarse delante de vos ese fantasma que os dice escarneciéndoos: "Yo soy la ciencia." No podeis decir una palabra, ni probar una objecion sin que oigais que se os dice y repite por toda respuesta: ¡La ciencia, todavia la ciencia, siempre la ciencia! Sois católico, y como tal creéis en la Iglesia. ¿La Iglesia? ¡La Ciencia! No vais tan lejos; sois un buen protestante; creis en el cristianismo en el sobrenatural. ¿El cristianismo? ¿El sobrenatural? ¡La Ciencia! Creéis en los misterios, admitís el milagro. ¿El misterio? ¿El milagro? ¡La Ciencia! No vais siquiera tan lejos; con el brillante ejército de los mas ilustres ingenios, creéis que hay una psicología, una metafísica, una moral. ¿Moral? ¿Metafísica? ¿Psicología?, dice sonriendo el ateismo positivista; ¡la Ciencia! En fin, pedis en nombre de la razon individual y del testimonio universal, que se os deje creer simplemente en Dios, en Dios creador, providente, conservador. En rigor podriamos permitirlo, somos tolerantes; pero ¡la Ciencia! ¿Cómo hacer convenir á Dios y á la Ciencia?

Señores, yo no invento, yo no exagero; no hago mas que resumir los discursos, los diarios, las revistas, los libros del ateismo doctrinal. Esta palabra llena de prestigio se ha vuelto la manía de no sé cuantos literatos que todo son menos sabios; se ha vuelto, perdonadme esta expresion un poco trivial, pero justa, el gesto perpetuo de los libres pensadores; es el refran mortalmente enfadoso de todos nuestros ateos pequeños ó grandes, que cantan en todos los tonos y repiten en coro esta palabra, que en adelante ha de hacer las veces de todo: "¡La ciencia! ¡Nosotros somos la ciencia!"

En verdad que estamos dispuestos á hacer al ateo científico toda la imparcial justicia que tiene derecho á reclamar de nosotros. No tenemos reparo en convenir en que un hombre, por ser ateo y absolutamente irreligioso, no es menos capaz de poseer, como cualquier otro, el álgebra, la geometría, la física, la química, la botánica, aun si se quiere la astronomía. En este respecto, admitimos que puede cuanto podemos nosotros mismos. Esto es conceder todo lo que es posible conceder; porque nada demuestra que un ateo, porque es ateo, deba ser necesariamente, y á título de tal, un geómetra mas grande, un químico mas grande, un naturalista mas grande, ni mas grande astrónomo. La historia de la ciencia da aquí á los sabios religiosos un lugar demasiado magnífico para que aun el mas desvergonzado ateísmo se atreva á formular una pretension que no seria sino grotesca, impertinente y ridícula.

Pudieramos aun afirmar, y no sin razon, que la idea y la existencia de Dios hacen que el genio comprenda mejor las grandes leyes que rigen aun á esos mundos de la materia y del número; que esas leyes encuentran en lo que hoy se quiere denominar la *hipótesis Dios*, una explicacion mas racional; que todas esas ciencias, en que parece que Dios nada tiene que hacer, muestran con su aspecto sublime, al genio que sabe ver, algo del infinito; que, por consiguiente, el hombre que visita esos mundos á la luz de la idea de Dios, lleva una vision mas vasta y recibe una iluminacion mas llena. Pero, en fin, concedamos que el genio ateo pueda, como cualquiera otro, combinar números, arreglar cifras, clasificar fenómenos, analizar cuerpos, manifestar leyes, pesar soles, descubrir mundos. Empero, entre las ciencias menos indiferentes á los destinos humanos, y mas cercanas al hombre por su naturaleza, ¿hay una sola en que el ateísmo no introduzca mas ó menos las tinieblas y el caos? ¡Orgullosos discípulos del ateísmo científico, responded! Fuera de las esferas que acabamos de nombrar, ¿no ha oscurecido vuestro ateísmo cuanto ha tocado, en el imperio de la luz? ¿Qué habeis hecho, y qué haceis toda-

via como ateos, y en cuanto sois ateos, para iluminar una esfera cualquiera de la ciencia?

¿Qué haceis, ante todo, con la ciencia magistral, la *filosofía*, vestibulo luminoso que introduce al imperio en que reinan todas las otras ciencias? La habeis convertido en una cárcel cerrada, sin entrada, sin salida, sin una sola rendija que deje penetrar la luz. En las dos extremidades de los seres, la filosofía de los grandes hombres tenia encendidos dos fanales; el uno alumbrando el origen, y el otro alumbrando el fin, y por estos dos puntos extremos alumbrando todas las cosas: esos dos fanales los apaga vuestra filosofía, y la noche descende de esas dos alturas sobre la esfera de los seres creados. El género humano deja de saber cómo y por dónde empiezan todas las cosas, cómo y por dónde acaban todas las cosas, de dónde venimos, adónde vamos y por dónde es preciso pasar. ¿El secreto del principio? Desconocido. ¿El secreto del fin? Desconocido. ¿El secreto del medio, es decir, de todo lo que se mueve entre estos dos términos? Desconocido. ¿Qué cosa es el mundo animado ó inanimado?; hemos preguntado á esos iluminadores de la nueva humanidad. Ellos han respondido: Un enigma entre dos misterios, una cuestion entre dos problemas, la noche y siempre la noche.

¿Qué habeis hecho de la fisiología, es decir, de la ciencia de los seres vivientes? Esta ciencia que los grandes datos del dogma revelado ilustran con tal claridad, y establecen sobre bases tan bien sentadas en su profundidad, ¿en qué se convierte en vuestras manos? Tres ideas radicales arrojaban una luz siempre creciente en este mundo tan vasto, tan oscuro y tan complicado de los organismos vivientes: la creacion, como causa primera, la inmutabilidad en las especies creadas, la finalidad de los órganos coordinados con respecto á su objeto. Con estas tres luces triplicando su mutua claridad, podiais multiplicar los descubrimientos y abrir las mas profundas perspectivas, sin abrigar el menor temor de ver la oscuridad extenderse sobre vuestros pasos. ¿Qué habeis hecho? A las tres ver-

dades que afirman é iluminan el mundo viviente, habeis opuesto tres errores que lo oscurecen y lo trastornan: la generacion espontánea, la variabilidad de las especies y la negacion de las causas finales.

Algunos ingenios poderosos, á principios de este siglo, habian arrancado esta ciencia al oscurantismo de una impiedad añeja, y hé aquí que una raza de hombres apasionados de las tinieblas trabaja por volverla á sumergir en la noche, por medio de sistemas sin luz. Para que su ateismo tenga razon, es menester que no haya en las organizaciones ni causa primera, ni causa final; y esa permanencia de las especies, que marchan, fieles á la palabra que las hizo existir al principio, en sus líneas armoniosas, es fuerza que perezca. A pesar de la evidencia de los hechos y de las lecciones de los siglos, que nos muestran por todas partes los seres que podemos tocar, naciendo de un padre ó de un gérmen de la misma especie, es menester que la transformacion continua, de los mas ínfimos en los mas elevados, triunfe en la ciencia; es menester que recibámos de la mano de esta ciencia ambiciosa de humillar en su presencia el honor y la dignidad de nuestra raza, el acta, segun ella auténtica, que prueba nuestro parentesco original aun con los animales mas inferiores de la creacion; es menester que nos convenzamos de que somos bisnietos del mono y del orangutang. Gracias al progreso del ateismo, la fisiología vuelve á precipitarse en este abismo: y si el soplo religioso no la hace levantarse de esta caida, y no la retira de ese oscuro laberinto en que va engolfandose y descarriandose de dia en dia, á pesar de los incontestables talentos que la arrastran en pos de ellos, nadie puede decir en qué tinieblas irá á apagarse y á morir.

¿Y qué habeis hecho tambien con la ciencia de la crítica? La crítica, cuyo papel eminente debe ser separar en los fenómenos que estudia, los elementos de lo verdadero, de los elementos de lo falso; la crítica, cuyo poder debe resplandecer en separar, como Dios en la creacion, la luz de las tinieblas, ¿qué habeis hecho con ella á nuestra vista?

Una potencia de confusion, un arte de mezclar y de enredar en la vaguedad de las mismas fórmulas y en la sombra de las mismas leyendas y en el velo de los mismos mitos, todo lo verdadero y todo lo falso, todo lo cierto y todo lo incierto, toda la luz y todas las tinieblas de las religiones. Sí, la ciencia del discernimiento se ha vuelto en vuestras manos la ciencia de la confusion; y el arte de distinguir, se ha hecho, gracias á vosotros, el arte de embrollar; y esta ciencia que se da á sí misma el nombre de nueva, y mas que las otras tiene la ambicion de hacer aparecer la luz por todas partes, acaba por envolver todo en una espesa cortina de tinieblas. ¿Qué digo? La crítica, puesta al servicio del ateismo, se ha convertido en un sistema y una predeterminacion para negar y demoler, una maniobra para atacar, un ariete para batir, una zapa para arruinar, un instrumento para destruir todo lo que resta aun de religion, y por último á sí misma, juntamente con todas las religiones demolidas y aniquiladas por ella.

¿Qué es, en efecto, despues de todo, esa crítica que se coloca á sí misma tan alto en el imperio de la ciencia?... Un sistema implacable, un esfuerzo calculado, tenaz, para llegar á demostrar bien, bajo una luz nueva, que ese ser necesario y universal, de que jamás ha podido prescindir ningun pueblo, es rigurosamente imaginario y absolutamente quimérico, tanto que, por una prodigiosa contradiccion, el extraño destino de esta pretendida ciencia, si llegara á conseguir su objeto y á terminar su obra, seria perecer por falta de objeto, y devorarse á sí propia al devorar á toda religion, y tarde ó temprano, al fin de sus victorias, morir ella tambien sepultada en su propio triunfo. ¿Cómo podria, en efecto, subsistir? Comprendo, una ciencia creada para conocer lo que es, para ver el ser y hacerlo resplandecer; pero una ciencia para conocer lo que no es, una ciencia que se da á sí propia por objeto analizar fantasmas y discutir quimeras; una ciencia expresamente para oprimir la nada bajo el nombre de religion, hé aquí lo que ya no se comprende ni puede darse. Así tambien,

no lo dudeis, la muerte de la crítica, y por tanto una disminución de la ciencia, sería el resultado mas cierto de la crítica tal como nos la quereis forjar. Sobre las ruinas de todas las religiones pulverizadas por ella, exclamaria un día la Crítica victoriosa: He acabado, mi obra está terminada; todas las religiones yacen por tierra, vedlas ahí á todas convencidas de su fraterno nada. Y ahora, no teniendo ya porqué existir, yo muero. ¡Viva el Progreso; el porvenir contará un progreso de *mas* y una ciencia de *menos*!

Basta ya, quizá es reteneros demasiado en esas esferas mas abstractas y mas áridas de la ciencia; pero, antes de salir de aquí, siento la necesidad de aliviar mi alma y la vuestra, preguntando aquí al ateísmo médico, á aquel, sobre todo, que se jacta de su propia prostitucion: ¿Qué habeis hecho con la medicina? No vacilemos en decirlo en presencia de esos discípulos tardíos de un materialismo que equivoca el lugar y la hora; la habeis convertido en un laberinto en que vuestro genio se arrastra lentamente en una espesa noche. El alma es la luz del cuerpo, Dios es la luz de entrambos; ahora bien, vosotros no solo extinguís á Dios, luz de todos los seres; extinguís tambien el alma, el alma, que brilla como un fanal en todo el edificio del cuerpo, para alumbrar sus pormenores y revelaros su conjunto. Ahí estais en medio de las tinieblas de la noche, afanados en contar sobre ese cuerpo, en analizar, en palpar todas sus fibras, todas sus moléculas y hasta el último de sus átomos; y todo esto, sin tomar jamás en cuenta un solo instante, ni el alma que vivifica ese cuerpo, ni á Dios que vivifica esa alma. Ciegos como sois, la luz huye de vosotros, y vuestro genio está condenado á caminar desatentado en las tinieblas. Doctor, permitid que os lo diga: Humillais á la ciencia, á la humanidad y á vos mismo; vuestro ateísmo médico es una desgracia para nosotros, y un oprobio para vos, y para la ciencia misma una muralla que le impide avanzar. Detenida por la materia, por la molécula, por el átomo, vuestra ciencia tropieza; ya tartamudea, y, gracias

á vuestro ateísmo, la veo amenazada de tornar á la infancia.

De este modo, hemos seguido paso á paso, á través de las grandes esferas del mundo científico, á ese oscuro genio que va repitiendo por todas partes: "Yo soy el genio de la ciencia." Por dondequiera lo hemos reconocido, no en el brillo, sino en la oscuridad que arrojaba sobre nuestro camino, y hemos exclamado: Es el genio de las tinieblas que invade el reino de la luz. ¡Oh hermanos descarriados! Yo os lo ruego, no digais que desconocemos en vosotros los dones y el esplendor del genio. Muchas veces hemos admirado en vosotros inteligencias, que, alumbradas por su verdadero sol, podrian llegar á ser luminosas. Fieles á Dios, podiais ser en nuestras esferas científicas, lo que los ángeles, antes de su caída, eran en el paraíso, los porta-luces de Dios, los verdaderos Luciferes. Rebelados contra Dios, os separasteis de él y dijisteis: Serémos semejantes á él. Dios no será ya Dios, serémos dioses nosotros mismos. Sus rayos cayeron sobre vosotros, y ya no hemos visto de vosotros mas que aquello en que os convirtieron esos rayos: ángeles caídos de su cielo, condenados tambien como el arcángel de la primera caída, á llevar por todas partes las tinieblas reteniendo un nombre que significa la luz.

V.

Hay una cosa que toca á la ciencia, y sobre la cual sobre todo pretende el ateísmo reinar como señor; una cosa cuyo monopolio tiende á usurpar mas y mas, y quisiera convertir en propiedad suya y hacerla su obra maestra, su gloria; esta cosa, de que hemos hablado largamente, se llama la Economía. Dios nos guarde de lanzar anatemas gratuitos contra una cosa cuyas funciones son manifestar con los hechos las verdaderas relaciones del hombre con la creacion material. Pero aquí tambien tengo derecho de preguntar al ateísmo: ¿Qué haceis y qué habeis hecho por el verdadero progreso de la economía? ¿Qué habeis

P. FÉLIX.

8.

hecho sobre todo para ponerla en relaciones armoniosas con las verdaderas necesidades del hombre; para dar una legítima satisfaccion á sus necesidades inferiores sin ultrajar sus necesidades superiores?

¡Ah! Cuando hayais desterrado del mundo económico hasta la sombra de Dios; cuando todas vuestras teorías económicas excluyan positivamente toda relacion con él; cuando vuestra organizacion del trabajo y vuestra elaboracion de la riqueza lo proscriba, y llegueis á prohibir el que se pronuncie siquiera su nombre; pues bien, en esta hipótesis que es rigurosamente el caso de la economía atea, yo pregunto con justicia imparcial, pero tambien con una simpatía interesada en la felicidad de mis hermanos: ¿Qué viene á ser esta economía sin religion y sin Dios, encerrada como está en el círculo de hierro de vuestras implacables teorías? ¿Qué viene á ser todo ese mundo llamado económico, con las producciones que en él se acumulan, con las almas que en él se mueven, con las vidas que se consumen, con el sudor que se derrama, con la sangre que se corrompe, con las virtudes que perecen, con las convicciones que se apagan y las degradaciones que se multiplican?... ¿Qué viene á ser ese inmenso y perpetuo trabajo, arrastrándose aquí sobre la gleba, inclinado allí sobre el yunque, y acullá, empapado el rostro en sudor, jadeante junto al horno, para producir dia tras dia y hora tras hora el alimento siempre mas abundante y siempre mas insuficiente de esa humanidad siempre mas hambrienta?...

¡Ah, Señores! La economía reducida á estas condiciones, arrancada sin piedad á los brazos de la religion y á las influencias del templo, la economía constituida, organizada y funcionando como lo entiende y quiere el ateísmo, me parece una cosa tan lamentablemente triste y tan profundamente innoble, que si debiera por todas partes caminar bajo ese soplo y funcionar en ese sentido, de todo corazón pediría yo al cielo que la arrebatara de la tierra, y quediera al hombre otro secreto de procurarse al menos supan de cada dia.

¡La economía atea! Pero ¿qué cosa es esto sino la humanidad comprimida en la superficie de la tierra, arras-trando en el fango de sus irremediables corrupciones la pesada cadena de sus dias? ¡Cadena de forzado, en que no hay mas que dos anillos remachados el uno con el otro por la mano de la fatalidad: *gozar y trabajar, trabajar y gozar!*

¡La economía atea! Es el pueblo bautizado, engrandecido por Jesucristo, renovando en los tiempos modernos, con recargo de oprobio, las servidumbres antiguas; la tierra, la tierra entera, convertida en un laboratorio inmenso sin rendija para el cielo; negra prision en que ni el rayo de la luz moral, ni el rayo de la luz religiosa pueden ya penetrar; en que el hombre no oye mas que un ruido, el ruido de la materia; en que el hombre no ve mas que un espectáculo, el espectáculo de la materia; en que el hombre no tiene mas que un cuidado, el cuidado de la materia; en que el hombre no conserva mas que un amor y una adoracion, el amor y la adoracion de la materia....

¡Ah! ¿No veis á la economía atea que busca en solo el poder del trabajo la solucion del terrible enigma? Es el círculo esencialmente cerrado de las revoluciones y de las catástrofes sociales, círculo fatal, en que la humanidad, agobiada de trabajo y sedienta de placeres gira, gira siempre sin hallar salida y excavando huecos en sí misma á medida que pretende saciarse, y desplegando milagros de energía tan solo para abrir en su alma abismos de deseos; abismos anchos y profundos, que se ensanchan y se ahondan mas y mas á medida que se acumulan los productos en la superficie del globo y que ese festin á que convida la materia á los pueblos sin Dios se hace él mismo mas vasto, mas espléndido y mas delicado; abismos espantosos que se llaman unos á otros, ya con convulsiones y furoros perpetuamente renacientes, tragarse á los pueblos siempre mas ávidos de placeres, siempre mas devorados por pasiones, y, por mas que haga la energía de su trabajo, nunca satisfechos y siempre desesperados....

Ahora bien, ¿en qué creís que consiste esa cueva espantosa en que la economía sin religion encierra á la humanidad trabajadora? ¿Qué es lo que cava, aun bajo la superficie de las sociedades opulentas, esos abismos de deseos y esos pozos de pasiones en el fondo de las almas nunca saciadas? ¡Ah, Señores! Estriba en un principio elemental al cual es menester conducirnos siempre; es que tambien el alma del pueblo clama por el infinito, tiene hambre y sed del infinito, y cuando le arrancais á Dios, y de este modo ocultais á sus deseos el infinito real, es fuerza que deje caer por tierra esa necesidad que no puede ya remontarse hácia el cielo; es que ese deseo del infinito, engañado, mas no aniquilado por la negacion, se vuelve con toda su energía sobre lo finito demasiado débil para sostenerlo; clama por lo imposible, y estrechando con furor esa materia vil incapaz de saciarlo, se empeña en correr, de revolucion en revolucion y de catástrofe en catástrofe, tras un simulacro y un fantasma del infinito, bajo el nombre del indefinido....

Y hé aquí lo que condena al ateismo, no por la voluntad de los hombres, sino por la fuerza de las cosas, á convertir la economía inspirada por su soplo, en un problema sin solucion, en un círculo sin salida, en una servidumbre sin remedio, en una provocacion de deseos sin límites y de convulsiones sin fin, en una palabra, á convertir un instrumento de civilizacion y de progreso, en un instrumento de decadencia y de barbarie.

VI.

En fin, Señores, para llegar hasta el fin de nuestro asunto, permitidme que os recuerde, antes de acabar que la ruina suprema causada por el ateismo en ese edificio del progreso cuyos principales departamentos acabamos de recorrer, es la ruina de esa brillante cima que os mostrábamos el año pasado, haciendo resplandecer en ella esta palabra mágica: ¡el arte!... Vuestros recuerdos se hallan en este

punto, como me atrevo á creer, demasiado vivos, para dispensarme de que insista. Contentémonos con resumirlo todo en dos palabras: la ruina del arte es el realismo, y el padre mas legítimo del realismo es el ateismo.

Si, Señores: la extrema decadencia del arte, como lo hemos establecido de una manera que vuestro buen sentido ha encontrado perentoria, es el realismo. No repetiré mi discurso: me atrevo á creer que vuestra conviccion está formada y vuestra fé es firmísima sobre este punto. ¿A qué repetir, por otra parte, cuando los hechos han hablado mucho mejor y mas alto que nuestros discursos?

No há mucho, bien os acordais como de una cosa de ayer, el realismo artístico se anunciaba con clamoroso estrépito, como un reformador, un regenerador, un Mesías. Ya sabeis en qué han parado los nuevos reveladores de la naturaleza y los nuevos mesías del arte. Hemos visto sus obras; no hacian para ocultarlas en las exposiciones universales. Estas obras colocadas del mejor modo sobre su pedestal, y ostentándose en el lugar mas visible y bajo la luz mas clara, han hablado; han hablado muy alto: y para quien ha sabido oír han pronunciado esta terrible palabra: *decadencia*. Atrevimiento en el colorido, audacia en la inmodestia del vestido, impertinencia en lo desnudo, era mas de lo que se necesitaba para excitar, por una parte, en la multitud un movimiento de curiosidad universal y de universal sorpresa, y por otra, un entusiasmo hasta mas no poder y aplausos capaces de producir vértigos en todos los epicúreos del sensualismo moderno.

Desde entonces las cosas han cambiado mucho. El termómetro del entusiasmo ha bajado grado tras grado. La desconfianza y la duda han sucedido á la curiosidad y á la sorpresa, á medida que el arte nuevo se ostentaba mas y mostraba mayor osadía. A fuerza de repetirse los mismos rasgos de audacia en obras poco mas ó menos idénticas, presto vino el fastidio; *el fastidio nació un dia de la deformidad*; se apoderó invensiblemente aun de aquellos que habian empezado por la admiracion. Era siempre la carne,

siempre lo desnudo, siempre lo real, siempre la naturaleza; pero lo real exagerado, lo real llevado al exceso; ¡eran Venus y mas Venus!... ¿Y qué Venus? ¡Llenas de vulgaridad y recargadas de sensualidad, capaces de espantar aun las miradas de los aficionados á los museos secretos, que salian á la luz del dia para hacer bajar los ojos y sonrojarse las frentes de nuestras vírgenes, y salvo á los que han sacudido el yugo de toda clase de pudor, á poner en grande embarazo las miradas de todos los espectadores!...

Llegado á este punto, otro sentimiento aguardaba al realismo: el fastidio debia convertirse en *repugnancia*; y ya este sentimiento, si no me engaño, en vista de esa prostitucion llevada á los extremos límites, se apodera mas y mas de todas las almas nobles, repelidas por esas orgías del realismo hácia las regiones del ideal. Ahora bien, cuando una cosa ha llegado á provocar en la humanidad honesta ese sentimiento que hace volver la cabeza y estremecerse el corazon, la repugnancia, está perdida sin remedio, está condenada sin apelacion, puesta como se halla fuera de la ley, á la vez por la honestidad y por el buen sentido. Así es que el realismo, tal como lo hemos definido y tal como lo habeis visto practicado, girará una y mil veces en vano en el círculo dos veces vicioso del error en que se encierra; se atormentará en vano de mil modos para renovar á fuerza de trabajo y aun de génio, sorpresas imposibles y un entusiasmo resfriado; quiera ó no quiera, permanece siempre marcado con el sello de infamia que le inflige una reprobacion que crece cada dia, y no borrará ya en adelante, sino es volviendo con el cristianismo, el espiritualismo y el sentido comun, á la práctica del arte sublime, aquel en que lo real no se muestra sino transfigurado por el ideal.

Y este realismo doblemente estigmatizado por el génio del arte y por el jurado de las naciones, que han conservado el sentimiento artístico, ¿á quién tiene por padre y madre legítimos? Al ateísmo radical y á la irreligion absoluta. El realismo mas atrevido y mas impudente, el mas dogmático en teoria y el mas desvergonzado en la práctica, el

ateísmo lo reclama, y no sin razon, como su hijo legítimo, su creacion natural.

En verdad que todo lo que es realista en el arte no está convencido de ser ateo en la doctrina. El realismo, convengo en ello, no es necesariamente ateo; se explica, en cierta medida, por una de las dos corrientes permanentes en la vida de la humanidad, la una por la cual sube hácia el cielo de las concepciones ideales, la otra por la cual desciende hácia las regiones de las concepciones sensuales. Hay un arte realista, del mismo modo que hay una filosofía y una literatura sensualista, del mismo modo que hay hombres sensuales. El realismo es el sensualismo en el arte.

Pero aunque el realismo emane de muchas fuentes, y aunque rigurosamente hablando el mismo hombre pueda ser á la vez espiritualista en doctrina y realista en el arte, porque sacrifica á las costumbres sensuales, no es menos cierto que la gran paternidad del realismo artístico pertenece de derecho al ateísmo. El ateísmo lo engendra espontaneamente, y, en un sentido verdadero, necesariamente, y si en sí el realismo no es necesariamente ateo, se puede decir, que considerado en su conjunto, el ateísmo es fatalmente realista.

¿Y cómo podia ser de otra manera? El ateísmo cierra delante del génio del arte esos dos grandes horizontes, el inmortal y el infinito; el ateísmo hace á un lado de un modo absoluto lo sobrenatural y lo divino; el ateísmo, en fin, echa por tierra el ideal y lo destruye desde los cimientos, porque, si Dios no existe, ¿qué cosa es el ideal? El ideal no tiene ya objeto; no es mas que una ilusion del pensamiento que se engaña á sí mismo; es quimera y solo quimera. Ahora bien, una vez suprimido todo esto, hecho á un lado, eliminado y radicalmente negado, ¿qué resta ante el génio del artista? Lo finito, lo contingente, lo real, lo material; todo lo que pertenece á la materia, al cuerpo, á la tierra, nada de lo que pertenece al espíritu, al alma, al

cielo; por consiguiente todo lo que se requiere para crear el arte realista.

Así también, recorred esa larga galería de obras maestras de pintura y escultura que la historia del arte sublime, inspirado por el ideal despliega á vuestros ojos de siglo en siglo: ¿dónde encontráis, en ese mundo de prodigios, las obras maestras creadas por el artista sin religion y sin Dios? ¡Ah! Bien conocemos esas obras de primer orden producidas por el génio que cree en Dios y sobre todo por el génio que cree en Jesucristo: ellas ostentan, al par que fechas ilustres, nombres que se han conquistado el respeto y la admiración. Pero buscad en esas esferas del arte superior una obra maestra de pintura sublime que lleve esta firma: *atheus pinxit*; yo os aseguro que no hallareis una; ¡no, ni una sola! Y aun hoy día, ¿no tenemos ante los ojos la brillante confirmación de ese testimonio de lo pasado? Las cosas verdaderamente grandes, las obras verdaderamente maestras, creadas recientemente por nuestro génio nacional, ¿llevan acaso la firma del ateísmo? No quiero ofender aquí la modestia de nuestros artistas que aun viven, y me contento con preguntar, evocando únicamente tres nombres: ¿Nuestro Pablo Delaroché era ateo? Nuestro Flandrin era ateo? ¿Nuestro Ingres era ateo? Y los que después de ellos siguen su gloriosa tradición y nos prometen igualar en breve á los maestros del arte sublime contemporáneo, ¿son acaso ateos?

¡Ah! Lo que el ateísmo puede reclamar como suyo en la galería de nuestras obras contemporáneas, no tengo reparo en convenir en ello, es la habilidad de la mano, lo pulido de la forma, el juego del colorido, el atrevimiento de tonos y la audacia de rayos, la valentía de la musculatura y del escorzo; todas las convulsiones de los nervios, todos los estremecimientos de la carne, todas las contorsiones del cuerpo, todas las variedades del tronco, todo la gimnástica, todo el pugilato artístico luchando con todas las dificultades que presenta la máquina humana, atormentada, vuelta y revuelta en todos sentidos y en todas maneras; el calco de

la naturaleza vulgar, la fotografía de la realidad tal como es, y á veces de la realidad obscena; todas estas cosas pueden suponer trabajo, paciencia, talento, si quereis; pero el verdadero génio que busca las grandes inspiraciones del ideal y las grandes transfiguraciones del alma, no tiene absolutamente nada que ver con esto. Y si por desgracia, un génio algun día descarriado por la doctrina, viene á errar por estas bajas regiones en que el ateísmo le ordena que detenga sus miradas y abata su vuelo, hará porque es naturalmente poderoso, prodigios de gigantesca valentía; domará bajo sus manos la energía de la materia hasta el punto de hacerla producir, aun sin ideal, aun sin un reflejo del infinito, efectos sorprendentes é inesperadas maravillas. Pero, á pesar de estos prodigios de fuerza natural y de destreza adquirida, el génio será vencido por el ateísmo; se estrellará, sin poderla nunca pasar, en la frontera del arte sublime, y él y sus obras girarán, sin poder salir, en el círculo del arte vulgar, bárbaro, grosero, sensual, animal.

¡Ah! Si, lo que apenas me atrevo á creer, el artista ateo se hallase en este auditorio, y si estuviese tentado á ver en estas palabras un ultraje á su gloria ó un insulto á su génio, yo le diría de buena gana: Perdonad, perdonad á la verdad que quiere libertaros de la servidumbre del error y arrancaros al despotismo de la preocupacion. No, no es vuestra gloria la que pretendo ultrajar; no, no es vuestro génio el que pretendo insultar; no, no es vuestro arte del que pretendo blasfemar; quiero, por el contrario, vengar vuestro arte; quiero engrandecer vuestra gloria; quiero libertar vuestro génio. ¡Hijos de la luz y de la libertad! Salid, salid de esa oscura prision de la materia, de la carne y de los sentidos, en que el ateísmo, ese padre de todas las tinieblas, os detiene en su noche lejos de vuestro sol. Seguid la senda que os han trazado con luminosos rastros las verdaderas águilas del mundo artístico; subid á las altas cumbres; mirad la luz, la luz transfiguradora del eterno ideal; desplegad las alas, emprended el vuelo, y subid á Dios; á ese Dios de quien los buhos nocturnos os hacian

P. FÉLIX.

9.

renegar, á ese Dios que os llama, á ese Dios que os atrae, porque él es el centro hácia el cual gravita por su propio peso todo géneo que él ha creado para manifestarlo y glorificarlo, haciendo brillar sobre sus obras un reflejo de su infinita belleza. ¡Respirad ahí el aire que es vuestro; vivid en vuestra atmósfera, remontaos por vuestro cielo con un vuelo tan sereno como altivo y tan armonioso como sublime!... Pero, si pemaneceis en ese punto en que os hallo con vuestro géneo esclavo del ateismo, y humillado en su noche; con todo y estar dotados de todos los dones que forman á los grandes artistas, os arrastrareis y morireis en los abismos oscuros de ese espantoso realismo que es la muerte del arte y el sepulcro del géneo.

Así, Señores, bien lo veis, el ateismo ó la negacion de todas las religiones, es el progreso invertido y la civilizacion trastornada. Esos sectarios del ateismo, esos supremos disidentes, esos últimos entre los protestantes, esos hereges del sentido comun y de la razon, esos cismáticos de la humanidad religiosa y adoradora, se jactaban de realizar el progreso por dondequiera, y se encuentra que no lo realizan en ninguna parte, y que sus sistemas y su filosofía no traen consigo mas que una decadencia sin límites y una barbarie sin remedio. ¡Ah! Es que, como deciamos al principio, la religion es la sávia, el meollo, la sustancia, la vida de toda civilizacion y el resorte de todo progreso; es el alma, el alma viva y vivífica de toda humanidad que se desarrolla, crece y se eleva.

¡Oh juventud católica! A tí, á tí sobre todo dirijo estas palabras: tú eres la vida, la esperanza, la fuerza. ¡Levántate! En tanto que te llamo á otras cruzadas, déjame que te convide á esta gran cruzada, la cruzada de la religion, de la religion que hace postrarse ante Dios á toda la humanidad adoradora; á tí, á tí mas que á nadie toca defenderla de la legion de los modernos ateos. ¡Hijos de los cruzados! ¡Ea, sus! Corred, cerrad con esos bárbaros: sed no solamente los soldados de la idea cristiana, los zuavos del Papado amenazado; sed tambien los soldados de la idea divina, los zuavos de Dios

amenazado por el ateismo. Armaos, no con el hierro, sino con el espíritu, no con la espada sino con la palabra, y acometed á esos nuevos vándalos que amenazan á toda civilizacion, amenazando á toda religion. Llevad, llevad en estas grandes luchas de vuestros tiempos una armadura triple y una á la vez: la luz, el amor y la fuerza. Todos, quienquier que seamos, sea cual fuere el símbolo religioso á que estemos afiliados, sí, todos los que conservamos al menos en el santuario de nuestra vida íntima lo que constituye la esencia de todo culto religioso, la adoracion, ¡ah! estrechemos nuestras filas para detener con nuestra afirmacion unánime esa invasion, la mas bárbara de todas, que marcha al progreso del género humano por la decadencia de Dios; empuñemos con mano firme esa bandera que debe flotar mas alto que todas las banderas, y quedar enarbola-da sobre todas las ruinas para traer todas las restauraciones; y digamos, haciendo eco á todas las nobles voces del género humano, digamos con el grande y universal concilio de las almas que adoran: ¡Anatema á quien no cree en Dios; la barbarie por el ateismo, el progreso por la religion!

## CONFERENCIA TERCERA.

Lo que ha de ser la religion para reali-  
zar el Progreso.

Señores:

Despues de haber establecido que el ateismo de hecho, se pone hoy dia en presencia del siglo, con pretensiones de ser el progreso mismo, hemos demostrado que en estos dos términos, ateismo y progreso, la contradiccion es absoluta, y que ciertos testimonios, que dominan aun á la negacion atea, se encuentran unidos en esta afirmacion soberana que es el fondo de esta predicacion: *el progreso por la religion.*

Viniendo en seguida á los pormenores, y recorriendo rápidamente la serie ascendente de todos los progresos que el hombre está llamado á realizar, desde la base hasta la cima del edificio, hemos hecho ver que en cada uno de estos grados, ateismo quiere decir por todas partes una misma cosa: decadencia y mas decadencia, barbarie y mas barbarie.

Habeis escuchado estos dos primeros discursos con un afan, una atencion, y aun me atrevo á decir, una simpatia que me conmueve tanto mas que mi palabra, vieja ya para vosotros, no puede por cierto atraeros y reteneros por el encanto de la novedad. Pero hay para vosotros un inte-

rés mas grande que el que causa lo nuevo, y es el interés de lo antiguo; es el interés que estriba en las cosas mismas; y vuestra simpatia creciente, y vuestro concurso en aumento, me demuestran que al tocar este asunto cuya actualidad se revela públicamente, nuestra palabra, en efecto, no corre tras quimeras ni se descarga sobre fantasmas.

No obstante, Señores, temo que haya entre vosotros quien murmure una objecion: "No hay ateismo y nosotros no creemos en los ateos." Sé que, en efecto, hay almas nobles que se rehusan á admitir semejante exceso de aberracion en el espíritu humano. Lo que hay en realidad sobre este punto en el alma de los que se proclaman ateos, lo ignoro á la verdad. Pero lo que no me es imposible ignorar, es el que el ateismo está en sus sistemas, en el fondo y en la forma de sus discursos. He insistido sobre todo en el ateismo teórico que se revela en las diversas esferas de la ciencia. Habria podido mostraros tambien al ateismo manifestándose en las diversas esferas de la vida: en todos los grados de la gerarquía social habria podido mostraros las apariciones, raras pero reales, del ateismo. Habria podido decir: el ateismo es príncipe y el ateismo es pueblo; el ateismo es gran señor, el ateismo es plebeyo; es noble, llano, proletario; es comerciante, financiero, funcionario; es hombre de Estado, hombre de letras, hombre de trabajo; y ¿porqué no decirlo? ¡es ayuda de cámara! Sí, Señores, y es preciso tomar en consideracion que hay entre vosotros quien tenga para ayudarle á vestirse en la mañana un hombre que no cree en Dios. A esos les hago esta fraternal advertencia: ¡guardad bien vuestra vida, y cerrad con doble vuelta vuestras cajas fuertes! . . .

Así es, Señores, que tenemos ya dos datos. El ateismo teórico y práctico es un hecho que se impone á nuestras convicciones como el sol á nuestras miradas; y, entre el ateismo y el progreso hay una contradiccion absoluta. Quiera ó no quiera, es fuerza que el espíritu humano venga siempre y en todas partes á esta verdad fundamental en el asunto que nos oupea; ni religion, ni civilizacion, ni prin-

cipio divino, ni progreso humano. Todos aquí, con una convicción unánime y una fé fraternal, podemos y debemos exclamar: ¡Viva Dios! Fuera de él no hay sino decadencia. ¡Viva la religion! Fuera de ella no hay mas que barbarie.

Pero, Señores, desde el seno de esta vasta unidad de los espíritus que creen y adoran, en este esplendor de luz en que nuestras inteligencias vienen á unirse en la verdad y en la paz, descubrimos una frontera en que empezamos á dividirnos. Allí, en presencia de la humanidad postrada en la plegaria y la adoracion, se presenta esta inmensa cuestion: ¿Cuál es la religion capaz de crear la verdadera civilizacion? ¿Cuál es la institucion religiosa que puede realizar el verdadero progreso humano? Entre todas las religiones cuyas banderas flotan en la cima de sus templos, ¿existe una que haya recibido de Dios el privilegio y el poder de marchar á la cabeza del género humano, y de dirigirlo en su camino hácia sus verdaderos destinos?...

Ya lo veis, Señores, toda la cuestion religiosa del siglo XIX se presenta delante de nosotros. Muchas religiones se levantan aquí con la pretension de resolver el vasto y profundo problema. Cada una dice á su modo: yo soy la verdadera civilizacion; yo soy quien creo el verdadero progreso. ¿Será preciso deducir de aquí ó su comun suficiencia ó su inutilidad comun? No, Señores: hay religion y religion, así como hay moneda y moneda. Y en verdad, nadie dirá que la moneda falsa quite á la verdadera su valor auténtico. La multiplicidad de las religiones demuestra evidentemente una cosa, á saber, que hay una verdadera, una digna y capaz de resolver eficazmente el problema. Hé aquí porqué, antes de interrogar á cada religion y de preguntarle su secreto, para marchar con plena claridad y con una lógica sincera, voy á procurar determinar con alguna precision cuáles son las condiciones esenciales que ha de reunir la religion que tiene la vocacion de crear y conservar el verdadero progreso. El Domingo pasado, nuestra conferencia era una recapitulacion, era un discurso-resu-

men, *verbum abbreviatum*. Hoy es una introduccion; es, si puedo llamarlo así, un discurso-programa. El precedente era una ojeada retrospectiva, este es una perspectiva. ¡Ojalá que esta rápida exposicion, concentrando los rayos, sea para nosotros una antorcha encendida que guie con seguridad nuestra carrera á través de las religiones, y nos conduzca de esplendor en esplendor á la verdadera ciudad de Dios!

I.

La primera condicion que debe tener la religion ó la institucion religiosa llamada á guiar al mundo por la via del progreso, la condicion cuya carencia haria superfluas todas las demás, es lo que buscamos en todas las cosas; es la mas necesaria así para la marcha del género humano como para la marcha y el movimiento de todo ser; es lo que denomino con una sola palabra la *vitalidad* ó la plena posesion de la vida.

¿Qué cosa es la vida? Es ese no sé qué de íntimo y de innato, esa fuerza misteriosa que mueve al ser viviente y lo impele del centro á la superficie, del interior al exterior, para darle su desarroyo natural y su legítima expansion. La rosa que bajo el impulso de una fuerza tan irresistible como suave, se abre bajo el sol mostrando su belleza y vertiendo su perfume; la grande encina que, contra las fuerzas de atraccion crece hacia arriba con una fuerza que nada es capaz de contener y difunde su exuberancia en sus altivas ramas y su real follage; el animal ágil y vigoroso que se estremece y tiembla, y brinca y salta con una fuerza y una armonía de movimientos que os llena de doble admiracion, por ejemplo, el caballo de batalla ó el leon del desierto; el hombre, en fin, en la primavera de su edad, que lleva sobre su frente la flor de la belleza, en su corazon la expansion del amor, en sus miembros los resortes de la energia, y que marcha como dice la Escritura, en la plenitud de su fuerza: hé aquí la vida.

Dejo á otros la empresa de penetrar en sus profundida-

des eternamente oscuras para arrancarle su secreto; porque la vida, en todas las esferas del ser, es el último y mas profundo misterio. Pero cuanto mas se oculta la vida en el fondo tenebroso de su sustancia, tanto mas brilla en el exterior con manifestaciones que llevan el sello de la evidencia. Me contento, pues, con deciros: mirad, mirad por dondequiera, cuanto germina en la naturaleza, todo lo que florece, todo lo que mueve, todo lo que se estremece, todo lo que salta de sí mismo y por sí mismo, bajo la sola influencia de la fuerza oculta en el centro del ser; ved ahí la vida, la vida que da testimonio de sí propia, y hace resplandecer por dondequiera en la creacion al par que el prodigio de su belleza, el milagro de su indefectible actividad y de su fecundidad inagotable.

Pues bien, Señores, esta vida tal como acabamos de nombrarla y definirla, nos es necesaria en la religion que aspira á marchar á la cabeza del progreso. Las instituciones tienen una vida, así como la tiene la flor, la planta, el animal, el hombre: esta fuerza íntima es la que constituye su alma, su resorte, su movimiento, su accion, su fecundidad. ¡La vida! ¡Ah! Nosotros la queremos, ella es nuestra aspiracion, la buscamos en todas las cosas. En cada uno de sus movimientos, cada vez que respira grita la humanidad: Yo quiero vivir, vivir todavía mas; tengo horror á todo lo que tiene la figura y olor de la muerte. ¡Atras todo lo que es cadáver; á mí todo lo que vive!

Ahora bien, si en todo y por todo queremos hallar la vida, mucho mas queremos hallarla en la religion, la religion que debe prestar á la humanidad su aliento y su fuerza. En efecto, notadlo bien, tal es la relacion que establece la naturaleza de las cosas entre la religion y la humanidad, bajo el punto de vista de su marcha paralela. No es la humanidad quien debe dar el movimiento á la religion; la religion es quien debe dar el movimiento á la humanidad. No es la religion divina quien ha de vivir con la vida humana; la raza humana es quien ha de vivir con la religion divina. Pedir á la humanidad que imprima el movimiento

á la religion es trastornar los papeles, es hacer de la religion una parte secundaria de la vida humana; es pedir para ella á la humanidad lo que la humanidad es incapaz de darle.

Sí, Señores, la religion, para dar el movimiento á la humanidad, ha de vivir con su vida propia; ha menester de una vitalidad no ficticia sino real; de una vitalidad, no agena, sino innata; de una vitalidad cuyo misterio esté en el fondo de sus propias entrañas. No basta que la religion realice el milagro de la duracion perpetua, es preciso que realice el milagro de la perpetua vitalidad; porque una cosa es durar y otra cosa es vivir. La duracion es compatible con la inmovilidad. Pero el progreso, el progreso, por su misma naturaleza, exige en la religion que ha de producirlo una vitalidad inagotable.

Esta vitalidad tiene señales que la manifiestan y la dan á reconocer, y estas señales dicen á todo hombre que sabe ver y comprender: Vedla aquí: ved á la religion viviente; vedla con su movimiento espontaneo, su inviolable juventud y su inagotable fecundidad; tres señales brillantes que no hallareis jamás en las religiones muertas, que condenan á la parte del género humano que de ellas depende, ó á la inmovilidad ó á la retrogradacion.

Sí, lo que yo quiero hallar ante todo en la religion que busco, es el resorte íntimo de la espontaneidad, el *movimiento espontaneo*, verdadero signo de la religion vital. La religion que vive y hace vivir, tiene este signo que la revela: marcha *por sí sola*; no pide ni á un cónsul, ni á un rey, ni á un pueblo, ni á una aristocracia ni á una democracia que le dé el movimiento. Ella es la vida, y marcha; y marcha *sola* porque es la vida. Con solo esta señal, ¡cuántas religiones están ya convietas en vuestro íntimo pensamiento, de no ser mas que religiones muertas, incapaces de imprimir el movimiento, obligadas como están á recibirlo para no parecer petrificadas en una inmovilidad absoluta!

Al mismo tiempo que quiero sentir en el corazon de la  
P. FÉLIX.—1868. 10.

religion ese resorte de la espontaneidad, quiero ver sobre su frente la flor siempre bella de una inmortal juventud; sí, Señores, una inviolable juventud es el privilegio reservado á todo lo que toca mas de cerca al infinito, á lo inmortal, á lo divino. El género humano, ese niño de quien la religion constituye la educacion secular, no podria, sin una religion siempre jóven, beber en su seno el secreto de una vida verdaderamente progresiva. ¿Qué sucederia, sí de periodo en periodo, viera á su religion envejecer, debilitarse y caer para dar lugar á otra, jóven hoy, pero que mañana tambien será vieja? Seria como el niño que pasa de madrastra á madrastra, recibiendo de una, y luego de otra, y luego de otra, una leche que se agota sin cesar y quedándose, como toda creatura viviente que no tiene ni madre ni nutricion poderosa, endeble, frágil, raquítico. ¡Ah Señores! Teneis la conviccion, como yo tambien la tengo, sí, de que esta humanidad creciente tiene necesidad de una madre, pero de una madre siempre jóven, una madre tal que no se agote la leche de sus pechos ni la fecundidad de sus entrañas.

¡La fecundidad! Entiendo no solamente la potencia de producir exteriormente obras llenas de vida, sino sobre todo la potencia de reproducirse á sí mismo y de formarse, de siglo en siglo, una posteridad que recibe, para transmitirlo, ese torrente de la vida que ha de correr siempre sin jamás agotarse. La fecundidad, es decir, la vida que sin esfuerzos y sin violencia, por el solo efecto de su plenitud, se dilata como una sávia exuberante, y multiplica las generaciones religiosas como una madre siempre jóven y siempre fecunda multiplica su prole. ¡Oh sí! Tal es la señal que quiero sobre todo reconocer en la religion que buscamos, porque es la señal mas auténtica y mas brillante de la vitalidad que ha de ser su primer atributo y su privilegio incomunicable.

No investigo todavia dónde está la religion que muestra bajo el cielo el prodigio de esa vitalidad que da testimonio de sí misma con una fecundidad siempre antigua y siempre nueva: afirmo tan solo que esta vitalidad verdade-

ramente milagrosa es la señal característica de la religion que llamamos á que marche á la cabeza del género humano. Cuando se presente delante de nosotros con esta triple señal, la reconoceremos y diremos: Vedla aquí: es la religion que vive con su propia vida y que, como tal, es capaz de dar la vida y el movimiento á la humanidad que ella educa.

## II.

Pero, Señores, notadlo bien, si para efectuar nuestro progreso y darnos el movimiento, la religion debe ser viviente, y recibir de sí misma su propia vitalidad; para ser viviente y conservar su vitalidad, la religion debe estar organizada, y por consiguiente, alcanzar la forma social. Aquí, la naturaleza de las cosas, las funciones de la religion y las aspiraciones de la humanidad se unen en un mismo voto y en una comun exigencia.

Seguid por la escala de la vida la gerarquía de los seres; por todas partes encontrais la vida encadenada á una organizacion. Mas ó menos aparente, oculta á veces á las investigaciones de la ciencia y del ojo, la organizacion existe dondequiera que existe la vida; y la perfeccion de la organizacion da la medida de la perfeccion de la vida. De un cabo al otro de la gerarquía, desde las mas ínfimas apariciones de la vida hasta esa cima del mundo de los vivientes que se llama el *hombre*, la organizacion sube, sube siempre, de lo mas sencillo á lo mas complicado; y á medida que sube crece en armonía, en belleza, en perfeccion, hasta que llega á esa obra maestra de Dios en que la organizacion mas acabada y mas armoniosa hace funcionar la vida mas llena, mas extendida y mas armoniosa que aparezca sobre la tierra.

En el hombre mismo, el mas viviente y el mejor organizado de todos los seres de la creacion visible, cada parte de la organizacion humana es mas y mas perfecta, á medida que debe servir á las funciones de una vida mas alta: y la mirada del fisiólogo, que investiga los misterios y busca

las armonías ocultas de este pequeño mundo, compendio del universal *Cosmos*, sigue, con una admiración que no puede saciarse, la perfección graduada y la armonía ascendente de todos esos órganos, de todos esos aparatos y de todas esas funciones vitales, que suben también ellas más y más, á medida que se acercan á la cumbre de la vida humana. Llegado ahí, al punto más alto, el genio se detiene, incapaz de llegar nunca á comprender, con todos sus resortes tan delicadamente ajustados, con todas sus fibras tan divinamente ordenadas, ese órgano superior destinado por la Providencia á hacer funcionar esa gran vida que hace al hombre acercarse á los ángeles y á Dios, la vida de la inteligencia, la vida del pensamiento.

Siendo esto así; si, en el hombre y fuera del hombre, la vida se revela dondequiera con una organización cuya perfección crece juntamente con la suya, ¿cómo concebir que esta vida eminente que se remonta en el hombre más alto aun que la vida puramente intelectual, la vida religiosa, se eleve y se perfeccione sin una organización proporcionada á su grandeza y á su destino? ¿Cómo comprender que esta vida religiosa que pone al hombre en comercio directo con Dios, escape á esa ley universal que gobierna todo el imperio de la vida, y alcanza, sin excepción alguna, á todos los seres vivientes?

Basta deciros, Señores, que también la vida religiosa ha de tener una organización, es decir, una gerarquía; gerarquía de funciones, cuyo destino es ayudar á la vida religiosa á respirar su aire natal, y llevarla, de ascensiones en ascensiones, hasta su centro infinito, es decir, hasta Dios. Basta deciros que la vida religiosa ha de ser esencialmente orgánica; basta deciros en una palabra, que la religión que buscamos, para que marche á la cabeza del género humano, ha de ser una *sociedad*; que no solo ha de vivir en ella cada fiel con su vida propia, sino que todos al mismo tiempo han de vivir en ella con esa vida unida y fraternal que se llama la vida *social*.

¿Cómo, decidme, podría yo concebir que fuese de otra

manera? La organización de la vida religiosa, la asociación de la vida religiosa, ¿no la exigen por acaso absolutamente las funciones que tiene que llenar? Esa religión, como hemos dicho, tiene la vocación de impulsar al mundo hácia su destino; tiene la misión de educar al género humano como una madre á su hijo. Esto supuesto, ¿no comprendéis que necesita, para llenarla, una prodigiosa fuerza de impulsión? Y esta fuerza, suave pero poderosa, ¿dónde la encontrará sino es en una organización social que multiplique por la fuerza religiosa de todos la fuerza religiosa de cada uno?

La organización religiosa ó la forma social en la religión, ¿no la ordena acaso su misma naturaleza? ¿Acaso la religión es otra cosa que el comercio ó la comunión eficaz de los hombres con Dios? Y el resultado de este comercio que nos une á todos con Dios, ¿no es unirnos igualmente entre nosotros mismos? Y recíprocamente, la asociación que nos tiene unidos en las mismas convicciones y bajo una misma ley religiosa, ¿no es el medio más en armonía con todas nuestras necesidades humanas, para favorecer ese comercio divino? No somos acaso más religiosos, no nos sentimos más cercanos á Dios y á su cielo, cuando oramos, cuando nos prosternamos, cuando cantamos juntos, en un cántico fraternal, al mismo Dios que nos mira y nos escucha? ¿Acaso el sentimiento religioso es en nosotros más profundo, salvo raras excepciones, más conmovedor, y, si puedo decirlo así, más arrebatador, que cuando nos transporta á todos á la vez, sobre las alas de un mismo entusiasmo, hácia el corazón abierto de una misma paternidad divina?

La forma social, la organización de la vida religiosa, ¿no la reclaman acaso todas las aspiraciones de la humanidad y en particular todas las tendencias de nuestra época? Seis mil años de historia os muestran siempre y en todas partes á la religión bajo una forma orgánica y social más ó menos perfecta. ¿Qué necesidad tengo de insistir en la importancia de un hecho semejante que domina toda la historia? Mirad en derredor de vosotros: ¿no es cierto que aun *hoy día*, todo reclama la organización y la forma social? ¿Qué digo? La

aspiracion á la forma social la llevamos hasta la exegeracion; y ella misma nos llevaria, si no supiesemos darle su alimento, hasta el socialismo. Y los sueños religioso-sensuales del San-simonismo y del Fourierismo, ¿qué eran sino el desvio de una necesidad legítima pero extraviada, que buscaba la asociacion religiosa en cosas que nada absolutamente tenian de religioso?

En realidad, cuando todo os impele con un mismo ímpetu hácia la asociacion mas ó menos universal; cuando todo tiende á organizarse bajo la forma y la razon *social*, industria, economía, comercio, política, periodismo, enseñanza; ¿porqué tan solo la vida religiosa habia de quedar desheradada del beneficio de la asociacion y del poder de la organizacion? Esta necesidad de dar á la religion una forma social y una constitucion orgánica está de tal manera en la naturaleza humana, y estriba de tal modo en la naturaleza de las cosas, que ningun inventor de religion, antiguo ni moderno, ha considerado nada mas urgente que el organizar, á su modo, la cosa religiosa. Hoy todavía, hoy sobre todo, esta necesidad es tan fuerte, que aquellos mismos que han suprimido, al eliminar á Dios, la razon última de toda religion, sueñan todavía en una sociedad religiosa y en un culto social. No há mucho, uno de nuestros ateos modernos mas célebres fué atacado de su último acceso de locura en un sueño de religion social sin dogma y sin Dios. Este supremo vértigo del ateismo moderno trabajando por organizar y por constituir socialmente un simulacro de religion en que solo la extravagancia excedia al ridículo, probaba una vez mas, cuánto esa necesidad de dar á la religion una constitucion orgánica y una forma social, estriba á la vez en la fuerza de las cosas y en los instintos del alma humana: demuestra, en fin, como en religion, mas todavía que en cualquiera otra cosa, el individualismo es radicalmente imposible y profundamente absurdo. Y así es como ante la naturaleza, la religion y la humanidad, la religion rigurosamente individual, que excluya toda comunidad de dogma, de ritos, de práctica, y de gobierno, es manifesto que no es la religion

del progreso. Como todo individualismo, cualquiera que sea, es un principio de division, de ruinas y de retroceso.

Y sin embargo, no há mucho que hemos oido alabar ese individualismo religioso, como el resultado del desarrollo progresivo de la vida religiosa. Si las religiones actualmente en posesion de las almas esclavizan en vez de liberar, si retienen á los pueblos en la inmovilidad de su presente, en vez de darles el grande ímpetu del porvenir, esto depende, dicen los nuevos reveladores, de que las religiones actuales están demasiado organizadas, demasiado envueltas en los pañales de los dogmas, de las leyes y de las prácticas impuestas á los miembros de cada comunión; Iglesia ortodoxa, anglicanismo, catolicismo, todo esto estrecha á la religion; todo esto, mas ó menos, la ahoga entre los rodages de una organizacion despótica. Todo esto, en fin, dicen los teólogos del libre-pensamiento, oprime, bajo la forma social, la religion del individuo. Felizmente, añaden, el mundo camina á grandes pasos hácia un ideal de religion mas elevada. El movimiento ha sido dado por el protestantismo, que tiende, por su esencia misma, á aflojar los vínculos de dependencia y de comunidad religiosa, y á realizar en cada uno y en todos, la religion *individual* y *libre*. Cuando este movimiento se habrá hecho universal; cuando habrá roto todos los vínculos que ligan las almas en derredor de un mismo dogma, de un mismo altar, de un mismo gobierno religioso; cuando no habrá ya, religiosamente hablando, un solo hombre ligado á otro hombre por un mismo símbolo, un mismo culto, un mismo templo, ¿entonces vendrá el reinado de la religion *pura*!

¡Oh revelador, oh profeta, oh sofista! ¿Te engañas; querías decir el reinado de la *pura irreligion*!

¡Ah! No os hagais ilusion; la última palabra de ese nuevo puritanismo es la supresion práctica de toda religion real. Ese individualismo religioso debe, por una fatal pendiente, ir á terminar, con mas ó menos rapidez, en la negacion absoluta de toda religion. Y ese gran *porvenir religioso de las sociedades modernas*, que os atreveis á mostrar-

nos en el horizonte de los pueblos nuevos, como el ideal entrevisto y seguido por Jesucristo mismo, ¡ah! lo conocemos, lo conocemos demasiado; esa religion no es ya el culto y la adoracion de Dios, es el culto y la adoracion del hombre, del hombre sin religion y sin Dios, ó mas bien del hombre convertido en su propia religion y su propio Dios. ¡Atrás esa autolatría sacrílega bajo el nombre dos veces mentiroso de *religion libre!* ¡Ah! La religion que necesitamos es la religion social, la religion que une á todos los hombres entre sí uniéndolos á Dios; la religion que hace del género humano la gran familia humana; la religion que postra á todos los hermanos ligados por los mismos vínculos en presencia del padre, y repitiendo con un acuerdo y un regocijo unánimes la verdadera oracion de la religion social enseñada por Jesucristo: ¡Padre Nuestro, *Pater Noster!*....

III.

Dos cosas son desde ahora perfectamente evidentes: la religion del progreso debe ser viviente y organizada; debe vivir y obrar espontaneamente, y debe estar organizada y constituida socialmente. Pero del mismo modo que hay una condicion para la vida religiosa, la organizacion y la forma social, hay tambien una condicion absoluta de toda organizacion viviente y de toda constitucion social; esta condicion, sin la cual las dos precedentes no se llevarán á cabo, ó no se conservarán, es la unidad, ó, si quereis, la potencia y la fuerza unitaria.

Cual es aquí la necesidad suprema de la unidad, es una cosa que no es difícil entender; y una de las dificultades de mi palabra, para llenar aquí sus funciones y manifestar la verdad, es casi el hallarse frente á una evidencia que parece revelarse á todos sin el intermedio de una palabra. La unidad religiosa la reclaman tambien á la vez la naturaleza, la religion, y el siglo.

La necesidad de la unidad, Señores, está escrita en caracteres vivientes en toda la creacion; brilla con su natural

irradiacion en toda organizacion destinada á las funciones de una vida; y á hablar aquí rigurosamente con el génio naturalista, lo que constituye la esencia de una organizacion es la misma unidad. Quitad la convergencia, el concierto de las fuerzas múltiples que concurren á un mismo fin, la conservacion ó el aumento de la vida; en otros términos, suprimid la unidad en el seno de la multiplicidad, y ya no hay organizacion. La organizacion es la unidad viviente irradiando en la multiplicidad viviente.

Si la unidad se proclama por sí sola y por su propio esplendor, como la ley general de las organizaciones de todo el mundo viviente, no proclama con menor fuerza su necesidad absoluta en toda organizacion social, y en particular en la que está destinada á las funciones de la vida religiosa. Abrazad con una mirada todas las demás formas de asociacion: sociedad política, sociedad industrial, sociedad comercial, sociedad económica, sociedad literaria, sociedad de beneficencia, de trabajo, de produccion ó de propaganda; ¿hay acaso una sola que para asegurarse con la vida de hoy la vida de mañana, no pida á una unidad cualquiera un punto de convergencia, una concentracion de fuerzas, y con entrambos un principio de orden, de poder, de conservacion y de fecundidad? Poco importa que esta unidad venga á personificarse en un hombre ó en muchos. Si son muchos, hay una unidad que los conserva en un mismo haz bajo el imperio de una misma ley; de grado ó fuerza es menester que ella exista, ó que la asociacion perezca en el desorden, la division, la esterilidad y luego la ruina. Y sobre estas ruinas acumuladas por la caida de la unidad, la verdad grita con el Evangelio este oráculo eterno: Todo reino dividido en sí mismo será entregado á la desolacion, y en él se desplomarán edificios sobre edificios *omne regnum in seipsum divisum desolabitur.* ¡Ay de las religiones que no llevan en la frente esa señal de la unidad, condicion de su organizacion y de su vitalidad; ellas tienen en esta palabra la infalible profecía de su ruina y de su muerte mas ó menos cercana!

¡Ah! Es que en efecto, si la unidad es la ley soberana de toda organizacion y de toda asociacion, aun de un orden inferior, lo es de un modo bien diverso cuando se trata de la sociedad religiosa, la esfera mas elevada, en que las vidas humanas vienen á unirse para marchar juntas en fraternal armonía al fin supremo de la vida. Tal es, en efecto, la vocacion sublime de la religion sobre la tierra; y hé aquí lo que nos demuestra la necesidad absoluta de su unidad. Aun desterrada de todas partes, la unidad debería todavía encontrarse ahí, en la sociedad de las almas que están en camino para buscar y hallar el infinito. Ella es la única sobre la tierra que tiene por fin supremo el punto central adonde todo debe dirigirse. Divididos en todo lo demás, ahí nos unimos los unos á los otros uniéndonos todos á Dios. La política nos divide, la ciencia nos divide, el comercio nos divide, la industria nos divide, aun nuestras asociaciones humanas, en mil puntos, nos dividen y nos subdividen; porque en todo, el pensamiento individual, la opinion individual, el interés individual pueden separarnos y fraccionarnos hasta el infinito. Pero, en la sociedad religiosa, ¿porqué esas divisiones? ¿Porqué fraccionamientos, cismas, separaciones? Aquí no podemos correr tras de fines múltiples y diversos, sino tras un fin único, un fin idéntico, el supremo y último fin. Aquí la convergencia de todas las vidas en el centro de una misma vida, es la ley radical de la asociacion; es la obligacion absoluta de todos y de cada uno; sí, gravitar todos juntos, como un mundo de planetas en derredor de su sol, hácia el gran centro del infinito, adonde la religion, como una madre, quiere llevar á todos sus hijos á los esplendores y goces de una misma patria; hé aquí nuestro grande ideal de la sociedad religiosa.

Así tambien, yo comprendo porqué Jesucristo, el señor y la vida de la gran religion del género humano, ha dejado escapar de su alma esta sublime invocacion de la unidad religiosa: "Padre mio, que sean consumados en la unidad, y no sean todos sino *una cosa*, como tú y yo so-

mos *una cosa ut sint consummati in unum*." ¡Ah! ¡La unidad, la unidad en el reino de las almas; tan necesaria, tan radiosa y tan bella la ha encontrado el Fundador di vino de la mas magnífica sociedad de las almas, que el la ha llamado del seno mismo del Padre, de donde desciende toda unidad perfecta, para hacer de la sociedad que creaba sobre la tierra la mas completa imagen de la eterna sociedad del cielo!

Y este grito invocador de la unidad religiosa, salido del corazon de Cristo, centro viviente de la religion por excelencia, ¡ah! ¿no oís como sale del fondo de las almas contristadas con el espectáculo de la division?... Paso en silencio las aspiraciones y las ambiciones unitarias de la humanidad extinguida. Pero, ¿puedo dejar aquí de llamaros la atencion, como una señal de la época, hácia esos llamamientos á la unidad que resuenan de un cabo al otro del mundo, y de que todas las voces de la publicidad se envían unas á otras el eco universal? No hablo tan solo de la santa Iglesia católica y romana, que da al asombrado mundo el espectáculo de su incomparable unidad, y hace resonar por todas partes su inimitable armonía. Fuera de este gran reino de la unidad religiosa, del fondo mismo del imperio de la division, ¿no oís salir el universal llamamiento á la unidad de la sociedad de las almas?... ¿No se diría que hay como un inmenso movimiento hácia la unidad que atraviesa hoy aun las regiones de la heregía y el cisma, esos dos reinos de la division? ¿No creeriais que hay un soplo de Dios, que á la hora de esta, remueve cual á esqueletos en sus sepulcros, á esas religiones que han perdido la vida perdiendo la unidad? ¿Y no oís cual si fuera una voz misteriosa que grita á esas religiones disecadas y muertas: *Ossa arida*, osamentas áridas, religiones cadáveres, salid de vuestros sepulcros y volved á la vida respirando el aire puro de la unidad?

De qué manera esos hijos, heridos por la division, quieren encontrar la armonía y la fuerza de la unidad, no es este el momento de decirlo; lo que doy á conocer, como

un hecho de inmensa magnitud en el mundo religioso de nuestra época, es esa necesidad de salir de todas las Babilonias del cisma y de la division, para encontrar, en la Jerusalem de la verdad plena, el verdadero templo de la unidad.

¿Qué digo? No es únicamente el mundo religioso el que se agita en estas aspiraciones unitarias; tambien el mundo político y social corre tras este ideal. Frente al imperio de la fuerza que crece en derredor de ellas, y parece que amenaza devorarlas; frente á esos dos pueblos gigantes que se levantan delante de ellas, el uno á la diestra, y el otro á la siniestra; el uno apoyado en el antiguo mundo, el otro en el nuevo, las naciones de Europa se espantan, y no sin razon, á la vista de su aislamiento y de sus divisiones; y esta palabra, "la confederacion de los pueblos europeos, la república una é indivisible de las naciones cristianas," levantándose como un solo hombre con todo el poder de la unidad, hace mas de cincuenta años que resuena en el fondo de la política y de la diplomacia, y deja oír tambien, desde el fondo del alma popular, juntamente con su sordo retumbo, el ruido precursor de una vasta trasformacion. Y aquellos mismos que, así en política como en religion, no pueden hacer otra cosa que dividir, porque son lo que divide esencialmente, el error, el error puro, el error absoluto, hasta ellos, con una flagrante contradiccion, pero con una aspiracion mas fuerte que todo error, sueñan en el reinado de la negacion total la quimera de la unidad, ó digamos mejor, del *unitarismo universal*.

Sí, quimera, pero quimera generosa que atestigua la necesidad de encontrar esa unidad en pos de la cual se corre siempre sin jamás alcanzarla. ¡Ah! Los hombres y los pueblos se agitan en vano por correr, á través de sus divisiones perpetuamente renacientes, tras el fantasma siempre fugitivo de la verdadera unidad: nada pueden contra la fuerza de las cosas. Para que la unidad irradie en la superficie de la humanidad, es menester que esté en el fondo, y el fondo es la religion; y la unidad religiosa con-

tinúa siendo, á pesar de todos los sistemas contradictorios y todas las afirmaciones contrarias, la condicion primera y el sostén necesario de cualquiera otra unidad. Fuera de ahí, hay unidades facticias, no unidades reales: los hombres y los pueblos no sintiéndose nunca menos unidos que cuando se sienten separados y divididos en su fondo.

Es menester, pues, volver á erigir toda la pirámide de las unidades secundarias, sobre la base profunda de la unidad fundamental, es decir, sobre el inmovible granito de la unidad religiosa.

Aquí, Señores, yo mando á mi pensamiento que no os muestre mas que estas primeras líneas del edificio. Hubiera querido deciros las verdaderas condiciones de la unidad misma; y la habriais visto, apoyada en sus tres compañeras inseparables y unidas entre sí por un vínculo necesario, la autoridad, la soberanía y la infalibilidad. Si Dios quiere, volveremos á tratar este asunto. Aquí no puedo hacer otra cosa que mirar con vosotros, y saludar de paso, esa gran maravilla del mundo religioso, y exclamar, á la vista de ese espectáculo que encanta aun de lejos: ¡Oh unidad! ¡Yo te saludo, unidad religiosa y divina! ¡Tú eres la brillante señal de la verdadera religion; y el sueño de nuestra vida pasagera es tocar tu sagrado pavimento y reposar en la armonía y el gozo de tu templo!

#### IV.

Así es, Señores, que hasta aquí, si no me hago ilusion, todo se eslabona y se encadena en la religion que buscamos: para dar la vida al género humano, es menester que ella sea viviente; para que viva es menester que esté organizada; y para que su organizacion subsista y se sostenga, es menester que sea una.

Despues de la unidad, y juntamente con la unidad, ¿se requiere aun alguna otra cosa? Sí, Señores. Se requiere lo que la hace visible y accesible á todos; se requiere ese fenómeno que ella produce por sí sola desplegándose en la

duracion, en el espacio y en la humanidad; necesita la señal brillante de la *universalidad*.

La universalidad, en efecto, no es mas que la unidad que se despliega; es su expansion en la esfera que invade y en el imperio que se forma. La universalidad es á la vez el producto espontáneo y el signo revelador de la verdadera unidad. Mientras mas cosas se hacen *una*, mas crece la unidad, y mas se le reconoce en esta señal auténtica. A medida que la unidad religiosa se apodera de mas almas en la humanidad, de mas lugares en el espacio y de mas puntos en la duracion, mas crece su irradiacion en esta triple esfera; mas se forma la catolicidad, y mas resplandece el brillo de la unidad en lo universal. La catolicidad ó la universalidad es, pues, el complemento necesario y la manifestacion pública de la unidad. Estas dos cosas están remachadas la una á la otra, como dos eslabones de una cadena. Y si no es necesario que la universalidad absoluta aparezca en la religion como un hecho consumado, es preciso á lo menos que la pasion de conquistarla conmueva siempre y en todas partes el corazon de esa unidad, ambiciosa de invadirlo todo; le es indispensable, al par que una universalidad relativa ya conquistada, la indefectible tendencia y la insaciable aspiracion á la universalidad absoluta.

La universalidad, Señores, ha sido el sueño de todos los grandes conquistadores. Nada les parecia mas sencillo que el que su espada fuese á tocar con su punta todas las fronteras del mundo, y que toda alma encerrada dentro sus fronteras viniese á besar de rodillas la punta de su cetro universal. Filósofos y legisladores se han forjado sueños análogos para las doctrinas que enseñaban y las leyes que fundaban. Pero por todas partes esas ambiciones de los conquistadores de la espada, de la palabra y de la ley, se han estrellado contra una barrera impasable, la barrera del imposible.

Es que en efecto, nada de lo que solo emana del hombre y no toca sino á la tierra tiene derecho á la universalidad. Lo

universal debe descender del cielo; lo universal pertenece á lo divino; es un reflejo del infinito en la esfera de lo finito; y, como tal, es el atributo propio de la religion que viene del cielo y de Dios. Para esta hija del cielo, que tiene aun en la tierra un destino tan alto, lo universal no es una usurpacion, es un derecho; no es una loca ambicion que se estrella ciegameamente en las impasables barreras que le opone la realidad; es una ambicion despertada en su seno por un soplo de Dios; es un ímpetu natural hácia su verdadero destino, destino ante el cual debe retroceder toda frontera, y toda barrera caer desmoronada; el destino de ir á buscar las almas adondequiera que el espacio y el tiempo llevan almas, para hacerlas volver todas juntas del lado del infinito que ella busca y que tiene la mision de dar á todos. La religion, en su esencia, no es otra cosa; es la mision de unir las almas á Dios, y de llevarlas mas allá de todas las fronteras del espacio, mas allá de todas las barreras del tiempo, mas allá de todas las murallas que separan á los hombres de los hombres, á la verdadera patria de las almas, al seno viviente del infinito.

Esto supuesto, bien veis cómo y en qué sentido la religion ha de ser universal: ella encierra en su unidad indefinidamente extensible tres universalidades que no hacen mas que una. El grande arbol de la vida divina plantado sobre la tierra para cubrir con su sombra y nutrir con sus frutos á la humanidad progresista, se extiende en tres magníficos ramales; con el primero va á tocar todos los grados de la humanidad; con el segundo todas las profundidades del espacio, y con el tercero todos los puntos de la duracion. Cubre todos los lugares, todos los siglos, y en todos los lugares y en todos los siglos, á todas las generaciones vivientes. Nada mas, pero tambien nada menos: toda la extension, todas las almas. Toda religion que aspira á menos que estos tres imperios del universal, demuestra por este mismo hecho que no es la verdadera religion. La religion divina quiere invenciblemente estas tres cosas que le pertenecen: todas las almas, todos los espacios, todos los siglos.

¡Todas las *almas*! ¡Y porqué no? ¡Porqué ha de excluirse una sola alma de la universal comunión de las almas? ¡No hay una misma paternidad para todos, un mismo progreso para todos, una misma salvación para todos, un mismo destino, un mismo cielo, una misma eternidad, un mismo infinito para todos? Entonces, ¡porqué ha de haber excluidos, desheredados, excomulgados de la comunión fraternal en Dios? ¡Porqué ha de haber castas, divisiones, fronteras? ¡Dejad, dejad entrar á todas las almas al reino de las almas!

Todos los *espacios*; sí, ¡y porqué no? ¡Porqué la religión que nos conduce al cielo por el camino ascendente de nuestros eternos destinos, habría de tomar en cuenta fronteras que dividen el lugar del lugar, el espacio del espacio, los continentes de los continentes, los océanos de los océanos? ¡Qué importan á la religión que busca la universal comunión de las almas, las montañas, los valles, los ríos, los mares, los abismos de todas especies que dividea en la superficie de nuestro planeta el imperio del espacio? ¡Ah! La religión es como la oración, es la oración misma; es como la adoración, es la adoración misma. Ahora bien, la oración y la adoración se elevan de las riberas de todos los ríos y de todos los mares, de la cima de todas las montañas y del fondo de todos los valles. Ellas suben de todas las longitudes, suben llevadas por el mismo soplo para ir á abrazarse como hermanas en el seno de una misma paternidad.

Todas las almas, todos los espacios: es poco decir, preciso es añadir también, todos los *siglos*. Sí, porque tanto como el espacio, el tiempo todo entero pertenece á la religión; ella toca con una mano todas las profundidades de lo pasado, con la otra todas las profundidades del porvenir; y apoyada en el presente, señora de todos los tiempos, nos arrebatada á todos al universal punto de reunión de la eternidad.

Ved ahí la señal que siempre y en todas partes ostentará sobre su frente la verdadera religión de los pueblos fraternales, la señal característica y verdaderamente reservada, la señal de la universalidad.

Después de esto, ¿qué venis á hablarme de culto nacional, de religión nacional, de Iglesia nacional?.....¡Ah! Os burláis á la vez de la religión y de la nación, ó no sabéis lo que os decís. ¿Nacional?...¡Ah! decía elocuentemente un joven defensor de la Iglesia, muy temprano arrebatado á su defensa (1), “es muy poco una nación para el gran corazón de Dios;” corazón tan grande, en efecto, que no es demasiado para él abrazar á la vez á todas las naciones. Id, borrada de la frente de vuestras religiones esa señal que da testimonio contra ellas. Religión nacional, Iglesia nacional: Iglesia anglicana ó germánica, sueca ó escocesa, rusa ó prusiana, esos nombres dicen lo que sois; fragmentos, partículas de la religión, ruinas, escombros, desecho. ¡Ah! Dejad ahí vuestras religiones de pedazos; dejad ahí esas ruinas, esos escombros, ese desecho. Miremos más alto y más lejos que todas las fronteras; reconozcamos y saludemos con amor la verdadera señal de la ciudad de Dios sobre la tierra: la universalidad. ¡Oh radiosa unidad! ¡Hace un instante podíamos ya saludar extasiados tu incomparable belleza; pero hé aquí que te presentas ahora más divinamente bella y magnífica: hé aquí que te presentas con tu irradiación vasta como el espacio, permanente como la duración, grande como el género humano!

V.

Hay todavía una cosa, Señores, que perfecciona la belleza de la unidad y de la universalidad religiosa; una cosa que debe brillar cual pura estrella en la frente de la religión maestra del género humano; y esto es la *santidad*. Sí, la religión debe ostentar, más brillante aun que todas las demás, esa señal de su misión divina y de su divina correspondencia con las aspiraciones más nobles y más generosas de la humanidad.

¿Cuál es la soberana misión de la religión entre los hombres? Acelerar su progreso sobre la tierra para consu-

(1) El Abate Perreyve muerto recientemente tan joven y tan llorado por los amigos de la Iglesia y de la Francia.

marlo en el cielo. Ahora bien, la condicion fundamental del progreso sobre la tierra y de su perfeccionamiento en el cielo, es la marcha en el bien, es el progreso en la virtud; y el progreso en la virtud, la virtud elevada á una cierta potencia de grandeza y de heroismo, es la santidad misma. La religion, pues, para llenar su mision sobre la tierra, debe producir la santidad; debe crear sip cesar, en proporciones diversas, esa legion de verdaderos héroes, que marcha realmente á la cabeza del género humano, la legion de lossantos. Es preciso á lo menos que con sus influencias, latentes á veces, pero siempre eficaces, crée en las generaciones vivientes ese conjunto de virtudes necesarias á la vida moral de los pueblos, pan cotidiano, sustancial alimento de las sociedades que no quieren morir. Ahora bien, para crear virtudes es menester que se tenga su gérmen, y para crear santos es preciso ser santo uno mismo: y aquí la Religion, esa madre fecunda de todas las virtudes y todas las especies de santidad, está sujeta á las leyes generales de toda generacion: todo ser engendra su semejante. Diremos, pues, á la religion que se presente para conducir al género humano á la grandeza de sus destinos, lo que deciamos no há mucho á los inventores de la moral independiente: ¿Dónde están las virtudes que creais, dónde la santidad que producís?

La santidad, Señores; pero ¿qué pedimos á la religion cuando queremos abrazarla, sino la santidad, y siempre la santidad? ¿Qué necesidad tengo de una religion si no es santa, si no promete darme la santidad? Si quiero atarme con todas mis inclinaciones á ese carro del vicio, que pasa y vuelve á pasar delante de mí, arrastrando en inmundo fango á generaciones deshonradas, ¿qué necesidad tengo de invocar, como compañera de mi vida, á una religion cualquiera, á no ser que sea esa religion de tantos hombres que no tienen otra, la religion del placer? Si no quiero ser justo, humilde, sumiso, casto, casto sobre todo, ¿para qué ligarme á una institucion religiosa? Yo soy esclavo de mis pasiones; todo grita en mí: ¡Atrás la religion que encadena mis pasiones!

Pero si quiero romper esos vínculos que me unen como cautivo á mi propia corrupcion; si he resuelto sofocar, ó por lo menos domar esos bajos instintos que me convidan á todos los oprobios y á todas las servidumbres; si, en fin, rompiendo el pacto degradante que me unia á mis pasiones, me vuelvo libre y sin cadenas, el corazon abierto y entrambos brazos extendidos, hácia la imagen de la santidad tantas veces ultrajada, gritándole: ¡Vuelve, vuelve á mí! ¡oh! entonces yo experimento la invencible necesidad de llamar á mí al mismo tiempo, al par que la santidad, la religion repudiada por mis vicios. Sí, Señores, entonces es cuando llamamos á nosotros con la mejor parte de nosotros mismos, la religion desterrada de nuestra vida prevaricadora: entonces es cuando le rogamos que venga á ayudarnos á levantar, con su mano divina, ese peso de corrupcion y ese inmenso fardo de debilidad, que á pesar del amor á la santidad resucitado de súbito, nos hace todavía inclinarnos á todas las bajezas y á todas las servidumbres.....¡Ah! Es que algo nos grita, desde el fondo de nuestra vida humillada, que si podemos caer, y caer á los mas profundos abismos de la vida huyendo de la religion, solo la religion nos levanta; solo su mano es bastante fuerte para volver á colocar en el centro de nuestra vida la imagen de la virtud derribada por nuestros crímenes, y que solo ella nos devuelve nuestra legítima grandeza, volviendo á tomar sobre nosotros su legítimo imperio.

Así es que la imagen de la santidad, siempre entrevista aun á través de la sombra de nuestros vicios, se nos confunde con la imagen de la religion. Desde las sublimes cumbres donde mora, la religion nos muestra á la santidad circundada de su propia auréola; y á esta luz que nos la descubre embelleciéndola, reconocemos que la religion, á pesar de las manchas con que los hombres, por su depravacion, parecen muy á menudo ocultarnos su esplendor, es la religion de lo puro, de lo bello y de lo santo, porque es la religion de lo divino.

Así tambien, Señores, lo que atrae la aristocracia de las

almas hácia la religion, es sobre todo, no lo dudeis, el encanto incomparable de la santidad. Así como lo bello atrae á lo bello, así lo santo atrae á lo santo, ó por lo menos lo que aspira mas ó menos á serlo. ¿Quereis saber porqué todas las almas puras son naturalmente religiosas? Por esta razon, porque lo puro atrae á sí lo puro y porque la religion, desembarazada de la sombra humana, la religion es la pureza, la belleza, la santidad. ¡La santidad! ¡La santidad viviente, sobre todo! ¡Ah! ¿Quién no ha sentido un dia su encanto victorioso, iba á decir su celeste magia, su divino hechizo? ¿Quién no ha estado alguna vez, una hora á lo menos, aun en su vida prevaricadora, bastante libre de la gravitacion de sus vicios para haber podido sentir sobre su alma la atraccion dulce, pero irresistible de una gran santidad? Quien ha sentido el golpe de este encanto omnipotente, sabe, para no olvidarlo jamás, porqué la religion debe ser santa: debe ser santa para atraernos, así como debe atraernos para llevarnos á Dios, es decir, al centro eterno de la infinita santidad.

Y ¡cosa notable! aquellos mismos que hacen la guerra á la religion, aquellos mismos que sienten hácia todo lo que es religioso, una repulsion cuyo misterio explican sus vicios, si, esos mismos rinden á la santidad de la religion el testimonio de sus almas; testimonio tanto mas decisivo y tanto menos sospechoso, en cuanto es el testimonio del enemigo, y muchas veces el testimonio de la depravacion rendido á la santidad que condena sus vicios. ¿Qué piden, en efecto, los enemigos de la religion á toda persona que la representa con un carácter, una dignidad, una mision cualquiera tocante á las cosas religiosas?..... Piden, exigen una santidad, una integridad, una pureza de que ellos mismos no son capaces. Desórdenes, licencias, hábitos de que ellos no saben siquiera avergonzarse por su propia cuenta, ¿qué digo? mucho menos que todo esto, debilidades vulgares tales como se encuentran en todos los hombres, los escandalizan, los indignan, les repugnan en el cristiano y sobre todo en el sacerdote; y cuando mucho, permiten á los

hombres del santuario, el que muestren, ante su severidad implacable, algunas señales de su humana naturaleza: prueba invencible de que para ellos, como para todos, sacerdote quiere decir santo, y religion significa santidad.

¡Oh religion, oh religion! No sin razon en todas partes te han dado los pueblos el nombre de santa: es que siempre y en todas partes la humanidad, con todo lo que hay en ella mas santo, saluda en tí la santidad como tu mas bella corona. Así tambien, lo que queremos ver en tí, lo que buscamos invenciblemente en tí, es la santidad; no una santidad cualquiera, sino una santidad reservada, total, completa; aunque estemos corrompidos queremos una religion toda pura y verdaderamente inmaculada, inmaculada en la doctrina, en la legislacion, en el culto, en los sacramentos, en las costumbres. Sí, una doctrina virginal, sin contacto con el mal, para que deposite en las almas la raiz de la santidad; una legislacion sin mancha, para que impulse á todas las almas hácia el ideal de la santidad; un culto sin mancilla, para que fecunde con todas sus influencias la flor celeste de la santidad; en fin, costumbres puras y santas, frutos naturales de la pureza y de la santidad que habitan en tí y emanan de tí: hé aquí lo que buscamos y lo que queremos encontrar en tí, ¡oh santa religion, oh divina maestra de nuestra humanidad! Así es que, cuando te presentes delante de nosotros con ese carácter que debe señalarte al mundo: ¡oh! entonces te reconoceremos en esa señal que no miente; te saludaremos con amor y con gozo, y exclamaremos: ¡Ella es; es la verdadera religion, es la legítima maestra de la humanidad, porque es la santa!

¡Vedla ahí, Señores, la única religion digna de marchar á la cabeza de los pueblos: vedla ahí tal como la invocamos; vedla con su vitalidad que se revela por la triple señal de su movimiento espontáneo, de su inalterable juventud y de su inagotable fecundidad; vedla con su organizacion, condicion de su vitalidad que se manifiesta en su forma y en su constitucion social: vedla con su unidad, condicion ne-

cesaria de su organizacion y de su vitalidad: vedla con su universalidad, triple irradiacion de su unidad, en el tiempo, en el espacio y en la humanidad: vedla ahí, en fin, en su celeste belleza dándose á reconocer siempre y en todas partes por el esplendor de su santidad!

¡Ah! Si en verdad nos es dado encontrar sobre la tierra una institucion religiosa que ostente sobre su frente no una, sino todas estas señales á la vez, componiendo con su armonía su incomparable figura; y sobre todo, si con todas estas cualidades que la distinguen, y con todos estos rayos que la iluminen, llegamos todavía á descubrir, á través de su historia, una señal que sirva de complemento á todas las demás y sea mas decisiva aun que todas, la señal verdaderamente suprema, quiero decir, la *eficacia*; una eficacia que no se desmienta jamás, una eficacia secular, una accion histórica que corresponda con el esplendor del hecho consumado á la grandeza de la vocacion que le reconocemos; si, con la antorcha de su propia historia alumbrada por su verdadera luz, se nos demuestra, con la evidencia misma de las cosas, que todos esos progresos cuyo enigma queremos descifrar hace tanto tiempo, los ha llevado á cabo esta religion, que ha ayudado al menos á realizarlos con toda su influencia, y que á todos los que no ha realizado ella misma les ha impedido el que se corrompan y se vuelvan contra la humanidad; si percibo que, apoyada en la firme base del progreso moral, su obra propia y fundamental, se eleva á la altura de todos los demás progresos; si la industria y la economía, la sociedad pública y la sociedad doméstica, la filosofía, la ciencia y el arte, aparecen á través de su historia, fecundados, elevados y engrandecidos por su soplo poderoso: ¡oh! entonces, Señores, podremos decir mejor que el filósofo al llegar á la solucion de un problema de órden secundario. "La he encontrado." ¡Ah! Es que al llegar ahí, en efecto, á fuerza de trabajo tenaz y de lucha paciente, hemos alcanzado la solucion del problema mas complicado, mas vasto, mas elevado y mas profundo que se agite en nuestro siglo. Es que entonces,

paseádonos bajo los vastos pórticos y á través del brillante peristilo de ese edificio construido por la mano del divino arquitecto, y sobre todo, contemplando las maravillas de todo género acumuladas en su inmenso recinto, podremos exclamar: ¡Gloria á Dios; hemos encontrado la verdadera ciudad del progreso de las naciones! ¡Hermanos! Quedaos aquí; aquí es el verdadero templo del progreso; mi Dios lo ha construido á propósito para que sea á la vez la gloria de nuestra raza y la gloria de su nombre. Permaneced aquí en este sagrado pavimento; porque solo aquí se resuelve con una luz incomparable ese enigma tras el cual corremos de tinieblas en tinieblas. ¡Hijos de este siglo que camina fatigado y sin aliento en busca del progreso! ¡Sí, es bueno que esteis aquí; porque aquí el progreso humano empieza y crece sobre la tierra, para consumarse un día en las glorias y los resplandores del cielo!



## CONFERENCIA CUARTA,

### Religiones no cristianas ante el Progreso.

Señores:

Después de haber establecido la necesidad suprema de una religion para el progreso de la humanidad y la contradicción absoluta que existe entre estas dos palabras, ateísmo y progreso, nos preguntamos en qué señales se podía reconocer la religion que Dios predestina á marchar á la cabeza del género humano.

Dijimos: La religion llamada á dar el movimiento al mundo humano ha de ser viviente, y como tal, ha de reconocerse en estas tres señales auténticas: la espontaneidad, la juventud y la fecundidad. Para que la religion viva, es menester que esté organizada, porque, en todo orden de cosas, la organizacion es la condicion de la vitalidad. Por otra parte, para que la organizacion se sostenga y llene sus funciones, le es necesaria la unidad; la organizacion es la unidad viviente en la multiplicidad viviente. Para que la unidad tenga su legítima y natural irradiacion, es menester que se extienda, y que, extendiéndose, engendre la universalidad. Y para que esta religion vital, organizada, una y universal dé al género humano el movimiento ascen-

sional realizando el progreso moral, es menester que lleve en su seno el gérmen, y en su frente el sello de la santidad.

Ahora tenemos que proponernos esta grave cuestion. ¿Cuál es, entre todas las religiones que se dividen las adoraciones del género humano, la religion que lleva los caracteres de que hemos hablado, y á este título, es capaz de marchar á la cabeza del género humano? Esa religion, si existe en alguna parte, cerca ó lejos, levántese y diga con osadía: Yo soy la religion que buscáis.

El mundo religioso que se mueve sobre la tierra puede, ante todo, clasificarse en dos grandes divisiones: hay religiones cristianas, y hay religiones no cristianas; religiones que llevan y religiones que no llevan el nombre de Jesucristo. Estos dos grandes hemisferios de la humanidad religiosa se subdividen á su vez en muchos grandes imperios religiosos. Quedémonos hoy fuera del cristianismo, y entre las religiones que podemos percibir, de cerca ó de lejos, mas allá de sus fronteras, investiguemos si hay una al menos que reuna las condiciones que hemos fijado.

Aquí las religiones no cristianas se dividen tambien en dos categorías muy distintas: hay las religiones llamadas positivas que tienen por base una revelacion cualquiera, y hay las religiones llamadas naturales, que no se fundan en otra revelacion que la de la razon y de la naturaleza. Demostrar que las unas y las otras son insuficientes para corresponder al ideal religioso que buscamos, hé aquí todo el objeto de esta conferencia.

I.  
¿Existe, fuera del cristianismo, una religion capaz á la hora de esta, de asegurar, con su accion eficaz sobre los pueblos, el verdadero progreso del género humano?..... Y ante todo, ¿podemos preguntarlo á una de las religiones que se dan por reveladas, y hacen profesion de ser, por la creencia y por la práctica, religiones *positivas*?

Se ha hecho de buen tono en cierta sociedad, muy poco  
P. FÉLIX.—1868. 13.

creyente por otra parte, el afectar la mas alta consideracion, por no decir el mas profundo reepeto, hácia algunas religiones no cristianas. Se ponen en relieve, con un ahinco mas ó menos calculado, las grandezas de algunas instituciones religiosas, que han permanecido hasta aquí bastante oscuras y bastante misteriosas, y que se complacen en hacer ó imaginar tanto mas grandes, cuanto son en realidad mas misteriosas y mas oscuras. Lo desconocido que las rodea se convierte en prestigio que las realza, y la célebre expresion de Tácito justifica aquí toda su profunda verdad: *Omne ignotum pro magnifico est*; lo desconocido se reputa magnífico.

¿Cuál es el verdadero motivo que lleva nuestras curiosidades críticas y filosóficas á la exploracion de esos mundos religiosos que gravitan en derredor de otro centro que nuestro mundo cristiano? Hé aquí un punto que no quiero examinar. Establezco un hecho: el racionalismo europeo volviendo los ojos hácia el Oriente para buscar allí la grande estrella del porvenir. Y puesto que la ciencia moderna dirige sus miradas á esos santuarios lejanos, para encontrar revelaciones nuevas, es menester tambien que la palabra cristiana toque de paso esas religiones misteriosas, que muchos interrogan, quizá con la secreta esperanza de hallar en ellas armas contra el cristianismo, y en particular contra el catolicismo. Así como el mal disfrazado pensamiento de algunas de esas peregrinaciones, que pretenden ser científicas, es el mostrar, con paralelos mas ó menos fantásticos, que podemos, al fin y al cabo, prescindir del cristianismo para continuar nuestra marcha progresiva, así es nuestro deber el manifestaros que bajo este punto de vista esas religiones son absolutamente insuficientes, y que, mientras mejor se les conoce, mas demuestran, al descubrirse, que el progreso nada tiene que esperar de ellas.

Entre estas religiones cuyos títulos se empeñan en ensalzar, y cuya importancia se complacen en engrandecer, la que atrae hoy dia mas que todas la atencion de la Europa docta, es sin contradiccion el *brahmanismo*. Imponente

ya por el espectáculo de una antigüedad que se remonta hasta la aurora de los tiempos históricos, el brahmanismo conserva sobre todo, á los ojos del racionalismo moderno, el prestigio de la ciencia teológica y de la especulacion metafísica. ¿Qué hay que pensar acerca de esos prodigios de ciencia especulativa y de metafísica trascendental que se ocultan en las dos faldas del Himalaya y á la sombra de sus profundos valles? Hé aquí un punto que no es facil definir con precision. Consentimos en creer en los milagros que narran sobre este asunto los que han llevado hasta allá sus peregrinaciones científicas, literarias y religiosas, y no tenemos la menor gana de disputar sistemáticamente los gigantescos partos que se atribuyen al génio de Oriente. La existencia del génio de la humanidad no data del cristianismo; no es obra de la segunda creacion, sino de la primera. Tenemos tan pocos zelos de las obras del génio que han visto la luz bajo otro sol, que aun en nuestros siglos mas cristianos les hemos formado una auréola que, sin nosotros, jamás hubiera sido tan vasta ni tan radiosa. Aristóteles y Platon deben al cristianismo el mas grande esplendor de su gloria. El primero sobre todo se engrandeció con la grandeza de Santo Tomás de Aquino. Luego, si el ingenio humano, desde los siglos mas remotos, se ha distinguido en Oriente con obras grandiosas, nada deseamos con mas ardor que el saludarlas con admiracion, y aun con entusiasmo sincero.

Pero, tened á bien observarlo, no se trata aquí de apreciar las minas de oro de la ciencia ocultas en las entrañas de esos montes algun tanto misteriosos; se trata sobre todo de apreciar en el punto de vista en que nos hallamos, el valor de la religion que se nos presenta, rodeada de todo ese lujo de la ciencia y embellecida con las grandes flores de poesía oriental.

Pues bien, Señores: ¿qué hay que pensar acerca de la suficiencia real de esa religion para guiar al mundo en la via del progreso? Aceptamos de buena gana sobre el brahmanismo la interpretacion mas favorable y benévola. Se

dice que el panteísmo no está mas que en su superficie, ó en el fondo de algunas teogonías soñadas por el génio de sus poetas esencialmente imaginativos; se dice que el brahmanismo en sí, bajo el punto de vista religioso y doctrinal, se resume en un simple deísmo, y aun, á lo que aseguran, en el deísmo mas puro y mas racional que sea posible imaginarse. En verdad que no juraré en vuestra presencia que lo sea realmente, y á lo menos el derecho de ponerlo en duda no podría rehusarseme. Pero ¿para qué? Esta hipótesi honra al espíritu humano y no puede hacer daño á nuestra causa. Mientras mas grande aparezca en sí el brahmanismo, mas el brahmanismo, convencido de no haber sido para el mundo sino una grandeza inútil, hará resaltar el papel eminente del cristianismo, y demostrará su necesidad para llevar á cabo el verdadero progreso de las naciones.

Supongamos, pues, sin disputarlo, que el brahmanismo, en su fondo, admite la unidad de Dios, la libertad humana, la inmortalidad del alma, es decir, lo mejor que el espíritu humano descubre, por su propia energía, fuera de la revelacion sobrenatural. Si estas creencias son el fruto propio de las investigaciones del espíritu humano, ó bien, lo que es mas verosímil, nada mas que fragmentos gloriosos de las tradiciones primitivas conservadas en su pureza por el génio religioso de la India, no es este el momento de investigarlo. Consideramos esa religion tal como se le supone, es decir, como un deísmo espiritualista que permaneció en pie sobre las alturas, mientras que, casi en todas partes, las verdades primordiales yacian sepultadas en los abismos de la vida religiosa, bajo capas de idolatría y montones de supersticiones.

Hecha esta concesion, tengo derecho á preguntar: ¿Qué ha hecho en favor del progreso de la humanidad esa religion que se supone tan pura por su doctrina, y que es en realidad tan imponente por su antigüedad, tan fuerte por su organizacion, y está tan arraigada en la creencia de tantos y tan vastos pueblos? ¡Ah Señores! Si el brahma-

nismo, en sí, se nos oculta y esconde todavia tras de sus misteriosos santuarios, hay una cosa clara como el sol, y es el esplendor de los hechos; es, si puedo expresarme así, la ilustracion de su impotencia y de su esterilidad. Las multitudes que ha tenido bajo la dominacion de su sacerdocio omnipotente, las ha hecho inmóviles, las ha petrificado en cierto modo. El progreso es el movimiento, y el brahmanismo es la inmovilidad. ¿Qué digo? Ha hecho mas que hacer inmóviles las naciones sometidas á su despotismo religioso; las ha mantenido en un abatimiento social, en una inferioridad moral y en una supersticion religiosa que forma un notable contraste con las correspondientes grandezas del Occidente. Ha obrado peor todavia; con el sistema brutal de la casta, ha ultrajado la dignidad humana y hecho á la fraternidad la mas solemne injuria que jamás haya recibido en nuestra humanidad: ha postrado y postra todavia á una parte inmensa de esa raza humana en una humillacion tal, que á su lado la esclavitud de la Grecia y de Roma pagana parecen una grandeza relativa; humillacion tanto mas profunda y tanto mas incurable, cuanto que ha entrado en las costumbres y ha sido aceptada como legítima aun por sus propias víctimas. ¡Ah! Pasemos, pasemos presto delante, delante de este oprobio humano y de esta ignominia social. Una religion, un culto, un sacerdocio que han creado en el género humano el rebaño de los párias, están ya juzgados: llevan sobre su frente el sello de infamia que ellos mismos estampan en la frente de esos miserables tan espantosamente envilecidos.

Así es que muy lejos de que el brahmanismo haya podido imprimir el movimiento progresivo á todo el género humano, no ha podido siquiera hacer avanzar un solo paso, en el camino de la civilizacion, á los pueblos cuya vida se ha inspirado con él. Muy lejos de soñar en conquistar el mundo y en llamarnos á la participacion de sus riquezas intelectuales y de sus grandezas religiosas, se ha atrincherado en sus castas antisociales y en su despotismo sacerdotal: y ese imperio no disputado, pacífico y tantas veces se-

cular, ejercido por la misma religion sobre el mismo pueblo, no ha llegado á otro fin que á la inmovilizacion de la vida, á la petrificacion de las almas y al abatimiento de la sociedad.

En verdad que á los ojos de los apóstoles del progreso *humanitario*, esta experiencia vale una demostracion. Este hecho, en efecto, es mas que secular; es tres veces milenario. Ahora bien, ¿la historia nada puede demostrar, ó demuestra, con plena evidencia, que el brahmanismo como religion, nada puede en favor del verdadero progreso del mundo.

Pero, Señores, lo que excita sobre todo, en el fondo del grande Oriente, la admiracion de nuestros pensadores de Occidente, lo que los hace esperar de ese lado iluminaciones destinadas á hacer palidecer el astro que nos alumbraba, no es precisamente el brahmanismo con el absolutismo religioso de su sacerdocio y la lepra social de sus castas; es esa religion relativamente moderna que en cierta época se levantó contra el dogma religioso y la gerarquía social, organizados y mantenidos por el brahmanismo ortodoxo: es el budhaismo, el budhaismo quien excita hoy en cierto círculo filosófico-religioso un entusiasmo demasiado apasionado para ser del todo desinteresado. ¿Y quereis saber, Señores, lo que á los ojos de nuestros filósofos modernos y ávidos de novedad, da á ese budhaismo, ya relativamente tan antiguo, un prestigio que los seduce de lejos? Es que el budhaismo, á sus ojos, es tambien un racionalismo; es que tambien él fué una protesta; fué la insurreccion de la razon individual contra el antiguo despotismo brahmánico, contra el conjunto de los dogmas religiosos afirmados por su autoridad secular, y especialmente contra el dogma antifraternal y antisocial de las castas, defendido por su sacerdocio hereditario. Cuanto es permitido poner en parangon fenómenos religiosos tan separados por el fondo de las ideas y por lo remoto de las distancias, el budhaismo viene á ser al brahmanismo poco mas ó menos lo que el racionalismo es al catolicismo. Tuvo Budha, en efecto, la

fortuna de rodearse, contra el antiguo brahmanismo, de ese doble prestigio, la independendencia de la razon individual y la proclamacion de la fraternidad humana. Estos dos grandes gritos despertaron á lo lejos á las generaciones orientales dormidas en sus castas, y encerradas como ganados en las barreras de su esclavitud. Fué, á lo que parece, un movimiento inmenso; fué la gran revolucion social y religiosa del extremo de Oriente. Esta revolucion subyugó las vastas mesetas del Alta-Asia, y penetró poco á poco á traves de la misma China. Despues de esta inmensa sublevacion, la protesta religiosa y social del budhaismo se perpetúa frente al brahmanismo siempre viviente, desgarrado, mas no derribado por este fuerte sacudimiento.

Pues bien, Señores: ¿qué hay que pensar de ese vasto movimiento religioso, bajo el punto de vista del progreso general de nuestra humanidad? Esa es toda la cuestion. ¿Ha tenido al menos el budhaismo el honor de acusar un progreso sobre el brahmanismo contra el cual protesta siempre?

Quiero conceder que en su tenaz y largo antagonismo con el antiguo dogma Hindu, haya opuesto á la vieja religion obras maestras de refinada dialéctica, de metafísica trascendental y de rica poesía, comparables, quizás aun superiores, á las producciones correspondientes del brahmanismo ortodoxo. Pero ¿qué ha dado al mundo él solo y por sí solo? ¿Qué ha traído á los sabios y qué ha traído al pueblo como su creacion original y su revelacion propia? ¿Qué ha llevado á las altas esferas, qué á las bajas?

Si exceptuais su protesta legítima contra la gerarquía de la casta, y su proclamacion de la fraternidad, correspondiente á la aspiracion natural de las almas, el budhaismo se ha señalado por estas dos cosas que lo marcan á él mismo con eterno baldon: en las regiones altas, para el mundo sabio, ha creado la negacion absoluta y el nihilismo filosófico; en las regiones bajas, el formalismo religioso y la supersticion idolátrica.

Sí, Señores, la doctrina de la nada en el sentido mas

metafísico de esta palabra; la nada al principio y la nada al fin; la nada como punto de partida de la vida, y al otro extremo la nada como término supremo de las aspiraciones de la vida, ó á lo menos, bajo el nombre célebre de Nirvâna, un modo de ser de tal manera vago é incomprensible, que equivale al no ser. Entre estos dos nada la perpetuidad de las metempsicosis; eterno viage de la vida, errante de jornada en jornada, para volver á caer al fin en el abismo de su nada; y luego, bajo este nihilismo trascendental de una metafísica mas aguda que todas las metafísicas de ultra-Rin, el materialismo mas completo. De tal manera, que esas dos grandes formas de la metafísica y del error alemán, el nihilismo hegeliano y el materialismo de Schopenhauer, no tienen siquiera el pequeño mérito de ser una novedad; son un budhaismo de segunda mano; y muchos de nuestros pensadores, reputados tan valientes en su pensamiento, y tan originales en sus creaciones filosóficas, no son mas que budhaistas de los extremos confines del Asia, extraviados en los extremos confines de Europa.

Y en tanto que el budhaismo introducía el nihilismo en las altas esferas, ¿qué introducía en las bajas? Por una de esas contradicciones ridículas que nuestros sabios no se explican bien, pero que es un hecho hoy día palpable, al mismo tiempo que el budhaismo se proponía ante el cuerpo escogido de los llamados sabios, con el prestigio de la libertad de pensar, se proponía á la imaginación del pueblo con un prestigio todavía mas poderoso para asegurar su reinado, el prestigio del formalismo religioso. Muy lejos de haber llamado al pueblo, como hacen entre nosotros budhaistas mas consecuentes, al ejercicio de la *religion pura*, es decir, libre de todo símbolo, de toda forma y de toda práctica exterior, el budhaismo ha multiplicado los ritos y observancias, ó digamos mejor, las supersticiones y la idolatría. Semejante á esos cataclismos que pasan dejando en pos de sí nuevas capas sobrepuestas encima de las antiguas en la superficie de la tierra, el budhaismo ha amontonado en la superficie del mundo religioso una nueva capa de

supersticiones mas espesa aun que la que el brahmanismo puro habia ya acumulado en el Oriente religioso.

Así es que, en las regiones altas, el nihilismo metafísico y el materialismo práctico; en las bajas, aumento de supersticiones populares y de observancias idolátricas: hé aquí el budhaismo. Religion esencialmente degradante, que une, en los grandes, la soberbia de la negación filosófica al materialismo mas llano; y, en los pequeños, el sentimiento religioso á las extravagancias, y á veces á las obsesiones, de la mas grosera idolatría.

Aquí seria el lugar de hablar acerca de la religion que domina especialmente en el gigantesco imperio de la China. Pero, ¿quién conoce bien esta religion y quién podría definirla? Lo que hay de cierto es que, en gran parte al menos, la China ha abandonado ó descuidado las doctrinas de sus propios legisladores Laotsé y Confucio; lo que está fuera de toda duda, es que la adopción general de las doctrinas de Budha, sobre todo en el mundo literato, ha sumergido el vasto imperio de los Chinos en ese positivismo práctico, que apega las almas á la superficie de la tierra y rompe el resorte de todo progreso, suprimiendo todo ideal. Y no me admiro de oír á un escritor de esta época, atribuir sobre todo á la invasión del budhaismo la inmovilidad secular de ese pueblo extraño, que segun la bella expresión de un escritor libre-pensador, "muere, no de vejez, sino de una infancia indefinidamente prolongada." Pueblo, en efecto, de niños grandes, condenado hace siglos á una actividad estéril, girando eternamente en el círculo cerrado de una vulgaridad moral que no le permite, desde hace tantos siglos, dar un solo paso en la via del verdadero progreso.

Pasemos á una religion mas cercana á nosotros por el tiempo y la distancia. Hay, casi á nuestras puertas, una religion que estuvo un día á punto de sujetar la Europa á su dominación brutal, traída como era con la punta de la espada por hordas fanáticas. "Dios es Dios y Mahoma es su profeta: ¡cree ó muere!" Tal era la predicación, tal el

apostolado de esa religion exterminadora que avanzaba, como una marea creciente, sobre la Europa espantada, y venia á estrellarse rugiendo contra todas las barreras que la civilizacion cristiana oponia á la barbarie. Ya habeis pronunciado el nombre del islamismo, de otro modo llamado con el nombre de su fundador, el mahometismo.

No me detendré á demostraros largamente que el porvenir del mundo y el progreso del género humano nada tienen que pedir á esa religion del fanatismo, de la sensualidad y de la matanza.

De qué es capaz el mahometismo, como potencia política, no hay necesidad de decirlo. Bajo este aspecto, vosotros todos murmurais en voz baja la palabra profética: ¡cadáver!... Momia todavía envuelta con las vendas de la diplomacia europea, y embalsamada con los aromas de los periódicos oficiales ú oficiosos. Las grandes potencias asechan el cadáver, y aguardan la hora de la disolucion para dividirse las trizas.

Pero no tenemos aquí que ocuparnos de las potencias políticas; buscamos la potencia religiosa capaz de marchar á la cabeza de la verdadera civilizacion. Ahora bien, ¿qué es el islamismo como religion y de qué es capaz para el progreso del mundo? Extraño amalgama de judaismo, de cristianismo y de deísmo, la religion del Islam carece absolutamente de originalidad. No tiene ni un dogma ni un culto de su creacion. Y sin embargo, no puede negarse que el islamismo ha adquirido sobre millones de almas un ascendiente profundo; ha creado un entusiasmo y un fanatismo religioso que el trascurso de los siglos no ha podido extinguir ni resfriar enteramente. ¿De qué depende, en lo pasado, esa maravillosa posesion de las almas por el mahometismo? ¿Qué debemos esperar de él para la marcha y la grandeza del porvenir? Es cosa verdaderamente digna de ser meditada: lo que ha hecho su fortuna es lo que lo condena precisamente á una irremediable decadencia. El éxito del mahometismo consistió en la extraña alianza que formó, en el hombre, de la reli-

gion y de la sensualidad, del culto de Dios y del culto de la carne, en una palabra, del ángel y de la bestia. Aristóteles ha dicho: "El hombre es un animal religioso." El islamismo ha desdoblado al hombre, ha puesto de un lado el *animal*, y le ha arrojado, para satisfacer sus deseos, el pasto de los placeres sensuales; ha puesto del otro lado el ser *religioso*, y le ha dado para satisfacer sus mas sublimes instintos, un Dios que adorar y un cielo que poseer; y este cielo, era todavía un cielo de placeres. Como Budha y como Lutero, en otro tiempo y en otras circunstancias, ha tomado la humanidad por los dos extremos. Con una religion que no exige ni el sacrificio, ni la abnegacion, ni la mortificacion, le ha permitido todos los placeres de la tierra y prometido todos los placeres del cielo.

Empero, esta monstruosa liga que le proporcionó, con la ayuda de la espada, un triunfo tan fácil, es al mismo tiempo la demostracion de su impotencia para elevar á la humanidad. Es que la alianza del sentimiento religioso y los placeres sensuales no es solamente en una religion la señal de la inspiracion satánica; es la infalible profecía de la decadencia humana y del abatimiento social. Así tambien, ved lo que ha obrado el mahometismo en los hombres sujetos á su imperio. El espectáculo está frente á vosotros y no teneis mas que mirar. Religion viva aun, no con la vitalidad que produce y fecunda, sino con la vitalidad que destruye y arruina, el islamismo se señala por un parto extraño, y siempre mas ó menos semejante á él mismo. ¿Qué parto, preguntais? ¡Ah señores! Un parto contra la naturaleza, un parto monstruoso, el único de que son capaces el mal y el error, ¡el parto de la esterilidad! El hálito del Islam devora la civilizacion con las flores y frutos que esta produce; seca las fuentes de la vida; agota la fecundidad; crea el desierto, y vive y muere, como en su heredad, en el desierto que ha formado.

¿Hablaré yo ahora de una religion todavía mas cercana á nosotros por la afinidad y el origen que á ella nos unen, de la religion que fué nuestro bosquejo y de que somos

complemento? ¡Religion santa, religion primitiva, la única religion verdadera si el cristianismo no existiese: religion cuyas títulos auténticos conservamos nosotros mismos hace diez y nueve siglos, con una solicitud zelosa, y que, por su parte, con un antagonismo tenaz, permanece como un testimonio viviente de nuestros orígenes y de nuestra veracidad! ¡Religion de Israel, yo te saludo! ¿No eres tú quien conservas el poder que buscamos?... ¿No eres tú quien llevas en tu libro, ese gran libro del género humano, el secreto de nuestro pasado? ¿No eres tú tambien quien guardas en tu pecho el secreto de nuestro porvenir?

Señores, ¿qué pensais? ¿Guarda Israel para nuestro mundo moderno el secreto de la resurreccion; Israel, que hace cerca de dos mil años arrastra en el polvo de los caminos los pliegues de su desgarrada vestidura; Israel, que lleva consigo la sombra siempre grande, pero triste, de su religion desvanecida en las catástrofes predichas por sus profetas?... ¡Israel, religion sin patria, sin pontífice, sin sacerdocio; sin altar y sin sacrificios; Israel, estacionaria, inmoble, frente al género humano que marcha, se transforma y crece; Israel, obstinada en encerrarse en la muerte de la letra, cuando en torno suyo hace siglos que brilla el espíritu y que la nueva vida florece y se extiende por todos lados!... ¿Es ahí, en verdad, entre esas ramas esparcidas por el mundo, y que no tienen ya para unirse y vivir con una misma vida mas que el soplo nacional, es ahí donde se encuentra el germen del porvenir?... ¡Hijos de Israel! ¡Ah! ¡Yo os lo ruego, no veais en estas palabras ni un ultrage para vuestra religion, ni una injuria para vosotros! — Os amamos como uno ama la raza de sus antepasados; porque vosotros sois la raiz gloriosa sobre la cual germinó en Cristo y por Cristo el mas hermoso tallo que haya florecido en la humanidad. Pero tenemos el derecho de preguntaros lo que nos prometéis y lo que podemos esperar de vosotros.

¡Ah, Señores! Aun cuando Israel disperso hubiera conservado, á través de sus peregrinaciones seculares, todo su zelo

por la ley y todo su ardor de proselitismo, ¿quién podria creer que el mundo, que hace ya dos mil años vive con la gran sávia cristiana, consentiria en retrogradar dos mil años para reanudar la cadena de una tradicion rota hace veinte siglos?

Pero ¿es así en realidad? Todos esos hijos de la dispersion lanzados sobre todos los caminos, en todas las comarcas y en todas las plazas de los pueblos, ¿creeis que tengan todos ellos por la ley mosaica y la religion de Israel, el zelo de Mathatias y el heroismo de Judas Macabeo? ¡Cuán lejos estamos, oh Dios de Abraham y de Jacob! Lo que pasa en este respecto, en las esferas inferiores de las poblaciones israelitas, lo ignoro, ó al menos lo sé muy poco para atreverme á proclamarlo aquí. Pero hay una cosa que ni yo ni vosotros podemos ignorar, y es que la mayor parte de los Israelitas, extraviados por nuestras grandes ciudades, son honrados racionalistas, muy extraños á las cosas religiosas, y que no conservan con relacion á la religion de Judá, mas que el orgullo de la sangre y la susceptibilidad de la fibra nacional; indiferentisimos á las prescripciones del culto mosaico, pero muy codiciosos en los juegos de la fortuna, é infinitamente mas ardientes en la adoracion del Dios-capital que en la adoracion del verdadero Dios de Israel.

¡Oh pueblo sin patria! ¡Oh religion sin altar! No os enoje el oírlo: el aliento que os tenia unidos en el templo de Jehová se ha extinguido entre vosotros, y no os resta mas que el soplo de la tempestad que os ha dispersado y os dispersa siempre á los cuatro vientos del cielo! ¿Qué haceis por el mundo, con esa mirada fija en el porvenir? ¿Qué buscáis con ese libro en las manos y esa esperanza en vuestras almas? ¿Buscáis al Mesias? ¡Ah! Vedlo ahí, al Mesias que pasa delante de vosotros, arrebatando con él en su marcha gloriosa á la humanidad trasformada: y hé aquí que esta hace resonar en derredor de su triunfo universal y secular, pero con una solemnidad bien diversa, aquel grito con que vosotros lo aclamabais un dia en Je-

rusalen: *Hosanna filio David!* ¿Porqué sois vosotros los únicos que no veis esa marcha triunfal que os pasa delante, de siglo en siglo y de país en país? ¿Buscáis al Mesías? ¡Vedme aquí, exclama el Salvador del mundo; vosotros sois la profecía; yo soy la historia profetizada por vosotros mismos: mía es la salvación de todos, mio el progreso de las naciones!

Sí, señores, mas alto que todas las religiones frente á las cuales acabamos de pasar en nuestra rápida carrera; mas alto que el mismo Israel, esa grande institucion religiosa de que somos nosotros el complemento anunciado por los profetas, Cristo levanta su cabeza divinamente ilustrada y nos grita á todos: La religion, la verdadera religion, la religion definitiva, la religion que ha de elevar la humanidad á toda su altura y llevarla al esplendor de mi gloria, á su destino supremo, esa soy yo. Yo solo he fundado la religion del progreso; en vano buscariais algo mas alto, y algo mas fundamental. Todo lo que no estribe sobre mí en religion se desplomará, y todo lo que se quiera elevar sobre mi cabeza será herido por el rayo. Venid, venid todos; vuestro progreso consiste en acercaros á mí, y vuestra decadencia en alejaros. Veinte siglos os gritan tras de mí: Hemos crecido por el cristianismo; y oigo á millones de millones de voces que gritan desde el fondo del porvenir: Abrid vuestras puertas, ved ahí á Cristo que viene, y con él la humanidad atada á su carro, siguiendo, gloriosa y creciente, la via ascendente de su destino.

Pero, Señores, me parece oír aquí á todo el génio del racionalismo moderno elevar en nombre de la razon su solemne protesta. Sea enhorabuena, dice, no tenemos reparo en concederlo; entre todas las religiones positivas que aparecen en la humanidad, el cristianismo es la mas grande. Conviendremos aun en que "el cristianismo solo está en posesion de un porvenir." Y si el progreso de la humanidad estuviese vinculado á los destinos de una religion positiva cualquiera, estaria hecha ya nuestra eleccion. Pero aquí está precisamente la gran cuestion que atormenta á nues-

tra sociedad viviente. La humanidad ha de tener una religion, sí, porque es esencialmente religiosa, y así lo concedemos. Pero lo que hay de exterior, de convenido, de positivo en la religion, ¿constituye esto en verdad la religion misma? ¿No hay una religion perpetua, universal, uniforme, que domina á todas las religiones positivas, aun al cristianismo, á menos que el cristianismo no venga á resolverse en ella? Esta religion, de que todo hombre tiene la revelacion en el santuario íntimo de su corazon y de su conciencia, ¿no es la verdadera y única religion del porvenir? Si el cristianismo es un progreso sobre todas las religiones positivas, ¿no es la religion natural un progreso sobre el mismo cristianismo; no puede decirse que el mundo nuevo le pertenece?

Hé aquí lo que vamos á examinar.

## II.

El génio racionalista de nuestra época condena con mucha facilidad todas las religiones positivas. Todas, segun él, están convictas de igual impotencia y condenadas de hoy en adelante por el espíritu humano. Las religiones, dice, que imponen tal símbolo, prescriben tal práctica, observan tales ceremonias, funcionan por medio de tal organizacion, son todas verdaderas y son todas falsas: verdaderas, si se les considera en su fondo; falsas, si se les mira en su superficie. El espíritu y el sentimiento religioso que viven bajo esos cultos exteriores y esas formas simbólicas, es el fondo de la religion; es la religion misma, la religion universal, que debe un dia reunir todas las inteligencias libres de las servidumbres de la letra y de las supersticiones de la forma, para hacernos respirar en una region mas elevada el aire puro de la vida religiosa. En dos palabras, en la superficie hay la ficcion eterna de las religiones positivas; en el fondo hay la sustancia inalterable de la religion natural, la única verdadera, la única suficiente.

En verdad, Señores, que no somos nosotros los que hemos de disputar la legitimidad de esa religion llamada na-

tural. Toda religion positiva, cristiana ó no, supone en su base una religion natural, y una de las señales mas ciertas de la falsedad de una religion positiva cualquiera, es el mentir, con alguna de sus creencias ó de sus prácticas, á la religion fundamental que debe hacer postrarse en adoracion á todo ser creado que conoce á su Creador. No se trata, pues, aquí, de desdeñar esa religion esencial que liga con sus divinas cadenas á todo ser inteligente y libre; ni mucho menos de hacer vacilar en las almas la certeza de los deberes que ella impone á todos los que, á falta de otra doctrina y otra revelacion, segun la observacion de San Pablo, han de ser juzgados por ella. Se trata, sí, de saber, si esa religion legítima, santa, obligatoria, es una religion suficiente; se trata de saber si puede adquirir en la humanidad un ascendiente bastante profundo y formarse un imperio bastante poderoso para llevar á cabo la mision sublime que la Providencia ha señalado á la religion: dirigir al género humano.

Pues bien, Señores: que los despreciadores de la religion positiva nos permitan decirlo, la evidencia de las cosas y la evidencia de los hechos nos obligan á reconocer, y nos mandan proclamar que la religion puramente natural no basta para gobernar el mundo é impelerlo por la via del progreso. La voz de las cosas nos dice: eso no puede ser. La voz de los hechos nos dice: eso no sucede ni ha sucedido jamás.

Una religion, para ser verdaderamente eficaz, debe ser capaz de llegar á la vez al *entendimiento*, á la *conciencia* y al *corazon*; cuando la religion puede sujetar á las generaciones con este triple vínculo, entonces su accion es verdaderamente eficaz y su ascendiente verdaderamente soberano. Pero ¿dónde están, en la religion puramente natural, esas tres grandes potencias cuya alianza es necesaria para asegurar el progreso de las naciones?

Ante todas cosas, dónde está su poder para reinar sobre el entendimiento y producir en las multitudes la vida intelectual? Para que la humanidad viva intelectualmente,

le es necesario el resorte de la creencia; y para que el resorte de la creencia le imprima el movimiento, le es necesario un símbolo. Sin ese centro doctrinal que hace se dirijan á él las fuerzas intelectuales, esas fuerzas están condenadas á la divergencia; su divergencia engendra el escepticismo, y el escepticismo produce la muerte ó al menos enerva las inteligencias. Los pueblos mas fuertes intelectualmente no son aquellos en que se crean mayor número de sistemas y filosofías, mas ó menos contradictorios; son aquellos en que el pensamiento popular, fuerte en su unidad, conserva mas verdades ciertas, soberanas, constantes; tan ciertas que ningun escepticismo las conmueva; tan soberanas que gobiernen toda la vida; tan constantes y tan inalterables que su antorcha siempre encendida alumbró el alma de las multitudes, como la luz del sol, siempre antigua y siempre nueva, alumbró toda la naturaleza. Sin ese *credo* de la verdad cierta, soberana y permanente, puede haber sabios aislados, pero no hay la gran vida intelectual de las naciones.

Pero, Señores, para todas las religiones puramente naturales, no emanadas de revelacion alguna, ni de alguna autoridad positiva, aquí está precisamente la dificultad; crear el *credo* de la fé y de la certeza popular. Aquí la fuerza de las cosas desafía al poder del génio; y todas las filosofías, sea cual fuere la celebridad de sus sistemas y de sus autores, tienen que hacer aquí la confesion comun de una comun impotencia. Aun cuando algunos raros filósofos pudiesen arrancar en el naufragio universal de las doctrinas sumergidas por las crecientes olas de todos los escepticismos, algunos restos de la verdad religiosa, y formarse con ellos una especie de *credo* solitario repetido en voz baja en el silencio de su pensamiento, ¿lo lograrían alguna vez los pueblos? ¡Ah! La grande alma del género humano es como el alma del justo; vive de su fé; vive de la verdad cierta y definida: y es propiedad de las religiones puramente naturales el dejar al alma del pueblo la herida de la duda y la incurable miseria del indefinido.

La religion progresiva debe hacer mas todavía que crear el *credo* de la verdad cierta y definida para la vida de las inteligencias; debe crear para el gobierno y la vida de las conciencias una legislacion moral que lleve consigo su certeza y su sancion; una legislacion que imponga, precise y determine todos los grandes deberes de la vida, y que los pueblos acepten sin discutirlos, porque, cuando el deber se discute, cuando el precepto se pone en duda, cuando la ley es incierta, el deber, el precepto, la ley, se niegan implícitamente. ¡Ay de las naciones cuando la duda y la negacion vienen á conmovier, en el santuario de la conciencia, los deberes fundamentales y las obligaciones supremas! ¡Ay de las naciones cuando las turbas sienten vacilar en medio de ellas las grandes bases del órden moral. Si se les da la fuerza necesaria, llegará un dia en que rompan todos los frenos, en que salten todas las barreras que solo la conciencia opone á las pasiones que se desbordan. La muchedumbre es como un fogoso corcel que el mas hábil ginete no puede contener y dirigir sino despues de haberle hecho morder con la boca espumante el freno moderador. Ahora bien, el freno moderador que sujeta las pasiones populares, es la ley moral que llega á la conciencia; y quien pone el freno y lo hace aceptar, es la autoridad, una autoridad que entra como en su terreno, en el mas íntimo santuario de la conciencia humana.

¿Dónde están las religiones puramente naturales que puedan adquirir sobre las conciencias ese imperio eficaz? ¿Y porqué, y cómo, y con qué título podrian adquirirlo? Indecisas, vagas, flotantes cuando se trata de determinar el dogma y de crear la fé, lo son mucho mas todavía cuando se trata de determinar la moral, de crear los preceptos y de hacerlos aceptar. ¿Puede hallarse un hombre que encuentre esas prescripciones bastante claras y esos mandamientos bastante precisos? ¿Puede ser!... Pero, Señores, tened á bien no olvidarlo: así como se trataba hace un instante de la creencia no de tal ó cual hombre, sino de todos los hombres, se trata ahora, no de tal ó cual virtud indi-

vidual, sino de la virtud popular; se trata de la conciencia del género humano; se trata de crear, para cada uno y para todos, un código de virtudes, completo, adecuado, claro, definido, obligatorio, que lleve en la claridad de su evidencia la certeza de su sancion; se trata sobre todo de encontrar, al par que el poder de formularlo, el poder, sobrehumano de un modo bien diverso, de hacerlo aceptar. Ahora bien, sea lo que fuere de algunas raras excepciones, es cierto que para las multitudes, es decir, para casi todos los hombres, las prescripciones morales que impone la religion puramente natural, flotan, todavía mas que sus dogmas, en lo vago del indefinido, y se estrellan en la impotencia. ¿Y no habeis oido hace poco á esa religion y á esa filosofía tan orgullosas de sí mismas, hacer en medio de nosotros la solemne confesion de esa impotencia, cuando en una grande asamblea exclamaban por los labios de uno de sus mas célebres defensores, "que era imposible definir lo que ha de entenderse, en una legislacion penal, por un ultrage á la religion y á la moral"? ¡Oh filósofo, aquí hay de que enorgullecerse! ¡Por cierto que valia la pena de consagrar una bella vida entera y todo un claro talento á enseñar al mundo la suficiencia de la moral y de la religion natural! ¿A quién bastará, si te arranca á tí, doctor y maestro en religion natural, esa confesion de debilidad y ese grito de impotencia?

En fin, Señores, hay un imperio mas eficaz aun que ha de ejercer la religion en la humanidad, y que falta muy particularmente á la religion puramente natural, y es el imperio sobre el *corazon*. Mientras la religion no haya entrado en ese gran centro de vida, el corazon, su accion no puede llegar á ser verdaderamente profunda. Para apoderarse de todo en los hombres es fuerza sujetar el corazon. Cuando una religion ha podido penetrar hasta ahí, entonces y solo entonces crea en el corazon humano esos dos grandes seres, el amor y el consuelo; el amor para los demás, el consuelo para sí mismo; el amor que triunfa del egoismo, ese gusano roedor de la vida social; el con-

suelo que calma ó trasforma la tristeza, ese gusano roedor de la vida individual.

¿Quién vencerá en el hombre el egoismo, ese eterno enemigo de todo progreso, y sobre todo de todo progreso social? ¿A quién pedirá el hombre esa expansion liberal que pone al hombre en relacion armoniosa y en comunión eficaz con sus semejantes? A la religion, Señores, á la religion; ella sola, levantando al hombre con su corazón hácia todo lo que es puro, bueno, santo, sublime, generoso y verdaderamente desinteresado, puede arrancarlo á la opresion de ese egoismo salvaje que encierra á cada hombre aislado de los demas hombres, en la vergonzosa cautividad del yo. Quien no ha podido amar algo mas alto que la tierra y mas grande que el hombre, sean cuales fueren los tesoros de su alma y las riquezas de su corazón, jamás saldrá del todo de esa prision oscura y baja en que el egoismo tiene encerrado el rebaño de los hombres sin religion y sin Dios sobre la tierra.

Y á la hora de esos grandes dolores, bajo el peso de esas tristezas que sumergen la vida, hacen decaer el ánimo y doblarse la cabeza, ¿quién, decidme, sabe entonces mezclar á esos torrentes de amargura alguna gotas de alegría? ¿Quién sabe devolver al dolor, abatido por su propio peso, la fuerza de levantar la cabeza, de sonreír al infortunio, y de mostrar, aun entre sus lágrimas, un rayo de su alegría? ¿Quién obra esto, decidme; quién lo obra con eficacia, y si puedo decirlo así, naturalmente? ¿Quién viene á buscaros á la hora sombría del desaliento y de la desesperacion, para enjugar las lágrimas de vuestros ojos matando la tristeza en vuestros corazones? ¿Quién? ¡Ah, Señores! La primera y última consoladora de todo el que gime en este valle de lágrimas, la religion, que tiene un encanto divino para adormecer ó á lo menos para calmar todos nuestros sufrimientos humanos.

Sí; pero ¿qué religion creéis que sabe obrar este doble milagro, arrancar el hombre á su egoismo para arrojarlo en los brazos de la fraternidad, y arrancar el hombre á su tris-

teza para restablecerlo en la alegría ó al menos en la serenidad? ¿Acaso la sola religion natural sabe apoderarse del corazón á este grado y trasformarlo de esta manera? No, Señores, no; lo que cura al hombre del egoismo y de la tristeza es la religion positiva, la religion que tiene una oracion, la religion que tiene un templo, la religion que tiene un altar, la religion que tiene un sacerdocio. Y ese sacerdocio viene trayendo sobre sus labios una palabra divina que resuena en el templo como un eco del cielo. Ante el altar del sacrificio, en la mansion dos veces sagrada de la fraternidad y del consuelo, hace postrarse á ese hombre insensible á los sufrimientos fraternales ó abatido bajo el peso de sus propios sufrimientos; entreabre á sus miradas, á través de los cristales centelleantes de púrpura y de azul, las perspectivas de las mansiones eternas; en nombre del Dios que le habla y del cielo que le muestra, le ordena que renuncie á la vez á su feroz egoismo y á su tristeza homicida. Y el hombre se levanta doblemente transformado, capaz de descargar á la vez bajo los ojos de su Dios y la bendicion de su sacerdote el doble peso de sus odios y de su desesperacion, capaz, en fin, de consolarse de sus propios dolores, y de consagrarse á aliviar los sufrimientos ajenos: y ese fenómeno de la fraternidad y del consuelo hallados al pié del altar, se renueva todos los dias.

Pues bien; á vosotros los que habeis sondeado todo el misterio de la naturaleza humana, ¿os parece que esa religion puramente naturalista y metafísica, que esa religion sin sacerdote y sin altar, sin templo, sin sacrificio, pueda adquirir jamás sobre el corazón de la multitud semejante ascendiente? Y este ascendiente, ¿oh filósofo! ¿podrá adquirirlo la religion llamada filosófica, aun sobre tu propio corazón? ¿Cómo, pues, lo obtendrá sobre el corazón del pueblo?... ¡Oh no! Quien puede condenar en tí con el poder del amor la fuerza del egoismo; quien sabrá volver á abrir en el fondo de ese corazón desolado por la desgracia ó devastado por las pasiones, las grandes fuentes de la vi-

da, es la religion positiva. Pongo aquí por testigo, para acabar de convencerlos, no solo á la humana naturaleza, cuyo fondo permanece siempre y en todas partes idéntico consigo mismo, sino que apelo tambien á la historia, que nos muestra siempre y en todas partes á esa religion natural incapaz de adquirir por sí sola en el entendimiento, en la conciencia, y sobre todo en el corazon del hombre, un ascendiente decisivo y un imperio soberano.

Hay una cosa, en efecto, que habla aquí con mas elocuencia que la razon mas elocuente: la voz siempre triunfante de los hechos. Poned en duda, si quereis, la argumentacion que acabo de fundar en la naturaleza de las cosas; procurad conmovier sus bases. Pero el hecho, el hecho palpable, cierto, perpetuo y universal ¿cómo ponerlo en duda; cómo hacer sobre todo para derribarlo? Ahora bien, hé aquí el hecho, el hecho inmenso que se levanta contra vosotros y desafía toda negacion con el peso de su certeza y la claridad de su evidencia: es que nunca ni en ninguna parte, ni en el pasado ni en el presente, la religion puramente natural ha logrado formarse en el hombre el imperio tres veces soberano y tres veces necesario de que acabamos de hablar. Sea cual fuere la razon misteriosa, el hecho aquí escapa á todo misterio, la religion natural jamas ha tenido ni tiene aun, aun hoy dia, esas cadenas poderosas, ese influjo profundo sobre la naturaleza humana, que dan en la humanidad una dominacion eficaz y verdaderamente soberana. “Los hechos prueban, dice un libre-pensador, que esa religion jamas ha podido descender hasta la práctica y convertirse en realidad. No ha salido de los libros y de la enseñanza, y como es esencialmente individual y cada uno se la forma para sí, segun su propia filosofia, es imposible decir si ha ejercido aun sobre las personas una influencia cualquiera (1).” “La religion natural, dice otro, solo existe en los libros. Las religiones que viven y que obran son religiones positivas, es decir, religiones que tienen una Iglesia, ritos, dogmas.”

(1) Burnouf.

Dicidnos, en efecto, si creeis saberlo, decidnos ¿cuándo y dónde esta religion ha poseido suficientemente, el entendimiento, la conciencia y el corazon de los hombres que han querido inspirarse únicamente con sus oráculos y depender tan solo de su imperio?

¿Cuándo ha dominado suficientemente las inteligencias para estrecharlas en la unidad de la creencia, y por este medio comunicarles la grande y poderosa vida intelectual que es la raiz de todas las demás? Se han visto en todos los siglos y en todos los pueblos, esos hombres que han afectado separarse de la multitud desechando todo culto y toda práctica positiva: consultaban, decian, el mismo oráculo y adoraban al mismo Dios. ¿De dónde nace que no han podido nunca acordarse en las mismas afirmaciones? ¿De dónde nace que no han llegado jamás á cantar juntos y con voz unánime el universal é inmutable *Credo* de la religion natural?

Y si la religion naturalista no ha podido reinar suficientemente sobre el pensamiento humano para crear en él, juntamente con el *Credo* de la verdad, la vida de las inteligencias, ¿ha podido acaso formarse en la conciencia, para crear en ella la vida moral y hacer reinar el deber, un imperio mas poderoso? No, mil veces no: pongo por testigo la vida misma de aquellos que no quieren practicar otra religion. ¡Ah! Yo conozco esa vida que se jacta de ser tan religiosa y tan moral. Yo he penetrado á menudo, hasta su fondo íntimo, en las prácticas de esos hombres libres de la dominacion de toda religion positiva; pues bien, debo confesarlo, los he encontrado, no siempre pero sí muy á menudo, espantosamente *latitudinarios*. Los he visto celebrando con ciertas pasiones no sé qué convenios, en presencia de los cuales la virtud se asombraba y se cubria el rostro. Y sobre todo, cuando sonaba la hora de las grandes luchas en que la conciencia tiene que combatir con pasiones que quieren satisfacerse, la religion natural permanecia muda para ellos las mas veces en las profundidades de su cielo metafísico; le suponian para con la huma-

na debilidad complacencias que rayan en la negacion misma de la virtud. Ahora bien, una vez sobre esta pendiente, muchos llegan á formarse, aun en nombre de la austera razon, esa moral fácil que nada exige ó pide poco á la independencia de nuestra voluntad y á la independencia de nuestras pasiones; y llevados por esa religion cómoda sobre la corriente de las pasiones seductoras, se van abatien-  
tiendo mas y mas, y casi sin notarlo, hasta los confines de la moral independiente, frontera extrema del bien en que la virtud se estrella y muere sepultada en la mentira de las palabras y la ilusion de las fórmulas.

Y el corazon, Señores, el corazon que es el centro de la vida, el motor de la vida, el compendio de la vida, ¿ha podido alguna vez apoderarse de él la religion naturalista con una posesion bastante soberana para introducir en él esas dos cosas de que hemos hablado: la derrotá del egoismo por medio del amor sincero de la humanidad, y el consuelo personal por medio de la calma de la tristeza y de la desesperacion? Proponer la cuestion, ¿no es haberla ya resuelto?

¿Dónde están esos hombres, en que la religion natural se apodera y toma posesion del corazon de una manera bastante eficaz para hacerles hallar, en el poder de ese culto abstracto, la renuncia de su egoismo y el consuelo de sus tristezas?

¡Ah! ¡Ya veo desde aquí á algunos herederos del pensamiento racionalista y del sentimentalismo religioso del filósofo de Ginebra, pedir como él al gran Ser que hacen profesion de adorar el amor á la humanidad! El *humanitarismo* rebosa en su plegaria filosófica como en sus obras literarias; tienen verdaderos accesos de pasion y de ternera humanitaria; diriais que van á abrir sus brazos para abrazar á esa humanidad ideal, que aman tanto mas, cuanto que nunca la encuentran. Y se figuran de veras que ese culto del humanitarismo triunfa en ellos de la tiranía del egoismo.... “¡Oh humanidad, oh humanidad!” Cuando se ha repetido cien veces esta fácil palabra, ¿quién pudiera creer

que uno permanece todavia esclavo del egoismo, y que se ama uno á sí mismo cien veces mas que esa humanidad amada hasta la adoracion?

Y en el dolor, ¿qué hacen para recobrar la serenidad, la fuerza, el valor, la alegría en el sufrimiento? ¡Ah! Bien sabeis lo que hacen; lo habeis leído en vuestros poetas y en vuestros novelistas. Se van á la orilla de los rios y los risueños lagos, ó á la ribera de los gemidores mares, ó al fondo de los bosques solitarios; y allí melancólicos y soñadores como el génio de los desiertos, ó como el ángel de las tumbas, derraman lágrimas filosóficas y hacen resonar los supiros diz que religiosos que les arranca no sé qué amor platónico que han consagrado á la naturaleza, á sus espectáculos, á sus cantos, á sus armonías, á su inmortal belleza. Les parece que el soplo de las brisas, los gemidos del bosque, los rugidos del mar y todos los suspiros de la naturaleza responden á la voz de su tristeza para consolarla. ¡Las lágrimas del rocío vertidas por el cáliz de las flores, las gotas de lluvia que caen de las húmedas hojas, son las lágrimas de la naturaleza que comprende su dolor y llora con ellos!... ¡Oh naturaleza, oh naturaleza! ¿No es verdad que me comprendes y que respondes á mis suspiros?...

Así los hombres que solo se inspiran de la religion natural y de su culto solitario lanzan á los vientos que pasan los gritos de su corazon humanitario y el suspiro de su alma melancólica. Pero poned á esos hombres frente á un gran sacrificio que llevar á cabo ó un gran dolor que sobrellevar; ¿qué auxilios podrán encontrar en esa religion abstracta que nombran con tanta soberbia la religion pura?... Esa religion, mas en el entendimiento que en el alma, mas en la imaginacion que en el corazon, los abandona á su natural impotencia. Al primer rayo de un grande infortunio, al primer llamamiento á una gran victoria sobre sí mismo todo desaparece, el héroe, el filósofo, el poeta, aun el religioso; y de todo esto, ¿qué resta? ¡El hombre con su incurable egoismo, sus dolores sin consuelo y su irremediable impotencia!

Así es que los hechos filosóficos protestan contra la pretension filosófica. La naturaleza humana hace violencia á los sistemas; hace resplandecer en la historia la invencible necesidad de la religion positiva, por medio de la irremediable impotencia de la religion natural. ¡Ah! Yo lo comprendo, el hombre no es una pura idea suspendida en el vacío de la abstraccion; el hombre es un ser viviente, sensible, social, un ser que tiene una alma, sí, pero una alma unida á un cuerpo con un matrimonio cuyo vínculo la muerte sola puede romper. Esto supuesto, ¿porqué y cómo el hombre retirado á la esfera aerea de su religion puramente natural, habria de contentarse con ofrecer al Padre comun del género humano ese culto solitario, invisible, frio, iba á decir ese culto muerto, incapaz de dar y de fecundar la vida?... ¿Hay algo menos *humano*, en el sentido sublime de esta palabra, que ese culto mutilado, trunco, abstracto y vacío que hace que se postre ante Dios tan solo la mitad, la tercera, la cuarta, la décima parte de la vida humana? ¿Hay algo, en una palabra, menos *natural* que esa religion que quiere ser exclusivamente natural?

Así tambien, en vano direis y repetireis al género humano que la religion natural es todo y lo demás es nada; en vano procurareis persuadirle que todo lo que busca mas allá no es sino la quimera religiosa buscada por su imperecedera pasion de adorar; que es un sueño vano creado por su imaginacion para responder con imágenes, símbolos y ritos á las aspiraciones de una alma hambrienta de infinito; en vano quereis hacerle creer que el progreso religioso consiste en desterrar de sí esos fantasmas que toma por la religion misma; en vano le anunciáis que el libre pensamiento viene á purificar de las escorias supersticiosas lo que llamais con orgullo el oro puro de la verdadera religion; el género humano no os entiende, ó si os entiende, os resiste; se adhiere á su fe positiva, á su culto positivo, á su religion positiva con una tenacidad que seis mil años no han podido aflojar. Y hoy dia, como siempre, vedla, que se reúne, adora y canta bajo las bóvedas retumbantes de sus templos embellecidos por sus manos; se

agrupa, con una dicha y una alegría que no pueden agotarse, en derredor de esos caros altares y de sus venerados sacerdotes; mezcla en el fondo de sus santuarios las olas del incienso y las olas de la armonía al humo del sacrificio, y en medio de este incienso, de este humo, de esta armonía, su oracion pública sube hasta Dios que la mira, la ama y la aplaude.

Así es que mientras que el sabio en el fondo su gabinete, el profesor de lo alto de su cátedra, el escritor en su libro, el orador en sus discursos, exaltan y glorifican el reinado exclusivo de la religion natural; el pueblo, es decir, casi todo el mundo, el género humano en masa, á través de todos los tiempos y todos los espacios, hace resonar en sus cantos y brillar en sus espectáculos religiosos, en el esplendor de sus fiestas y en la pompa de sus sacrificios, la universal conviccion de la insuficiencia de la religion natural, y su insaciable necesidad de una religion positiva. A vosotros todos, los que pretendéis no despojarla mas que de los fantasmas sagrados y de las quimeras religiosas, grita ella con una voz que todos los siglos han oido y que nuestro siglo oye todavía, que esos fantasmas le son caros y le agradan esas quimeras; que su entendimiento, su corazón, su conciencia, toda su alma, siente la indefectible necesidad de dar á sus adoraciones una forma semejante á sí misma, es decir, una forma sensible; ella grita que esa religion abstracta y que se dice libre de los fantasmas y de las quimeras, no es ella misma, cuando quiere estar sola, sino el mas vano de los fantasmas y la mas engañadora de las quimeras; y que vosotros tambien, cuando queráis hacer que vuestra religion sea una comunión verdaderamente eficaz con la divinidad, vosotros tambien hareis como el género humano; hombres como sois, uniendos á una religion positiva, rendireis al Creador el culto mas *humano*.

Sí, así lo hareis ó dejareis de ser religiosos. En vez de recibir el movimiento eficaz de una religion sensible y fecunda, ireis á desvaneceros, con vuestro simulacro de religion, en el vacío de una abstraccion tan fria como infecunda; y á

fuerza de haber querido analizar, descomponer y extraer la quintesencia de la religion, llegareis á la extincion absoluta de toda religion. Y si adorais todavía, tendreis la peor de todas las adoraciones, la adoracion de un fantasma, ¡la adoracion de hinojos ante el espectro de la nada!..... Y no tan solo nosotros, vosotros tambien, sí, vosotros mismos, profetizais con nosotros ese desvanecimiento de la religion natural, en lo vago de la abstraccion y en la nada de toda religion..... Escuchad, Señores, escuchad este último oráculo de un discípulo de las religiones puras.

“Se cree entrever el porvenir religioso del género humano en una especie de racionalismo cristiano ó de cristianismo puramente racional..... Pero no puedo menos que preguntar si el racionalismo cristiano es todavía una religion. Lo que resta en el fondo del crisol despues de la operacion que sabemos, ¿es en verdad la esencia de los dogmas, ó no será por acaso el *caput mortuum*?..... Cuando la crítica haya derribado lo sobrenatural como inútil y los dogmas como irracionales; cuando ya no haya en pié autoridad alguna religiosa, sino es la conciencia natural de cada uno; cuando el hombre, en una palabra, habiendo rasgado todos los velos y penetrado todos los misterios, contemple cara á cara al Dios á quien aspira, ¿no se encontrará que ese Dios no es otra cosa que el *hombre mismo*?..... Y la religion, bajo pretexto de llegar á ser *mas religiosa*, ¿no habrá dejado enteramente de existir? (1).

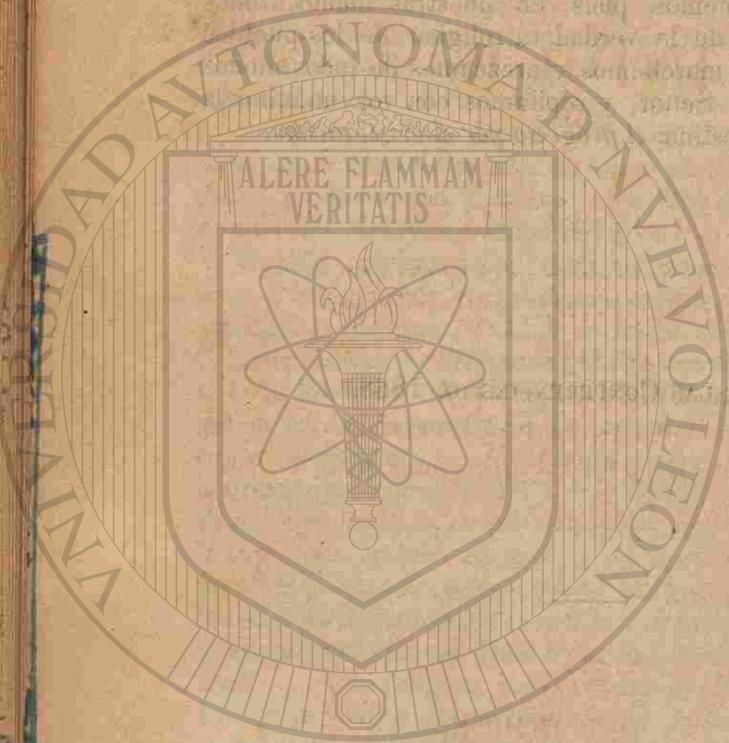
Así habla el libre-pensamiento en sus vaticinios filosóficos sobre el porvenir religioso del mundo. Lo que el escéptico deja aquí en el estado de problema, la razon, el sentido comun, la experiencia, la fuerza de las cosas, todo lo afirma con certeza y grita con nosotros: Tendreis una religion positiva, ó, tarde ó temprano, no tendreis ya religion. Ante la religion demostrada y reconocida necesaria, la verdad os intima por nuestros lábios que escojais. ¡Ah! Vuestra eleccion no puede ser dudosa. Es necesaria una religion para el progreso del mundo; y hé aquí que fuera del cristianismo, toda religion, positiva ó natural, se demuestra insuficiente. La úl-

(1) Ed. Scherer.

tima palabra de la religion es el cristianismo, y solo el cristianismo tiene un porvenir. Así lo proclama el mismo libre-pensamiento. Tomemos, pues, en nuestras manos, todos juntos, la bandera de la verdadera religion de los pueblos progresivos; vamos, marchemos, y crezcamos de todos modos por Cristo Nuestro Señor, y repitamos con voz unánime la gran palabra del destino: *el progreso por el cristianismo*.

FIN DE LAS CONFERENCIAS DE 1868.

NOTA.—Las dos últimas conferencias forman en el original una serie aparte, publicada bajo el título de PROTESTANTISMO, ANGLICANISMO Y MOSCOVITISMO. Hemos juzgado conveniente observar la misma division.



## INDICE.

---

CONFERENCIA PRIMERA.— <i>El Ateísmo</i> <i>ante el Progreso</i> .....	Pag. 5
CONFERENCIA SEGUNDA.— <i>Decadencia</i> <i>por el Ateísmo</i> .....	„ 37
CONFERENCIA TERCERA.— <i>Lo que ha de</i> <i>ser la Religión para realizar el Progreso</i> ...	„ 68
CONFERENCIA CUARTA.— <i>Religiones no</i> <i>cristianas ante el Progreso</i> .....	„ 96

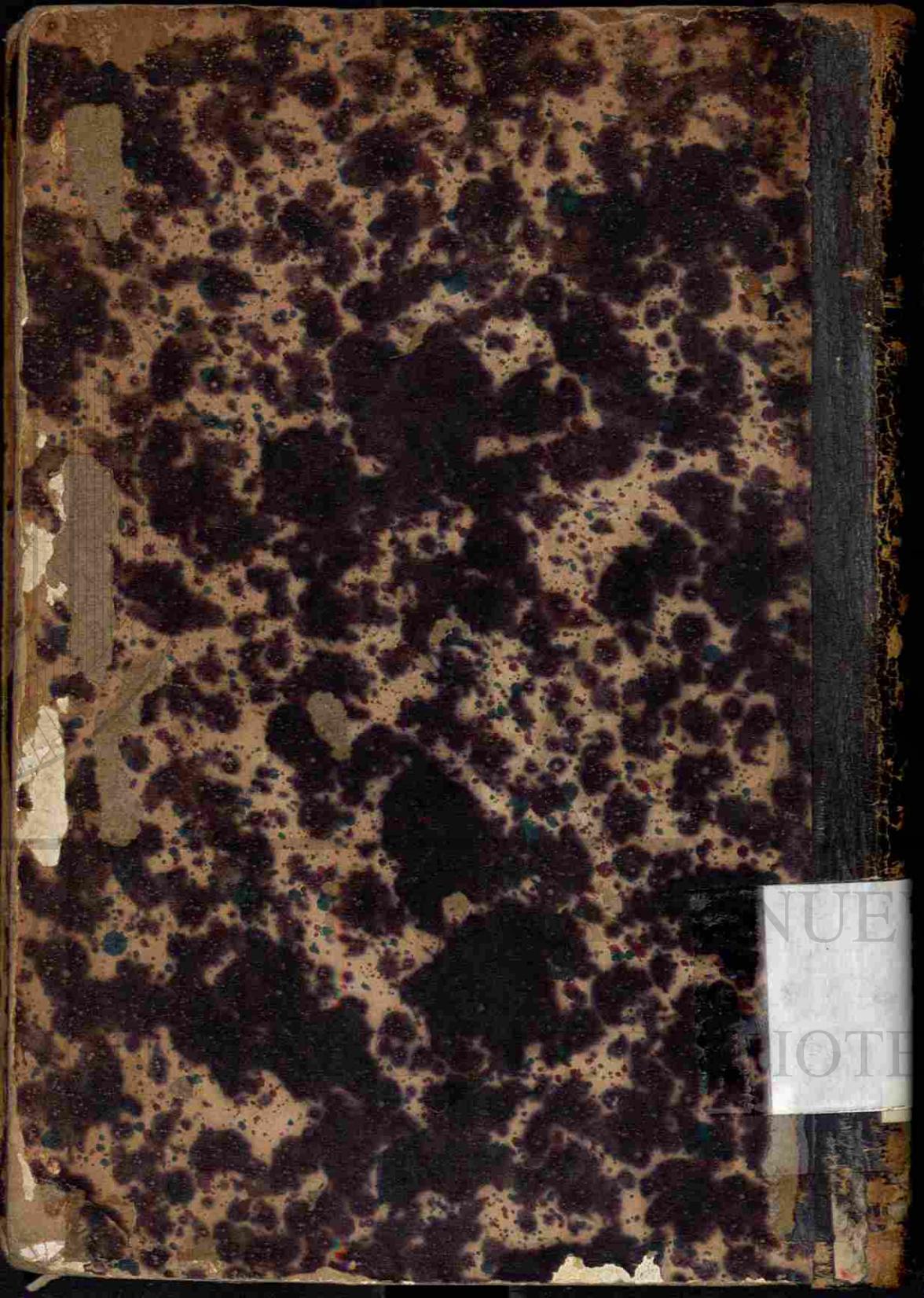
FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







NUVE  
IOTH